

DAD A  
CIÓN C



BERAULT



HISTORIA

ECCLESIASTICA



BX944

B4

V.1

C.1

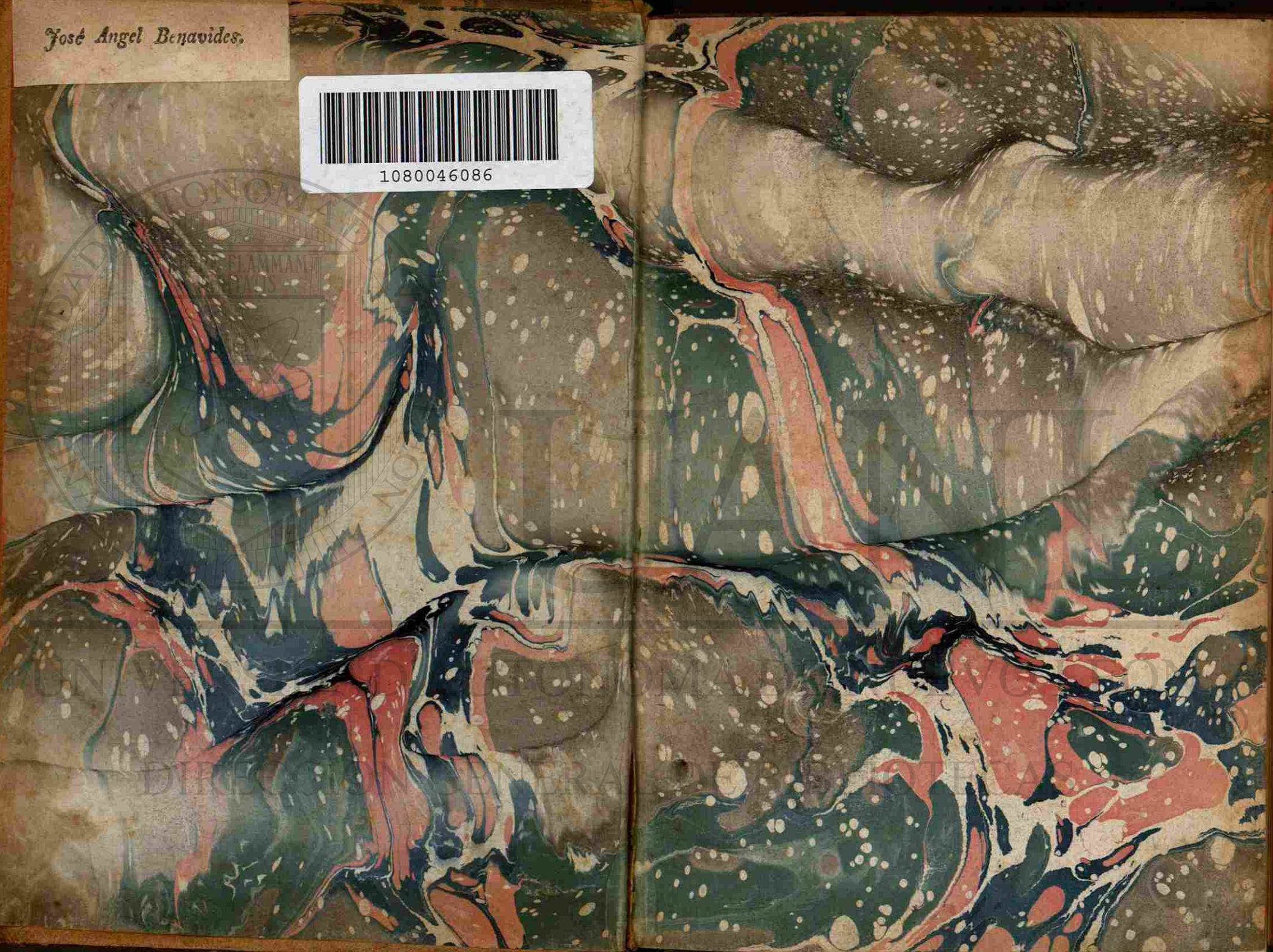
135818



*José Angel Benavides.*



1080046086





E#1-BA2

282

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
Folle-46 MICROFILMADO 14/3/83

HISTORIA ECLESIASTICA.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



®

HISTORIA  
DE LA IGLESIA

ESCRITA EN FRANCÉS

POR

EL ABATE BERAULT-BERCASTEL,  
CANÓNIGO DE NOYON:

traducida nuevamente al castellano, corregida,  
anotada y continuada

HASTA EL PONTIFICADO DEL SS. P. LEON XII.

por los P.P. J. de M. y A. C. de V.

TOMO I.

Desde el establecimiento de la Iglesia, hasta la paz que concedió  
á los Cristianos Marco Aurelio, suspendida la cuarta  
persecucion, en el año 174.



Valencia: Imprenta de D. Juan Mousset: 1830.

132818  
38364

Bx994

B4

v.1



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

135818

*Advertencia preliminar*

La ciencia de la Religion, y el conocimiento de sus verdades, dogmas, leyes y costumbres es sin duda el primero de los deberes de un Cristiano, y el objeto mas digno de ocupar su pensamiento. El profundo observador reconoce en esta obra incomparable de Dios el manantial puro de sabiduría, cuyos tesoros jamás se agotarán; y el artesano sencillo admira y bendice la mano del Supremo Hacedor grabada en cada uno de los hechos sobrenaturales y misterios que aprende. Todo ser racional tiene demarcada la carrera de su vida y el círculo de sus operaciones en aquellas verdades sublimes, que ó bien le hacen conocer por la fe lo que no es dado alcanzar á su débil razon, ó bien le prescriben leyes, en cuyo exacto cumplimiento está cifrada su verdadera felicidad. La sociedad entera pende de estas verdades: cuando ellas penetran á la vez el entendimiento y corazon de los miembros de una nacion afortunada, esta corre rápidamente hácia la cumbre del engrandecimiento y de la prosperidad, un éxito feliz corona todas sus empresas, y aunque cien re-

Tom. I. \*

voluciones trastornen y destruyan á sus vecinas, ella permanece inalterable, y encuentra dentro de sí misma todos los recursos de que nacen la paz y la abundancia: empero cuando las verdades religiosas vienen á ser precipitadas por el espíritu de independencía, y por la estupidez del hombre orgulloso del elevado puesto en que debieran dominar, todo el edificio social bambea, y el pueblo que para su desgracia llega al extremo de ignorar la verdadera Religión solo dista un paso de su ruina, la revolución con todos sus horrores se apodera de él, la anarquía ocupa el lugar debido al orden, los vínculos mas sagrados se quebrantan, se conmueven los fundamentos de la sociedad, y acabará infaliblemente, y dejará de ser contado entre las naciones del mundo. Nadie podrá hoy negar estos principios sin contradecir á su conciencia, y al testimonio y consentimiento universal de los pueblos, y cuando hubiese alguno que osara ponerlos en duda, nos sería fácil convencerle con mil y mil hechos recientes é incontestables.

Este convencimiento es el que ha enriquecido á las naciones de obras maestras, y el que impulsó á los sabios de todas edades á publicar excelentes escritos, con los que estendieron en

el mundo la ciencia de la Religión, y combatiéron victoriosamente al error y á la impiedad; y el mismo nos mueve á nosotros á desear y cooperar con nuestras débiles fuerzas al logro de este fin. Tal vez nunca mas necesarios que en nuestros dias los buenos libros en que aparezca la verdad con todo su vigor, y destruya las impresiones que haya podido causar en el espíritu de los menos sabios el falso brillo de un sin número de producciones tenebrosas, partos de esa filosofía orgullosa é incrédula, que nos arrastró al borde del abismo. En el movimiento general que se observa hoy en nuestra España hácia toda clase de conocimientos, y en la multitud prodigiosa de escritos que cada dia se publican de nuevo, hemos deseado siempre un libro clásico que nos enseñe los principios y las verdades de nuestra santa Religión, confirmadas con todos los monumentos de los siglos que nos han precedido. Este objeto no podia llenarle otra obra que una historia Eclesiástica, la cual siendo perfecta, reúne en un cuerpo de doctrina puesta al alcance de todos lo que se halla esparcido en los diferentes escritos que tenemos sobre la Religión.

En efecto la historia del Cristianismo no se reduce como las demás á referir las hazañas de

un héroe ó de un pueblo singular. El objeto de aquellas nunca puede ser otro que instruir al hombre en los hechos que han ocurrido antes que él existiera; el de la historia de la Religión es incomparablemente mas vasto y sublime. Dividida por su misma naturaleza en dos partes, nos manifiesta en la primera las verdades que nuestro Redentor Jesucristo enseñó á los hombres, las que inspiró á los Apóstoles el Espíritu Santo, y las que como tradiciones divinas ha conservado la Iglesia universal en la continuacion de los siglos; en la segunda nos hace admirar la multitud de prodigios obrados por la diestra del Omnipotente, la fortaleza invencible de los Mártires, las virtudes y heroísmo de los demás Santos, y la sabiduría de los Padres y Concilios que triunfaron siempre de la heregía y de la impiedad. Por manera que no solo nos pone á la vista los tiempos pasados, lo que es propio de toda historia, si que de mas á mas nos sirve de prueba luminosa y de apología incontrastable de la divinidad de nuestra Religión.

Porque apología perfecta es, y prueba indestructible del cristianismo, verle en su historia como se levanta lleno de magestad sobre los sólidos cimientos que le abrió el poder y

sabiduría de Dios. En medio de las tinieblas é ignorancia que cubria á las naciones aparece el Deseado de ellas como el sol, cuyos rayos penetran por entre apiñadas nubes. Se efectúa el misterio anunciado al padre de los mortales, el Hombre Dios nace de una Virgen, se cumplen en él todos los oráculos de los antiguos Patriarcas y Profetas, y Jesucristo se deja ver en el mundo adornado con todos los caracteres del Mesías. Su vida privada es el modelo mas perfecto de virtud, y cuando sale del taller del artesano para comunicar á los hombres la gracia y la verdad, sus palabras, sus milagros, hasta la menor de sus acciones da á conocer al Enviado de Dios. Anuncia al mundo la Religión mas digna de Dios y del hombre; promulga el código mas perfecto de moral; prepara el imperio de las virtudes en la tierra, y destruye el reino de las pasiones y todo el poder del infierno y del pecado. Despues de su triunfo manda á sus discípulos que publiquen en el mundo la doctrina que les enseñara, y entonces es cuando desarrolla á la vista de las naciones su inmenso poder, y la fuerza de su Religión. Doce hombres nacidos en el seno de la mas baja condicion, en un pueblo aborrecido de todos los otros pueblos, emprenden mudar la

faz del universo, reformar sus creencias y costumbres, abolir los cultos supersticiosos que en todas partes estaban unidos con las instituciones políticas, y someter á una misma ley, y esta contraria á todas las pasiones, á los vasallos y á los Reyes, á los sabios é ignorantes, á los filósofos, á los Sacerdotes, á los Magistrados y á los Emperadores. Sin contar con apoyo alguno, armados solamente con una cruz de madera se adelantan con paso firme y denodado en medio de los deleites que embriagan, y de las religiones relajadas de un mundo envejecido en la corrupcion: oponen á las fiestas brillantes del paganismo, á las graciosas y risueñas imágenes de una mitología encantadora, á la cómoda licencia de la moral filosófica, á toda la seducción de las artes y de los placeres, la pompa del dolor, graves y lúgubres ceremonias, las lágrimas de la penitencia, amenazas terribles, tremendos misterios, el fausto espantoso de la pobreza, el saco y la ceniza, y todos los símbolos de una renunciacion absoluta y de una consternacion profunda; porque esto y nada mas es lo que el mundo pagano descubrió á primera vista en el cristianismo.

Al momento las pasiones se lanzan furiosas contra el enemigo que se presenta á disputarles

el imperio; los pueblos corren á ponerse bajo sus banderas; la avaricia conduce á ellas á los sacerdotes de los ídolos, el orgullo á los sabios, la política á los Emperadores. Comiézase una guerra cruel; ni sexo, ni edad, nada se perdona; las plazas, las calles, los campos, hasta los lugares mas desiertos se llenan de instrumentos de muerte; por do quiera se levantan cruces, se encienden hogueras, se preparan pórtos, anfiteatros, y mil géneros de suplicio; los juegos se mezclan á la matanza; y ese grito bárbaro de *los Cristianos á las fieras*, hace saltar de gozo á una multitud que se embriaga con sangre. Por fin los verdugos cansados de matar se detienen, cáeseles la hacha homicida de las manos; no sé qué virtud celestial emanada de la cruz comienza á conmovellos á ellos mismos, y, á egemplo de naciones enteras subyugadas antes, se arrojan sumisos, se prosternan á los pies del Cristianismo. Su estandarte luminoso signo sagrado de paz y de salud tremola á lo lejos sobre las ruinas del paganismo desplomado. Los Césares habian jurado su destruccion, y él se sienta magestuosamente sobre el solio mismo de los Césares. Constantino coloca la cruz de Jesucristo sobre su corona, hace subir á su trono al Pontífice sucesor de Pedro, y

se retira á Bizancio para que Roma sea la capital del mundo Cristiano, y la Silla que sentara en ella un pobre Pescador del lago de Genezaret domine en todas las naciones. ; Tan grande fue el triunfo de la Religion y de la Iglesia !

Empero no son solamente las persecuciones de violencia las que debe vencer esta hija del cielo. A los tormentos suceden los sofismas de la impiedad, los errores monstruosos de mil heregias, la relajacion de los mismos Cristianos: agitada sin cesar por alguna borrasca, su destino es el de no gozar jamás en la tierra de un perfecto descanso. El orgullo, la licencia, la avaricia, las pasiones todas coligadas en su daño, le suscitan incesantemente nuevas guerras, pero tambien le preparan nuevos triunfos. La heregia, ya deferente, ya atrevida, toma todas las formas, se cubre con mil máscaras, se vuelve y revuelve en todos sentidos para alterar sus dogmas; pero la Iglesia constantemente invariable en su doctrina, ve á las sectas rebeldes una en pos de otra espirar á sus pies: el espíritu de independenciam, la ambicion de dominar escita en su mismo seno divisiones, á que frecuentemente siguen cismas deplorables; luego á luego de sus entrañas despedazadas, pero siempre

fecundas, salen en tropas nuevos hijos que la consuelan de los que ha perdido. Algunos Príncipes envidiosos atentan contra sus derechos, y se esfuerzan á turbar su gerarquía divina; mas á pesar de todos los ardidés y violencias, su gobierno afirmado por los golpes que se le dan, subsiste inalterable, y se perpetúa de siglo en siglo en medio de los trastornos y ruinas de los gobiernos humanos. Su constitucion, la mas perfecta que pueda imaginar el hombre, lleva en sí misma el carácter de la eternidad que la dió el Hijo de Dios; en vano se inventarán teorías de reforma para destruirla, ella descansa en la piedra inmóvil sobre que la fundó Jesucristo. Puesto á su cabeza el Vicario del Hombre Dios, da leyes con autoridad soberana á todo el cuerpo de los Cristianos, rige con el cetro de paz y de caridad á los que permanecen fieles, y corta con la espada de la justicia divina que tiene en sus manos á todo miembro corrompido. Convoca este Pontífice soberano y preside las asambleas de la Religion; los Pastores oyen en ellas su voz como la del padre comun, y llevan á sus pueblos los preceptos y documentos que emanaron de la Silla de Pedro, como de la fuente de toda la potestad espiritual. Así no hay error, no hay cisma, no hay

plan alguno de impiedad que no sea desbaratado y plenamente confundido por esta sociedad santa: el Señor la cubre desde lo alto con su mano Omnipotente, y ella tiene depositada en su corazón la palabra de aquel que dijo: *Edificaré mi Iglesia, y todo el poder del infierno no prevalecerá contra ella.*

Basta: este conjunto luminoso de verdades, que son otras tantas muestras de la divinidad del cristianismo, es lo que descubre un hombre reflexivo al leer la historia de la Iglesia; la cual mirada bajo este aspecto es el libro mas útil que se puede ofrecer á todo Cristiano. Esta observacion hizo meditar por largo tiempo á los Editores, deseosos de contribuir al bien de la Iglesia Española, qué historia Eclesiástica darían á luz; porque, debemos confesarlo, no tenemos en España una obra acabada y perfecta en esta clase. Hemos mirado detenidamente las que publicaron en los siglos diez y siete y diez y ocho algunos sabios franceses é italianos, y entre ellas nos ha parecido deber dar la primacía á la que escribió el célebre Abate Berault-Bercastel. La fidelidad, la encantadora sencillez, el criterio, y la filosofía siempre dulce y humana dirigieron la pluma de aquel historiador ilustrado; su persuasiva y modesta elo-

cuencia, las patéticas descripciones que hace de los martirios de algunos Santos, el análisis siempre exacto de las obras de los Padres, y de las actas de los Concilios, el medio por fin que guarda siempre entre una prolijidad fastidiosa y una concision poco instructiva, le han merecido los elogios y las mas justas alabanzas. Él supo vencer las muchas y grandes dificultades que se ofrecen á primera vista á todo el que emprende escribir la historia de la Iglesia. Los objetos tan elevados y sublimes, y los hechos sin cuento, y sumamente prodigiosos que aquella contiene se ven delineados por el Canónigo de Noyón de un modo sencillo á la par que elocuente.

No obstante, algunas opiniones propias de muchos escritores Franceses se notan en esta excelente obra, que todo Español debe evitar. En la cuestion en que se disputan los derechos de la suprema autoridad del Romano Pontífice, nada mas seguro para el hombre católico que oír y obedecer ciegamente la voz de aquel, á quien Dios puso para apacentar á las ovejas y á sus Pastores particulares. Á nadie pues parezca extraño si en la traduccion libre que presentamos de la historia de Berault huimos de todo aquello que pueda ofender la crítica jus-

ta é ilustrada de los que en materias de disciplina y gobierno eclesiástico siguen invariablemente, y están unidos con los lazos mas estrechos á la Cátedra de Pedro, centro de toda verdad, y unidad religiosa.

La primera traduccion española de la historia de Berault nos ha parecido no corresponder en esta parte á nuestros deseos. Á mas, como observan los sabios Editores de la Biblioteca de la Religion, *la version de los cuatro últimos tomos está muy alterada, pues suprimió algunas cartas de la correspondencia de Jansenio, que contiene el original, con otros trozos interesantes, y algunas veces varió el giro de la expresion.* Prometieron tambien los traductores dar en cada tomo en forma de notas una breve noticia de la Historia Eclesiástica de España en cuanto la omitió el autor; mas por causas que ignoramos solo se ven estas notas en los dos tomos primeros. Todo esto pues nos ha inducido á emprender una nueva traduccion mas correcta en cuanto nos sea posible, aunque algunas veces seguimos y copiamos la primera, á saber es, cuando no se aparta de los pensamientos del original. Añadiremos en cada libro y en sus lugares propios las notas mas interesantes sobre nuestra santa Iglesia de España, bien que será siempre

con la brevedad que es propia de este género de ilustracion, pero sin omitir quanto sea necesario y útil saber.

La continuacion de esta misma historia hasta el Pontificado inclusive del Santo Padre Leon XII. dará un nuevo y singular mérito á esta edicion. El siglo diez ocho tan fecundo en hechos propios de la historia de la Iglesia como en los que pertenecen á la civil, y la parte del diez y nueve que transcurrió hasta la muerte de aquel Sumo Pontífice, nos darán abundante materia para llenar dos tomos iguales á los de Berault. Los procedimientos é intrigas de los Jansenistas posteriores á Clemente XI. con todas sus consecuencias; las variaciones interminables de la Iglesia Anglicana y demás sociedades protestantes; las nuevas conquistas que ha hecho la fe católica en los países de ultramar; las actas de los Santos; la cuestion importantísima de los Ritus de China, Siam y Malabar terminada felizmente por Benedicto XIV.; las obras de este sabio Pontífice, y demás escritores eclesiásticos, que florecieron en esta larga época; los errores de los incrédulos; los trabajos inestimables de los modernos Apologistas de la Religion; la funestísima revolucion francesa con todos los horrores de la persecucion que escitó contra la Iglesia y

sus ministros la Asamblea constituyente, continuaron la Convencion y el Directorio, y llevó al último extremo el Tirano de la Europa; las últimas revoluciones ocurridas en nuestra España, Portugal, Nápoles y Cerdeña por la parte que mira á la Religion, y á la Iglesia; las sociedades tenebrosas de Iluminados, Francmasones, &c. &c.; por último los hechos principales cuya noticia merezca un lugar en la historia de la Iglesia ocuparán las páginas de la continuacion.

En ella tambien pondremos las notas que juzguemos mas necesarias para la inteligencia é ilustracion de los hechos mas principales: por manera que toda la obra forme un conjunto parecido en todas sus partes. El sabio Berault tuvo por mas conveniente no añadir nota alguna, creyendo, como dice en el prólogo, que disminuyen á las veces el interés de la lectura principal, y dejan obscuridad en el testo, ó en el espíritu del lector; mas nosotros debiendo cumplir lo que hemos ofrecido, las creemos absolutamente necesarias, puesto caso que seria destruir el testo del autor si hubiéramos de añadir en él las noticias sobre la Iglesia de España que son para nosotros la parte mas interesante de la historia. Y si bien es cierto que el lector menos

atento se confunde entre notas, y original, los que leen la historia con la reflexion debida, dan el justo precio que se merece una nota, en la cual se aclara un hecho singular, ó se fija la época de los sucesos, ó se manifiestan los fundamentos de una opinion. Tal es el plan que nos hemos propuesto, el que seguiremos constantemente en esta edicion. No presumimos tanto de nuestras débiles fuerzas, que creamos nuestro trabajo libre de todo defecto. Sin embargo confiamos en que el Señor que ve hasta el fondo del corazon humano aprobará nuestros designios, y el público hará justicia al deseo que manifestamos de serle útil, y á la pureza de nuestra intencion.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## PRÓLOGO DEL AUTOR.

Inútil juzgarán nuestro trabajo algunos lectores cuando vean anunciada esta nueva Historia Eclesiástica, diciendo que las publicadas hasta el día bastan á contentar sus deseos: pero otros, quizás los mas instruidos, que ansian una obra que ocupe el lugar medio entre la de Fleuri y la de Choisi, ensalzarán nuestro intento de dar á la luz pública una Historia de la Iglesia, no tan voluminosa como la de Fleuri, y mas instructiva y filosófica que la de Choisi.

Nosotros no presumimos tanto de nuestras propias fuerzas que creamos dejar en zaga al primero en la crítica, en la exactitud, en la eleccion y órden de las materias, y en la elocuente y persuasiva sencillez del language (\*); pero treinta y seis gruesos volúmenes del autor y de su continuador arredran á muchas de las personas para quienes principalmente se escribe esta Historia, cuales son los eclesiásticos jóvenes y los piadosos seculares que desean imponerse por principios en el conocimiento de su Religion. Cuando una necesidad absoluta y universal determinase todos los puntos de que trata el autor, la estension naceria

(\*) Para no equivocarse el lector en la idea que forme del mérito literario de la historia del Abate Claudio Fleuri, deberá leer con atencion la crítica que escribió de esta obra el Doctor Marqueti, y la Biblioteca de Religion, tom. 6. pág. 250, tom. 15, pág. 37, 39, 83, 86, 103, 137 y 147, y tom. 17, página 334 y 335.

entonces de la materia misma, y sería preciso conformarse con ella, sin ir tras un laconismo imposible y nocivo: mas tenemos para nosotros que gran parte de esta obra es inútil al mayor número de los lectores de que hemos hecho mencion.

Sería de desear, por el contrario, que la historia del Abate Choisi no fuese tan compendiosa, y que el escritor no hubiese temido, como dice él mismo, alargarla demasiado y recargarla de erudicion. Sin haber aumentado los volúmenes, pudo haber acrecentado la utilidad, elevándose mas y concretándose á su objeto. Ensartar á cada página lo sagrado con lo profano, las intrigas del mundo y de la corte con las austeridades del desierto ó del claustro, no es escribir la Historia de la Iglesia, sino la universal de las naciones.

Agréguense á estas dos Historias Eclesiásticas varios compendios, ó muy lacónicos que solo sirven para traer á la memoria lo que ya se sabe, ó muy difusos y mas dignos por esta sola razon del título de Historia que la obra de Choisi, pero en los cuales se echan menos muchas observaciones críticas. Nosotros nos abstendremos con la mayor circunspeccion de tocar todos aquellos puntos que pudieran dividir los ánimos, ya por no haber en ellos seguido los autores principios fijos, ya por haberse separado alguna vez de ellos á pesar de reconocerlos, y nos contentaremos con enunciar generalmente las máximas mas sanas y juiciosas.

Lo arriba dicho sobre el método de los dos his-

toriadores, entre los cuales queremos conservar un lugar medio, es bastante para dar una idea del plan que nos hemos propuesto. Es nuestro intento juntar en una obra de mediana estension, las ventajas particulares de las diferentes Historias de la Iglesia publicadas hasta el dia, omitir lo supérfluo, suplir lo defectuoso, y hacer proporcionada en fin esta Historia, por su justa estension y metódica simplicidad, á la capacidad de los fieles que desean imponerse por principios en la santa Religion. Creemos que una obra de esta naturaleza no será inútil, á pesar de las que tenemos sobre la misma materia, y pensamos no poderla desempeñar de otro modo, que aprovechándonos de las tareas de tantos autores que allanaron sucesivamente este camino; porque sus escritos ofrecen materiales prontos, dispuestos en gran parte y presentados con mas ó menos ventaja, y vemos hasta donde llegaron felizmente y hasta donde podian haber llegado. Tratamos pues de evitar sus preocupaciones; de investigar algunas veces las fuentes con mayor diligencia que ellos; de consultar algunos monumentos que despreciaron, ó que en su tiempo no estaban descubiertos; y no confiaremos esclusivamente en este ó en aquel autor, ni en los escritores de tal ó tal partido; solo el amor de la verdad será el norte que guiará constantemente nuestra pluma. Así, aunque carezamos de la profundidad de nuestros guias y modelos, podremos recoger algunas verdades, que con un paso mas hubieran descubierto; y sin hacer alarde de acertar al blanco, nos acercaremos á él cuanto nos sea posible.

¡Á Dios pluguiese que solo tuviéramos que ordenar las materias y juntar lo que se halla esparcido en una multitud de obras, que pocas personas pueden leer ni adquirir! No tendremos la menor dificultad en sacar de todos los autores, como es preciso para la sustancia de las cosas, lo necesario, seguir su método, tomar los pasages mas interesantes, y aun valernos de aquellas espresiones propias y exactas, consagradas por el uso de los doctores santos y de los escritores mas fieles, con especialidad en materia de dogma, en que es tan peligroso querer innovar cosa alguna. Ningun lector sensato llevará á mal, que en varias ocasiones nos expliquemos como los historiadores que trataron antes que nosotros los mismos asuntos; pues muchas veces no hay mas que un solo modo de explicar bien un pensamiento; y en este caso queremos mas repetir las espresiones oportunas de los que nos han precedido, que substituir otras débiles ó impropias, como lo hicieron muchos escritores modernos, por una emulacion mal entendida. Pensamos, y lo decimos sin rubor, valernos de todas las obras antiguas y modernas, que pueden concurrir á enriquecer la nuestra; porque no pretendemos la gloria de la invencion, y nos contentamos con dar á la nuestra, si es posible, un curso libre y fácil, y un estilo suave y natural. Tal es el justo reconocimiento que tributamos á todos los escritores eclesiásticos de mayor nota, y en particular á la historia de Fleuri, como á la mas exacta y á la mas perfecta, ó á lo menos, segun sus mas severos críticos,

como á la mejor coleccion de Memorias para la Historia de la Iglesia. Pero examinemos el objeto ó fin de las cosas, porque es muy importante no perderle de vista.

No andaria sin duda acertado el que quisiera decirlo todo, referir ó tocar todos los sucesos, y contar una infinidad de hechos idénticos y de poco momento. Y ciertamente no podemos seguir mejores modelos, que los escritores inspirados. Aprendemos lo que conviene ó no apreciar, al leer la Historia del antiguo Testamento, que forma la parte primera de la Historia Eclesiástica considerada en toda su estension, los fastos del pueblo de Dios y todas las Divinas Escrituras. En los libros santos se trata del modo mas lacónico de lo meramente curioso, de lo que se mezcla con las cosas humanas y con los intereses mundanos, hablándose solo de ellos por las conexiones que tienen con los objetos de un orden superior. Pero los escritores sagrados, tanto en la Historia de los Hebreos como en la mencion que hacen de las demás naciones, se estienden con placer en todos los hechos y objetos religiosos, en los prodigios de la fe y de la virtud, y en todo lo que levanta y sublima nuestra alma hasta el Dios que se daba á conocer por unos órganos tan dignos. Así es, que el objeto principal de esta Historia de la Iglesia se encaminará á formar el corazon y á mejorar las costumbres. De este modo los hechos aparecerán como la corteza; y sin amontonar todos los de una misma naturaleza, procuraremos elegir únicamente los mas propios para descubrir é incul-

car las verdades sólidas que deseamos establecer; mas no obstante huiremos el tono de moralidad, la profusion de máximas y sentencias, haciendo pocas reflexiones y dejando campo al lector para que haga muchas: pues la Historia debe instruir por los hechos en cuya relacion consiste principalmente.

Por lo que mira á la Historia Eclesiástica, su objeto no es otro que la fe, la disciplina y las costumbres; esto es, el principio y los efectos de la autoridad de la Iglesia, las máximas de su gobierno, los diversos medios de santificar sus miembros, los admirables recursos con que la fortaleció el Espíritu Santo contra todos los esfuerzos que hace el inferno, para romper su unidad y empañar su pureza. Tales son los límites que nos prescribe la naturaleza de las cosas, y á los cuales nos ceñiremos puntualmente, resueltos á no introducir en nuestra obra opinion alguna de la escuela, y mucho menos las de partido. Haremos los mayores esfuerzos por seguir siempre con una atencion religiosa el método del Concilio de Trento, tan lleno de sabiduría como de dignidad, que evitando hasta la mas mínima sospecha de parcialidad, ni adoptó, ni reprobó opinion alguna libre y controvertida entre los ortodoxos. Finalmente, segun nuestro plan, la Historia de la Iglesia es en compendio, ó mejor en sustancia, la Historia de su santa integridad y de las cualidades esenciales que debe conservar con esplendor y sin interrupcion, hasta la consumacion de los siglos. Fundados en este principio invariable y sin perderle jamás de vista, se puede

luego determinar la eleccion y distribucion de los hechos, el fondo y forma de nuestra obra, la union tan difícil de las materias, y las transiciones mas principales. Nos limitaremos pues á los hechos sustanciales. Los que no lo sean, y mucho menos las materias estrañas y profanas, no tendrán lugar en este magestuoso conjunto; lo que en nuestro concepto es de tanta importancia, que en las personas que ocuparon officios relativos al siglo y á la Religion, distinguiremos con la mayor escrupulosidad lo perteneciente á uno y á otro.

De ningun modo debe confundirse en un Príncipe cristiano, lo que obró como Príncipe con lo que hizo como cristiano; al modo que en ciertos Prelados, por egemplo en los del imperio francés bajo la segunda dinastía, y en los de Alemania bajo el gobierno de su actual constitucion, es necesario procurar, y efectivamente lo haremos así, no confundir lo que hicieron como señores temporales, ó como vasallos primeros del imperio, con los deberes y funciones propias del episcopado y del cristianismo.

Así conseguiremos pasar en silencio cosas inútiles y no omitir las necesarias. Desterradas superfluidades y digresiones, ganaremos campo suficiente para tratar de un modo digno los sucesos interesantes á nuestro objeto; y sin disgustar á los lectores con un número infinito de volúmenes, podremos presentarlos, bajo todos los aspectos y con todas sus circunstancias esenciales, indicando los resortes ó el principio de las acciones, el orden y union de los designios, y

los recursos y medios puestos en práctica para ejecutarlos. Tal es el uso que deseamos hacer de esta filosofía tan decantada hoy día en la historia, la cual, aunque á veces degenera por el abuso, es no obstante el alma de la narracion, é impide que venga á parar en un ejercicio vano y estéril de la memoria: práctica tanto mas conveniente para la Historia de la Iglesia, quanto nada contribuye mas á la verosimilitud, sin la cual las verdades mas sólidas con dificultad merecerán la creencia, que tanto importa inculcar.

Por donde el curso de Historia vendrá á ser rápido é interesante, por poco que la egecucion corresponda al proyecto. Aunque no se escribiera sino un compendio muy sucinto, siempre se deberia tratar de este modo lo que se creyese digno de tener lugar en él: porque la inobservancia de estas leyes, hace áridos y pesados la mayor parte de los compendios, é inutiliza muchos rasgos de historia, en donde se ven los hechos tan desnudos y tan en esqueleto, que pierden la instruccion que podian proporcionar.

El camino que hemos elegido, prescindiendo del mérito de otros, es para nosotros tanto mas llano y seguro, quanto mas persuadidos estamos de que no escribimos para los sabios, ni aun para personas entregadas á un estudio profundo y analítico. Estos no se darán por satisfechos con la lectura de Fleuri, de Tillemont, de Baronio y de otros distintos autores que han examinado á fondo algunos puntos de la Historia sagrada: sino que juzgarán necesario beber sus

conocimientos en las fuentes antiguas para no incurrir en los errores á que se espone el que da entero crédito á un escritor, por grandes que sean su reputacion y su mérito. Sin embargo no es la mas numerosa esta clase de lectores tan instruidos; y á nosotros solo nos mueve la utilidad del mayor número, que son todos los que unen al espíritu del cristianismo alguna educacion y cultura, especialmente los eclesiásticos jóvenes y los sacerdotes demasiado ocupados en las funciones públicas de su estado para poder dedicarse mucho tiempo á la lectura de la Historia. Quizás estos leerán una sola vez cualquiera Historia dilatada y profunda, atendiendo á lo mucho que importa conocer bien la Iglesia en cuyo servicio trabajan con tanto afan; mas para sacar alguna utilidad con tal lectura, es necesario familiarizarse con este género de conocimientos, y no contentarse con la tintura imperfecta que deja una leccion rápida, no seguida, y llevada á cabo con harta dificultad y trabajo.

Dividiremos nuestra materia, á saber, la duracion de la Iglesia desde su establecimiento hasta nuestros dias en cuatro períodos, dando á cada uno distinta denominacion segun la naturaleza del mayor número de los sucesos, á fin de que mas facilmente pueda gravarse y durar en la memoria esta lectura. El primer período abrazará la Historia de la primitiva Iglesia con los tiempos inmediatos desde su institucion hasta el siglo sexto inclusive, al que daremos nombre de época de ilustracion y de fervor. Se comprenderán en el segundo los cinco siglos siguientes, en

los cuales la Iglesia fue menos fecunda en grandes ingenios, como lo fueron las demás clases, á cuyos siglos llamaremos tiempo de ignorancia; denominacion que se ha generalizado, pero que todo católico ilustrado ha de entender de un modo comparativo, y no en el sentido en que la usaron los sectarios que la introdujeron. Los siglos doce, trece y catorce, que de la misma manera pueden llamarse siglos de relajacion (\*), entrarán en el tercer período. Finalmente, el cuarto abrazará lo restante de los tiempos modernos hasta el presente en que vivimos, á los cuales bajo dos muy distintos aspectos se les denomina siglos de reforma. Si sigue los principios de la razon y de la piedad, nadie debe tomar en el sentido riguroso que pretenden los enemigos de la Iglesia, la distincion de las cuatro edades. Lo propio que con todas

(\*) Los hereges con el objeto de dar un colorido á sus reformas y á sus escándalos pusieron á estos siglos el nombre de *siglos de relajacion*. Es falso de todo punto que en ellos se cometiesen delitos mas enormes que en la época anterior y siguientes; por el contrario abundaron las heroicidades y los ejemplos de virtud y santidad. Pertenece á esta época la institucion de las Órdenes Mendicantes y otras, á las que profesan odio los hereges, y por cuya razon inventaron este epíteto. Y para mayor convencimiento reflexione el lector sobre las reformas que oponen á esta decantada relajacion.

Berault no sigue las opiniones de estos: pero quizás aquí dió sueltas á su pluma y corrió esta con demasiada libertad. «Cum hæreticis nec nomina debemus habere communia, etenim quandoque ex verbis inordinatè prolatis incurritur hæresis.» Esta nota se ha puesto para evitar errores á algunos incautos, mas de ningun modo para denigrar al autor á quien respetamos, como ya hemos manifestado.

las cosas morales cuyo objeto y circunstancias carecen de límites fijos, acontece con esta division. Por necesidad ha de andar aunado el fervor con la relajacion, las tinieblas con las luces, la corrupcion con la reforma, y la observancia humilde y sincera con la hipocresía estremada, en una sucesion tan dilatada de tiempos: pero afirmamos la fe que aun en los tiempos de mayores borrascas nunca llegó la Iglesia á tal oprobio y obscuridad que fuese interrumpido el ministerio esencial de la edificacion é instruccion necesarias.

Aquí se trata solo por un método riguroso de distinguir unas edades de otras: pero si el amor de la concision y de la claridad nos dictan las espresiones recibidas, la imparcialidad y la justicia nos mandan explicarlas y darles su justo valor, esperando, aunque parezca osadía hablar así, confundir á los innovadores con sus propias innovaciones. Pasemos ya á examinar cada una de estas edades, y á escudriñar el principio de las sanas ideas que intentamos deducir de la narracion de los hechos comprendidos bajo estas cuatro épocas.

Primeramente juzgamos, que nuestra Historia debe principiar desde el descendimiento del Espiritu Santo sobre los Apóstoles reunidos en el cenáculo, que puede mirarse como la cuna de la Iglesia. Podíamos tomar su principio en el nacimiento de su Divino Fundador, pero como el Evangelio nos enseña todo lo perteneciente á la vida mortal de este Hombre-Dios, no hay cristiano que no pueda acudir á esta fuente sagrada tan frecuentada de todos nuestros piadosos

doctores. No sucede lo mismo con los trabajos apostólicos de los primeros discípulos del Hijo de Dios, ni con los operarios que se les reunieron: parte de su historia refieren los hechos de los Apóstoles; pero estos monumentos tan positivos y tan sagrados como el mismo Evangelio, callan algunos sucesos, que no entraban en el plan del historiador sagrado, pero que no carecen de interés y de sólidos cimientos.

Por otra parte descendiendo al exámen de estos primeros siglos, sin duda alguna los mas fecundos en doctrina y en virtud, recogeremos con mucho afán y cuidado los tesoros escondidos en todos los antiguos monumentos; pero no amontonaremos tantas riquezas sin escepcion y discernimiento. La multitud de escritos tan voluminosos de los primeros siglos no detendrá nuestra pluma para su análisis. ¿Quién podría llevar á cabo esta empresa, no solo en una historia compendiosa, pero ni en el plan mas vasto y mejor desempeñado? Por ningun motivo faltaremos al método que nos hemos propuesto, y sin omitir en cada género lo esencial para llegar á nuestro fin, procuraremos evitar la excesiva redundancia, que haciéndonos alejar de nuestro objeto ocasionaria confusion y tedio.

Es bien advertir, que sin pasar en silencio los prodigios de constancia que tanto contribuyeron al establecimiento del cristianismo, y que prueban su divinidad de un modo incontestable, no intentaremos agotar la materia para hacer aplicacion de este principio general á una especie particular, por egemplo, á las actas de los mártires. Porque ¿cómo habríamos

de bosquejar todos los combates de los primeros predicadores del Evangelio y de sus dignos sucesores, de aquella multitud de testigos generosos, que sellaron la verdad con su propia sangre, dándole de este modo la mayor energía, sino en un cuadro dedicado á este solo objeto, y bastante capáz para señalar á cada uno de aquellos héroes el lugar á que se hizo acreedor? Seria escribir la historia particular de los mártires, mas bien que la Historia general de la Iglesia, el enumerar todos sus trabajos y todos sus tormentos, con los interrogatorios y respuestas copiadas estensamente; seria esponerse á displacer á una multitud de lectores desde el principio de una carrera tan prolija.

Procuraremos no obstante satisfacer los piadosos deseos de los fieles, suministrándoles abundante materia de edificacion, extractando de las actas originales cuanto el afecto y la piedad puedan desear; y aun para satisfacer su curiosidad en un objeto tan santo, como la causa de los primeros defensores del cristianismo, presentaremos la traduccion literal de un número considerable de estas actas y los pasages mas notables de todas. Haremos lo mismo con los cánones de los Concilios, con los reglamentos de los primeros Pastores, y con las obras de los Padres. Apelaremos siempre á los monumentos de los primeros siglos en todo preciosos, y como á los mas felices tiempos de la Iglesia; porque estos escritos inestimables componen verdaderamente una parte, y acaso la mas principal de su historia. En ellos se hallan sus leyes fundamentales, se enseñan los usos y costumbres primitivas y

se demuestra hasta su caracter, que es lo mas esencial de nuestro objeto, aun no juzgando sino por la analogía con la historia de cualquiera otro pueblo. Seremos tambien en esta parte moderados, persuadidos de que en ninguna cosa se debe temer tanto el exceso como en las mas excelentes por su naturaleza; y porque creemos, que para adquirir la verdadera sabiduría de los Padres y de los Concilios, no hay mejor medio que subir siempre á las fuentes; pues la presuncion, que en este género inspiran los extractos y analisis, es mas peligrosa que en ningun otro. Uniremos al cuerpo de la Historia todo lo que conviene extractar de los Padres, Concilios y demás monumentos de esta clase, en vez de presentar á cada paso retazos sueltos de erudicion. Cuidaremos de discernir, analizar y compendiar lo mas oportuno y de no acumular los documentos de un mismo tenor; dando en cuanto podamos un aspecto agradable á esta parte doctrinal de nuestra obra. Así reuniremos en esta coleccion las preciosidades de un modo económico, que sin fastidiar á ningun lector, instruirá bastantemente á los que son el objeto de nuestras tareas.

Seremos todavía mas concisos en la segunda época sin embargo que comprende cinco siglos, contando esclusivamente desde el sexto y último de la edad florida de la Iglesia. ¿Qué bienes reportaria el que nos detuviésemos en las tinieblas (\*), como hacen mu-

(\*) Algunos escritores exageran sin razon las tinieblas de estos tiempos; y otros por el contrario procuran desvanecerlas para preservar á los lectores incautos de los errores en que podian incurrir. Esto mismo hace Berault mas adelante.

chos escritores célebres que con su prolijidad y afectadas repeticiones escitan en los espíritus débiles ideas poco favorables á la Iglesia, y dejan en cuasi todos los lectores verdaderas tentaciones que combatir? Cuando estos autores cargaron con tantas sombras la pintura de esta edad, no son dignos de indulgencia; si este tiempo es nebuloso lo es solo en comparacion, como repetiremos mil veces, con los siglos mas felices; pues en él la Esposa de Jesucristo fue alumbrada del mismo modo por el Espíritu Santo, que en los mas serenos y brillantes. Diremos mas: en medio de estas tinieblas, se deja ver en cierto modo con mas esplendor la asistencia Divina; lo que demostraremos siempre que tengamos ocasion, sin faltar no obstante en parte alguna á la sinceridad que pide la historia. No ignoramos, que esta no es un panegírico, y que no hemos de hacer el elogio de la Iglesia, aunque en todas sus partes sea digna de él, ni tampoco el de los hombres grandes, ó personajes santos mas beneméritos, en quienes se hallan siempre mezcladas con los dones perfectos del Altísimo algunas debilidades de la humanidad. No disfiguraremos en nada los retratos de los primeros Príncipes que la fe se gloria de haber atraído á sus banderas, y mucho menos el de sus favoritos ó aduladores; ni presentaremos á los ojos del lector la monstruosa amalgama de las ideas de Religion y prácticas piadosas con la ambicion romana, con la ferocidad de las naciones septentrionales, y con la corrupcion, perfidia é hipocresía sacrílega de los Griegos.

Desde la invasion de los Bárbaros, y especialmente de los Musulmanes, que tuvieron en opresion regiones enteras pobladas de cristianos, la instruccion y el culto padecieron mucho; y la elocuencia sagrada se resintió al cabo de la barbarie de los que dominaban. Los doctores y los prelados se saborearon con una elocuencia degradada, y en su modo de tratar las ciencias, sin escluir las del santuario, mostraron claramente la estraña decadencia de todos los talentos naturales. Los reinados brillantes de algunos Príncipes cristianos, como Carlo Magno, restituyeron su honor á las ciencias, ó á lo menos á su estudio; de modo que su brillo comparado con las tinieblas que reinaban en todas las demás partes, formaba un contraste singular. Pero la potestad de algunos prelados y la parte honrosa que se les concedió en el gobierno feudal, en el mismo centro de las mas florecientes naciones cristianas, arrastró á muchos, á pesar de las reclamaciones del mayor número, á la disipacion del siglo y al tumulto de la corte. No carecian de vasallos á quienes gobernaban y defendian; tenian las riendas de una parte considerable del imperio, en el cual procuraban que reinase en proporecion de su poder la seguridad y la justicia: querian brillar en las tumultuosas y soberbias asambleas; sostenian las resoluciones que se tomaban en ellas, y se encargaban de hacerlas ejecutar con la fuerza en caso necesario; corrian en fin á la guerra, ó enviaban á ella sus vasallos; y ¡cuánto trastorno nacia de aquí en el ministerio santo! ¡cuánta negligencia en muchas de las

ciencias sacerdotales, y de las funciones modestas y pacíficas del clero! Estos son los abusos que pondremos en claro en cuanto lo exijan la verdad y libertad de la Historia: no disimularemos la grandeza de un mal capáz de conmovér á toda alma sensible por los verdaderos intereses de la Religion; pero este mal se debe atribuir al hombre ó á muchos eclesiásticos, mas no al sacerdocio ni á la Iglesia. Como escribimos la historia de esta y no la de la malicia y debilidad humana, nos estenderemos en este último artículo, solo con el objeto de hacer mas palpable el milagro de la propagacion y conservacion de la obra de Dios, á pesar de todos los asaltos del mundo y del infierno.

Las turbulencias de los siglos doce, trece y catorce de la tercera edad no presentan un campo menos escabroso en las relajaciones que ocasionaron. La ignorancia segun hemos ya observado, comenzó mucho antes á causarlas con gran desórden, pero por la palabra relajacion no entendemos aquellos ímpetus fogosos de las pasiones, aquella inundacion de vicios que provienen de las tinieblas de la razon, y mucho mas de la indiferencia á que precipita este género de estupidez en los principios de las costumbres y de la conducta. Hablamos de una especie de relajacion meditada y reducida, por decirlo así, á sistema por un pueblo que substituye la voz de la presuncion y de la preocupacion á la de sus Pastores: abuso de teniendo muy lejos su origen, se habia fortalecido con el tiempo y la costumbre, con la ig-

norancia y el olvido de las reglas antiguas. Este género de ceguedad no comenzó de un golpe; fueron necesarios siglos enteros de negligencia para descender á tal abismo; y ha de notarse, como lo demostraremos en el curso de la obra, que la doctrina pública jamás se alteró sobre artículo alguno de la ley Divina, ni de la disciplina establecida sobre el Evangelio. En vez de poder citar alguna decision canónica y general en favor de la corrupcion, notamos por el contrario hasta en los tiempos mas calamitosos, que la multitud de los pastores y todos los verdaderos fieles no dejaron de reclamar los antiguos cánones, respetados siempre por todos y practicados por muchos de ellos. Cuando principiaron los hombres á cultivar de nuevo las letras en el siglo doce, los malos estudios, tales euales son en su renacimiento, esto es, mas nocivos que la ignorancia misma, redujeron las preocupaciones á máximas: á lo que contribuyó mas que todo el decreto de Graciano, oráculo de la Europa, ó hablando exactamente de la Italia su patria: pues en Francia se mandó que no se enseñase, sino con sabias restricciones. Las nuevas máximas debieron su fortuna no tanto á los teólogos, quanto á las lisonjas políticas é interesadas de los legistas ó juriscultos.

Mas al fin fueron muchas las personas que no conocieron los fundamentos ruiuosos en que estribaba el nuevo derecho, á saber, las falsas decretales (\*);

(\*) Aunque las Decretales compiladas por Isidoro Mercator, sean falsas ó equivocadamente atribuidas á los Sumos Pontífices cuyo título llevan, no por eso se puede decir, ni es legitima

las que sin embargo no intentamos presentar como un monstruo esterminador y como la causa universal de todos los males de la Religion. Desconfiando con razon de la crítica antigua, y no siguiendo ciegamente la moderna, que solo se dedica á declamar vagamente contra la credulidad de los antiguos, guardemos un justo medio. Y no dejaremos de tener por apócrifas y verdaderamente abusivas las pretendidas decretales, que tanto ruido metieron en el siglo trece y siguientes, conduciéndonos por una regla de prudencia tan esencial. Á vista de un campo tan dilatado, todo el mundo debe reconocer, que no pensamos de modo alguno olvidar la obligacion mas indispensable del historiador, violando ó atenuando los sagrados derechos de la verdad. No es tal nuestro ánimo; nada disimularemos; antes bien ofreceremos á los ojos del lector todas las acusaciones verdaderas ó pretendidas, con la ingenuidad que puede dar la esperanza de verlas convertidas en honor de la Iglesia.

Otro motivo mucho mas fecundo en las cruzadas, ó mas bien, en el modo con que se hicieron estas espediciones, se presenta además de este primer móvil de relajacion que hemos espuesto. Nos abstendremos de pronunciar un nuevo fallo con la temeridad que es tan frecuente en el dia como digna de reprehension, sobre la esencia de estas peregrinaciones militares, y mucho menos sin analizar la conducta

consecuencia que estas causen los abusos que se introdujeron. Véase el tomo primero de la Coleccion de Concilios del Cardinal Aguirre.

de tantos personajes ilustres y virtuosos, sus autores ó panegiristas; diremos solo que para vencer á unos usurpadores bárbaros que se burlaban del mismo modo de las leyes de la razon natural y del Evangelio, todos los pueblos del mundo cristiano se agitaron y conmovieron de tal modo que apenas logró sufocar este entusiasmo una larga serie de siglos. En el seno pacífico de la Esposa de Cristo embrazaron las armas todos. Muchos prelados que creían no ser culpables combatiendo por el imperio, se juzgaron dignos de las recompensas del cielo derramando su sangre por la conquista de una tierra consagrada con la del Hijo de Dios. ¿Cuál seria pues el fervor en los otros estados? Creían fácilmente que los peligros ó trabajos de algunos meses bastaban á satisfacer por todos sus pecados. Sin examinar si era conveniente y hasta qué extremo podia acarrear funestas consecuencias, los egercicios militares sucedieron tambien á las obras de humildad, y á los cánones mas rigurosos de la penitencia; y de este modo comenzaron las leyes penitenciales á decaer y quedar sin efecto. No se trata aquí del derecho de las indulgencias tan antiguo en la Iglesia, y tan sagrado como la potestad de las llaves, sino solo del abuso que puede introducirse en su dispensacion. Arraigadas sin embargo una vez, á pesar del celo de los Pastores, en los pueblos las ideas de dispensa ó conmutacion, se abusó de ellas de un modo extraordinario. Careciendo de medios para pisar la tierra y ciudad santa con las armas en la mano, se procuraba conseguir por ne-

gociacion y á precio de dinero el derecho de visitarlas en peregrinacion: no porque esta no cuente un origen mas antiguo, pero hasta entonces no habian aparecido pueblos en masa cubriendo sin cesar el camino de los lugares santos, con la misma inquietud con que habian caminado en otro tiempo con las armas en la mano. Corrian sin orden estas gentes, no solo á los lugares santificados por la muerte del Salvador, sino tambien á los sepulcros de los santos Apóstoles, á Santiago de Galicia, á las estremidades de la Iberia y á las provincias mas incultas del Norte, donde con las cruzadas se habian establecido nuevos conquistadores y colonos. Por este mismo principio, y contra las reclamaciones de muchos Prelados y terminantes decisiones de los Concilios, trocaron la penitencia en una especie de tráfico, y unas veces quisieron los fieles conseguir con el dinero el perdon de sus pecados, y otras conmutar los placeres con rezar muchas veces el Psalterio. Muchos cristianos seducidos por sus preocupaciones, se lisongearon que podrian recobrar la inocencia y todas las demás virtudes, sin un verdadero arrepentimiento interior, ó á lo menos sin aquellas mortificaciones y pruebas sólidas que son señales de perseverancia.

Se substituyeron las prácticas de una devocion arbitraria á los mas graves é incontrastables deberes del estado. Trasladábanse á Roma algunos Obispos de las sillas principales, no solo de las provincias circunvecinas, sino tambien desde las Islas Británicas, y de lo mas retirado de la Alemania y de la Escandinavia: y

no contentos con haber tributado al sucesor de San Pedro un vasallage propio para afianzar los vínculos de la unidad, y comunicar á los pueblos el respeto debido á la Cátedra donde existe el centro de ella; muchas veces multiplicaban estos viages, y pasaban mucho tiempo lejos de sus ovejas, espuestas por lo mismo al engaño y á la corrupcion, y con pretesto de utilidad en nada comparable con los frutos de la residencia pastoral. Tambien los Soberanos Pontífices además de los justos motivos que les asistieron para alentar algunas veces á los Príncipes y á los pueblos, lo verificaron tambien en otras épocas, en que solo debian edificarlos con la fama de sus virtudes y con los oráculos emanados inmediatamente del sepulcro de los Santos Apóstoles, y aun sentaron su residencia lejos de los lugares en donde Pedro habia puesto su silla.

La Iglesia de Roma reducida á una triste viudéz, aunque sin carecer de Esposo, por un largo espacio de años solo tuvo noticia de su eleccion y su muerte, esto es, del principio y fin de su union con ellos, sin haber disfrutado su presencia. Algunos Papas la olvidaron por el amor natural á su nacion, siendo así que en calidad de padres comunes de los fieles, todo el mundo cristiano era su patria. Gimieron otros, aunque inútilmente, á vista del estado violento en que los tenia la potestad política, á fin de perpetuar su dependencia. Últimamente irritados los Romanos por el dolor, y alarmados por el interés, principiaron á distinguir entre la Cátedra y el Ponti-

fice que la ocupaba: tuvieron para sí, ó fingieron juzgarlo, que el centro de la unidad tocaba mas al clima que al carácter Pontifical, y que no podia subsistir mas tiempo la potestad de San Pedro tan distante de la ciudad en donde él mismo la habia constituido. Provino de aquí la multiplicacion de esta dignidad preeminente, que necesariamente es una y se arruina multiplicándola; y de aquí las rupturas é intrusiones, que cuanto mejor se paliaban mas funestas eran. La vista mas perspicáz no podia distinguir cual era el Pontífice legítimo; oyendo hablar no como en otro tiempo en ciertas circunstancias extraordinarias y poco permanentes, de un cisma evidentemente malo, sino en defensa de los derechos de cada parte espuestos con las mas plausibles razones: y llegó á tanto la confusion, que en lugar de un Sumo Pontífice se contaron tres á un tiempo, temiéndose que llegasen á un número mayor. Entonces fue cuando los Príncipes y los Prelados, el pueblo y el clero, y todos los fieles se apresuraron á poner diques á este grave mal; y por todas partes se concibieron proyectos de restablecimiento y reforma. Aquí acaba la tercera edad de la Iglesia, ó los siglos de la relajacion mas larga y mas singular que ha llorado, cuya historia correrá con la misma rapidéz que la de la edad precedente.

Seguiremos el mismo plan que en la primera en la cuarta y última parte: porque su utilidad no puede ser mas grande ciertamente; pero como no se ha escrito hasta ahora con tanta diligencia y exactitud

como las tres precedentes, reclama de nosotros un cuidado particular y una estension que nada deje que desear: y por otra parte como se acerca á los tiempos en que vivimos, se nos presentan en gran copia hechos mucho mas conocidos, ó con circunstancias que exigen mas ilustracion.

No por esto deben temer nuestros lectores, que sacrifiquemos cosa alguna interesante, por seguir un método igual y simétrico con el de las épocas anteriores, y por afectar una brevedad mal entendida. Pueden suprimirse hartas cosas en estos últimos siglos y en los que les preceden inmediatamente, aunque no sea mas que los retratos y elogios de un sin número de personas de mérito subalterno ó fingido, indiferentes para nosotros y venerados de los escritores de partido. ¿Qué nos importan, ó qué interesan al cristiano humilde aquellos declamadores vocingleros, cuya celebridad consiste solo en su arrogancia, y que se erigian en reformadores con tanta mayor audacia, cuanto el papel que representaban no era bastante visible para que cayesen sobre ellos los golpes de la reforma? Hubo sin duda desde los preliminares del Concilio de Pisa hasta la conclusion del de Florencia, hombres respetables por su ciencia y virtud, que con tanta sabiduría como justicia reclamaron la pureza de la antigua disciplina: pero al mismo tiempo causaron mucho escándalo los clamores de otros sediciosos sobre la decadencia del espíritu de la Iglesia en su Cabeza y en sus miembros. ¿Cuántas lágrimas no debemos verter á vista de la

funesta revolucion que hicieron en los ánimos, contra el respeto debido al Episcopado y á sus santas asambleas? Ya por la manía que agitó al principio infructuosamente á una caterva orgullosa de censores sin mision, ya por el restablecimiento efectivo del orden ó de aquella disciplina fundamental, conforme al espíritu del Evangelio, la cual puede tener sus dias de gloria y obscuridad, pero que jamás se extinguirá, puede llamarse esta edad de reforma. ¿Y quién sobre este particular no hará la merecida justicia á los padres del Concilio de Trento? No es nuestro ánimo examinar ahora la gratitud que la Iglesia nuestra madre, y todos nosotros debemos á estos dignos oráculos del Espíritu Santo; llevamos ánimo de añadir en cada parte de nuestra Historia un discurso sobre cada edad de la Iglesia, y dejamos para entonces el conocimiento de las inestimables utilidades que este santo Concilio ha proporcionado al mundo cristiano. Observemos solo en este lugar el estado de la Iglesia en nuestros dias, la honestidad del clero, el vigor de las leyes que la mantienen, y la infamia que llevan consigo los vicios contrarios, y comparemos todo esto con aquellos tiempos desventurados en que el concubinato de los clérigos, por ejemplo, no era notado con toda la infamia que merece, ni les privaba del honroso ministerio de los altares, ni del libre goce de sus rentas. Hecho este paralelo, ¿quién no confesará que Jesucristo nunca abandona á su Esposa, aunque á veces pruebe su fortaleza; y que si esta postrera edad no eclipsa en esplendor á la pri-

mera, al menos en el período de que se compone, no se descubre sombra alguna en la frente de la Iglesia, ni se ven marchitar su hermosura y santidad, dones tan permanentes como la verdad misma?

Mostrar en esta obra la proteccion perpetua del Señor sobre toda su grey, la santidad de la Iglesia y su infalibilidad, su hermosura y esplendor hasta en los tiempos de mayores tinieblas, y á pesar de las manchas que desfiguraron á no pocos de sus miembros, es nuestro designio. Nada es mas propio para encender é inflamar nuestra fe, y comunicarla aquel grado de vida y vigor, sin el cual este don nos serviria de mas rigurosa condenacion, á pesar de ser siempre fecundo por su naturaleza en frutos de bendicion y salud, ó por nuestra culpa, en frutos de perdicion y de muerte.

La utilidad de la Historia Eclesiástica queda demostrada con esta reflexion, y es inútil añadir cosa alguna á lo que otros han dicho sobre tal punto: y además desear ser concisos en la narracion, y estenderse antes de comenzada, seria una especie de contradiccion. Nuestros lectores juzgarán de las qualidades de esta obra: pero pueden estar seguros de que nada diremos que no lo creamos necesario para la comun utilidad.

Debe tenernos en alarma contra todo espíritu de ambicion ó vanagloria lo grandioso del asunto que vamos á tratar: y solamente la necesidad de traer á la memoria de los lectores cristianos los rectos principios del buen gusto y de la sana lógica nos mueve

á decir dos palabras sobre la sencillez del estilo y del método que hemos creido de nuestra obligacion seguir.

Todo debe ser noble y sencillo en una materia tan santa; no se nos oculta que es necesario agradar para conseguir con mas seguridad la comun edificacion; pero que la verdad, la sencillez y la sana razon contribuyan principalmente á este triunfo. Ha de persuadirse un autor que el pretesto de la piedad no autoriza para abandonarse á la negligencia, y que su estilo debe unir á la exactitud y correccion la naturalidad y el juicio. Aunque nuestros contemporáneos sean inclinados á la hinchazon y escesiva finura en todo género; aunque se haya propagado en la república de las letras la epidemia del lenguaje epigramático y sentencioso; aunque reinen la energía hinchada y la afectacion pueril en los escritos; y aunque los ofusquen el brillo falso de los pensamientos, y la novedad forzada de las palabras; la enfermedad no ha sido tan general por estar aun inmediata al siglo mas florido de nuestra literatura, que menosprecien los lectores cristianos una obra libre de la afectacion propia de los corruptores del buen gusto y de los enemigos de la Religion.

Hemos procurado no imitar á estos ni en el estilo ni en el método; y hemos creido deber conformarnos con la práctica de los antiguos en uno y otro. Porque por mas que se traten en tono de cuentos frívolos los puntos mas graves de la Historia, y que los hombres de estado se conviertan en moralistas ó declamadores romancescos; por mas que se dividan los

fastos de la Iglesia y de los Imperios en secciones y párrafos; diremos que nuestro talento no alcanza á interesar la atencion de los lectores, conduciéndolos por sendas desconocidas á toda la antigüedad. No por esto fallamos contra el celo ingenioso que se aviene hasta cierto punto con la flaqueza de los lectores, ni censuramos en general la manera nueva de poner la historia de cada siglo reducida á cinco ó seis puntos principales. Este método puede emplearse en un compendio conciso, y sirve para recordar y hallar fácilmente lo que ya se sabe ó se ha leído en otras obras. Mas grande abuso seria proponer tal método como una feliz invencion, y querer sustituirla al método de todos los grandes historiadores, que no conocieron mas orden que el de los tiempos y acaecimientos. Como ellos creimos, que tal método nos precisaria á cortar los hechos, y quitar á la Historia toda su hermosura, ó caer en repeticiones molestas que no se podrian tolerar ni aun con todo el adorno de la elocucion, como se demostraria fácilmente. Mas baste lo dicho para dar razon de nuestro parecer, y preparar los ánimos á los fines propuestos, que no son otros que la gloria de la Iglesia y la edificacion de nuestros hermanos. ¡Quiera el cielo que finalizemos nuestra empresa con la misma sencillez y rectitud de intencion que acabamos de esponer! El tener á la mano unas tablas cronológicas, lo recomendamos en especial á los que quieran profundizar en la leyenda de la Historia. Algunos compendios históricos bien recibidos del público, podrian servir de tipo; pero será mu-

cho mejor hallar en la misma obra todas estas ventajas. Por esto añadimos tambien á cada tomo unas tablas cronológicas, además de los bien circunstanciados sumarios, con cuyo auxilio se presentan y rememoran los hechos mas importantes.

No llenaremos las márgenes de cálculos ó datas, que seria preciso por consiguiente aumentar con exceso y casi siempre confundir en una historia compendiada cual es esta. Referimos muchas veces en una misma página hechos sucedidos en tiempos y lugares muy diversos, porque seria causa de error el poner la misma data, y por otra parte ocasionaria notable confusion asignar todas las fechas que exige una exacta cronología. Incurririamos pues en otro obstáculo mayor por soltar estos, cual seria vagar de incidente en incidente, de una region en otra, interrumpir la narracion mas interesante para anunciar la muerte de un Papa ó de un Emperador; y para decirlo de una vez, romper á cada instante el hilo de la Historia, contra los principios y práctica de los mejores historiadores de todos los tiempos. Nada dejaremos sin embargo que desear en cuanto al orden y cronología conveniente á nuestros lectores. Y además de las datas que indicaremos en la narracion, siempre que sean necesarias, señalaremos en el frontispicio el espacio de tiempo comprendido en cada libro, que es todo cuanto puede desearse en esta materia.

Convencidos de que el uso de las notas tan comun en el dia, aminora el interés de la lectura principal, y aun hace obscuro el testo, y deja dudoso al lector

que muchas veces no se digna leerlas, hemos cuidado de que esta obra no las necesite, á egemplo de los antiguos cuyo language simple y claro no daba campo á interpretaciones supérfluas para entender las ideas á lo menos entre sus contemporáneos (\*).

Seria igualmente interrumpir la atencion poner una multitud de citas al margen. Nuestro objeto no es hacer á los lectores eruditos, porque creemos que para el mayor número basta prevenir que nos valemos siempre de las mismas fuentes donde bebieron su doctrina todos los buenos autores: y cuando juzguemos que hay razones poderosas para apartarnos de las opiniones adoptadas por costumbre; por preocupacion y sin un exámen suficiente; ó cuando la lectura de algun pasage extraordinario pueda ocasionar dudas ó una racional curiosidad, citaremos con la mayor escrupulosidad los guias que hayamos seguido en la travesía.

(\*) Véase el párrafo último de la advertencia preliminar.

## RESUMEN DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL LIBRO PRIMERO.

N.º 1. *Introduccion.* 2. *Antigüedad de la Religion Cristiana.* 3. *Necesidad general de la fe en el Redentor.* 4. *Figuras que anunciaron al Mesias.* 5. *Profecias.* 6. *Su cumplimiento.* 7. *Perfeccion de la doctrina del Evangelio.* 8. *Operaciones y virtudes prodigiosas de Jesucristo.* 9. *Su Ascension.* 10. *Eleccion del Apóstol San Matías y venida del Espiritu Santo.* 11. *Conversion de tres mil Judios obrada por San Pedro.* 12. *Cura San Pedro milagrosamente á un cojo, y predica en el Templo.* 13. *Conversion de cinco mil hombres.* 14. *San Pedro y San Juan son puestos en prision con el cojo curado.* 15. *El Sinedrio prohíbe á los Apóstoles que prediquen.* 16. *Fervor de los primeros Fieles.* 17. *Esenos.* 18. *Disciplina de la primitiva Iglesia.* 19. *San Bernabé es unido al Apostolado.* 20. *Castigo de Ananias y Safira, con otros milagros y conversiones.* 21. *Modo de proceder de la Sinagoga contra los fieles.* 22. *Gamaliel modera la precipitacion del Concilio.* 23. *Azotan á los Apóstoles.* 24. *Institucion de los primeros Diaconos, y martirio de San Estévan.* 25. *Persecucion general en Jerusalem.* 26. *Progresos de la predicacion del Evangelio en Palestina.* 27. *Y del Diacono San Felipe en Samaria.* 28. *Simon mago.* 29. *Es bautizado el Eunuco de Canda-*

ces. 30. Falso celo y violenta manera de proceder de Saulo. 31. Se convierte. 32. Va á Jerusalem en busca de San Pedro. 33. Calumnias de los Judios contra los fieles. 34. En virtud de las informaciones que Pilato dió á Tiberio, éste concibe la idea de colocar á Jesucristo entre los Dioses. 35. Es desterrado Pilato y se desespera. 36. Fin de Herodes y de Herodias. 37. San Pedro visita las Iglesias de Judea. 38. Curacion milagrosa de Eneas. 39. Resurreccion de Tabita. 40. Vocacion de Cornelio. 41. Los fieles de Antioquia son los primeros que empiezan á llamarse Cristianos. 42. Santiago el mayor es degollado por orden de Herodes Agripa. 43. San Pedro es libertado de la prision por un ángel. 44. Muerte de Agripa. 45. Se traslada la Cátedra Pontificia desde Antioquia á Roma. 46. San Evodio es elegido primer Obispo de Antioquia. 47. Fundacion de la Iglesia de Alejandria por San Marcos, y su Evangelio. 48. San Pedro escribe su primera Carta. 49. Glaucias intérprete de San Pedro. 50. Dispersion de los Apóstoles. 51. Evangelio de San Mateo. 52. Se recogen y envian limosnas á los pobres de la Judea. 53. Comienza Saulo su carrera de Apóstol de las Gentes. 54. Prestigios y castigo de Elimas en la isla de Chipre. 55. Se convierte á la fe el Proconsul Sergio Paulo. 56. Saulo muda este nombre en el de Pablo. 57. Juan Marcos se separa de Pablo y Bernabé. 58. Paulo predica á Jesucristo en la Sinagoga de Antioquia de Pisidia. 59. Convierte en Iconio á un gran número de Judios y Gentiles. 60. Santa Tecla Virgen y

Protomártir, ó Mártir primera. 61. Pablo y Bernabé son tenidos por Dioses. 62. San Pablo es apedreado por los habitantes de Listra. 63. Emprende nuevos viages. 64. No permite que Tito se circuncide. 65. Resiste á Cefas. 66. Obstinacion de Cerinto. 67. Concilio de Jerusalem cuyos decretos llevan á Antioquia Judas y Silas. 68. Separacion de Pablo y Bernabé. 69. Timoteo. 70. San Lucas Evangelista. 71. San Pablo convierte en Macedonia á una comercianta de Lidia. 72. Cura á una endemoniada. 73. San Pablo y Silas son azotados con varas, y despues libertados milagrosamente de la prision. 74. Los Magistrados de Filipos les dan satisfuccion. 75. Predica San Pablo en el Areópago. 76. Sus trabajos en Corinto. 77. Aquila y Priscila, y cartas á los de Tesalónica. 78. Publicacion del Evangelio de San Lucas. 79. Apolo. 80. Milagros y progresos del Evangelio en Éfeso. 81. Los Idólatras se amotinan contra el Apóstol. 82. Primera Epistola á los de Corinto, y desórdenes de esta ciudad. 83. Apolonio Tianéo ó de Tiane. 84. Segunda carta á los de Corinto. 85. Carta á los Romanos. 86. Carta á los Gálatas. 87. Carta primera á Timoteo. 88. Carta á Tito. 89. Resurreccion de un jóven en Troade. 90. Vuelta del Apóstol á Judea. 91. Agabo profetiza en Cesaréa. 92. Preocupaciones de los Judios contra el Apóstol. 93. Le prenden tumultuariamente. 94. El Tribuno Lisias toma bajo su custodia la persona del Apóstol. 95. Comparece San Pablo en el Consejo de los Judios. 96. Anano Sumo Sacerdote.

97. *Conspiracion de los Saduceos contra San Pablo.*  
98. *Le conducen á Cesaréa.* 99. *Felix Gobernador de Palestina.* 100. *Su muger Drusila protege al Santo Apóstol.* 101. *Apela al César y comparece ante el Gobernador Porcio Festo, el Rey Agripa y la Princesa Berenice.* 102. *Prediccion del Apóstol en una tormenta.* 103. *No recibe daño de la mordedura de una vívora.* 104. *Curacion milagrosa que obró el Apóstol en la isla de Malta.* 105. *Llegada de San Pablo á Roma.* 106. *Sucesos de San Lucas.* 107. *Martirio de Santiago el menor.* 108. *Anano es depuesto del Pontificado.* 109. *Carta de Santiago.* 110. *Carta de San Judas.* 111. *San Simeon Obispo de Jerusalem.* 112. *Conversiones que hizo San Pablo en Roma.* 113. *Carta á los Filipenses.* 114. *Conversion de Onesimo.* 115. *Carta á Filemon.* 116. *Carta á los Colosenses.* 117. *Carta á los Efesios.* 118. *Carta á los Hebreos.* 119. *San Pablo es puesto en libertad.* 120. *Trofimo de Arlés, y Crescencio de Viena.* 121. *Viages Apostólicos de San Pedro y San Pablo.* 122. *Carta segunda de San Pedro.* 123. *Anuncian los Apóstoles á los fieles la ruina del Templo y de Jerusalem.* 124. *San Pablo es encarcelado de orden de Nerón.* 125. *Epistola segunda á Timoteo.* 126. *Fin de Simon Mago.* 127. *Se aparece Jesucristo á San Pedro.* 128. *Martirio de San Pedro y San Pablo.* 129. *Persecucion de Nerón.*

---

---

## HISTORIA DE LA IGLESIA.

---

### LIBRO PRIMERO.

*Desde el establecimiento de la Iglesia hasta la muerte de los Apóstoles San Pedro y San Pablo en el año 66.*

#### INTRODUCCION.

1. **T**an antiguo es el origen de la Iglesia como el género humano: y si consideramos la Religion de Jesucristo en toda su estension, veremos que comienza desde la caída del primer hombre, ó desde la promesa que le hizo Dios de un Redentor, un momento despues que se hiciera él esclavo del demonio. Desde entonces el hombre pecador, á quien trató el Señor de muy diferente modo que á los ángeles rebeldes, fue elevado á un orden superior á todos los privilegios con que le habia dotado la magnífica y gratuita liberalidad del Criador al tiempo de formarle. Segun la Divina promesa, debia nacer de su prosapia un hijo semejante á él en todas las cosas menos en el pecado, y al mismo tiempo igual á Dios, é Hijo de Dios tan verdadera y propiamente como del

97. *Conspiracion de los Saduceos contra San Pablo.*  
98. *Le conducen á Cesaréa.* 99. *Felix Gobernador de Palestina.* 100. *Su muger Drusila protege al Santo Apóstol.* 101. *Apela al César y comparece ante el Gobernador Porcio Festo, el Rey Agripa y la Princesa Berenice.* 102. *Prediccion del Apóstol en una tormenta.* 103. *No recibe daño de la mordedura de una vívora.* 104. *Curacion milagrosa que obró el Apóstol en la isla de Malta.* 105. *Llegada de San Pablo á Roma.* 106. *Sucesos de San Lucas.* 107. *Martirio de Santiago el menor.* 108. *Anano es depuesto del Pontificado.* 109. *Carta de Santiago.* 110. *Carta de San Judas.* 111. *San Simeon Obispo de Jerusalem.* 112. *Conversiones que hizo San Pablo en Roma.* 113. *Carta á los Filipenses.* 114. *Conversion de Onesimo.* 115. *Carta á Filemon.* 116. *Carta á los Colosenses.* 117. *Carta á los Efesios.* 118. *Carta á los Hebreos.* 119. *San Pablo es puesto en libertad.* 120. *Trofimo de Arlés, y Crescencio de Viena.* 121. *Viages Apostólicos de San Pedro y San Pablo.* 122. *Carta segunda de San Pedro.* 123. *Anuncian los Apóstoles á los fieles la ruina del Templo y de Jerusalem.* 124. *San Pablo es encarcelado de orden de Nerón.* 125. *Epistola segunda á Timoteo.* 126. *Fin de Simon Mago.* 127. *Se aparece Jesucristo á San Pedro.* 128. *Martirio de San Pedro y San Pablo.* 129. *Persecucion de Nerón.*

---

---

## HISTORIA DE LA IGLESIA.

---

### LIBRO PRIMERO.

*Desde el establecimiento de la Iglesia hasta la muerte de los Apóstoles San Pedro y San Pablo en el año 66.*

#### INTRODUCCION.

**T**an antiguo es el origen de la Iglesia como el género humano: y si consideramos la Religion de Jesucristo en toda su estension, veremos que comienza desde la caída del primer hombre, ó desde la promesa que le hizo Dios de un Redentor, un momento despues que se hiciera él esclavo del demonio. Desde entonces el hombre pecador, á quien trató el Señor de muy diferente modo que á los ángeles rebeldes, fue elevado á un orden superior á todos los privilegios con que le habia dotado la magnífica y gratuita liberalidad del Criador al tiempo de formarle. Segun la Divina promesa, debia nacer de su prosapia un hijo semejante á él en todas las cosas menos en el pecado, y al mismo tiempo igual á Dios, é Hijo de Dios tan verdadera y propiamente como del

hombre. Uniendo pues en sola una persona las dos naturalezas divina y humana, tenia un derecho natural á la celestial herencia, y á la posesion y felicidad del mismo Dios: y entregándose á la muerte por sus hermanos segun la carne, les adquirió un legitimo derecho á la participacion de aquellos mismos bienes.

2. De este modo los hombres que habian perdido la gracia de Dios á que la justicia original los habia elevado, por la mediacion del Hombre-Dios llegaron á ser hijos suyos, y desde aquel tiempo se estableció en cuanto á su esencia la Religion de Jesucristo, mas admirable y honorífica para el hombre que el estado mismo de la inocencia.

3. Todos los que vivieron así en la ley natural como en la judaica, debieron creer en el Redentor, y esperar su salvacion de él solo, para conseguir los frutos de esta mediacion Divina, y de sus buenas obras unidas á los méritos de Jesucristo. De aquí es que los padres comunicaban y transmitian á sus hijos esta saludable tradicion. El Señor les recordaba frecuentemente sus promesas, y ora por boca de los justos divinamente inspirados, ora por medio de imágenes ó emblemas oportunos para significar aquella luz, les representaba al Eterno Pontífice y al Reconciliador de Dios [y de los hombres unas veces en el pacífico Rey y Sacerdote de Salém, otras en el paciente y justo Job, en quien les ofrecia como el mas perfecto modelo de justicia, que por medio de la ignominia y de los dolores llegaba á la

posesion de la vida por siempre bienaventurada. A pesar de esto, como los descendientes del primer hombre nacian envueltos en las tinieblas y corrupcion, no se aprovechaban del remedio preparado; antes bien con sus pecados aumentaron la depravacion de su origen, cayendo los mas de ellos en crímenes y errores lamentables, erigiendo templos y consagrando aras al demonio, autor de su caida. El culto religioso de la mayor parte de los hombres consistia en sacrilegas é infames abominaciones.

Á fin pues de que el género humano no estinguiera las luces de la naturaleza y de la razon, y conservase impresa en su alma la idea de la Divinidad verdadera, y la memoria del prometido Redentor, fue necesario separar de la masa carnal y pervertida un pueblo particular, consignando en la multiplicidad y resplandor maravilloso de sus monumentos las sagradas tradiciones, que de otro modo iban á obscurecerse y borrarse del todo.

4. Apareció entonces el padre de los creyentes, obedeciendo á la orden del Señor (1) abandonando la tierra en que habia nacido y trasladándose al pais, que, segun se cree, fue la cuna del linage humano, y entonces era el mas á propósito para traerle á la memoria las misericordias del Altísimo. Renováronse en esta ocasion y multiplicáronse las Divinas promesas unas veces literal y claramente, otras por medio de figuras acomodadas á la naturaleza del tiempo y del clima, y siempre capaces de producir

(1) *Genesis cap. 12. v. 1. y sig.*

en los ánimos las mas vivas impresiones. No solamente prometió el Señor al hijo de Taré, que le haria el padre de una Nacion, cuyos hijos escederian en número á las estrellas del cielo y arenas del mar, promesa que no podia verificarse sino imperfectamente del pueblo Hebreo reducido á los estrechos límites de la Palestina; sino que profetizando á Abrahán, que en un hijo suyo serian benditas las naciones todas de la tierra, señala evidentemente al Mesías, á quien solo podia convenir esta prediccion. Se le manda imprimir en su propio cuerpo el sello de la Divina alianza (1), como un símbolo del carácter indeleble, que debia gravar el sacramento de la regeneracion en el alma del cristiano. En su hijo de bendicion Isaác, que nace contra el orden de la naturaleza de padre anciano y madre estéril, al que se le manda (2) sacrificar sobre un monte, llevando él mismo la leña del sacrificio; se le representa al Libertador tantos siglos antes prometido, y al Hijo de una Virgen que habia de concebir sin perder su integridad, llevando sobre sus hombros al Calvario la Cruz en que debia ser inmolado.

Despues que los descendientes de Abrahán, de Isaác y de Jacob llegaron á formar una Nacion numerosa, y el Señor se dignó sacarlos de la tierra de servidumbre, y quebrantar el yugo de Faraon sin permitir que sus golpes los esterminasen; la sangre del Cordero, que figuraba al que borra los pecados del mundo, fue la salvacion de sus familias.

(1) *Genesis cap. 17. v. 10.* (2) *Ibid. cap. 22. v. 2.*

La multitud de sacrificios, que estableció despues el Legislador de Israel, cuya multiplicacion misma anunciaba su insuficiencia, las purificaciones, obla-ciones, fiestas y demás observancias legales, no tenían virtud alguna sino en cuanto dimanaban de la Divina víctima, de la cual eran figura ó significacion. Pues ¿qué otra cosa representan el carnero emisario cargado de las iniquidades de Israel; la serpiente de bronce elevada en presencia del pueblo para su curacion; la portentosa persona de Sanson, que pelea contra egércitos numerosos, y con su muerte consigue en un momento la libertad de su Nacion; y finalmente Jonás, que despues de tres dias sale sano y salvo del vientre de la ballena, que le habia devorado?

5. Mas si á pesar de esto queda alguna obscuridad en todas las dichas figuras, que solo debian ser imágenes de lo venidero, ¿qué torrente de luz tan grande no derraman sobre ellas las revelaciones y oráculos de los Profetas? No consiente el Legislador del pueblo Hebreo, que ignore, que todas estas leyes no son sino sombras; que las observancias serviles durarian corto tiempo (1) y que el Señor enviaria despues al gran Profeta, á quien debian escuchar. Señálase individualmente el tiempo (2), lugar y circunstancias de su venida (3): la pequeña Belen, á la cual engrandeceria sobre las mas famosas y opulentas ciudades de Israel con su nacimiento: la

(1) *Deuteronomio cap. 18. v. 15.* (2) *Daniel cap. 9. v. 25.*

(3) *Miqueas cap. 5. v. 2.*

Tribu de Judá y la familia de Jesé, de que habia de nacer: la época fija y puntual de su venida (1), tan célebre y notable como era la traslacion del centro de Judá á estrañas manos: el cálculo exacto del tiempo en que debia manifestarse á los hombres: el año mismo en que su pueblo habia de negarle y entregarle á la muerte. Muchos siglos antes, y, como dice la Escritura Divina, antes del nacimiento de la aurora (2), vió David en espíritu á este Hijo, á quien llama Señor suyo, que salia del seno de su Eterno Padre, y en medio del resplandor de los santos se sentaba á su diestra sobre un trono que escedia en solidéz y claridad á las columnas del firmamento: oye la voz del Altísimo, que desde la eternidad le dice: „Yo te he engendrado hoy, el imperio de todos los pueblos es tu herencia, y tu reino será el de la dulzura, de la verdad y de la justicia: y tu imperio no tendrá fin: los límites del universo han de ser los suyos.“

En todos tiempos han publicado las profecías los mismos prodigios: y es de advertir, que cuando la administracion del poder público se confirió á Simon, hermano último de Judas Macabeo, se intima en el decreto de su eleccion (3) que hasta la venida del Profeta verdadero disfruten solo de esta dignidad ó él ó sus descendientes. Íbase propagando la esperanza del Mesías fuera de los límites de la Nacion, á quien Dios quiso manifestarse en un modo particu-

(1) *Genesis cap. 49. v. 10.* (2) *Salm. 2. 44. 71. y 109.*

(3) *Lib. I. de los Macab. cap. 14.*

lar. Job (1) profesa claramente desde el centro de la gentilidad la creencia de un Dios hecho hombre, y nos dice en términos precisos: *que su mas dulce esperanza es la de contemplar algun dia á su Dios y á su Redentor vivo y visible á los ojos de la carne.*

No comenzando desde su establecimiento primitivo la historia de la Religion de este Dios humanado, nos abstendremos de referir toda la serie de profecías. Solo es nuestra intencion preparar los ánimos con lo poco que hemos dicho para la publicacion del Evangelio, ó por mejor decir, para el establecimiento y propagacion de la Iglesia. Mas para desempeñar este punto principal de nuestro designio, nos parece muy del caso presentar antes algunos rasgos de Isaías, el cual mas que un Profeta parece Evangelista del Redentor. Vió á Jesucristo, y nos le muestra tan grande y tan divino como desde toda la eternidad lo es en el seno de su Padre. „¿Quién será capáz, esclama (2), de hablar dignamente de su generacion, mas pura y antigua que la de la estrella de la mañana?“ Por lo que toca á su generacion temporal „una Virgen, dice (3), concebirá y dará á luz á un Hijo, que tendrá por nombre el Admirable, el Hijo de David y del Altísimo, el Ángel del gran consejo y de la fortaleza, el Autor de la felicidad venidera, el Príncipe de la paz, el Emanuel ó Dios con nosotros, quiere decir, Dios y hombre juntamente. Las tinieblas cubrirán la tierra (4), pro-

(1) *Job. cap. 19. v. 25. , 26. y 27.* (2) *Isai. cap. 53. v. 8.*

(3) *Ibid. cap. 7. v. 14. y cap. 9. v. 6.* (4) *Ibid. cap. 60. v. 2. y sig.*

sigue el Profeta; y una obscuridad profunda ocupará las naciones. Pero con el resplandor de la luz que despedirá de sí este Niño en su nacimiento, y desde el momento en que aparezca la estrella de Jacob, los Príncipes y naciones se pondrán en camino, vendrán desde Sabá á ofrecerle su oro y sus aromas, y llegarán cargados con estos ricos dones los Dromedarios de Madian y de Efa. Tendránse por felices los Reyes en que se les confie su crianza, y como si fueran esclavos suyos le adorarán postrados por tierra." En tan sublimes figuras el Profeta nos representa con no menos claridad que espresion los prodigios que debia obrar el Deseado de las Gentes en el orden moral, tan grandes y quizá mayores que en el orden de la naturaleza. „Al venir vuestro Dios (1), les dice, los dolores y gemidos huirán de su presencia. Al verle correrán los cojos como ciervos, hablarán los mudos, oirán los sordos y los ciegos abrirán los ojos. Olvidado el lobo de su ferocidad obedecerá al Pastor como una oveja, jugará el leopardo con el cabritillo, pacerán el leon y el oso en compañía del becerro, y el aguijon del aspid se embotará en toda la estension del monte santo; esto es, segun lo esplica mas adelante el mismo Profeta señalando la causa admirable de este nuevo orden de cosas, el Evangelio proscibirá la crueldad, la violencia, la malignidad y todo género de iniquidades: atribuyendo la causa de este prodigio, á que el conocimiento del Señor llenará, y

(1) *Isai. cap. 35. v. 4. y sig.*

se estenderá por toda la tierra. Indica despues mas claramente el establecimiento y fecundidad santa de la Iglesia, cuando hablando con esta Madre de las gentes la dice (1): „¡rebosa de gozo, y da gritos de alegría, ó tú que no pares hasta ahora, y gimes tantos años en el oprobio de la esterilidad! Porque, esto dice el Señor: los hijos de la muger de quien los hombres no hicieron caso van á aventajar en número á las de la muger casada. Juntaránse los de Asiria, Egipto y de las Islas y de las regiones mas distantes. Olvidarás tu larga viudéz y desamparo, y yo haré que no te acuerdes de la confusion que en tu juventud padeciste. Ensancha el sitio de tu tienda, y estiende las pieles de tus pabellones á derecha é izquierda, porque el que te ha escogido, cuyo nombre es el Señor, el Redentor de Israel, y el Dios de toda la tierra, se une á tí inseparablemente. Yo, prosigue, estableceré vuestra nueva habitacion mas sólida y fuerte que los collados y las montañas; serán de jaspe los baluartes y sus puertas sobrepujarán en brillantéz y firmeza al zafiro y diamante. Pero el apoyo inmóvil de vuestro poderío y felicidad será la justicia y la doctrina, que el Santo de Israel enseñará á vuestros hijos."

Añádense á estos rasgos de grandeza, que indudablemente señalan al Mesías, los dolores y afrentas de que habian de llenarle, cuya descripcion no debia omitir para darnos completa idea del ministerio del Salvador. Porque ofendido Dios con los de-

(1) *Isai. cap. 54. v. 1. y sig.*

litos de los hombres, se habia convenido en perdonarlos; mas no les ofreció un perdon gratuito, sino que al tiempo mismo en que hacia alarde de su misericordia, quiso que se diera satisfaccion á su Magestad y Justicia infinita, y mayor todavía, que la que tomó de los ángeles rebeldes. Solo un Dios podia satisfacer tan plenamente, y no en modo alguno la criatura por mas perfecta que fuese: pero tampoco un Dios podia cumplir con esta satisfaccion sin humillarse y padecer haciéndose hombre. Se requería, pues, un Dios-Hombre, y no hubiera podido llenar el objeto de su venida el Mesías encargado de su reparacion, si no fuera uno y otro juntamente.

Este es el motivo porque Isaías, despues del real Profeta, une á los atributos de Hijo de Dios las penalidades que el Redentor padeció como hijo del hombre, y las anuncia con todas sus particulares circunstancias. Vió David (1) todos los miembros de esta magnífica víctima dislocados en fuerza de los tormentos, clavados los pies y las manos, abrevada su lengua con hiel y vinagre, despedazadas sus vestiduras, su túnica espuesta á la suerte, á sus enemigos insultándole y escarneciéndole, y deseando beber de su sangre: ¡crueldad propia de las bestias mas feroces. El hijo de Amós (2) vió al Hombre de dolores, herido por la mano de Dios, tratado como el mas vil de los hombres, y casi reducido á la nada. Le ve, y describe desfigurado con los azotes como un hombre que tiene el cuerpo cubierto de lepra,

(1) *Salm. 21.* (2) *Isai. cap. 53. v. 2. y sig.*

con los clavos, con la corona de espinas, y en tal modo llagado, que desde los pies á la cabeza, apenas se distingue en él vestigio no solo de su hermosura, sino lo que es mas ni aun de su figura humana; la que, añade el Profeta, se desconoce mas en él, que en un gusano de la tierra hollado con los pies: pero jamás, dice, cometió iniquidad alguna, sino que el Señor le ha cargado con todas las nuestras, y para espíarlas ha sido atormentado en este modo: sus llagas y su oblacion son causa de nuestra salud: fue sacrificado por voluntad suya; y como un cordero, que no habla contra la mano que le degüella, ha sido clavado sobre la cruz sin abrir la boca para defenderse.

No pasa en silencio Isaías otras circunstancias mas particulares de la pasion de Jesucristo, como la oracion que hizo por sus verdugos, el haber sido crucificado entre dos ladrones, y sepultado en el sepulcro del rico José de Arimatea. Pero lo que predice con la mayor complacencia y las mas elevadas elocuciones es la gloria de este mismo sepulcro (1) al que habia de hacer famoso la veneracion de los Potentados mas ilustres, y el concurso de los Príncipes y Pueblos del Norte, del Mediodía, de Oriente y Occidente. En tal modo nos preparaba esta sublime profecia á la inteligencia del enigma del Mediador inmolado; que es como si digera, que en cambio de las penalidades sufridas por los pecados de los hombres, adquirirá una posteridad numerosa,

(1) *Isai. cap. 11. v. 10. y sig.*

despojaria gloriosamente al fuerte armado, daria la libertad á los esclavos y con su propia justicia los haria justos.

Ahora bien: si cotejásemos con estos oráculos profetizados tantos siglos antes la historia del Evangelio, y examináramos si los rasgos de la pintura del Profeta se encuentran en él como en el único objeto que representaba, dejaríamos á nuestros lectores instruidos en la historia Evangélica, que es el mas agradable y piadoso ejercicio. Pero debe ahora bastarnos el indicarles, qué es lo que deben observar con mayor atencion en la vida mortal del Verbo hecho carne.

6. En ella advertirán, que no obstante las maravillas que se obraron en su nacimiento, ocultas unas y otras manifiestas, pero que hicieron poca impresion en los ánimos de los Judíos carnales, pasó la infancia y juventud en la oscuridad del retiro, y en el olvido de los hombres. Al llegar á la edad de treinta años, hizo que le anunciase el Precursor, á quien Isaías llama la voz del que clama en el desierto. Inmediatamente aparece en público, y comienza á predicar: descorre el velo con que estaban cubiertas las profecías, y mediante su voz resuenan por las sinagogas las verdades hasta entonces desoidas. Corren de su boca arroyos de gracia y de luz divina, y cuantos le escuchan se preguntan admirados unos á otros <sup>(1)</sup>: *¿no es este el hijo de José el artesano? ¿De dónde le viene este caudal de doc-*

(1) *Math. cap. 13. v. 55.*

*trina sin haber estudiado?* Porque en verdad no habian visto cosa igual los hombres ni en la explicacion de los misterios divinos, ni en la pureza y sublimidad de las palabras, ni en la potestad sobre todos los espíritus.

Pasando por junto al lago de Galilea <sup>(1)</sup> encuentra á dos pescadores, á saber á Simon, que despues se llamó Pedro, y á Andrés su hermano, que estaban componiendo sus redes; y les dice: *seguidme*: y abandonándolo todo lo egecutan inmediatamente. Une despues á su compañía á los discípulos, que tuvo por conveniente, con tal prontitud, que no deja tiempo al uno de ellos para enterrar á su padre, y con tal constancia, que habiéndose resuelto á seguirle, no le permite mirar atrás. Le sigue con igual ardor un pueblo numeroso: él rige los corazones, ilumina los espíritus, y egerce las funciones del ministerio de la divina palabra de un modo que escede visiblemente el limitado poder de los Escribas y Fariséos.

7. En el primer sermón que tuvo en el monte llenó y aun escedió las esperanzas de la multitud innumerable que le oía. ¡Qué superiores son sus ideas de virtud y de perfeccion á las de todos los Legisladores y Reformadores aun los mas austéros! ¿En dónde aprendió esta moral tan sublime y pura que enseñó en sus primeros discursos? „Si vuestra justicia, decia á sus discípulos <sup>(2)</sup>, no fuere mayor que la de los Escribas y Fariséos, no entrareis en el reino de los cielos. Habeis oido, que fue dicho á vuestros mayo-

(1) *Math. cap. 4. v. 18. y sig.* (2) *Ibid. cap. 5. v. 20. y sig.*

res: amarás á tu prógimo, y (*han añadido malamente*) tendrás odio á tu enemigo; yo os digo mas: amad á vuestros enemigos, y haced bien á los que os calumnian y persiguen. Antes se os decia, que exigieis ojo por ojo, diente por diente; pero yo os mando que seais tan perfectos, que al que os diere una bofetada en la megilla derecha, presenteis la izquierda, y al que os robe la túnica le cedais tambien la capa. Se os mandaba no abandonar la esposa sin darla antes libelo de repudio; pero yo os digo, que cualquiera que despidiere á su muger, si no es por causa de adulterio, la espone á ser adúltera; y el que se casare con la repudiada, es asimismo adúltero. Sabed tambien, que ya ha cometido adulterio en su corazon el que mira con ojos deshonestos á una muger. Os prohibia solo la ley antigua profanar el nombre de Dios; pero yo os vedo que jureis inútilmente ni aun por las criaturas en quienes debéis venerar al Criador. (1) No solo os abstendreis de las obras exteriores, sino tambien de los pensamientos y malos deseos que manchan al hombre, y corrompen su corazon, de donde proceden las malas acciones. No os tendreis por inocentes en los egercicios mismos de la virtud, si no procurais purificar la intencion y los motivos. No publiqueis con trompetas la limosna cuando la hiciereis, como acostumbran los hipócritas; antes bien no sepa vuestra mano izquierda lo que da la derecha. No ansieis la vana recompensa que consiste en el aplauso del mundo, si-

(1) *Math. cap. 6. v. 1. y sig.*

no solo el agradar á vuestro Padre celestial que lee lo mas oculto de los corazones. No reunais tesoros que consume la polilla y puede robar el ladron; atesorad sí para el cielo, y elevad allí todos los deseos de vuestra alma. Es necesario, en una palabra, que seais perfectos como lo es vuestro Padre celestial."

¡Qué máximas, qué legislacion tan sublime! Pero el Salvador confiere la gracia para seguir su doctrina, y la hace grata á las almas mas pervertidas, muy diferente de todos los demás legisladores que proponian reglas sin dar auxilios para practicarlas. Convierte á los pecadores públicos en maestros y modelos de perfeccion: hace con una sola mirada que Mateo el publicano lo deje todo (1), y venga á ser uno de sus mas celosos operarios. Zaquéo (2), el principal de aquellos publicanos tan infamados, egerce una liberalidad que confunde el orgullo Farisaico, y su piedad y humildad igualan á las de los mas fieles. Hace una penitencia tan egemplar la pecadora de Jerusalem (3), que su nombre es elogiado con el de los justos de quienes hace mencion el Evangelio. La desenvuelta Samaritana (4) no solo renuncia á sus desórdenes y al cisma, sino que llega á ser el Apóstol de sus convecinos. Arrepíentese el Ladron en la cruz tan prodigiosamente (5), que el mismo dia en que le proscriben en la sociedad de los hombres, participa de la felicidad de los Ángeles.

(1) *Math. cap. 9. v. 9.* (2) *Luc. cap. 19. v. 2. y sig.*

(3) *Ibid. cap. 7. v. 37. y sig.* (4) *Joan. cap. 4. v. 7. y sig.*

(5) *Luc. cap. 23. v. 42. y 43.*

Acerca á la perfeccion á las almas flacas el divino Autor de la ley de gracia, y concede á los espíritus menos penetrantes la mas alta inteligencia de las cosas de Dios. La mayor parte de los Judios, aunque impuestos en la Ley y en los Profetas, no sabian explicar el primero de nuestros misterios; y si en el nombre del Dios de Israel, *El que es*, comprendian de un modo genérico la independencia, y la infinita perfeccion de su Ser, no alcanzaban á penetrar su Esencia en tres Personas distintas igualmente perfectas.

Salomon propuso á los Hebreos en sus mas felices tiempos esta cuestion singular (1): *¿Decidme, si lo sabeis, el nombre de Dios y de su Hijo?* Ahora pues, Jesucristo nos enseña á todos que este nombre misterioso es el del Padre, que engendra de toda eternidad á un Hijo igual á sí, y que el nombre de este Hijo, que es el retrato de su substancia y la imagen natural de todas sus perfecciones no es otro que el nombre del Verbo. Conocemos del mismo modo al Espíritu Santo con el Padre y el Hijo, que es el Amor substancial del uno y del otro, y el vínculo eterno de su union. El Hijo, que residia en el seno de su Padre, y al mismo tiempo en medio de nosotros, esta luz que ilumina en medio de las tinieblas, era el que debía manifestar á cada uno de los fieles lo que hasta entonces solo alcanzaban los amigos de Dios, como fueron los Patriarcas y Profetas; ¡cosa que causa admiracion á los mismos Querubines! Él es el que debía anunciarnos la verdad de que el Me-

(1) *Proverb. cap. 30. v. 4.*

sias prometido, de que un hombre Salvador de los demás hombres era aclamado al mismo tiempo con el nombre y tributos inseparables de la Divinidad, como á Dios, Hijo de Dios, y juntamente hombre é Hijo del hombre; en una palabra, él es el que debía enseñarnos, que es Dios encarnado, y que á fin de reconcentrar todas las cosas en sí mismo, unió en su Persona la naturaleza divina con la humana. He aquí lo que verificó durante el curso de su ministerio, persuadiendo á cada paso, que descendió del cielo, y estaba tambien en el cielo, y que era hijo de Abrahán, y al mismo tiempo mas antiguo que este Patriarca.

¡Pero con qué dignidad y con qué espíritu tan profundo habla de tan altos objetos! No le arredran de ningun modo estas maravillas cuya perspectiva arrebatava á los mas ilustres Patriarcas y Profetas, y hace mencion de ellas en un tono natural, como propio del que ha estado entre aquellas divinas grandezas, y se explica como á Depositario de los secretos del Eterno.

8. Del mismo modo obra los prodigios de su Omnipotencia: recorre, por espacio de mas de tres años consecutivos, la Palestina derramando milagrosos beneficios por todos sus habitantes, y él solo es el que no se paga de la admiracion que escita. La resurreccion de Lázaro á quien libró de la corrupcion del sepulcro despues de cuatro dias muerto, solo es en su idioma el despertar á un hombre dormido (1). Di-

(1) *Jn. cap. 11. v. 11.*

ce sin alterarse al paralítico de treinta y ocho años, y como si hablara con un hombre robusto, que cargue con su lecho y se vaya á su casa (1); y con la misma tranquilidad y eficacia manda, y le obedecen todas las enfermedades y todo el infierno. Existe en él el principio de sus divinas operaciones, y nacen por sí solas como de su manantial, y aun á veces parece que se anticipan á sus órdenes. Despues que la Hemorroisa consiguió su curacion solo con tocar el borde de su túnica (2); *yo advierto, dice, que una virtud ha salido de mí*; y esta virtud, dice el Evangelista (3), corria con tanta abundancia que daba la salud á todo el mundo.

No mostró menos ser un modelo de perfeccion que Doctor de la verdad y Señor de la naturaleza. *¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?* (4) dice en medio de una multitud de enemigos atentos y envidiosos, sin que ninguno de ellos responda, sino con injurias vagas y groseras, que declaran la imposibilidad de formar la menor acriminacion fundada. Si le dan en rostro porque trata con frecuencia á los pecadores y publicanos, esto dimana del despecho y orgullo farisaico que grita inútilmente contra el mas humilde, y mas grande de todos los hijos de los hombres.

Es siempre tan indisputable la pureza mas que angélica de sus costumbres, que jamás en todo el curso de su vida osó el odio mas envenenado ca-

(1) *Jo. cap. 5. v. 8.* (2) *Luc. cap. 8. v. 46.* (3) *Ibid. cap. 6. v. 19.* (4) *Jo. cap. 8. v. 46.*

lumniarle sobre este artículo, y se gloria altamente (1) sin que pudiese alguno decirle lo contrario, que su ocupacion no era otra que cumplir la voluntad de su Padre. ¿Y qué diremos de su continua asistencia al templo cuando iba á Jerusalem á la celebracion de las fiestas, y á todos los egercicios de una religion puramente simbólica, y próxima á ser abolida, á la cual honró hasta el último momento determinado por el Señor para la exaltacion de su Cristo? Le devora el celo por la casa de Dios, y este Príncipe de la paz solo se irritó (2) en todo el curso de su vida contra los profanadores que transformaban la casa de oracion en teatro de negociaciones y de codicia sacrílega. ¡Cuánta veneracion manifestó á la cátedra de Moisés, á pesar de la indignidad de los que la ocupaban! ¡Cuánta deferencia y respeto tuvo á los sacerdotes, enviándoles los leprosos que curaba milagrosamente, y sujetando al examen de ellos sus divinas obras! ¡Qué generosidad! ¡qué desinterés! ¡qué desprendimiento de los bienes y grandezas humanas! Estos bienes segun su doctrina son fútiles y peligrosos, y un minero fecundo de miserias y de lágrimas.

El Salvador, mas pobre y necesitado que los habitantes del desierto, que á lo menos no carecen de una cueva que les sirva de albergue, no tiene donde reclinar su cabeza. Intentan los pueblos (3) penetrados de veneracion poner á este Rey de los Re-

(1) *Jo. cap. 8. v. 29.* (2) *Ibid. cap. 2. v. 15.* (3) *Ibid. cap. 6. v. 15.*

yes y Señor de los Señores, que como hijo del hombre era descendiente de David, en posesion del trono que le pertenecia por herencia; pero huye de él, como si tratase de evitar el mayor infortunio. Paga exactamente el tributo (1), y si quiere que se dé á Dios lo que es de Dios, tambien enseña con sus preceptos y con su egeemplo dar al César lo que es del César.

¡Qué caridad y beneficencia la suya! Un continuo egercicio de estas virtudes fue su vida pública. Para esparcir por todas partes sus beneficios, recorre sin cesar la Judea y Galilea, y aun los confines de Tiro y Sidon, aunque no era enviado directamente á estas ciudades idólatras. Del mismo modo favorece al Fariseo envidioso, que al mas fiel Israelita; y sujetando sus milagros y su gloria á la mayor utilidad de su pueblo, no hacia en el cielo los prodigios que le exigian los judíos por tentarle, pero libertaba á los endemoniados, curaba á los enfermos de toda especie, resucitaba á los muertos, convertia á los malos, perdonaba los pecados y procuraba por todos medios la salud de las almas y de los cuerpos; sin que fuesen parte á alejarle de este objeto ni la envidia, ni la ingratitude, ni las asechanzas, ni otro ningun peligro ú obstáculo. Quedan atónitos sus discipulos á vista de la intrepidez con que torna al lugar en donde sus enemigos intentaron quitarle la vida (2), y donde faltó poco para que lo consiguieran.

(1) *Math. cap. 17. v. 26. cap. 22. v. 21. Marc. cap. 12. v. 17. Luc. cap. 20. v. 25.* (2) *Jo. cap. 11. v. 8.*

Finalmente ¡cuáles fueron su valor y su divina constancia en la consumacion de su sacrificio, en el que sola su virtud le alentó, sin ningun consuelo ni aplauso de parte de la multitud, que fue testigo de su magnanimidad solo para blasfemar de su santo heroismo! Examinando la perfeccion de la virtud el mas sublime de todos los filósofos (1) encontró, que así como seria el mas odioso de los mortales el malvado que con su hipocresia consiguiera la veneracion y aprecio que se debe á la virtud, así por el contrario debia tenerse en mas estima al justo desgraciado, que siendo digno de todas las recompensas de la virtud, quedase cubierto de todos los oprobios del crimen; de suerte que no teniendo á su favor mas que su propia conciencia se viese condenado por todo el pueblo al último suplicio. Este pensamiento es justo y admirable, y como dicen los padres lo inspiró Dios á un sabio del Gentilismo solo para mostrar su realidad en el Salvador del mundo, con la circunstancia de que supo padecer y morir sin pompa y sin debilidad. Virtud la mas superior á las fuerzas de un mero hombre, y propia del hijo del hombre que es una misma persona con el Hijo de Dios: virtud que le hace parecer todavia mas grande en los oprobios de su muerte que en las mas ilustres acciones de su vida; y que á pesar del escándalo del juicio, y de los desprecios del gentil, imprime en el misterio de la Cruz el sello mas visible de su poder y sabiduría divina. Fue sacrificada esta augusta Vic-

(1) *Plat. de Repub. lib. 2.*

tima solo porque quiso, previó esta muerte anunciada por tantos Profetas; predijo todas sus circunstancias; se entregó á sí mismo luego que sonó la hora del poder de las tinieblas (1), y abandonándose á las manos de sus enemigos, les prohíbe hacer el menor mal á sus discípulos. Ni una palabra pronuncia en su defensa, hace callar á aquella divina elocuencia que tantas veces confundió á la malignidad, y rehusa la proteccion del presidente romano que tantos deseos mostró de libertarle, y á quien esta grandeza tan nueva inspira una admiracion mezclada de terror. No quiere satisfacer la curiosidad de Herodes que le pedía hiciese un milagro, y se truecan las demostraciones de benovolenca de este Príncipe en una compasion tan estéril como insultante. Sus labios solamente se abren para escusar los ultrages cometidos contra él, para pedir gracias en favor de sus verdugos, y para cumplir las profecías hasta la consumacion de todos los misterios. Tiembla entre tanto la tierra, los peñascos se parten, los sepulcros se abren, el velo del Templo se rasga de alto abajo, el sol, sin que ningun obstáculo oscurezca sus rayos, se eclipsa por espacio de tres horas, toda la naturaleza aterrada hace las exequias á su Autor, y para demostrar que su muerte no es efecto de debilidad, da al espirar un grito tan fuerte y extraordinario, que obliga á publicar á los Gentiles, que el que muere de aquella suerte es verdaderamente Hijo de Dios.

(1) *Math. cap. 26. y sig. Marc. cap. 14. y sig. Luc. cap. 22. y sig. Jo. cap. 18. y sig.*

Resucita (1) y aparece triunfante á sus discípulos tres dias despues de su muerte; fortifica á sus Apóstoles que habian de ser la basa de esta Iglesia, que comprende en su seno todas las tribus y todas las naciones; perfecciona su obra, hace reconocer á Pedro por Príncipe del Colegio Apostólico, le confia á él y á sus Colegas la potestad que su Padre le habia dado, y les promete estar con ellos, por medio de su asistencia continua, hasta la consumacion de los siglos. Mas esto no obstante les declara que no podian principiar la grande obra para que los habia elegido, hasta que recibiesen con el Espíritu Santo los dones sobrenaturales que debian llenarlos de fortaleza y heroicidad. *Entre tanto*, les dice cuando iba á subir al cielo, *permaneced tranquilos en Jerusalem hasta que seais revestidos de la virtud de lo alto.*

9. Dicho esto (2), levantando las manos les dió su bendicion, y en su presencia se elevó á los cielos con todo el esplendor de su gloria, 40 dias despues de su resurreccion; y ellos habiéndole adorado tornaron á Jerusalem segun el precepto que les diera, y pasaron diez dias en el retiro y en la oracion. En esta época, en que se formó la Iglesia ó Congregacion de los fieles bajo el gobierno de sus legítimos Pastores, principia el curso de la Historia que hemos emprendido.

10. El año 33 de Jesucristo, segun la cronología ordinaria, propuso el Apóstol San Pedro, como Vi-

(1) *Math. cap. 28. Marc. cap. 16. Luc. cap. 24. Jo. cap. 20.*  
 (2) *Luc. cap. ult. v. 50.*

cario del divino Maestro , y Suprema Cabeza de los Apóstoles , que ante todas cosas se eligiese otro en lugar del traidor Judas , que fue uno de los doce <sup>(1)</sup>. En virtud de su primacía y de la soberana autoridad de que estaba revestido se levantó en medio de sus diez colegas y de los discípulos reunidos en Jerusalem en número de ciento y veinte , y les espuso la necesidad de completar el Colegio Apostólico. Todos oyeron con el respeto debido á la Cabeza de la Iglesia , y confirmando su dictámen lo pusieron al punto en práctica.

Dos sugetos fueron propuestos , el primero José , llamado Bársabas , que quiere decir el justo , y el segundo Matías , ambos tan iguales en las virtudes y cualidades necesarias para el Apostolado , que rogaron al Señor determinase la eleccion por sí mismo. Echaron suertes y se declaró á favor de Matías , que de simple discípulo pasó á obtener la dignidad de Apóstol del primer orden. Así fueron ocupadas las doce sillas en que segun la palabra del Hijo de Dios , debian sentarse los Pastores enviados principalmente á las doce tribus de Israel , á las cuales por su incredulidad habian de suceder otras naciones mas dóciles.

Además de San Pedro y San Matías , los otros diez Apóstoles eran San Juan y Santiago , hijos del Zebedeo , San Andrés , hermano de San Pedro , que fue el primero á quien llamó Cristo , San Felipe , Santo Tomás , San Bartolomé , San Mateo ó Leví , que habia sido publicano , Santiago el menor , hijo de Al-

(1) *Act. Apost. cap. 1.*

feo y de María prima hermana de la Virgen nuestra Señora , San Simon de Caná , y San Judas Tadeo , hermano de Santiago el menor. He aquí los ministros empleados por el Altísimo para la egecucion de la mas grande de sus obras , y todos á escepcion de Mateo , que habia sido publicano , eran hombres sin bienes y sin letras , nacidos de la ínfima plebe y de egercicio pescadores.

Diez dias estuvieron retirados , hasta que en el mismo de Pentecostes , ó de la oblacion de las primicias del trigo , una de las tres fiestas mas principales del pueblo de Dios , se oyó de repente un gran ruido semejante al de un viento impetuoso <sup>(1)</sup> , que resonó en toda la casa donde estaban reunidos , y al mismo tiempo se vieron unas como lenguas de fuego que descendian del cielo sobre sus cabezas ; eran las nueve de la mañana , que corresponde á la hora de tercia , y en el momento en que se ofrecian en el templo los panes del trigo nuevo.

Tal fue el símbolo de la prodigiosa obra del Espíritu Santo , que venia á llenarlos de su divino ardor. Cuantos le recibieron quedaron transformados en el mismo instante en otros hombres muy diversos de lo que antes eran , dotados de una elevacion de alma extraordinaria , llenos de sabiduría y de luces sobrenaturales , y en una palabra , dignos ministros del Eterno , y Apóstoles generosos del que venció al demonio , al pecado , y á la muerte su compañera. Movidos del sagrado fuego que ardía en sus pechos,

(1) *Act. Apost. cap. 2.*

y que nada fue capaz de extinguir, abandonaron su retiro, y corrieron á predicar públicamente á Jesucristo á los mismos que le crucificaran.

Innumerables Judíos de todas las naciones del mundo se reunieron en Jerusalem con motivo de la solemnidad de la fiesta. Veíanse (1) Partos, Medos y Elamitas, los moradores de Mesopotamia, de Judea y de Capadocia, del Ponto y del Asia, los de Frigia, de Panfilia y del Egipto, los de la Libia, confinante con Cirene, de Grecia y de Roma, los Cretenses y los Árabes: esto es, Judíos oriundos de estas diferentes regiones, y recién llegados á Palestina. El concurso jamás había sido tan numeroso en ninguna Pascua, porque según refiere el historiador Josefo (2) todo el mundo estaba convencido de que iban á verificarse los oráculos de los Profetas sobre la venida del Mesías. Los Apóstoles dieron principio anunciando el Evangelio á esta inmensa turba compuesta de naciones tan distintas, respondiendo á sus preguntas y á sus objeciones. Oíanles todos hablar en su propia lengua de un modo tan fácil y natural, que les parecía haber nacido en su país aquellos hombres, y lo hubieran creído así á no saber positivamente que eran unos pobres pescadores de Galilea, que desde su infancia habitaban la orilla del lago de Genesareth, donde con su trabajo adquirían el sustento. Nunca se había notado un prodigio semejante; todos eran de él jueces y testigos, y la calumnia no pudo negar su admiración.

(1) *Act. Apost. cap. 2. v. 5. y sig.* (2) *Joseph. de bello Judaic. lib. 7. cap. 12.*

11. Entonces levantando la voz el Apóstol San Pedro, esplicó por su orden á aquella multitud todos los misterios que se habían cumplido en la persona de Jesus Nazareno, y les demostró que el Hijo del hombre á quien crucificaron pocos días antes, era al mismo tiempo Hijo de Dios y el Mesías prometido. Convirtiéronse en este primer sermón tres mil hombres (4).

12. Subió San Pedro al templo poco tiempo después en compañía del discípulo amado (2), á las tres de la tarde, que era la hora de la oración; porque mientras existió la Sinagoga (3), á la que respetaron hasta su ruina, los fieles circuncisos practicaron los ejercicios de la Ley Mosaica. Hallaron los Apóstoles en la puerta llamada la Hermosa á un pobre cojo de nacimiento, que no podía valerse de sus piernas, y le llevaban todos los días á aquel sitio para que pidiese limosna. Hacía muchos años que frecuentaba de continuo este lugar, y contaba ya cuarenta de edad; por lo que era conocido generalmente. Espuso sus cuitas á los Apóstoles, y les pidió alivio. El espíritu de Dios advirtió interiormente á uno y á otro el prodigio que iba á obrar por su mediación. *Atiende hácia nosotros*, responden á este desgraciado en un tono compasivo; egecutólo así con toda la atención que da la esperanza, y entonces le dijo San Pedro: *no tenemos oro ni plata, pero te daremos lo que está en nuestra mano. En nombre de Jesus Na-*

(1) *Act. Apost. cap. 2. v. 41.* (2) *Ibid. cap. 3. v. 1. y sig.*  
(3) *Joseph. lib. 14. Antiq. cap. 8.*

zareno levántate y camina; y diciendo esto le asió de la mano derecha, le levantó, y al instante se le consolidaron las piernas y las plantas. Sintióse sano, y dando un salto de gozo se puso en pie y echó á andar, y entró con ellos en el templo, saltando y loando á Dios.

Dirigiéronse los tres hácia la galería llamada el Pórtico de Salomon: toda la multitud que estaba por las cercanías corrió apresurada, y cercó á San Pedro una turba numerosa deseando que se esplicase sobre el prodigio que veían en aquel hombre. „Hijos de Israel (1), les dice el Apóstol ¿cuál es la causa de vuestro espanto? ¿y por qué os admirais de nosotros, como si con nuestro propio poder hubiésemos sanado á este hombre? No, no es obra nuestra sino de Jesucristo Hijo único del Altísimo, el mismo que entregasteis á Poncio Pilato, obligando á este Gobernador infiel á que le condenase: este es el Hijo de David, vuestro Cristo y vuestro Rey verdadero, á quien ahora ha glorificado el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob. Vosotros le pospusisteis á un ladron infame y homicida, cuando solicitasteis con tanta pertinacia la libertad del malvado Barrabás, é hicisteis morir al Autor mismo de la vida, á quien Dios ha resucitado de entre los muertos; como nosotros lo hemos visto con nuestros propios ojos en la gloria de su resurreccion y de su triunfo. Por la fe en Jesucristo este hombre á quien todos veis y conoceis, acaba de conseguir una curacion perfecta á vista de tantos

(1) *Act. Apost. cap. 3. v. 12. y sig.*

testigos. Pero, hermanos míos, si os recuerdo que habeis hecho morir al Justo por escelencia y al Mesías, no es por injurianos, antes conozco que obrais por ignorancia como vuestros Magistrados, vuestros Ancianos, y los Príncipes de los Sacerdotes; y el Señor ha dispuesto que todo sirva al cumplimiento de los designios de su misericordia, y á la consumacion del sacrificio de su Cristo, anunciado por todos los Profetas. Haced pues penitencia para no ser escluidos de la bendicion prometida á nuestros padres y á toda la tierra, en el linage de Abrahán. Ya hemos llegado al término decisivo que fue predicho por los santos Oráculos de todas las edades, y del cual habló especialmente Moisés cuando dijo (1): „El Señor levantará un Profeta de en medio de vuestros hermanos, cuya doctrina confirmará la mia, y la llevará á su perfeccion. Oidle pues con cuidado y sujetaos en todo á sus leyes, y si alguno rehusare obedecerle, sea esterminado de en medio de su pueblo.”

13. Convirtiéronse en este sermon cinco mil hombres (2), sin contar las mugeres y niños, no obstante que lo interrumpieron los sacrificadores y guardias del Templo, unidos á una turba de Saduceos irritados. Coligáronse contra los discípulos de Jesucristo todos estos incrédulos aunque entre sí estaban muy discordes; los primeros porque no podian tolerar que se pusiese en claro la resurreccion gloriosa del

(1) *Deuter. cap. 18. v. 15. y sig.* (2) *Act. Apost. cap. 4. v. 1. y sig.*

Salvador, y los Saduceos (entre los cuales habia muchos Sacerdotes) porque no creyendo la resurreccion de los cuerpos se llenaban de indignacion por la prueba que producía la resurreccion del Hombre-Dios en favor de la resurreccion futura de todos los hombres. Apoderáronse pues de los dos Apóstoles y del mendigo curado, y como ya era tarde los tuvieron custodiados hasta el dia siguiente.

14. Reunióse por la mañana el Sanhedrin (1), que era el Consejo Supremo de la Nacion judía, compuesto de setenta y un individuos de los cuales veinte y cuatro eran los príncipes de los Sacerdotes, cabezas de las veinte y cuatro familias sacerdotales, y los restantes los Doctores, Levitas y Ancianos de cada Tribu. Presidía á este Senado Anás ó Anano, suegro de Caifás, que solo se juntaba para tratar los negocios mas importantes. Condujeron pues á San Pedro y á San Juan á la Asamblea, y les interrogaron ¿en qué nombre ó con qué virtud habian egecutado el prodigio cuya realidad no negaban? Respondió San Pedro muy tranquilo y firme, que en nombre de Jesucristo crucificado; pues el temor de los tormentos no podia obligarlos á negar la debida gloria al primer Autor de una obra tan milagrosa: que este Bienhechor Omnipotente era en realidad la piedra angular de que se hace mencion en las Profecías, la cual aunque habia sido desechada, no por esto dejaba de ser la basa de todo el edificio de la salvacion de los hombres; y finalmente que sus pro-

(1) *Act. Apost. cap. 3. v. 5. y sig.*

prios enemigos no podian tener otro fundamento para esperar el cielo.

15. Causó la mayor admiracion á los jueces este valor y este conocimiento de las Sagradas Escrituras en unos hombres faltos de educacion y de estudio, y que poco antes manifestaron tanta flaqueza al tiempo de la muerte de Jesucristo. Á su vista estaba el cojo sano, y el hecho era de tal naturaleza, que no podian negarle como deseaban. Mandaron pues salir á los acusados, y despues de una larga discusion tornaron á llamarlos, y dieron fin al juicio haciéndoles vagas amenazas. Prohibióles el presidente al tiempo de darles libertad que de ningun modo enseñasen, ni predicasen el nombre de Jesucristo.

No podemos, replicaron los Apóstoles, obedecer semejante orden; ¡considerad segun la ley que profesais como nosotros, si será justo obedecer á los hombres antes que á la voz del cielo, que nos manda anunciar estas verdades de que nos ha hecho depositarios, y confirma nuestra predicacion con prodigios tan evidentes! Volvieron de nuevo á amenazarlos, pero les dieron libertad, porque temian al pueblo, que glorificaba altamente al Señor por todo lo que veía.

Dieron cuenta á los fieles San Pedro y San Juan de lo que les habia sucedido: todos bendijeron al Omnipotente, y creyeron que la paz concedida por la Sinagoga solo duraria hasta que pudiera romperla sin riesgo; por lo que suplicaron al Señor concediese á los predicadores de su nombre la virtud de

los milagros, y la gracia de contribuir á su mayor gloria. Luego que concluyeron esta oracion mostró el cielo de un modo sensible que la habia oido, pues se conmovió el lugar donde estaban los Apóstoles con sus discípulos, y todos los que se encontraban presentes recibieron los dones del Espíritu Santo con mayor abundancia.

16. Las impresiones que hacia este divino fuego en las almas, eran todavía mas saludables que el don de lenguas y los demás prodigios. Era toda Jerusalem á lo menos el pueblo naturalmente sencillo, y recto, y por lo comun solo le pervertian las seducciones estrañas de la ambicion. Veían que los fieles eran piadosos, recogidos, aficionados á la oracion y á la doctrina, y lo que mas admiraba á una nacion tan codiciosa de los bienes terrenos como siempre fue la de los Judíos, era el ver en los que abrazaran esta nueva ley un desinterés mas angélico que humano. Tenian todos en efecto un corazon y una sola alma, y parecian componer una grande familia, donde nadie posee cosa alguna que no sea comun á todos. Vendian sus casas y sus tierras y ponian el precio á los pies de los Apóstoles, que lo distribuían con igualdad entre todas las familias: de esta suerte no habia ricos ni pobres, ni peligro en las cosas supérfluas, ni cuidado en la indigencia; y esta santa sociedad pasaba unos dias felices é inocentes en inalterable concordia.

17. Verdad es que los cristianos encontraron el egeemplo de este desapego de las cosas terrestres en

los Esenos <sup>(1)</sup>, que era una especie de judíos reputados por mucho mas santos que los otros, pero al mismo tiempo eran los mas supersticiosos, y los mas celosos de su libertad, ó por mejor decir, de una orgullosa independenciam. Gloriábanse estos hombres altivos de no reconocer otro soberano que á Dios, y lo hubieran sacrificado todo antes que someterse por ningun motivo á hombre alguno; bien distantes en esto de la virtud modesta y pura de los fieles discípulos del Salvador, tan humildes como desinteresados, y los mas sociables de todos los hombres.

18. Los Apóstoles se dedicaban á cultivar las producciones de la gracia especialmente en los prosélitos que aumentaban de dia en dia el número de los fieles. Fortalecian su fe, diciendo, que no habia de disfrutar de paz por algun tiempo, y mejoraban con esmero las costumbres y la disciplina. Reunian á los hermanos para practicar los egercicios de la Religion en las casas de algunos de los mas virtuosos discípulos. Celebrábase allí el sacrificio adorable; recibian los sacramentos, y se trataba en fervorosas pláticas de los misterios y doctrina del Redentor. Multiplicáronse tanto en breve tiempo sus adoradores, que no era posible reunirse en un solo puesto, y fue necesario que se dividiesen las Asambleas en distintos sitios de Jerusalem. Tenia cada una sus ancianos que cuidaban del buen orden, y á lo menos un sacerdote ordenado segun la ley nueva con algunos minis-

(1) *Joseph. de bello Judaic. lib. 2. cap. 12. et Antiq. lib. 13. cap. 9.*

tros inferiores que le asistían. Por San Epifanio sabemos (1), que en estos primeros tiempos establecieron los Apóstoles en unas partes Obispos y Diáconos sin Presbíteros, y en otras Presbíteros y Diáconos sin Obispos. Eran las funciones ordinarias del primer orden del Sacerdocio ú Episcopado, anunciar el Evangelio con mas solemnidad, confundir á los incrédulos, fortalecer los fieles en la fe, visitar las nuevas Iglesias para evitar los abusos, hacer nuevas conquistas para Jesucristo y perfeccionar las ya hechas.

No podían menos de ser algo distintos de los de nuestro tiempo en ciertos puntos de poca importancia, este régimen y estos usos de la Iglesia en el tiempo en que comenzaba á formarse en medio de sus enemigos. El imperio y los reinos no se dividieron en Diócesis fijas y limitadas hasta que los pueblos y provincias abrazaron el cristianismo; y antes de dirigirse á las naciones estrañas los primeros ministros del Evangelio habían de hacer partícipes de sus luces á los hijos de Israel que no rehusaron admitirlas. Esta fue la conducta de los Apóstoles y sus discípulos, y en cierto modo el origen de la disciplina apostólica, que desde entonces hacia distincion de obligaciones de rigurosa justicia, de las de pura perfeccion. Pertenece sin duda á esta clase la renuncia efectiva y total de los bienes de fortuna, mas se pedían del todo la rectitud y sinceridad en los que querían llegar á este grado de perfeccion, y era una hipocresía muy culpable hacer un sacrificio público

(1) *Epiphani, Tractat. Hæres. contra Aerium.*

de todos los bienes, y retener ocultamente alguna parte de ellos.

19. Uno de los que sobresalieron por la renuncia de todo cuanto poseía fue el Levita José originario de Chipre (1), quien vendió una heredad y puso el precio en manos de los Apóstoles. Diéronle despues el nombre de Bernabé que significa hijo de consuelo, y le destinaron á las funciones y aun á la dignidad de Apóstol, como veremos mas adelante.

20. Probó otro discípulo llamado Ananías (2) de acuerdo con su muger Safira á engañar al Príncipe de los Apóstoles. Vendió sus tierras, y presentó una parte del dinero que le dieron por ellas guardando la otra. Reveló Dios á la cabeza de su Iglesia este culpable engaño, y lo castigó con un rigor espantoso, pero necesario para vigorizar la autoridad Apostólica, y conservar la pureza de la Iglesia que principiaba á ostentarse. „No has mentido á los hombres sino á Dios, dijo á Ananías el Príncipe de los Apóstoles mirándole con rostro severo. ¿Quién te obligó ni importunó para que vendieras tus posesiones? ¿y qué ceguedad es la tuya, que bajo las apariencias de una obra tan buena te dejas prender en los lazos de Satanás?” Cayó Ananías muerto repentinamente herido de estas palabras como de un rayo, y quitándole luego al punto de la presencia de San Pedro, le dieron sepultura. Llegó tres horas despues su muger Safira, que ignoraba lo que habia sucedido: dirigióla San Pedro la misma pregunta que á su ma-

(1) *Act. Apost. cap. 4. v. 36.* (2) *Ibid. cap. 5. v. 1. y sig.*

rido sobre el precio de la venta, y como repitiese la misma mentira, recibió igual castigo. Produjo el mismo efecto este ejemplo, pues no solo se poseyeron los fieles de un saludable temor, sino que los estraños formaron la mas alta idea de la grandeza y poder de Dios, que velaba de tal modo por la gloria de su Iglesia.

Obraba el Señor por el ministerio de los Apóstoles otras muchas maravillas (1). Espelian los espíritus inmundos y curaban todo género de enfermedades de tal suerte, que ponian á los enfermos en las calles ó plazas por donde habia de pasar San Pedro, para que al menos su sombra los tocasse; lo que bastaba para que lograsen perfecta salud. Llevábanle á Jerusalem de todos los pueblos cercanos los endemoniados y enfermos, y los prodigios que hacia aumentaban cada dia mas y mas el número de los fieles. Aunque no imitaban por respetos humanos los principales de los Judíos á la multitud, á lo menos no podian apagar la fe, ni impedir la veneracion del pueblo. No estaba ociosa entre tanto la envidia sacrilega de los enemigos de Cristo, y se convinieron en dar una forma judicial á la persecucion para desacreditar á los fieles en la opinion del público.

21. Fueron tambien los principales autores de esta trama el gran Sacerdote de aquel año (2) y los miembros de su Consejo, hombres todos pervertidos en puntos de Religion y prontos á sacrificarlo todo para que triunfase la secta impía de los Saduceos.

(1) Act. Apost. cap. 5. v. 12. y sig. (2) Ibid. cap. 5. v. 17.

Mandaron á este efecto prender á los mas célebres discípulos, poniéndolos en cárceles públicas para principiar desde el dia siguiente á instruirles su causa legalmente; pero el ángel del Señor los puso en libertad durante la noche. Reunido el Consejo enviaron á buscarlos, y aunque la cárcel se veía perfectamente cerrada por todas partes, y los centinelas velaban al rededor con exactitud; sin embargo de esto no hallaron á ninguno de los fieles encarcelados. Quedáronse los Senadores confundidos al oír esta noticia: miráronse atónitos unos á otros: discutieron; deliberaron, pero no hallaron medio de ocultar su vergüenza. Llegó entre tanto uno á decirles, que los prisioneros que buscaban, estaban en medio del templo instruyendo al pueblo. El ángel que los libró de la cárcel (1) les mandó que fuesen allá sin miedo, y continuasen predicando la doctrina de la salvacion. Fueron conducidos al Senado sin violencia y con muchas demostraciones de respeto, como para escucharles sus defensas: pero solo los trataban de esta suerte porque les inspiraba temor el pueblo conmovido á vista de semejante prodigio, que en los primeros momentos de su indignacion podia apedrear á los perseguidores.

El gran Sacerdote interrogó á los prisioneros que estaban delante del tribunal, diciendo (2): „¿No os hemos prohibido con mucho rigor que anunciéis el nombre de ese muerto que vosotros afirmáis ser el Cristo? Sin embargo habeis llenado toda la ciudad

(1) Act. Apost. cap. 5. v. 19. y 20. (2) Ibid. v. 27. y sig.

de su doctrina, y haceis caer su sangre sobre nosotros, como si fuésemos asesinos y sacrilegos." Respondió como la vez primera Pedro en su nombre y en el de los demás hermanos: „Que ninguna potestad humana podia impedirles el obedecer al Señor" y añadió con mayor esfuerzo que nunca: „Que Jesus crucificado por la sinagoga, y resucitado gloriosamente por el Dios de Israel, era el Salvador de quien todos los hijos de Jacob habian de esperar la gracia de la penitencia y la remision de los pecados." Mostró tanto valor y tanto celo el Príncipe de los Apóstoles, que enfurecido y despechado el sumo Sacerdote, y olvidado de la moderacion que afectara por política, se hubiera precipitado en el último estremo, á no ser por un venerable Doctor llamado Gamamiel, que mitigó su ira con un dictámen tan prudente como sencillo.

22. Este, aunque Fariseo, no estaba poseido del orgullo propio de aquellos sectarios, y por consiguiente se acercaba al principio de la fe y de las buenas costumbres, mas que todos los del Senado compuesto por la mayor parte de Saduceos, que no tenían mas Religion que aquella de que son capaces los que se fingen al alma mortal como el cuerpo, y se persuaden que nada hay mas allá del sepulcro. „De qué sirve, les dice, ó Israelitas, molestaros acerca de estos hombres? (1) Si su empresa es obra de ellos, caerá por sí misma; pero si es de Dios, en vano os opondéis á ella, y os tendrán por rebeldes

(1) *Act. Apost. cap. 5. v. 38. y 39.*

al Señor." Pareció acertado este dictámen aunque solo lo siguieron en parte.

23. Con efecto no condenaron á los acusados á la pena capital; pero los mandaron azotar ignominiosamente (1) y despues los pusieron en libertad, prohibiéndoles de nuevo hablar de Jesucristo. Se retiraron los discípulos muy contentos de haber sido dignos de sufrir esta afrenta por el nombre del Salvador, y de allí en adelante mostraron mayor celo en predicar el Evangelio así en el templo como en las casas particulares.

24. Iba cada dia en aumento el número de los prosélitos (2) lejos de disminuirle esta persecucion, y la multitud de los fieles vino á ser tan numerosa que ya no podian los Apóstoles desempeñar por sí mismos todas las funciones de la caridad. Eligieron algunos para que les auxiliasen, pero no cumpliendo estos con toda la exactitud conveniente, porque no tenían el caracter ni la autoridad propia para el ministerio, se suscitó una discordia entre los Judíos de Palestina, llamados propiamente Hebreos, y los Helenistas, ó naturales de la Grecia. Convocó San Pedro la asamblea de los fieles, y les representó para evitar esta disension, mas perjudicial á la Iglesia que todas las persecuciones, á nombre de sus colegas, que no podian los primeros Pastores dedicarse á la distribucion de las limosnas, sin abandonar el ministerio de la divina palabra y la oracion; por lo cual propuso se eligiesen siete hombres de buena fama,

(1) *Act. Apost. cap. 5. v. 40. y sig.* (2) *Ibid. cap. 6. v. 1. y sig.*

y dotados de los dones del Espíritu Santo y especialmente del de sabiduría. Pareció bien esta propuesta á toda la asamblea, y fueron elegidos Estévan, tan célebre por su ardiente caridad como por su viva fe, Felipe, Prócoro, Nicanor, Timon, Parmenas y Nicolao, natural de Antioquía. Los presentaron á los Apóstoles, los cuales, haciendo oracion, les impusieron las manos, ó confirieron el orden del Diaconado instituido por Jesucristo. Encargóles tambien además de la distribucion de las limosnas la administracion de la Eucaristía en los diferentes barrios de Jerusalem señalando á cada uno el suyo. Estos son los siete primeros Diáconos titulares, á cuyo eemplo se instituyeron en lo sucesivo los de la Iglesia romana.

Progresó el Evangelio de nuevo adquiriendo mas celebridad con este aumento de operarios, y mas por la calidad que por el número de las conversiones; pues en breve tiempo abrazó el Cristianismo un sin número de descendientes de Aaron. No podía contentarse ya la Sinagoga con imponer un silencio mal observado, y para evitar su total abandono y desercion se vió obligada á discutir con los nuevos predicadores del nombre de Cristo que gozaban de mas opinion.

El Diácono Estévan descollaba entre todos por la fuerza de sus discursos y de su elocuencia, y mucho mas por los milagros que obraba continuamente á los ojos del pueblo (1). Los Helenistas eran los que mas disputaban con él, sin duda porque era Griego de nacion, como lo indica su nombre, y porque habla-

(1) *Act. Apost. cap. 6. v. 8. y sig.*

ba comunmente este idioma. No podian hacer frente á la sabiduría divina que se esplicaba por su boca, y sobornaron á unos testigos para acusarle de blasfemo. Prendiéronle con efecto, y le condujeron al tribunal, donde el sumo Sacerdote quiso interrogarle por sí mismo: todos tenian los ojos puestos en el acusado, y como el Señor por un milagro hubiese acrecentado los dones de la naturaleza, parecia Estévan en su persona y en sus palabras un ángel del cielo.

Esplícó en el principio de su discurso su doctrina y sus disputas precedentes (1), procurando con suavidad desengañar á sus adversarios; pero advirtiendo luego que estaban obstinados y resueltos á negar la verdad, se propuso únicamente impedir los efectos del escándalo en la multitud, y dándoles en rostro con vigor su ceguedad voluntaria, les dijo: „vosotros hombres de dura cervíz y de corazon incircunciso (2), siempre perseverais en resistir al Espíritu Santo como lo hicieron vuestros padres. ¿Qué Profeta hubo á quien no quitasen la vida? Pero si ellos dieron la muerte á los Precursores de Cristo, vosotros sois sus sacrilegos asesinos.” Bramaban enfurecidos al oír estas palabras, y rechinaban los dientes de cólera.

Pero San Estévan sin aterrarse con estos crueles pronósticos, alzó serenamente los ojos al cielo de donde esperaba sus auxilios y su corona (3). Viólos abiertos, y le fue manifestada la gloria de Dios y de la Santa Humanidad de Jesucristo, y exclamó dicién-

(1) *Act. Apost. cap. 7. v. 2. y sig.* (2) *Ibid. v. 51. y 52.*

(3) *Ibid. v. 55.*

do: „Yo veo los cielos abiertos, y al Hijo del hombre que está á la diestra de su Eterno Padre.”

No le permitieron pronunciar otra palabra, y tapándose los oídos como si oyesen alguna blasfemia, se lanzaron sediciosamente sobre el Santo Diácono, y sin esperar ninguna sentencia que le condenase, le arrastraron fuera de Jerusalem, donde no era uso egecutar la pena capital. Previniéronse de piedras, y los testigos, que segun la costumbre, debian apedrearle, entregaron sus vestidos para que se los guardase á un mozo llamado Saulo, no menos furioso que ellos, pero que no tenia aun treinta años que eran necesarios para ser actor ó testigo jurídico en semejantes causas. Este es aquel vaso elegido, engañado entonces por sus preocupaciones y por un celo indiscreto en defensa de la religion de sus padres, y á quien veremos despues sobresalir entre los demás Apóstoles, debiendo su conversion á las oraciones que el Santo Mártir hizo por sus verdugos mientras le apedreaban (1). Sin embargo del pretesto de que se valieron los acusadores de Estévan para perderle, no le imprimió su muerte la menor infamia, pues luego que calmó el primer furor de aquellos homicidas, fue enterrado solemnemente con mucho llanto; lo que nunca se podia hacer con los reos condenados por la autoridad legítima (2). Dedicóle este piadoso obsequio el Fariseo Gamaliel, quien trasladó las santas reliquias á una casa de campo que tenia á ocho le-

(1) *Act. Apost. cap. 7. v. 58.* (2) *Así consta del cap. 6. del Thalm. Sanhedr.*

guas de Jerusalem, y donde él mismo fue despues sepultado con su sobrino Nicodemo, uno de los que embalsamaron el cuerpo del Salvador.

25. Fue este primer martirio como preludio de una persecucion general contra la Iglesia, limitada hasta entonces á la capital de Judea. Procedieron con tanto artificio los Príncipes y Sacerdotes, que el público inconstante creyó, ó fingió creer, que sus enemigos eran culpables. Mas el endurecimiento de la capital solo sirvió á derramar por los pueblos distantes la luz de la fe. Fueron los Apóstoles (\*) los únicos

(\*) Estas palabras del sagrado Autor de los hechos apostólicos han inducido á muchos sabios á creer, que todos los Apóstoles permanecieron en Jerusalem, y que solamente se dispersaron los setenta y dos discípulos, ó sea los segundos ministros de la divina palabra; por manera que alargan la primera dispersion de los Apóstoles hasta el tiempo de la segunda persecucion de la Iglesia, que comenzó segun la cronología ordinaria en el año 44 de la Era cristiana. No obstante, y sin que pretendamos traducir por totalmente falsa esta opinion, parece, no debemos dilatar tanto la primera salida de algunos Apóstoles; si que mas bien para conciliar algunos lugares de la Escritura se ha de tener por cierto, que aquella separacion se hizo mucho antes de la segunda persecucion movida por Herodes Agripa, y poco despues de la primera escitada por Saulo. Esta, y la muerte de San Estévan se verificaron segun todos los intérpretes é historiadores el año 33 de la Era vulgar. (*Véase el Diccionario de Calmet, Palabr. Paulus.*) La conversion de Saulo sucedió el 34, y este nuevo Apóstol nos dice en su carta á los Gálatas cap. 1. v. 18. que tres años despues pasó á Jerusalem; cuyo viage corresponde al fin del año 37, pues el cómputo de estos tres años debe formarse, segun el sentir de varios Padres á quien siguen Baronio, Calmet y otros, desde el espacio inmediato á su conversion. De aquí se sigue, que diciéndonos San Pablo en el lugar citado que

que quedaron á la vista de aquella primera grey , porque temian entregarla á los peligros de la seduccion.

no vió en Jerusalem en aquel su viage y permanencia en la santa ciudad otros Apóstoles que á San Pedro, y á Santiago el hermano del Señor (llamado el menor, hijo de Alfeo) los demás se habian ya dispersado. Porque ¿á hallarse entonces en Jerusalem, y habiéndose detenido allí Pablo mas de quince dias no los hubiera visto y tratado? Nos consta por San Lucas (Act. 9. v. 26.) que ansiaba juntarse con los discípulos, pero que todos se recelaban de él, hasta que San Bernabé le condujo á la presencia de San Pedro y Santiago; y el que anhelaba juntarse con los discípulos, ¿no desearia mucho mas tratar á los Apóstoles? Luego si solo vió dos de ellos, no hay dudar que no habia otros en Jerusalem, y por lo mismo que en el año 37 se habia verificado la separacion; y las palabras de San Lucas que dan fundamento al parecer contrario se deben entender ó bien de aquellos primeros dias en que fue muerto San Estévan, ó bien de la mayor parte de los Apóstoles, es decir, que permanecieron muchos, separándose los demás, cuya esposicion es preciso dar á las otras palabras del sagrado Historiador, que afirman haberse dispersado todos los discípulos, siendo indudable que algunos permanecieron en Jerusalem.

El ilustrado Marqués de Mondejar añade en prueba de nuestra opinion el sentir de San Ireneo, el cual dice (lib. 3. cap. 1.) que despues de recibir los Apóstoles el Espíritu Santo, se repartieron á la predicacion. Y con efecto, hasta el dia de Pentecostes les obligó el mandato, que les diera Jesucristo, á no salir de Jerusalem; pero cumplido el misterio, quedaron en libertad para salir no solo de la ciudad si tambien de Judea, y de Samaria y hasta los términos de la tierra; y no parece creíble que hubiesen permanecido por espacio de once años sin cumplir el precepto del Señor que les mandara ir por todo el mundo, y predicar el Evangelio á todas las naciones. Debemos pues tener por cierto, que terminada la primera persecucion, ó al menos mitigada por el decreto de Tiberio que prohibió perseguir á los cristianos, salieron los Apóstoles á la promulgacion de la nueva ley quedándose algunos en Jerusalem y en la Judea.

26. Entre tanto (1) los demás operarios se dispersaron por aquellas provincias de Palestina sujetas inmediatamente al Imperio Romano, y poco despues por Fenicia, por la isla de Chipre, y por el distrito de Antioquía. Llegó hasta Damasco un discípulo llamado Ananías, donde formó una Iglesia de solos Judíos convertidos, porque todavía no se anunciaba el Evangelio á los Gentiles. Prendieron por entonces en Jerusalem á muchos de los fieles, de los que algunos fueron martirizados. Mostrábase Saulo de dia en dia mas ardiente en perseguirlos, y consiguió de los Magistrados una facultad plena para entrar en todas las casas (2), y hacer todas las pesquisas que quisiese contra los fieles. Sacaba de ellas indistintamente á hombres y mugeres, y cargándolos de cadenas los hacia castigar vergonzosamente en las Sinagogas.

27. Mientras lo mas ilustre de la nacion Judía permanecia en esta ceguedad, los Samaritanos á quienes el celo Apostólico contaba entre las ovejas dispersas de la casa de Israel, recibian con muy diversas disposiciones la doctrina saludable. Predicaba á este pueblo con mucho fruto Felipe (3) uno de los Diáconos colegas de Estévan, confirmando con milagros todo lo que enseñaba. Por aquel tiempo vivia en Samaria un hombre llamado Simon, natural de Giton en la misma provincia (4), tan famoso por sus prestigios, que le daban el nombre de virtud de Dios. Sin embargo no pudo resistir al Santo Levita, y mostrán-

(1) *Act. Apost. cap. 8. v. 1.* (2) *Ibid. v. 3.* (3) *Ibid. v. 5.*

(4) *S. Justin. Apol. 2.*

dose convencido se rindió á Jesucristo y pidió el Bautismo. Llevó á Samaria á los Apóstoles San Pedro y San Juan (que se habian separado por corto tiempo de sus hermanos en Jerusalem) esta multitud de nuevos creyentes para que les administrasen el Sacramento de la Confirmacion, que no podia conferir un Diácono. Iban reunidos entonces casi siempre á la recepcion de este Sacramento el don de lenguas y demás milagros, y juzgando Simon que á fuerza de dinero podria lograr estas divinas prerogativas, se atrevió á proponerlo á los Apóstoles. „Tu dinero sea tu perdicion, le respondió San Pedro indignado (1), pues creiste que los dones del cielo pueden ponerse en venta.” Exhortóle seriamente á hacer penitencia, y aunque Simon lo ofreció, mostró despues que su arrepentimiento era fingido, y que nacia de un temor servil á los Ministros del Señor depositarios de su omnipotencia. Por eso su simulacion y tráfico sacrilego dió el nombre del autor á todas las negociaciones de esta naturaleza.

Se valió del conocimiento que tenia del cristianismo, para inventar una heregia que fue la primera que afligió á la Iglesia. Simon llevaba consigo una muger que habia comprado en Tiro, donde era esclava prostituta, y se llamaba Helena ó Selena, que en griego significa Luna (2). No son creibles los delirios que publicaba acerca de esta muger, mezclando las fábulas mitológicas con lo poco que sabia de nuestras divinas Escrituras, y desfigurando con es-

(1) *Act. Apost. cap. 8. v. 9. y sig.* (2) *Iren. cap. 1. v. 20.*

ta union monstruosa la historia de la creacion y nuestros santos Misterios. Era su doctrina sobre las costumbres tan corrompida como su fe, pues ponía por principio, que no existia ninguna accion buena por su naturaleza; que las buenas obras eran inútiles para la vida eterna, y que solo se salvaban los hombres por la gracia de que él se decia autor. No le faltaron discípulos que sostuvieran por espacio de dos siglos su secta; pero al fin se destruyó por sí misma sin haber sido nunca perseguida. Eran tan hipócritas y engañosos sus sectarios como su cabeza, digno por cierto de ser modelo de todos los Heresiarcas. Simon ocultó su perversa doctrina hasta que San Pedro y San Juan salieron de Samaria para volver á Jerusalem, y estos dos Apóstoles los primeros y mas ilustres testigos de la resurreccion de Jesucristo predicaron á su regreso la gloria de su nombre en todo el pais de los Samaritanos, con un fruto igual á su autoridad.

29. Recibió el Diácono San Felipe orden del Señor (1) por medio de un ángel para dirigirse hácia el Mediodía del camino que va de Jerusalem á Gaza, llamado la via desierta, desde que Alejandro Magno en sus expediciones contra los Persas habia destruido aquella ciudad. En este camino se encontró con un Etíope distinguido que era eunuco y ministro de Cándaces, Reyna de aquella parte de Etiopia, donde se dice, que las mugeres poseen la soberanía con exclusion de los hombres. Era Judío de origen ó religion, como lo demuestra la época de su bautismo, admi-

(1) *Act. Apost. cap. 8. v. 26. y sig.*

nistrado en un tiempo en que aun no estaba decidido que se debía bautizar á los incircuncisos. Habia ido á adorar en Jerusalem al verdadero Dios, y regresaba á su patria, empleando el tiempo del viage en la lectura de los libros proféticos. Oyó Felipe que leía al profeta Isaías, y acercándose á él le dijo: „¿Comprendeis lo que vais leyendo? No, respondió con humildad el eunuco, á quien Dios hablaba al mismo tiempo en su interior,“ pero subid aquí, y me explicareis lo que yo no entiendo. El Etíope leía este pasage: „fue conducido á la muerte como una oveja,“ (1) y el Levita de la ley nueva le demostró el cumplimiento de esta profecía en la muerte de Jesucristo, de la cual no pudo menos de haber oido hablar durante su residencia en Jerusalem. Esplicóle despues nuestros principales Misterios, el órden y economia de la divina misericordia en favor del género humano, y la necesidad de una regeneracion espiritual para participar de ella: y como el dócil y fervoroso discípulo viese agua cerca del camino, exclamó diciendo: „esto es lo que necesito para conseguir la gracia del bautismo si no hallais algun obstáculo.“ „No hay ninguno, respondió Felipe, si creéis de todo vuestro corazon.“ „Creo firmemente, añadió el Etíope, que Jesucristo es Hijo de Dios“ y al momento fue bautizado. Prosignió su viage lleno de alegría y con grandes deseos de anunciar en su pais las sublimes verdades que habia aprendido. Desapareció repentinamente el Diácono Felipe, habiendo sido ar-

(1) *Isai. cap. 53. v. 7.*

rebatado por el Espíritu del Señor de la vista del eunuco (1), y se halló en la ciudad de Azoto, á orillas del mar grande ó Mediterráneo, y recorrió aquella costa predicando la fe en todos los pueblos de consideracion, hasta Cesaréa donde habitaba su familia. Reinaba todavía la paz entre los fieles que vivian lejos de Jerusalem, y el Evangelio hacia grandes progresos en las provincias distantes de aquella capital.

30. Saulo se mostraba cada dia mas ardiente defensor de la ley de sus padres, y escuchó estas noticias con un violento despecho, acordando estorbar el curso de la doctrina de Jesucristo á todo trance. No habia otro mas á propósito para egecutar semejante designio: habia nacido Saulo en Tarso, capital de Cilicia, de padres Judíos, de la tribu de Benjamin, y tenia el carácter inquieto y bullicioso que los libros santos le atribuyen, figurándolo bajo el emblema de un lobo rapáz é insaciable. Era jóven además, atrevido, de un temple superior á todas las fatigas, y de un valor que despreciaba todos los peligros y vencía todas las dificultades. Las personas con quienes trataba abrazaban su dictámen, sin poder contrastar la fuerza de su ingenio elevado y penetrante, que perfeccionó en su patria con el estudio. Gozaba aquella ilustre metrópoli todos los privilegios de la ciudad de Roma (2), y se enseñaban en ella todas las ciencias lo mismo que en Atenas y en otras célebres escuelas. Saulo estudió la ciencia de la ley y de la Religion en la capital de Judea, con el doctor Ga-

(1) *Act. Apost. cap. 8. v. 39. y 40.* (2) *Strab. lib. 4.*

maliel, y á egemplo de su maestro profesaba las máximas severas de los Fariséos. Distingúiale tambien la pureza de sus costumbres, la nobleza de sus pensamientos, y la rectitud de su carácter; pero no por esto se mostraba menos enemigo de la doctrina del Evangelio, sí que por el contrario miraba á los que la anunciaban como á innovadores irreligiosos, á quienes debía combatir de todos modos.

Trabajó pues para que el soberano Pontífice le revistiese de amplios poderes para perseguir á los fieles de todas las provincias, y con especialidad á los de Damasco, donde el discípulo Ananías habia convertido á Cristo gran número de Israelitas. Tenia autoridad sobre ellos el sumo Sacerdote, y sus Sinagogas se sujetaban á la de Jerusalem. Confirió á Saulo cartas credenciales (1), con facultad de aprisionar á todos los hijos de Jacob, hombres y mugeres, que se hubiesen hecho cristianos, y conducirlos á Jerusalem para que los juzgase el tribunal de la nacion.

31. Mas al tiempo de acercarse Saulo á Damasco respirando amenazas y castigos se vió de repente cercado por una luz celestial (2), que dividiendo el aire con la velocidad de un relámpago obscureció el sol por algunos momentos. Cayó en tierra Saulo herido como de un rayo, con todos los que le acompañaban, percibiendo una voz que le decía en hebreo: „Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? ¿Quién sois vos Señor? exclamó Saulo. Yo soy, le respondió, el Salvador, Jesus Nazareno á quien haces la guerra, y

(1) *Act. Apost. cap. 9. v. 1.* (2) *Ibid. v. 3.*

á cuya voz será para ti funesta la resistencia. Pues qué quereis Señor que haga? dijo Saulo aterrado y confuso. Levántate, le dice el Señor, entra en la ciudad y allí te mostraré lo que debes hacer. Mas ten entendido desde ahora, que te he escogido para predicar las maravillas que has visto. Nada temas de parte de los Judíos, y mucho menos de los Gentiles, á quienes tú has de libertar del yugo de Satanás, para que por la fe viva que tendrán en mí participen de la herencia de los justos.”

Los compañeros de Saulo, que eran todos Judíos originarios de Grecia, permanecian entre tanto inmóviles y atentos, y solo oían el sonido de la voz celestial, sin entender las palabras ni ver nada. Levantóse Saulo; pero se levantó ciego, de suerte que fue necesario guiarle de la mano hasta Damascó, donde permaneció tres dias sin recobrar la vista, y sin comer ni beber. La oracion y meditacion le ocupaban de contino, hablando muy poco con los que le visitaban, y ocultando con mucha reserva la gracia maravillosa que acababa de convertir su corazon. Gozó otra nueva vision al cabo de los tres dias, en la que se le apareció el discípulo Ananías en accion de ponerle las manos, porque este tuvo orden del Señor para buscar á Saulo, y curarle de su ceguera. Con efecto, luego que le puso las manos, cayeron de sus ojos unas escamas (1), con lo cual recobró la vista el nuevo Discípulo, y fue bautizado, permaneciendo tranquilo algunos dias en compañía de los fieles.

(1) *Act. Apost. cap. 9. v. 18.*

Dejóse ver desde luego Saulo en las Sinagogas (1), predicando á Jesucristo con gran celo, y asegurando que este Hombre prodigioso, condenado á muerte por el Consejo de la nacion Judía, y cuyos discipulos habia él mismo poco antes perseguido, era el Hijo único de Dios, el Libertador anunciado por los Profetas y el verdadero Mesías. Era de grande peso este testimonio de Saulo, pero aunque confundió á los Judíos de Damasco, no consiguió convertirlos, y aun se vió precisado á ausentarse por largo tiempo, ya para instruir en la Arabia á otros Israelitas mejor dispuestos en favor de su doctrina, ya para vivir ignorado entre la gente sencilla del territorio de Damasco, sujeta por entonces á Aretas Rey de los Árabes. Condújole su celo de nuevo á la ciudad, donde podia ser juzgado mas útil pasada la tormenta: disputó libremente con los Gentiles, de quienes era con especialidad Apóstol, invitándolos á que ocupasen en la Iglesia el lugar de los indóciles Israelitas. Indignáronse estos de tal suerte, que formaron la resolucion de deshacerse de un hombre cuyas cualidades personales, y las circunstancias de su vida, le hacian igualmente temible. Ganaron pues al Gobernador, que puso centinelas á las puertas de la Ciudad para estorbar que Saulo huyese, y viendo los fieles que no quedaba otro medio de salvarle, le descolgaron una noche desde el muro metido en una espuerta. Estonces para hacer ver que su retirada no era por el cuidado de su persona, ni por libertarse

(1) *Act. Apost. cap. 9. v. 20. y sig.*

de los trabajos (1), se encaminó á Jerusalem donde solo podia esperar nuevas fatigas y peligros mucho mayores que los que habia sufrido en Damasco.

32. Aunque la Judea no era el campo destinado á su celo, no por esto era menos religioso el motivo de su viage. El presentarse á San Pedro era para Saulo una obligacion indispensable, porque todavía no era conocido de éste, ni tampoco de los otros Apóstoles, y debia dar cuenta de su mision al Vicario de Jesucristo. Habian concebido los fieles de Jerusalem tan gran pavor á Saulo, que en los primeros dias de su llegada le miraban con mucha desconfianza (2), aunque hacia la profesion mas auténtica de la ley nueva. Huían todos de él con espanto, sin darle tiempo para que se esplicase; pero Bernabé su antiguo condiscípulo en la escuela de Gamaliel, fue á buscarle, le condujo á presencia de los Apóstoles San Pedro y Santiago, que eran los únicos que permanecian en Jerusalem. Bernabé les refirió la aparicion de Jesucristo á Saulo, y todo lo que este nuevo Apóstol instruido inmediatamente por el Señor, habia sufrido en Damasco. Detúvole San Pedro quince dias en su casa, donde le dió á conocer á los principales de los fieles, y donde se cree que le confirió, con la imposicion de las manos, el carácter del Sacerdocio, y la dignidad episcopal, habiendo ya recibido Saulo la mision del mismo Jesucristo. Procuró en este intervalo reparar en la Capital el escándalo que

(1) *Hieron. et Chrysost. in Epist. ad Gal. (2) Act. Apost. cap. 9. v. 26. y sig.*

sus violencias habian causado en otro tiempo: no dejaba pasar ninguna ocasion de rendir á Jesucristo públicos homenages, y muchas veces disputaba con los Judíos alienígenas ó estrangeros, porque los naturales rehusaban verle y oírle.

33. No desfallecieron sin embargo estos á vista de que se habia convertido contra ellos uno de sus compañeros mas celosos, y como acostumbraban participar á sus hermanos esparcidos por todo el mundo, los nombres de los que habian sido condenados en la Ciudad Santa por causa de Religion (1), se valieron de este medio para indisponer á los Judíos de todas las provincias contra Saulo, y contra todos los fieles, á quienes acusaban de Ateismo y de otros mil horrores que despues tomaron mucho crédito entre los perseguidores idólatras.

34. Advirtió Pilato por su parte (2), que la muerte de Jesucristo era demasiado extraordinaria para dejar de ponerla en conocimiento del Emperador, como en tales casos debian hacerlo los Gobernadores de las provincias. Remitió pues á Roma las actas originales del proceso (3), y admirado Tiberio de los prodigios que referian, propuso al Senado se colocase Cristo en el número de los Dioses del imperio: pero al solo verdadero Dios no podia ser grato semejante culto, y por otra parte los Senadores se opusieron á egecutar este designio, representando al Emperador con muchas lisonjas, que no podia con-

(1) *S. Justin. Dialog. cum Triph.* (2) *Tertul. Apologet. cap. 5.*

(3) *Euseb. Chron. an. 37.*

ceder los honores divinos á otros hombres, habiéndolos él mismo rehusado. Conservó siempre este Príncipe su benevolencia á los cristianos, y aun amenazó con pena de muerte á cualquiera que se atreviese á delatarlos ó inquietarlos. Cayó Pilato en desgracia poco tiempo despues (1), porque los Samaritanos á quienes habia maltratado, se quejaron de él á Vitelio, Gobernador de Siria, á quien estaba subordinado el de Judea, y le hizo pasar á Roma para responder á las acusaciones. Dilatóse mucho el negocio por causa de la muerte de Tiberio, acaecida en el año 37 de Jesucristo. Su sucesor Calígula se declaró poco favorable á Pilato, y en el año 39 le desterró á Viena en las Galias (2), donde se dió la muerte desesperado.

36. Casi el mismo fue el fin de Herodes Antipas, hijo de Herodes el viejo, verdugo de los Santos Inocentes, quien se hizo no menos culpable que su impío padre, tratando al Salvador de insensato, y degollando al Bautista su Precursor. Se habia encaminado á Roma lleno de envidia y malos designios contra su propio sobrino Herodes Agripa, á quien el Emperador acababa de elevar al mas alto grado á que podian encumbrarse los Príncipes de su clase. Agripa despachó un liberto de su confianza, que pisó á Roma tan pronto como Antipas, y puso en propia mano de Calígula las cartas de su amo á quien el Emperador amaba mucho, acusando á Antipas de haber conspirado con Seyano, en tiempo de Tiberio,

(1) *Joseph. Antiquit. lib. 18. cap. 8.* (2) *Id. ibid.*

y de tener actualmente inteligencias secretas con los Partos. Aseguraba en prueba de esto que en sus almacenes guardaba armas para sententa mil hombres, hecho que no podia negar. Juzgóle el Emperador desde luego por convencido, y le despojó de sus estados y de sus tesoros entregándolos al delator, juntamente con la célebre Herodías su muger, y le confinó á la ciudad de Leon en las Galias. Mas su incestuosa y soberbia consorte prefirió seguirle en su destierro á deber ninguna gracia al Rey Agripa que era su hermano, por cuya razon la habia tratado el Emperador con indulgencia. Hiciéronse á la vela de las Galias para España, donde ambos perecieron miserablemente.

37. No acabaron del todo estas revoluciones la persecucion en Jerusalem, y la nueva Religion se hallaba siempre muy perseguida en la capital; pero no sucedió así en el resto de Palestina. Las Iglesias edificadas en Judea, Galilea y Samaria se multiplicaban y gozaban de una gran tranquilidad, bien sea porque los Pontífices no tuvieron en los otros pueblos el mismo poder, ó porque ignoraron los progresos del Evangelio. El Apóstol San Pedro que no habia abandonado á Jerusalem mientras la grandeza del peligro exigia su presencia, acordó despues visitar las Iglesias de Palestina confiadas á sus respectivos pastores, que no hacian cosa de importancia sin noticiarlo al Padre comun de los fieles. Condújole su solicitud Pontifical primero á Lidda (1), ciudad de la tribu de Efraim, inmediata al Mediterráneo, en el camino de

(1) *Act. Apost. cap. 9. v. 32.*

Cesaréa, y reunió luego á los fieles para instruirlos é informarse del estado de su Iglesia; y para que todos participasen del consuelo de oirle y verle, se hacia llevar á las casas de los enfermos.

38. Habia entre ellos un paralítico llamado Eneas, que hacia ocho años estaba postrado en una cama (1). El caritativo Pastor no pudo verle sin enternecerse, y movido en aquel instante de una inspiracion divina, le dijo: „nuestro Señor Jesucristo te da la salud, y para que todos conozcan los efectos de su divino poder, levántate, y haz tu cama, ó tómala para marchar con ella. Levantóse al instante el enfermo enteramente sano, tomó su cama, y divulgándose este prodigio por toda la ciudad y por los habitantes de la llanura de Saroná, donde estaba situada, abrazaron todos el cristianismo.

39. La noticia de las maravillas que hacia el Príncipe de los Apóstoles llegó en breve á Joppe, ciudad cercana, á tiempo que acababa de espirar una cristiana llamada Tabita, conocida por madre de los pobres, á cuyo servicio se habia enteramente consagrado (2). Lavaron su cuerpo segun la antigua costumbre seguida muchos años por la Iglesia, y la colocaron en una grande sala, donde acudian todos los pobres que estaban inconsolables por su pérdida. Enviaron pues dos discipulos á Lidda para pedir al Apóstol vi-niese cuanto antes á Joppe, sin decirle otra cosa. Partió luego con los mismos mensajeros que le condujeron en derecha á la sala donde estaba puesto el cuer-

(1) *Act. Apostolor. cap. 9. v. 33. y 34.* (2) *Ibid. v. 36. y sig.*

po de Tabita , y apenas entró se vió rodeado de una multitud de pobres viudas que le mostraban con muchas lágrimas los vestidos que les habia hecho con sus propias manos. Pedro lloró con todos los que estaban presentes , y no dudando que Jesucristo se dignaria recompensar con un milagro tantas buenas obras hechas por su amor , mandó que todos se retirasen é hizo oracion. Mirando al cuerpo despues , dijo en alta voz : „levántate Tabita” y al punto abrió los ojos , y se incorporó en el féretro. El Apóstol la alargó su mano para que se levantase del todo , llamó á los discípulos y se la restituyó con perfecta salud. Divulgóse esta maravilla por toda la ciudad , y se convirtieron muchos de sus habitantes. Permaneció el Vicario de Jesucristo largo tiempo en Joppe , en la casa de un Judío convertido llamado Simon , que aunque de egercicio curtidor , era muy estimado de todos , segun el genio de los antiguos pueblos , que no reputaban por bajeza el sustentarse con el trabajo de sus manos , sin sujecion ni dependencia de otros hombres.

40. San Pedro se hallaba todavía en Joppe cuando Dios determinó comunicar á los Gentiles la luz que despreciaban los Israelitas , sin que podamos fijar con exactitud una época en que los cronologistas varían del todo. Habia ya la gracia esparcido las primeras semillas de la vocacion del Evangelio en el espíritu de Cornelio , Centurion Romano , que comandaba en Cesaréa una cohorte de la legion Itálica (1). Era es-

(1) *Act. Apost. cap. 10. v. 1. y sig.*

te un hombre religioso y penetrado del temor de Dios , á quien por orden suya tributaban homenaje los de su casa. Convirtió á toda su gente á la creencia del verdadero Dios en medio de los idólatras , cuyos errores lloraba , y reputaba por una de sus obligaciones el encaminarlos á la piedad. Hacia grandes limosnas , ayunaba muchas veces hasta la hora de nona , que equivale á las tres de la tarde , y aunque era incircunciso se hallaba mucho mas próximo al reino de Dios , que los hijos de Jacob. Apareciósele un ángel estando un dia en oracion , y le ordenó mandase á buscar á Simon Pedro , que se hallaba en Joppe en casa de Simon el curtidor cerca del mar , diciéndole , que sus oraciones y piadosas limosnas habian llegado hasta el trono del Altísimo , cuya bondad divina por medio de su primer Ministro de la nueva alianza , queria abrirle la puerta de la vida eterna. Fue instruido tambien el Apóstol en un éstasi misterioso de los designios de la misericordia del Señor con este Romano y con todos los Gentiles. Mientras estaba Pedro discurrendo entre sí qué significaria aquella vision , he aquí que los hombres que enviara Cornelio llegan á la casa de Simon el curtidor , preguntando por San Pedro , el cual marchó con ellos el siguiente dia.

El piadoso Centurion reunió á todos sus deudos y amigos para recibir al Apóstol (1) , y le salió al encuentro postrándose humildemente á sus pies. Levantóle San Pedro , y despues de haberse asegurado de

(1) *Act. Apost. cap. 10. v. 24. y sig.*

las buenas disposiciones de toda aquella asamblea los instruyó en los misterios Evangélicos. Aun no habia concluido su discurso cuando el Espíritu Santo descendió visiblemente, y comunicándose á todos los que allí estaban de un modo extraordinario, les confirmó el don de lenguas. Admiráronse menos del prodigio que entonces era frecuente los fieles circuncisos que habian venido de Joppe con San Pedro, que de la calidad de aquellos en quienes se obraba. Estaban equivocadamente convencidos de que la Iglesia excluía á los Gentiles, ó que para admitirlos era preciso que antes se sujetasen á la ley antigua; pero el Vicario de Jesucristo, primer dispensador de sus gracias, juzgó que no debia dilatar el bautismo á unas gentes á quienes el Espíritu Santo habia hecho la gracia de aparecerse. Esto disminuyó las preocupaciones de los Judíos convertidos, y abrió el mas ancho campo á los operarios Evangélicos, encerrados hasta entonces dentro de los límites de la casa de Jacob.

41. Progresó mucho despues de este suceso el Evangelio en la célebre ciudad de Antioquía, capital de la Siria y de todo el Oriente. Habian ya antes algunos discípulos predicado en ella la divina palabra, pero solo á los Judíos de nacimiento ó de Religion. Algunos predicadores naturales de Chipre y Cirene, donde se hablaba el griego lo mismo que en Antioquía, se dedicaron á instruir á los Gentiles, mucho mejor dispuestos que los Judíos, á vista de la orden que San Pedro recibió del Señor. Derramáronse con

abundancia sobre aquella nueva mies las bendiciones del cielo, y creyeron muy útil enviar á esta numerosa multitud de prosélitos uno de los antiguos discípulos, hombre de autoridad y esperiencia, para que los dirigiese. Fijaron todos los ojos en Bernabé (1), Helenista de nacion, cuya fe y desinterés eran muy conocidos y muy á propósito para esta mision, por la caridad tierna que necesitan los operarios Evangélicos para el cultivo de las nuevas plantas. Como las conversiones se aumentasen cada dia, y no pudiese Bernabé atender á todo, pasó de Antioquía á Tarso, ciudad inmediata, para llevar consigo á Saulo que solo ansiaba el momento de consagrarse de todo punto á la salvacion de los Gentiles. Cuando Saulo supo como el Señor habia echado por tierra el muro que los separaba de la Iglesia, no hubo emulacion de precedencia, de honra, ni otro obstáculo que pudiese aminorar su celo. Eran para él iguales todos los grados del ministerio con tal que adquiriese para su Dios muchos adoradores; y aunque le habia destinado el cielo para ser el ministro principal de la salvacion de las naciones, siguió á Bernabé por mas de tres años en calidad de cooperario ó auxiliar. Un año entero gastaron en la mision de Antioquía, dejando esta ciudad en estado tan floreciente que puede considerarse como la cuna del cristianismo; y con efecto aquí es donde los fieles principiaron á tomar el nombre de cristianos.

42. Los hijos de Israel aceleraban con su pertinacia

(1) *Act. Apost. cap. 11. v. 22. y sig.*

cia el momento de su ruina y de su reprobacion, al paso que la doctrina Evangélica hallaba corazones dóciles entre los Gentiles. Si no derramaban á arroyos la sangre de los fieles, era porque los Emperadores ó sus ministros de quienes dependia la república Judaica no aprobaban de modo alguno las violencias por causa de Religion contra unos súbditos pacíficos; mas los Príncipes de la Sinagoga esperaban la sazón de llevar á efecto sus sanguinarios deseos. Así es que se utilizaron de las disposiciones del Rey Herodes Agripa, digno nieto del autor de la muerte de los Inocentes; quien para aparecer Judío celoso se procuraba todos los medios de ganar el afecto de los gefes de la ley. Como odiaba principalmente á Santiago hijo del Zebedeo y hermano de San Juan, por el celo ardiente que le grangeó el nombre de hijo del trueno, le mandó cortar la cabeza en el año 44 (1). Juzgóse muy feliz el Santo Apóstol de ser el primero de los doce en firmar la fe con su sangre, y confesó á Jesucristo con tal esfuerzo que admirado su delator se convirtió al momento, y padeció el mismo suplicio (\*).

(1) *Act. Apost. cap. 12. v. 1. y 2.*

(\*) Así glorificó á Dios el grande Apóstol Santiago el mayor, primer Padre y Fundador de la santa Iglesia de España. Su venida y predicacion en la Península, provincia entonces del Imperio romano, acaecida por los años 36 y siguientes, aunque contestada por algunos historiadores extranjeros posteriores al siglo quince, se debe tener por cierta y puesta fuera de toda duda, como fundada en la constante tradicion de quince siglos, contra la que ningun sabio de la antigüedad reclamó, y confirmada por

43. Notando Herodes Agripa el placer que habia causado á los Judíos con la muerte de Santiago acor-

los mas ilustres escritores nacionales, y por algunos extranjeros. Dídimo Alejandrino en sus libros sobre el misterio de la Trinidad; San Gerónimo en la esposicion al cap. 34. de Isaías, el Ven. Beda en sus *Collectáneas*, San Julian en los *Comentarios del Profeta Nahúm*, Calisto II., Frekulfo de Lexiowitz, Walfrido Strabon, Nothello, Monge de San Galo, Zacarías de Crisópoli, Oton Frisingense, Vicente Belovacense, y mil mas con todos los santos Padres y escritores españoles confirman esta verdad. Contra esta nube de testigos tan ilustres, ¿qué vale cuanto han dicho Baronio, Estio, Natal Alejandro, Cristiano Lupo, Roncaglia y otros émulos de nuestras glorias? Todas sus dudas fundadas en la supuesta controversia del Arzobispo D. Rodrigo de Toledo, con los de Braga, Tarragona y Compostela, tenida segun ellos en el Concilio IV. de Letran, han sido mil veces desvanecidas, y el fundamento de ellas es absolutamente falso. Véase la *Disertacion latina* de D. Clemente Arostegui, Canónigo de Zaragoza, y la que en nuestros dias publicó en Roma el Esmo. Sr. D. Antonio Vargas de Laguna, Embajador de S. M. C. cerca de la santa Sede, en vista de la cual dijo el Emmo. Sr. Cardenal de la Somaglia, que despues de la demostracion hecha por el Sr. Vargas no se podia ya dudar de la predicacion de Santiago en España.

Durante su mansion en la Península fundó nuestro Apóstol el célebre Santuario de Zaragoza dedicado á María Santísima. Conquistó á la fe y reino de Jesucristo algunos discípulos, que fueron despues celosos propagadores del Evangelio. Entre ellos escogió nueve, Atanasio y Teodoro que quedaron en España, y Ctesifonte, Cecilio, Eufrasio, Segundo, Indalecio, Torcuato y Esiquio que llevó consigo á Jerusalem; los cuales despues de la gloriosa muerte del Apóstol se embarcaron en Joppe llevándose el santo cadáver, y aportaron en Iria Flavia, hoy el Padron, desde donde se trasladaron á una heredad llamada entonces *Liberum Dominum*, y dieron honrosa sepultura á su Maestro en el lugar mismo en que corriendo los siglos se fabricó la *Basilica Compostelana*; en la ilustre ciudad que lleva el nombre del santo Apóstol.

dó hacer lo mismo con San Pedro, que había acudido á consolar á los fieles de Jerusalem aterrados con el martirio del Apóstol. Era tiempo de Pascua (1), y mandó el tirano poner á San Pedro en prision para tenerle bien asegurado, y ofrecerle despues en espectáculo á aquel pueblo pervertido. Oraban entre tanto los fieles continuamente por su padre comun. Dormia el Apóstol la noche antes del dia señalado para el suplicio, entre dos soldados encadenados con él, y otros custodiaban la prision en número de diez y seis que se relevaban de cuatro en cuatro. Estaba el preso encargado á su vigilancia, y debian responder de él con su propia cabeza. Inútiles eran tantas precauciones con unos hombres enseñados por Dios á llevar en paciencia los trabajos, y al mismo tiempo no alcanzaban á resistir á los ministros de las voluntades del cielo. Descendió á la prision, y despertó á San Pedro el ángel del Señor lleno de resplandores, y se le cayeron repentinamente á Pedro las cadenas. *Levantaos, le dice, y seguidme*: obedeció el Apóstol sin poder distinguir si aquello que le pasaba era cosa efectiva y real, ó solo una vision imaginaria. Atravesó con el ángel por delante de la primera y segunda guardia, en este estado de incertidumbre y espanto, y llegaron juntos á la puerta de hierro que conducia á la ciudad, porque la prision estaba fuera de los muros. La puerta se abrió por sí misma y entraron en Jerusalem sin abandonarle el ángel hasta el fin de una calle donde desapareció,

(1) *Act. Apost. cap. 12. v. 3. y sig.*

dejando á San Pedro á cubierto de todo peligro. Entonces fue cuando el Apóstol conoció con evidencia que Dios le había libertado del furor de Herodes y de las manos del pueblo Judío.

Tributó las más humildes gracias al Señor, y observando que estaba cerca de la casa de María, madre de Juan por sobrenombre Marcos, llamó á la puerta á tiempo que los fieles que estaban allí congregados oraban á Dios por la Cabeza de su Iglesia. Salió una criada llamada Rode á preguntar quién era; conoció la voz de Pedro, y sin abrirle ni darle respuesta corrió arrebatada de gozo á anunciar á los de adentro que estaba allí el Príncipe de los Apóstoles. Decíale unos que deliraba, y otros juzgaban que no seria él sino un ángel; cuya opinion nos demuestra la antigüedad de la creencia cristiana acerca de los ángeles custodios ó de nuestra guarda. Continuaba entre tanto Pedro llamando; abriéronle en fin, y no es posible pintar cuán sorprendidos y alegres quedaron todos los de aquella religiosa Asamblea. Moderado su gozo les contó estensamente el milagro de su libertad, encargándoles lo pusiesen en conocimiento de todos los demás discípulos, particularmente de Jacobo hijo de Alfeo, el único Apóstol que permaneció en la capital de Judea, y á quien el público amó siempre; por cuya razon temia mucho menos que Pedro, perseguido actualmente como Cabeza de todos los fieles. Sin perder tiempo, y aprovechándose de aquella misma noche, salió de la Ciudad para buscar un asilo mas seguro. No advirtieron sus guar-

días lo que había sucedido, hasta que ya era de día: no podían ser culpados de negligencia porque su prisionero se había librado sin haber visto ni oído nada. El tirano les mandó, sin embargo de esto, encarcelar, y después de las más rigurosas pesquisas, les hizo quitar la vida para no aparecer convencido.

44. No trascurrió mucho tiempo sin que recibiese el justo castigo de su sangrienta impiedad, en el mismo lugar donde comunmente moraba, y en el mismo teatro de su orgullosa vanidad. Herodes tenía su corte en la ciudad de Cesaréa (1) situada en la provincia de Galilea, á pesar de que el Presidente romano que gobernaba la Judea en nombre del César, había establecido allí su morada después de la deposición de Pilato. Tuvo Herodes cierta desavenencia con los Tirios y Sidonios (2), y los redujo luego á solicitar su amistad, prohibiendo que se transportasen á estas ciudades y su distrito los granos de la fértil provincia de Galilea. Le enviaron sus Embajadores á los cuales este Rey soberbio quiso recibir con gran pompa en el día en que celebraba unos juegos por el restablecimiento de la salud del Emperador. Llegó por la mañana en el segundo día de la fiesta al teatro con un numeroso séquito de Judíos y Romanos los más ilustres, vestido con su manto real, y sentándose en un trono cubierto de oro y piedras brillantes, principió á arengar al público. Contribuían á realzar el aparato de la función la serenidad del día

(1) *Act. Apost. cap. 12. v. 20. y sig.* (2) *Joseph. Antiq. lib. 19. cap. 7.*

y el resplandor del sol, y su elocuencia, don que poseía, era correspondiente á su grandeza; de suerte que por todas partes comenzó á gritar el pueblo: no es un hombre el que nos habla, sino un Dios. Agripa se deleitaba con estos elogios profanos, pero su culpable delito duró muy poco porque el ángel del Señor le hirió invisiblemente (1). Sintió en el mismo punto unos dolores tan vivos, que sucediendo á su vanidad la confusión y la vergüenza, dijo á sus aduladores: veis aquí á vuestro Dios que va á espirar. Condujéronle á su palacio donde padeció por espacio de cinco días horribles tormentos, y murió comido de gusanos.

45. El Príncipe de los Apóstoles antes de este notable acontecimiento, el segundo año del imperio de Claudio que sucedió en el de 41 á su sobrino Calígula, trasladó su Silla Pontifical á Roma (2), y desde este año que es el 42 de Jesucristo, principian los 25 de Pontificado que le atribuye la Crónica de Eusebio. Su silla había estado por espacio de 7 años en la Iglesia de Antioquía, que fue la primitiva de los Gentiles; pero en ninguna parte residió continuamente porque su carácter de Cabeza de la Iglesia le llamaba á todos los lugares en estos primeros tiempos. Lo mismo sucedía á proporción, á sus colegas en el Apostolado, de los cuales solo Santiago de Jerusalem llamado el menor se mantuvo fijo en una silla particular. El título especial y preeminente de

(1) *Act. Apost. cap. 12. v. 23.* (2) *Origen. in Gene. Euseb. Chron. an. 42. Justin. Apol. 2. Hieron. de Scriptor. Eccles.*

Pedro no le impidió anunciar el Evangelio en el Ponto, Galacia, Capadocia, Bitinia y otras muchas provincias del Asia.

46. Colocó en la Cátedra de Antioquía á su discípulo Evodio que gobernó 26 años esta floreciente Iglesia, al tiempo de partir para la capital del mundo donde habia de fijar el trono Pontificio, y la primacia del Apostolado, y llevó á Roma á Marcos con otros muchos discípulos.

47. Pasó Marcos despues desde Roma á fundar la Iglesia de Alejandria, en nombre de su maestro; y he aquí el origen de las dos primeras Iglesias Patriarcales, la una gobernada inmediatamente por espacio de algunos años por el Príncipe de los Apóstoles, y la otra fundada bajo su direccion, por uno de sus discípulos mas queridos. San Marcos fundó muchas Iglesias en Egipto, y como era hombre de extraordinaria piedad y fervor, instituyó aquellos primeros solitarios, que aunque se hicieron cristianos, conservaron el nombre de Terapeutas, y escitaron mas que nunca la admiracion de los mismos Judíos y de sus mas célebres escritores.

Estuvo algun tiempo en Roma Marcos antes de emplearse en esta comision haciendo de intérprete y secretario de San Pedro. Escribió allí su Evangelio (1), en el cual sin sujetarse mucho al orden de los tiempos, recopiló todo lo que habia oido al Apóstol, quien reconoció la obra, dándola su aprobacion; y por esto algunos Padres de la Iglesia atribuyen este Evan-

(1) *S. Hieron. de Scriptor. Eccle.*

gelio al Vicario de Cristo. Dice San Juan Crisóstomo que su brevedad es muy conforme al genio de San Pedro que hablaba poco. Échase de menos el elogio que el Salvador hizo de este Apóstol cuando le confesó por Hijo de Dios, porque la humildad de Pedro, que despues de su penitencia fue siempre su virtud predilecta, le hacia suprimir todo lo que pudiese adquirirle honra. Se refiere muy á la larga por el contrario en este Evangelio su caída y flaqueza en negar tres veces á Jesucristo. Lo escribió en Griego, que era la lengua de comercio en todo el Oriente, y tan comun en Roma, que aun las mugeres la hablaban con facilidad.

48. San Marcos compuso tambien, ó á lo menos tradujo, la primera Epístola de San Pedro dirigida á los fieles del Ponto (\*), de Bitinia, de Galacia y de Capadocia. Denota en ella á Roma figuradamente con el nombre de Babilonia, como que era el centro de la idolatría y de toda la corrupcion que trae consigo. Se observa en esta Epístola una magestad y una energía dignas del Príncipe de los Apóstoles.

49. Sucedió á San Marcos en la cualidad de intérprete del Padre comun de los fieles, á quien la vigilancia sobre todas las Iglesias no dejaba tiempo para traducir lo que escribia, Glaucias, de quien el heresiarca Basilides se jactaba ser discípulo. El Evangelista San Marcos murió mártir en Alejandria, el

(\*) Parece fue escrita esta carta el año 60 de Jesucristo, casi al mismo tiempo que Santiago el menor escribió la suya.

año 68 de la Era cristiana despues de cinco años de Episcopado, y le sucedió Aniano.

51. Se señala con mas verosimilitud hácia el tiempo en que San Pedro vino la vez primera á Roma, la dispersion general de los Apóstoles por todo el universo. Compusieron un simbolo ó fórmula comun de fe, antes de separarse, que sirviendo de lazo de unidad distinguiese á los fieles creyentes de los Judíos y Hereges, y esto es lo que llamamos el Credo. Debíanle saber de memoria todos los católicos aunque en el modo variaban algunas de sus palabras en muchas Iglesias.

Santiago, llamado el menor, para distinguirlo de otro Apóstol del mismo nombre que se cree tenia mas tiempo, se quedó en Jerusalem de cuya Iglesia fue ordenado por Pedro y sus colegas primer Obispo. Vivía frecuentemente en esta Ciudad San Pedro y desde allí hacia sus correrías apostólicas á provincias muy distantes. Penetró hasta el pais de los Partos, donde se presume que convirtió á muchos; pues de los egemplares antiguos de su primera Epístola, consta que la dirigió tambien á los Partos. Fue á predicar á los Escitas San Andrés, y de allí vino á Acaya en la Grecia, donde fue martirizado: su nombre es muy venerado entre los rusos, que poseen el pais de los antiguos Escitas. Murió en Jerápolis de Frigia San Felipe, despues de haber predicado en el Asia mayor; pero se ignora si vertió su sangre por la fe, y lo mismo podemos decir de otros Apóstoles, que lograron la corona del martirio por el anhe-

lo de su corazon por recibirle, y por sus inmensos trabajos. Anunció el Evangelio Santo Tomás en toda la vasta estension del imperio de los Partos, y aun en la India Oriental donde los portugueses aseguran haber encontrado su cuerpo, que han trasportado á Goa. Egercitó su celo San Bartolomé en la Armenia mayor, y en la parte occidental de la India, adonde llevó el Evangelio de San Mateo el mas antiguo de los cuatro, y del cual se sirvió la mayor parte de los Apóstoles.

51. Escribiólo el autor á instancias de los fieles de Judea (1), en el idioma hebreo que entonces se usaba en Palestina, y era una mezcla de Siríaco y Caldeo. Mas se tradujo al Griego teniendo esta traduccion igual autoridad y generalizándose mucho mas que el original; de suerte que el testo Siríaco que hoy existe, y todos los demás testos hebraicos del Evangelio de San Mateo, son traducciones de la version griega, habiéndose perdido el original primitivo. Predicó este Apóstol Evangelista á los Etiopes, á quienes edificó con su extraordinaria abstinencia sustentándose solo de yerbas y legumbres.

Trabajó en Mesopotamia y en Persia San Simon llamado el Cananeo ó el Celóta: San Judas Tadeo llevó el Evangelio á la Arabia, á la Idumea, y acaso á la Mesopotamia; pero no debemos confundirle con Tadeo, uno de los setenta y dos discípulos que convirtió á Abgar Rey de Edesa: es este Apóstol

(1) *S. Hieronym. de Scriptor. Eccles. S. Iren. lib. 3. cap. 1. S. Athan. in Sinopsi.*

el autor de una de las Epístolas canónicas. No cabe duda de que San Matías predicó en la Etiopia, pero nada se sabe por menor de sus trabajos ni acciones. Carecemos también de noticias más individuales de lo que hicieron los demás Apóstoles del Señor, fuera de lo que se refiere en los libros sagrados, y de lo poco que hemos dicho, sin dar crédito á historias apócrifas.

52. El libro de los hechos de los Apóstoles escrito por San Lucas, nos da suficiente conocimiento de la gloria de sus trabajos por lo que mira á los doctores particulares de los Gentiles San Pablo y San Bernabé, si no para satisfacer una curiosidad poco digna de las atenciones de un autor inspirado, á lo menos para prepararnos un ancho campo á la piedad y á la instruccion. Nos refiere este Santo Evangelista (1) antes de comenzar á describirnos los viages de Pablo y Bernabé, que un discípulo llamado Agabo, dotado del don de profecía, habia predicho en Antioquía que una hambre horrible desolaria el Oriente, y después todo el imperio Romano (\*), y que entonces creyeron los fieles que debian cuidar con especialidad del alivio de sus hermanos de Judea, donde los cristianos perseguidos más que en parte alguna tendrían también mucho más que sufrir.

Recogiéronse pues limosnas por medio de una cuesta muy considerable: que es la primera de que se habla en la historia del cristianismo. Convenia echar

(1) *Act. Apost. cap. 11. v. 28. y sig.*

(\*) En efecto la hubo en tiempo del Emperador Claudio.

mano de hombres de autoridad y confianza para recoger y distribuir estas limosnas, por lo cual eligieron á Bernabé y á Saulo. Tornáronse á su floreciente mision de Antioquía después de haber empleado ambos algunos meses en consolar á los fieles de Jerusalem afligidos por la miseria y por la violencia de las persecuciones.

53. Un dia en que los diferentes Obispos agregados al clero de esta Iglesia segun la costumbre de aquel tiempo, estaban congregados con sus ministros inferiores para celebrar los divinos Misterios (1), la voz de Dios se dejó oír interiormente de todos los grandes hombres de aquella cristiandad, y entre otros de Simon Niger, de Lucio de Cirene y de Mánahen, hermano de leche del Tetrarca Herodes. „Separad á Saulo y á Bernabé, les dijo el Espíritu Santo, para la obra que los he destinado.” Ayunaron todos y puestos en oracion les impusieron las manos y después los enviaron á donde el Espíritu Santo los llamaba. Presidió Saulo de aquí adelante á Bernabé de quien hasta entonces habia sido socio y cooperario; como que habiendo sido nombrado el primero por la voz del Señor, le declaraba principal ministro de la conversion de los Gentiles.

Fue entonces arrebatado San Pablo hasta el tercer cielo, segun se cree comunmente, donde no solo le comunicó el Señor las luces que necesitaba como doctor de todas las naciones, si que también le reveló cosas imposibles de alcanzar á la humana intelligen-

(1) *Act. Apost. cap. 13. v. 2. y sig.*

cia. Mas permitió el Señor que estuviese sujeto á las molestas tentaciones de la carne para que conservase la virtud de la humildad, no menos necesaria que la ciencia á los ministros Evangélicos; ó como dice el mismo (1), para que la sublimidad de sus revelaciones no le inspirase un alto aprecio de sí mismo. El humilde y piadoso Apóstol juzgó que debía emplear el trabajo de manos, las mortificaciones corporales, y todas las obras de piedad y penitencia además de las fatigas del ministerio Evangélico, para no condenarse al mismo tiempo que convertía á los otros.

Llevaron consigo Saulo y Bernabé (2) á Juan Marcos, primo de Bernabé, é hijo de aquella piadosa viuda en cuya casa se refugió San Pedro al salir de la prision; y fueron los tres en derechura á Seleucia de Siria, ciudad distinta de otra del mismo nombre situada en el continente de la Asia mayor. La de Siria tenia un puerto en el Mediterráneo, y creyeron estos operarios Apóstólicos que todavía no era tiempo de detenerse allí, y se embarcaron para la isla de Chipre. Mas luego que hubieron puesto el pie en Salamina, una de sus principales ciudades, comenzaron á predicar el Evangelio en la Sinagoga. Tal fue la conducta del Apóstol en todas sus misiones: primero anunciaba la doctrina de la salvacion á los hijos dispersos de la casa de Israel, y si estos se manifestaban indóciles buscaba su consuelo y la gloria del Señor en la sencillez de los Gentiles. Recorrieron toda la isla siguiendo este método los dos predicadores, y

(1) 2. Corint. cap. 12. v. 7. (2) Act. Apost. cap. 13. v. 4. y sig.

llegaron por fin á Pafos que era la capital donde residia el Procónsul Romano Sergio Paulo.

54. Habíalos dado á conocer su reputacion antes que llegasen, y el Procónsul ansiaba oírlos, mas por un deseo sincero de conocer la verdad que por la curiosidad de ver las maravillas que se referian de ellos. Era este Romano un hombre sabio, justo apreciador de la virtud, de buenas costumbres y muy instruido; pero tenia consigo á un mágico ó impostor llamado unas veces Barjesú y otras Elímas, que fingia ser Profeta, y se mostraba enemigo de los prodigios del Evangelio porque era Judío de origen. La primera vez que el Procónsul vió á los Apóstoles se halló presente Elímas, é hizo todos sus esfuerzos para impedir que el Romano abrazase la fe.

55. Pero habiendo el Señor castigado á aquel embustero con una ceguera repentina se convirtió el Procónsul de todo corazon.

56. Tomó Saulo de aquí adelante el nombre de Pablo ó Paulo, segun opinan varios autores, en memoria del triunfo obrado por la gracia en una conversion tan ilustre; ó como dicen otros mas verosimilmente, porque habiendo de trabajar principalmente el Apóstol de las naciones en el imperio Romano latinizó su nombre para que le escuchasen las gentes con menos repugnancia.

57. Embarcóse despues en Pafos con Bernabé y Juan Marcos, y aportaron á Perge en Panfilia (1), donde parece que los Judíos carecian de Sinagoga,

(1) Act. Apost. cap. 13. v. 13.

y solo estuvieron allí de paso. Como sus viages habian de ser muy largos, enviaron á Jerusalem al jóven Marcos para que acompañase á su madre; porque no tenia ó creía no tener fuerzas para seguir á los Apóstoles. Bernabé su pariente hubiera querido detenerle; pero San Pablo, por el contrario, mostró deseo de que se retirase, por creerle pusilánime y poco firme para acompañarlos. El Apóstol siguió su camino con Bernabé, y llegaron á Antioquía de Pisidia, ciudad grande aunque inferior á la capital de Siria. Residian allí muchos Judíos y tenian Sinagoga.

58. El dia del sábado acudieron los dos Apóstoles á la asamblea, donde por lo comun se reunian con los Israelitas muchos Gentiles que adoraban al verdadero Dios. No se ofrecian sacrificios ni las otras ceremonias solemnes de la ley mosaica en estos templos edificados fuera de Jerusalem, y que solo servian para orar en comun y para explicar la ley y los profetas. Cuando se presentaba alguno de los hermanos que venia de otra parte y gozaba opinion de instruido en la ciencia de la Religion, los doctores de aquella Sinagoga le cedian su lugar, y le rogaban dijese alguna cosa para la edificacion de los hermanos; y como San Pablo pasaba plaza de elocuente, le convidaron á que predicase en aquella Sinagoga.

El Apóstol utilizó una ocasion tan oportuna para anunciar á Jesucristo. Levantóse al momento, é imponiendo silencio con la mano les dijo <sup>(1)</sup>: „vosotros, ó hijos de Israel, y todos los que temeis al

(1) *Act. Apost. cap. 13. v. 16.*

Señor, de cualquiera nacion que seais, oidme con la atencion que merecen las cosas que voy á anunciaros. El Dios que libertó á nuestros padres cuando yacian cautivos en Egipto, y que privilegió á nuestra nacion con una larga serie de prodigios, honró especialmente á la familia de David, ofreciendo que de ella naceria el Salvador de su pueblo. Acaba de cumplirse en la persona de Jesus Nazareno esta grande promesa confirmada por tantas profecías. Dió de él el mas honroso y solemne testimonio Juan, cuya escelencia de virtudes hizo que fuese tenido por el Mesías, declarando que no se creía digno de desatarle la correa de su calzado. Á vosotros es á quienes se anuncia hoy justamente la doctrina de la salvacion, hermanos, hijos de Abrahán que heredasteis el temor del Señor, y á vosotros todos los que adorais al verdadero Dios; pues los habitantes de Jerusalem, seducidos por sus doctores y cabezas, desconociendo á este Señor, y las profecías que se leen todos los sábados, las cumplieron con haberle condenado, cuando sin hallar en él causa de muerte, no obstante pidieron á Pilato que se le quitase la vida; y despues de haber egecutado todas las cosas que de él estaban escritas, descolgándole de la cruz le pusieron en el sepulcro. Mas el Todopoderoso, segun lo habia predicho, no toleró que la humanidad sagrada de Jesucristo experimentase la corrupcion, é hizo que resucitase lleno de gloria al tercero dia de su muerte. Vosotros no sois culpables, porque hasta ahora no ha dado en vuestros ojos la luz de la verdad; pero temblad si de aquí adelan-

te los cerrais para no verla; temed no caiga sobre vosotros la maldicion fulminada por los profetas contra cualquiera que no reconozca la grande obra del Señor que se ha cumplido en nuestros dias." Retiráronse en silencio concluido este discurso los que le oyeron, entregados á una profunda reflexion y ocupados sus ánimos de pensamientos muy distintos. Hábilos conmovido principalmente la exactitud y fuerza con que el Apóstol habia mostrado la conformidad de los divinos oráculos que hablaban del Mesías, con la muerte y resurreccion de Jesucristo. Llenáronse de alegría las almas justas; pero como en todas partes fascinaba á los Judíos la idea de un Mesías que habia de restablecer la gloria temporal de su nacion, y se obstinaban mas y mas en no reconocer al que los Príncipes del pueblo habian condenado ignominiosamente. El mayor pues de los de Antioquía concibió una furia violenta al oír proclamar como tal al Redentor crucificado, y unido á los que estaban bien dispuestos rogó á San Pablo tornase á tratar de la materia en el siguiente sábado, con el fin de prepararse mejor á contradecirle é inutilizar por todos medios su elocuencia. Siguieron sin embargo á los Apóstoles desde este momento muchos piadosos Israelitas y Gentiles temerosos de Dios.

Congregáronse cuasi todos los habitantes de la ciudad el dia señalado para la discusion, donde parece que el conocimiento de un Dios criador de todas las cosas era muy comun, aun entre los ciudadanos mas distinguidos. Opusieron desde luego sus vanas razo-

nes los doctores de esta Sinagoga, y tardaron poco en manifestar su debilidad, recurriendo desenfrenados á las injurias y blasfemias. Entonces Pablo y Bernabé les dijeron: „convenia que vosotros fueseis los primeros á quienes se anunciase la doctrina de la salvacion; pero ya que la despreciais, nos dirigiremos á los Gentiles, segun el precepto del Señor." Causaron un gran efecto en los Gentiles estas puras palabras y las conversiones se multiplicaron no solo en la ciudad, sino en otros lugares muy distantes. Mas para espeler á los predicadores del Evangelio los Judíos se valieron de todo su crédito, y especialmente del influjo de muchas mugeres nobles que pasaban por devotas. Sacudieron estos el polvo de sus pies <sup>(1)</sup> contra los obstinados segun la práctica que sus colegas habian aprendido del Salvador, y se retiraron á Iconio.

59. Concurrieron como en Antioquía á la Sinagoga de esta ciudad <sup>(2)</sup>, y poniendo en olvido lo que acababan de padecer por la predicacion de la fe, la publicaron con mayor esfuerzo. Bendijo el Señor este generoso celo, y abrazó la verdad un gran número de Judíos y Gentiles. Frecuentaban igualmente los circuncisos é incircuncisos la Sinagoga de Iconio y las de todas las ciudades; disponiéndolo así la providencia para preparar el camino del Evangelio por medio de los Israelitas, que estendian por todas partes el conocimiento de un solo Dios entre los Griegos y Romanos desengañados ya de los absurdos del

(1) *Act. Apost. cap. 13. v. 51.* (2) *Ibid. cap. 14.*

politeísmo y de la idolatría. Mas sin embargo de esto los Judíos incrédulos sublevaron contra los operarios evangélicos á los habitantes de Iconio, donde permanecieron á pesar de todo siete ú ocho meses. Contrarestaban poderosamente á los esfuerzos de sus enemigos los grandes milagros que el Señor se dignaba obrar por sus manos, y copiosos frutos recomendaron su constancia.

60. Hizo San Pablo una muy ilustre conversion, entre otras, en la persona de una Virgen nobilísima llamada Tecla. Renunció generosamente al enlace de uno de los jóvenes mas principales de la ciudad á quien estaba prometida, despreciando todas las comodidades que le ofrecia, por la humilde y santa virginidad, cuyo inestimable valor habia llegado á conocer. Trocó en furor todo el cariño su esposo futuro, y trabajó para que fuese la primera de su sexo que lograra la corona del martirio. Dividióse la ciudad de Iconio en dos partidos, el uno en favor de los Judíos y el otro de los Apóstoles; los cuales viendo el momento en que los infieles iban á precipitarse en los mayores escesos, quisieron escusarlos este crimen y siguieron su camino á la provincia de Licaonia.

61. Predicaron en Listra, en Derbe y en todos los lugares circunvecinos. San Pablo observó en Listra que un cojo de nacimiento le escuchaba con aquella fe viva que Dios recompensa con los favores mas singulares. Dirigió el predicador la palabra al enfermo y le mandó que se levantara: hizolo así, y comenzó á andar. Á vista de este prodigio exclamó la

multitud: „los dioses en figura humana, han descendido del cielo á conversar con los hombres.” Segun los delirios de la antigua mitología, juzgaban advertir en los Apóstoles una nueva metamorfosis ó transformacion de sus divinidades, dando á Bernabé el nombre de Júpiter, por su mayor edad y buen aspecto, y á Pablo el de Mercurio, á causa de su elocuencia. Apoderóse este pensamiento en un momento de todos los espíritus; de tal suerte que el sacerdote de Júpiter corrió á su templo con gran multitud del pueblo, y condujo unos toros coronados de flores para sacrificarlos á los Apóstoles. Pero estos fieles dispensadores del poder del cielo mostraron su horror con los mas evidentes señales. „¿Qué es lo que haceis, hombres ciegos, les decian? Nosotros somos mortales, en todo semejantes á vosotros, que intentamos enseñaros con obras, de que el Dios supremo es el único autor, la necesidad de renunciar á esos sacrificios impíos y de convertirnos á este Dios infinitamente grande y humano, que ha criado el cielo y la tierra y todas las cosas.” De este modo y no sin mucho trabajo, estorbaron que se les ofreciese el sacrificio.

62. No se habian aun calmado enteramente los sacrificadores cuando llegaron de Antioquia é Iconio algunos diputados de las Sinagogas que se manifestaban mas irritados al paso que oían los nuevos progresos del Evangelio. Declamaron con la furia mas desenfrenada contra el Salvador y sus Apóstoles, queriendo persuadir que eran ministros del demonio y

atribuyendo sus milagros á operaciones mágicas (1). Asiendo al punto piedras maltrataron de tal modo con ellas á San Pablo que llegaron á creerle muerto, y hecho esto le arrojaron fuera de la ciudad. No estaba herido el Apóstol tan peligrosamente como juzgaban, y habiéndole rodeado sus discípulos se levantó curado milagrosamente, volvió á la ciudad y á la mañana se halló con fuerzas para partir en compañía de Bernabé á Derbe, donde peroraron en favor del Evangelio con tanta fortaleza, como si su celo no les hubiese acarreado tan malos tratamientos.

63. No temieron volver á la misma ciudad de Lистра (2) á vista de tan numerosas conversiones que daban nuevo ánimo á su fervor, y despues á Iconio y Antioquía, para fortalecer en la fe á los nuevos discípulos, y ordenar Sacerdotes que cultivasen bajo la dependencia de los primeros pastores el campo que confiaban á su inmediato cuidado. Atravesaron despues la provincia de Pisidia, y regresaron á Panfilia. Habiendo egercitado entonces su celo en Perge, donde solo habian estado de paso al tiempo de comenzar su mision apostólica, se dirigieron de allí á Atalia, puerto de mar en la misma provincia, donde se hicieron á la vela para volver á Antioquía capital del Oriente. Congregáronse á su llegada todos los fieles y les refirieron lo que Dios habia obrado por sus manos, pintádoles vivamente la ansia con que los gentiles se encaminaban al reino de Dios, abierto ya para todos los hijos de Adán. No obstante que reco-

(1) *Act. Apost. cap. 14. v. 18.* (2) *Ibid. v. 20. y sig.*

gieron en esta gran ciudad abundantes frutos de salvacion, no debemos persuadirnos que en los años que transcurrieron desde su vuelta á Siria hasta el Concilio de Jerusalem emplearon su solicitud en esta sola Iglesia. Es muy verosímil por el contrario que en este intervalo predicó San Pablo no solo en toda la Judea, sino tambien desde Jerusalem hasta el Ilírico y sus provincias inmediatas; pues así consta sin duda de su epístola á los Romanos (1).

64. Estaban á la sazón en Antioquía San Pablo y San Bernabé, cuando se originó entre los discípulos una disputa acerca de la circuncision y de las demás observancias legales (2). Principió esta controversia en la capital de Judea, á donde San Pablo habia llevado consigo uno de sus discípulos llamado Tito, Gentil de nacimiento. Exigian del prosélito que se circuncidase muchos de los Judíos convertidos, que se mostraban siempre adictos á las prácticas de la ley de Moisés; y como pretendian hacer una obligacion indispensable de una cosa que solo era tolerada, el Doctor de las naciones y el Protector de su libertad, no quiso nunca permitir que se circuncidase Tito; y mucho mas teniendo esto por una injuria que hacian á la gracia de Jesucristo unos cristianos mal despojados del orgullo judaico, y llenos de una vana confianza en las obras de la ley y en sus propias fuerzas. No fue al fin circuncidado Tito, y el Apóstol se mantuvo firme en defender á los Cristianos de la Gentilidad. Este amado discípulo es el

(1) *Epist. ad Rom. cap. 15. v. 19.* (2) *Act. Apost. cap. 15.*

que llevó á muchas misiones, complaciéndose en instruirle de viva voz, ó por cartas, cuando estaban separados, y al fin le ordenó Obispo de Creta, sin que sepamos con exactitud la época fija de su Episcopado, ni el tiempo en que esta Isla recibió el Evangelio.

Se propagó hasta la Iglesia de Antioquía el falso celo de los cristianos judaizantes, antes del Concilio de Jerusalem. No cabe duda de que el Príncipe de los Apóstoles á quien se da unas veces el nombre de Pedro, y otras el de Cefas, estaba entonces en Oriente, despues de haber salido de Roma, y se ignora la causa de haber dejado aquella capital; pues la que se señala del destierro de los Judíos por el Emperador Claudio es muy incierta; y los Cronologistas varían mucho sobre el año en que acaeció. Mas sea lo que fuere de las demás circunstancias, es indudable que Pedro ó Cefas se hallaba en Siria el año en que se celebró el Concilio Apostólico, y segun la opinion de San Agustin antes del Concilio tuvo en Antioquía con el Apóstol de las gentes, la disputa que algunos críticos se esfuerzan inútilmente en atribuir á otro Cefas: véase aquí como lo refiere el grande Obispo de Hipona (1).

65. Sabia muy bien Pedro despues de la vocacion del Centurion Cornelio que ya no se debia hacer ninguna distincion entre los fieles de la Circuncision y los incircuncisos; por lo que no ponía reparo

(1) *August. Epist. ad Hieronym. et lib. 2. de Baptism. cont. Donat.*

en tratar con las gentes, ni aun en comer con ellos. Pero habiendo venido á Antioquía algunos hermanos de Jerusalem, temió disgustar á aquellos hombres llenos de preocupaciones, y acostumbrados á guardar todas las observancias de la ley; y entonces se separó de los Gentiles manifestando especial repugnancia de comer con ellos. Llevaron estos muy á mal semejante conducta, la que no solo imitaron los Judíos convertidos, á vista de un ejemplo de tan grande autoridad, y por otra parte tan conforme á su disposicion habitual; sino que tambien Bernabé compañero de San Pablo y su socio en el Apostolado de las naciones, usó de la misma disimulacion y tibieza. Conmovieron vivamente el corazon de Paulo todos estos motivos, tan tierno para sus amados Gentiles, y para cortar el mal en su raiz, resistió públicamente á Cefas (1); esto es, usó con libertad del derecho que tienen todos los Obispos de amonestar al primero de ellos cuando su falta ó inadvertencia interesa al cuerpo de la Iglesia, y hay peligro de que el silencio acreciente el escándalo. „Si tú que eres Judío, le dijo á San Pedro delante de todos, vives al modo de los Gentiles, y no como los Judíos, ¿cómo no adviertes que desmintiendo ahora tu primer porte, impones á todas las naciones la obligacion de seguir el Judaismo?“ Escuchó el Príncipe de los Apóstoles la reconvenccion de su inferior con la mas edificante modestia, reconoció el riesgo de una condescendencia tan abusiva por los Judíos, y ordenó con mas

(1) *Epist. ad Galat. cap. 2. v. 11. y sig.*

cuidado sus acciones á la libertad del Evangelio y á su propio convencimiento.

66. Hubo muchos entre los discípulos venidos de Judea, que de concierto con el Heresiarca Cerinto permanecieron indóciles. Habia partido para Jerusalem el Príncipe de los Apóstoles, cuando llegando á lo sumo la obstinacion, y acalorándose mas y mas la disputa á pesar de la sabia conducta de San Pedro y el celo de San Pablo á quien acusaban de parcialidad en favor de los Gentiles, se creyó que para dar fin á esta controversia, era necesaria una decision solemne del Colegio Apostólico presidido por su Cabeza, y se acordó que Pablo y Bernabé fuesen á Jerusalem, con algunos del partido opuesto, para consultar al Espíritu Santo que segun la promesa del Salvador, se manifestaria en semejantes casos por el órgano de los primeros Pastores.

67. Celebróse el año 51 el primero de los Concilios, que sirvió de modelo á todos los siguientes. Convocó la asamblea el Príncipe de los Apóstoles invitando á todos sus colegas en el Apostolado que pudieron encontrarse, y á los principales Pastores ú Obispos, con los Sacerdotes y Ancianos de mas opinion en la gerarquía Eclesiástica <sup>(1)</sup>; no porque estos últimos (los Sacerdotes y Ancianos) tuviesen voto decisivo por su estado, ni derecho de juzgar, cuya prerogativa la concedió su divino Autor á la plenitud del Sacerdocio en el carácter de los Apóstoles; sino para que dijese todo lo que habian oido á los

(1) *Act. Apost. cap. 15. v. 6. y sig.*

Apóstoles ausentes ó al mismo Jesucristo. Informados de la tradicion se discutió con madurez, y todos tuvieron entera libertad para esplicarse hasta el punto de la decision, y verificada ésta solo se trató de conformarse con ella y de llevarla á efecto. Presidió el Concilio Pedro el primero de los Papas, entabló la cuestion, y espuso su dictámen antes que todos los demás, recordándoles como el Señor despues de la publicacion del Evangelio en Judea, le habia mandado tambien instruir á los Gentiles en la persona de Cornelio. De aquí concluyó que seria tentar á Dios el imponerles un yugo y una obligacion que no era necesaria en sí para salvarse, ni aun respeto á los mismo Judíos. Apoyaron este dictámen Pablo y Bernabé, refiriendo que habiéndole puesto en práctica habia Dios obrado muchos prodigios por medio de ellos en las funciones de su ministerio con los Gentiles. Mostróse no menos celoso de la libertad de las naciones, Santiago Obispo de Jerusalem, esto es, de una Iglesia compuesta de fieles circuncisos, entre los cuales habia muchos de la secta de los Fariseos, que todo lo sujetaban á la ley de Moisés; y es de advertir que no solo suscribió á la decision de Pedro; sino que dijo espresamente que así lo creía; manifestando la conformidad de su dictámen con los libros sagrados. Aprobó todo el Concilio esta determinacion, y pasaron á tratar de los medios de hacerla saber á la Iglesia donde habia tenido principio la disputa. Eligieron para este efecto <sup>(1)</sup> á Judas, llamado tambien

(1) *Act. Apost. cap. 15. v. 22. y sig.*

Bársabas, y á Silas, agregándolos á Pablo y á Bernabé, á fin de evitar todo recelo de desconfianza que pudieran tener de los dos últimos, por haber sido los promovedores del decreto. Demuestran su infalibilidad los términos en que estaba concebido. „Ha parecido al Espíritu Santo y á nosotros, no imponeros otra carga que la de que os abstengais de los manjares inmolados á los ídolos, de la sangre y de la carne de los animales ahogados, y de la fornicación.” La corrupcion del paganismo habia obscurecido de tal modo este último artículo á pesar de prohibirlo la ley natural, que se juzgó preciso renovar la prohibicion de una manera formal y positiva. Así aplica la Iglesia las luces de la revelacion sobrenatural á otros muchos puntos de la ley grabada en nuestras almas por la mano del Criador, pero casi borrada por el desórden de las pasiones. Recibió la epístola sinódica la Iglesia de Antioquía con el respeto que era debido; y sucedió la paz y la concordia mas perfecta á la disputa que conmovió tanto las conciencias.

He aquí el órden de los hechos seguido por San Agustin en la relacion de la famosa disputa entre Pablo y Cefas; pero aun quando se señale la época despues del Concilio Apostólico ¿qué se podrá inferir contra el Vicario de Cristo? Si, como no puede dudarse, Cefas es el mismo que Simon Pedro, edificó mucho mas á la Iglesia con su egemplar humildad, que quanto pudo escandalizarla su condescendencia por los cristianos judaizantes. No se trataba de la

doctrina, ni por consiguiente de ningun error; sino solo de un punto de disciplina y de conducta en la cual ningun Papa se ha tenido por irreprehensible, pues nunca han creído ser impecables. En esta ocasion la falta de Pedro, ó que San Pablo le reprendia, no era rigurosamente un defecto: solo se agitaba una cuestion de hecho, y no de la intencion que solo Dios conoce; no siendo presumible que quisiese juzgar de ella la caridad de un Apóstol. Dos cosas hay que discernir en el hecho mismo, la materia ú objeto de la accion y el efecto que esta producía: en cuanto á la accion no puede decirse que sea en sí culpable, pues tenia por objeto las observancias legales que aun no estaban prohibidas, y que en ciertas ocasiones convenia practicar, como lo egecutó muchas veces el mismo San Pablo. Luego este Apóstol solo pudo reprender en Cefas el que contra su intencion abria la puerta á muchos inconvenientes; es decir, que el egemplo de Cefas podia obligar á los Gentiles á judaizar, y que San Pablo consagrado enteramente á su instruccion, y conociendo mas bien sus disposiciones que el Príncipe de los Apóstoles, ocupado de la solicitud de todas las Iglesias, tuvo valor para advertírsele en el momento crítico, y el consuelo de ver que la virtud de Pedro hizo que evitase luego el peligro. Es mucho menos importante este hecho de Cefas á egemplo de otros muchos puntos de disputa, que lo que intenta persuadir el atizador ingenio de los escritores de partido.

Los diputados del Concilio, Judas y Silas, propu-

sieron volver á Jerusalem despues que la tranquilidad quedó perfectamente restablecida entre los fieles de Antioquía; pero estos dos ángeles de paz se habian grangeado la estimacion y afecto de todos durante el tiempo de su comision; y como eran Profetas, estos, estaban revestidos del carácter Episcopal, segun la interpretacion mas plausible de estas espresiones de la Escritura, la eminencia de su dignidad solo sirvió para realzar mas su modestia y sabiduría. Manifestaron los Antioquenos tanto pesar de perderlos, cuando se trató de su partida, que ellos se separaron sin que sepamos el motivo. Regresó Judas solo á Jerusalem, á dar cuenta de su diputacion, y Silas permaneció con los fieles de Siria; disponiéndolo así la Providencia, para que en adelante fuese el compañero mas fiel de San Pablo en sus trabajos.

68. Abrasaba al Apóstol un celo tan ferviente, que el descanso le parecia mas violento que las mayores fatigas; y así apenas estuvo algunos dias con sus discípulos para consolarlos, propuso á Bernabé su socio ordinario ir á visitar las Iglesias que habian ambos edificado (1), para reconocer si la divina semilla habia fructificado, ó si se hallaba sufocada por algunos enemigos á quienes solo pueden vencer los principales Pastores. Al punto se preparó Bernabé á seguirle, y propuso llevar en su compañía á Juan Marcos, que se habia separado de ellos en Panfilia; pero San Pablo le replicó, que no habiendo podido ó querido sufrir al principio aquel mozo los trabajos Evangéli-

(1) *Act. Apost. cap. 15. v. 36. y sig.*

cos, no convenia esponer sus débiles fuerzas á otras nuevas fatigas. Inspiraba el afecto de la sangre á Bernabé distintos pensamientos, y habiéndose resistido San Pablo porque creía interesarse en ello el honor de su ministerio, se separaron por esta causa los dos Apóstoles, queriendo Dios darnos no solo ejemplos de moderacion en la diversidad de dictámenes, que pueden tener los mas grandes hombres, sino tambien ocultando con el velo de esta desavenencia los desig-nios de su misericordia para con los diversos pueblos que los dos Apóstoles separados habian de convertir en mayor número. Regresó Bernabé á la isla de Chipre con Juan Marcos, y San Pablo acompañado de Silas, recorrió la Siria, la Cilicia, y llegó hasta Licaonia.

69. Descubrió el Apóstol en Listra á un discípulo llamado Timoteo (1), hijo de una Judía ya cristiana, y de un Gentil que adoraba al verdadero Dios. Eran testigos todos los fieles de Listra y de Iconio, y publicaban la virtud de aquel mozo; por lo que se le agregó á sí el Doctor de las naciones; y no tuvo dificultad de circuncidarle á causa de los Judíos del pais que le conocian, y sin este requisito le hubieran mirado como enemigo de la ley. Atravesaron juntos sin detenerse la provincia de Asia, siguiendo el impulso del Espíritu Santo que llamaba al Apóstol á Macedonia.

70. San Lucas comenzó, segun se cree, en este viage á seguir al Apóstol que era pariente suyo, pues

(1) *Act. Apost. cap. 16. v. 1. y sig.*

desde esta época se habla de él en la historia de los hechos de los Apóstoles, que el mismo escribió. Era este un médico de Antioquía, hombre de talento y estudio, y versado en la lengua griega, que escribía con mas pureza que los demás autores Apostólicos (1). Desde el punto en que se reunió al Apóstol de las gentes le acompañó siempre con la mayor constancia, á pesar de las fatigas, de los peligros y de los ejemplos de flaqueza que ofrecieron otros muchos discípulos. Sirvió á San Pablo de intérprete como San Marcos á San Pedro: compuso su Evangelio á su imitación de lo que habia oido á su maestro, quien aprobó y adoptó esta obra, como se ve en varios pasages de sus epístolas donde le cita y recomienda.

San Pablo se hizo á la vela para Macedonia en Troade, ciudad de la Asia menor, edificada cerca de las ruinas de la antigua Troya, y llamada tambien Alejandría y Antioquía. Como se le apareciese un Macedonio en cierta vision nocturna, convidándole á pasar á su patria se dió prisa por llegar á Filipos, colonia Romana en la provincia de Macedonia. No tenian allí Sinagoga los Judíos, sino solo un lugar destinado á la oracion fuera de la ciudad, lo mismo que en otros sitios donde solo eran tolerados.

71. Convirtió el Apóstol en el primer dia de sábado (2) á una comercianta de púrpura llamada Lidia, natural de Tiatira, ciudad de la Misia, ó del

(1) *S. Hieronym. de Scriptor. Eccles. Nicef. lib. 2. cap. 43.*  
*S. Gregor. Nazianz. orat. 1. in Julian.* (2) *Act. Apost. cap.*  
*16. v. 14.*

Asia menor. Adoraba ya esta muger al verdadero Dios, y asistía al oratorio con las mugeres Judías: dispúsose en corto tiempo para el bautismo, que recibió con toda su familia, y despues rogó al Apóstol se hospedase en su casa.

72. Otro dia de sábado en que iban todos al lugar de la oracion, notaron que los seguia una muger jóven poseida del demonio, la que con sus adivinanzas proporcionaba un considerable lucro á los amos á quienes servia (1). Miró con mucho espanto á San Pablo y sus compañeros, y exclamó diciendo: „estos hombres son los ministros del Dios Supremo que nos enseñan el camino de la salvacion.” Repitió esto mismo por muchos dias, pero el Apóstol despreciando tanto los elogios como los ardidés del espíritu maligno, le dijo: „yo te mando, en nombre de Jesucristo á quien anuncio, que salgas al instante del cuerpo de esa infeliz;” y al punto la abandonó.

73. Irritados los amos de aquella muger al ver que se les escapaba su ganancia, sublevaron al pueblo y á los Magistrados que en el primer movimiento de su furor dejaron azotar con varas á San Pablo y á Silas, y los pusieron en prision (2). Un violento terremoto á la media noche conmovió el edificio hasta sus cimientos, rompiéronse las cadenas, abriéronse todas las puertas, despertóse el carcelero, y juzgándolo todo perdido echó mano á la espada para matarse. El Apóstol olvidando su propio interés, exclamó: „¿por qué intentas el quitarte la vida? Todos

(1) *Act. Apost. cap. 16. v. 16. y sig.* (2) *Ibid. v. 20. y sig.*

estamos aquí sin faltar ninguno." Sosegóse entonces el vigía, hizo traer luz, y lleno de una admiración muy diversa de la primera, á vista de sus bienhechores, se postró á los pies de San Pablo y Silas; despues los llevó á su habitacion pidiéndoles con tanta fe como agradecimiento le enseñasen lo que debia hacer para salvarse. Se cree que ya conocia al verdadero Dios, como la mercadera Lidia, pues tardó muy poco en recibir el bautismo con todos sus parientes.

74. Habian calmado entre tanto la noche y el sueño los ánimos sediciosos de los Filipenses, y á la mañana siguiente se dió orden para poner en libertad á los presos; pero el Apóstol con una noble entereza (1) „¿así se satisface, dijo, á un ciudadano Romano maltratado en estos términos sin orden ni formalidad legal?" Tenia efectivamente los derechos de tal ciudadano, como todos los habitantes de Tarso sus compatriotas, en recompensa de haber sido fieles á los dos Césares Julio y Augusto en sus guerras civiles. El Apóstol juzgando que convenia á los ministros Evangélicos pedir satisfaccion de una injuria que los infamaba, exigió que los Magistrados viniesen en persona á desagraviar en algun modo su ministerio envilecido, y á ponerles en libertad con honor. Al punto que supieron que era ciudadano Romano, temieron que la queja llegase al Senado; y mucho mas porque este tenia ordenado que en todas las causas se justificasen plenamente los delitos, antes de pro-

(1) *Act. Apost. cap. 16. v. 35. y sig.*

ceder al castigo. Conocian el exceso que habian cometido los Magistrados de Filipos, y se sujetaron á hacer lo que San Pablo queria, y vinieron á pedir modestamente á los prisioneros que aceptasen la libertad y olvidasen lo pasado, atribuyéndolo á la conmocion popular cuyas consecuencias eran temibles. Suplicáronles al mismo tiempo se ausentasen de la ciudad cuanto antes, para estorbar que el pueblo indocil volviese á levantar otra nueva sedicion. Dirigiéronse Pablo y sus compañeros sin mostrar cobardía ni darse prisa para que su salida no pareciese un destierro, á visitar á la piadosa Lidia su huésped, y animando con sus exhortaciones á todos los demás fieles tomaron el camino de Anfípolis y Apolonia (1), y llegaron á Tesalónica capital de toda la provincia de Macedonia. Habia una Sinagoga en esta ciudad, y San Pablo acudió á ella segun su costumbre: convirtieronse algunos Israelitas y mucho mayor número de Gentiles que á su ejemplo adoraban al verdadero Dios. No pudieron los Judíos obstinados mirar con tranquilidad estas conversiones, y con sus ardidés obligaron al Apóstol á retirarse á Beréa. Persiguiéronle allí tambien, y como el odio era personal partió solo para Atenas, mandando á Silas y Timoteo que despues fuesen á reunírsele.

75. Solo conservaba de su antiguo esplendor esta ciudad, en otro tiempo tan poderosa y la principal de Grecia, la cultura de algunas artes liberales. Atenas era el centro de la curiosidad y de las disputas,

(1) *Act. Apost. cap. 17. v. 1. y sig.*

especialmente sobre materias filosóficas y opiniones extraordinarias. No conocían otra ocupacion los naturales y los forasteros, que eran en tanto número como los ciudadanos, que la de contar y oír novedades. Pueden adivinarse con facilidad cuantos obstáculos hallaría el Apóstol para sus fines, en unos espíritus tan frívolos, que llevaban al extremo las observaciones y especulaciones idolátricas. Procuró sin embargo sacar partido de estas mismas disposiciones tan opuestas al Evangelio.

Habia principiado ya sus discusiones con las dos sectas dominantes de Estóicos y Epicúreos (1), que admirados de la novedad de las cosas que predicaba el Apóstol, y especialmente de la Encarnacion del Verbo Eterno, y la resurreccion de los cuerpos, le llevaron al Areópago, que era el tribunal donde se juzgaban las causas de la mayor importancia, para que allí esplicase con mas estension su doctrina.

Presentóse el Apóstol en aquella asamblea tenida por el oráculo de toda la Grecia, y habló en estos términos. „He observado, Atenienses, desde que estoy en esta ciudad, que os aventajais á todos los demás pueblos por vuestra aficion á todo género de cultos religiosos. Notando de paso los diferentes objetos de vuestra veneracion, he leído en un altar la inscripcion que dice: *Ignoto Deo, al Dios desconocido*. Ahora pues, lo que vosotros adorais sin conocerlo, es lo que yo vengo á anunciaros; esto es, al Criador del cielo y de la tierra y de todas las cosas que con-

(1) *Act. Apost. cap. 17. v. 18. y sig.*

tienen, el que siendo Señor de este vasto universo ha dejado en todas partes impresos los señales de su grandeza, sin encerrarse en los templos hechos por mano de hombres. Nuestras adoraciones ni respetos no los exige porque necesite de ellos, pues ha dado la vida y el ser á todo lo que respira. Él crió al género humano de un solo hombre, á quien formó con sus propias manos, y distribuyó las familias y naciones por toda la superficie de la tierra, para que por la contemplacion de sus obras, llegasen á conocerle y acercarse á él; no porque esté lejos de nosotros, pues en él vivimos, nos movemos y existimos, segun aquellas palabras de uno de vuestros poetas: somos hijos de Dios y venimos de su linage. Siendo pues como somos hijos de Dios, y obra de sus manos, nos apartaríamos de los principios de la razon que nos ha inspirado, y degeneraríamos indignamente de la nobleza de nuestro origen si adorásemos á unas figuras de piedra y metal, y concediésemos la divinidad á las obras de los mortales. Mas el Todopoderoso no queriendo ya sufrir estos monstruosos errores, ni la horrenda corrupcion en que encenagan á los hombres, les anuncia hoy que se dispongan para el dia fatal, en que nos ha de juzgar con terrible severidad. Se aproxima este término, y ha revestido de su autoridad á su Hijo hecho hombre que despues de haber padecido muerte para nuestra salvacion, ha resucitado del sepulcro como os lo afirmamos con otros muchos testigos irrecusables.”

Guardaron silencio aquellos hombres vanidosos,

cuyos vicios y errores combatia el Apóstol con tanta solidéz y urbanidad, hasta que oyeron hablar de la resurreccion de la carne; pero al primer anuncio de un dogma tan estraño para una ciudad donde la doctrina de Epicuro estaba en el mas alto crédito, el mayor número comenzó á escarnecer sus máximas (1). Dijéronle otros mas moderados que bastaba para aquel dia, y que volverian á oírle en otra ocasion. Trató de este modo al mas elocuente de todos los Apóstoles aquella asamblea presuntuosa, de la que no dejó Dios de atraer á sí algunas almas privilegiadas como la de Dionisio, uno de los jueces del Areópago, y la de una muger llamada Dámaris. Obtuvo despues el obispado de Atenas este Dionisio diferente del que anunció el Evangelio en las Galias, y coronó sus trabajos con el martirio. Se le han atribuido varias obras por espacio de muchos siglos, que evidentemente fueron compuestas mucho tiempo despues de su muerte, como lo demuestran los datos de las cosas mismas de que tratan.

76. San Pablo se dirigió en derecha á Corinto, ciudad la mas opulenta de la Grecia, despues de la decadencia de Atenas y Lacedemonia. Atraía una multitud de estrangeros su situacion entre dos mares, con un buen puerto en cada uno, y con las riquezas se conseguian allí todas las delicias de la vida. Detúvose el Doctor de las naciones diez y ocho meses en esta ciudad (2), no habiendo permanecido tanto en otra parte, desde su primera salida de Antioquia.

(1) *Act. Apost. cap. 17. v. 32., 33. y 34.* (2) *Ibid. cap. 18.*

77. Se aposentó en casa del judío Aquila recién llegado de Roma, de donde habia sido espulsado, por orden del Emperador Claudio, con su muger Priscila, y todos los de su nacion, y le halló bien dispuesto para abrazar el cristianismo. Trabajaba el Apóstol con su huésped en hacer tiendas de cuero para el uso de los soldados, á fin de ocurrir á sus necesidades sin ser gravoso á nadie y conservar la libertad de su ministerio. Acudia puntualmente á la Sinagoga los dias de sábado para anunciar á Jesucristo á los Judíos y á los Géntiles, que aparecian mucho mas dóciles. Permanecian tranquilos los Judíos de Corinto hasta que la multitud de conversiones despertó su emulacion; y en vez de emplear como el Apóstol razones convincentes y testimonios de la Escritura, no oponian en su favor mas que injurias groseras y blasfemias horribles. San Pablo temió el escándalo de los Géntiles, y manifestando de todo punto su indignacion, dijo á los blasfemos, sacudiendo contra ellos sus vestidos: „á vosotros solos se atribuirá la pérdida de vuestras almas; yo estoy inocente de vuestra reprobacion y de vuestra eterna desgracia; y ya que mi ministerio no sirve sino para haceros mas inescusables, desde este momento me dirigiré á los Géntiles.”

Dejó efectivamente la habitacion de Aquila porque era Judío de nacimiento, y al salir de la Sinagoga se entró en la casa cercana de un Gentil llamado Tito, (diferente de su discípulo del mismo nombre) que ya era Cristiano en su corazon. Convirtió

San Pablo no obstante en Corinto á varios Judíos y entre ellos á uno de los principales de la Sinagoga llamado Crispo, con toda su familia. Bautizóle por su propia mano, pero como se consagraba particularmente á la predicacion, hizo que sus discípulos administrasen el bautismo á los demás, y á todos los Gentiles que cada dia se declaraban Cristianos. No bastaron para que el Apóstol disminuyese el tiempo de su permanencia, la obstinacion de los Judíos y sus pérfidos designios que solo esperaban ocasion oportuna para ponerlos en práctica; porque el Señor le reveló que habia en Corinto muchos escogidos.

Escribió despues á los Tesalonicenses, á quienes habia convertido por sí mismo ó por sus discípulos, á los que no habia podido visitar desde que formaban Iglesia, que era una de las mas florecientes, aunque el Apóstol permaneció en ella corto tiempo. Timoteo y Silas le llevaron noticias de aquellos fieles, y les mostró en su primera carta la alegría que le causaba el fervor de su fe. Mas como despues llegó á saber que se interpretaba de un modo desagradable lo que solo les habia escrito para su consuelo, los desengañó y animó en su segunda carta. Tal es el objeto de las dos epístolas de San Pablo á los Tesalonicenses, que no pueden analizarse sin perder mucho mérito. Todo lo que puede hacer un historiador respecto de este género de obras, es poner á la vista los puntos relativos á su designio, y dar por este medio mas luz á los hechos para que sean mas instructivos.

Son en el orden de los tiempos, (\*) las epístolas á los Tesalonicenses, las primeras que escribió San Pablo, aunque en el nuevo Testamento se colocan segun la dignidad de las ciudades ó de las Iglesias á que fueron dirigidas. Distingúanse mucho en el egercicio de la caridad los fieles de Tesalónica, como se nota en estas epístolas, y este seria el motivo de que el Apóstol les profesase un afecto tan tierno; pero tambien les patentiza su propio interés. Se gloria, al mismo tiempo que recomienda á sus liberalidades algunos discípulos y pastores, de que para las necesidades personales recurre al trabajo de sus manos, al que los exhorta con su egeemplo. Tenian un natural benigno, y un corazon blando y sensible, y se contristaban demasiado por la muerte de sus parientes y amigos: el Apóstol los consuela con la esperanza de la resurreccion futura; pero avisándoles que no confiasen en vanas observaciones, ni fijasen supersticiosamente el dia del Señor ó del fin del mundo, cuya aprension vaga comenzaba á apoderarse de las almas débiles. Propóneles sobre este punto, y generalmente sobre todos los demás de la creencia cristiana dos reglas, que la Iglesia ha seguido en todos tiempos; á saber, la Escritura sagrada y la tradicion vocal, que suple á la palabra escrita.

78. San Lucas publicó su Evangelio, al mismo tiempo que San Pablo escribió sus primeras epístolas.

(\*) Fueron escritas estas dos cartas, segun la opinion mas comun, el año 52 de la Era vulgar.

las, para oponerle á las historias fabulosas que divulgaban ya algunos Pseudo-Apóstoles.

San Pablo despues de haber establecido bajo un pie sólido la Iglesia de Corinto; determinó llevar su celo adonde mas se necesitaba. Pensaba recorrer la Siria y Palestina para fortalecer en la fe y en las buenas costumbres á las numerosas Iglesias que habia fundado. Se embarcó con este objeto en el puerto de Cencreas (1), llevando en su compañía á Priscila y Aquila, despues que se hizo cortar el cabello, por haber espirado ya el voto de Nazaréo, que habia hecho segun devocion de aquellos tiempos. Dejó á estos dos prosélitos en Éfeso, donde los Judíos mas dóciles que en ninguna otra parte, querian detener consigo al Apóstol, y creyendo este que la dilacion haria que le descasen con mas ardor, continuó su viage despues de haberles prometido que volveria, y arribó á Antioquia por el camino de Cesaréa. Habiendo permanecido en ella algunos dias, volvió por la Galacia y la Frigia dedicándose en particular á perfeccionar las buenas disposiciones de los Gálatas, que le recibieron como á un ángel del Señor.

79. Vino de Alejandría á Éfeso durante el viage del Apóstol un Judío llamado Apolo (2), hombre elocuente y muy sabio en las Escrituras. Adoraba al Salvador, y su celo se estendia á publicar su nombre, pero no conocia otro bautismo que el de San Juan. Enseñáronle Aquila y Priscila lo que habian aprendido de San Pablo; y como determinase pasar

(1) *Act. Apost. cap. 18. v. 18. y sig.* (2) *Ibid. v. 24. y sig.*

á Acaya, le dieron cartas de recomendacion para los fieles de Corinto, donde contribuyó á despreocupar á los de su nacion.

80. Despues de haber recorrido el Apóstol la Asia, volvió por fin á Éfeso, donde halló algunos nuevos catecúmenos instruidos por Aquila y Apolo (1). Habíales este administrado el bautismo de San Juan, que era el único que conocia; pero el Apóstol queriendo asegurarse del estado de aquellas almas piadosas y sencillas, les preguntó ¿si habian recibido el Espíritu Santo? y le respondieron: ni aun sabemos que hay Espíritu Santo. Infirió de esta respuesta que no habian recibido el sacramento del bautismo, que se da en nombre de las tres divinas Personas, y dispuso que se les administrase. Púsoles despues por sí mismo las manos, para confirmarlos en la fe por medio de un Sacramento reservado á los Obispos, y descendió al punto el Espíritu Santo en forma visible, sobre aquella turba compuesta de doce personas, que fueron dotadas del don de profecía y de lenguas; cuyo prodigio no les admiró en gran manera por la frecuencia con que se repetia en iguales ocasiones.

San Pablo vivió cerca de tres años en Éfeso, desde principios del año 54 hasta el 57. Era esta ciudad la mas populosa del Asia, el centro de los negocios civiles y del comercio, donde residia el tribunal del Procónsul, estaba adornada de un puerto muy cómodo, y del famoso templo de Diana, cuya grandeza y pomposas fiestas atraian á los curiosos de todos

(1) *Act. Apost. cap. 19.*

los países. Predicar á Jesucristo en esta ciudad equivalia á darle á conocer á todo el continente de Asia y á todas las islas. Animado pues á vista de tan grandes objetos el celo del Apóstol se aumentaba á cada instante; y por su medio llegó la noticia del Evangelio á todos los Asiáticos, Judíos y Gentiles. Mucho tuvo que sufrir de la violencia de algunas personas, mas crueles para él que las bestias feroces. Los Israelitas que no abandonaron su incredulidad, añadieron á su furor la hipocresía y la traicion; pero al paso que las dificultades hacian mas grande esta empresa, el Señor comunicaba á su siervo con mas liberalidad el don de obrar milagrosamente; pues por su mano y aun sin noticia suya sucedia una multitud increíble de prodigios; de tal suerte que los lienzos y vestidos que usaba, curaban á los enfermos y ahuyentaban los demonios (1).

De tan extraordinarios favores resultó un incidente que fue muy útil á la Doctrina Evangélica. Estaban allí á la sazón unos exorcistas Judíos que iban por todas las provincias para libertar á los energúmenos, y pretendian egercer esta potestad sobre los malignos espíritus, en virtud de unas fórmulas de conjuro que atribuían al Rey Salomon. Tenia siete hijos Sceva, Príncipe de los Sacerdotes ó cabeza de una de las familias Sacerdotales, que se vendian por muy hábiles en este egercicio. Cuando no lograban su intento con las fórmulas que acostumbraban, empleaban el nombre de Jesucristo, á egemplo de San Pablo, por

(1) *Act. Apost. cap. 19. v. 11. y sig.*

mas enemigos que fuesen. Resistióse el primer demonio á quien conjuraron á sus exorcismos y á su codicia; „conozco á Jesus por Hijo de Dios, les dijo el diablo, y no ignoro quien es Pablo su Apóstol; pero vosotros sois unos impostores;” y abalanzándose á ellos el hombre á quien poseía este espíritu, los maltrató sin que pudiesen oponérsele, y escaparon de sus manos cubiertos de heridas y los vestidos rotos.

Adquirió este hecho tanta publicidad en todo Éfeso, y sus habitantes, así Judíos como Gentiles, quedaron tan poseidos de espanto y veneracion que glorificaron el nombre del Redentor con las mas vivas aclamaciones. Vinieron en grande número los que abrazaron la fe á arrojarle á los pies de los santos Ministros, confesando los desórdenes de toda su vida, antes de recibir el bautismo. No se les forzaba á esta confesion; pero como veían que los antiguos fieles la practicaban siendo menos culpables que ellos, no rehusaban por un espíritu de humildad este acto de penitencia. Era muy frecuente entre los Efesios el uso de la magia, y los que se convertian llevaron al Apóstol los libros que trataban de aquellas malas artes, para quemarlos públicamente: el valor de estos libros ascendió á cincuenta mil denarios (\*). Quedó muy consolado el Apóstol á vista de una prueba tan sólida de conversion verdadera, y tan digna de servir de modelo en los siglos futuros.

81. Mas pronto se levantó contra él una furiosa tormenta: un platero llamado Demetrio (1), fabrica-

(\*) Como unos 1408 rs. (1) *Act. Apost. cap. 19. v. 24. y sig.*

ba pequeños templos de plata con la estatua de Diana, de los cuales hacia un prodigioso comercio; porque todos los extranjeros que venian á las fiestas de la Diosa los compraban en señal de su devoción. Demetrio era el que mas despachaba, y tenia ocupados en este trabajo á muchos artífices y á sus familias. Reuniéndolos á todos un dia, les representó que ignoraban otro modo de ganar su vida, y que iba Pablo á dejarlos morir de hambre si convencia, segun sus principios, no solo á los ciudadanos de Éfeso, sino á los habitantes de toda el Asia, que las obras hechas por mano de hombres no podian contener divinidad alguna. Unió á los móviles del interés los de la supersticion, que eran los mas capaces de conmovér á aquellas gentes, y prosiguió diciendo que no solo se trataba de su utilidad sino de la conservacion del templo de la gran Diosa tan celebrado en todo el universo, y que estaba próximo á caer con ella en el mayor desprecio. Interrumpiéronle todos, y comenzaron á gritar confusamente: „la gran Diana de Éfeso, la gran Diana de Éfeso.” Púsose en movimiento toda la ciudad; llenóse el teatro de gente, y no pudiendo hallar á Pablo llevaron violentamente á Gayo y Aristarco sus compañeros, Macedonios de origen, para que respondiesen por él.

La ley de Moisés del mismo modo que la de Jesucristo, condenaba el culto de los ídolos, y temieron los Judíos ser acusados juntamente con los Cristianos. Quiso uno de ellos llamado Alejandro hablar en defensa de su nacion; pero apenas abrió los labios

principiaron á gritar con mas fuerza: ¡la gran Diana de Éfeso! ¡Cuán grande es la Diosa de los Efesios! y repitieron por espacio de dos horas enteras este clamor fanático. San Pablo probó á entrar en la asamblea menospreciando las amenazas de aquellos furiosos; pero á instancias de los fieles se unió á algunos señores principales del Asia que amaban al Apóstol y que le estorbaron entregarse á una muerte cierta. Todo lo calmó entre tanto de una manera inesperada el que tiene en su mano el corazón de los pueblos y de los Reyes. Consiguió un simple Procónsul que le escuchasen, y dijo á los sediciosos que no encontraba el menor delito en aquellos hombres; que Gayo y Aristarco no habian profanado el templo de la Diosa, ni cometido alguna impiedad, y que por un temor imaginario, ó por un interés particular de Demetrio se esponian á sufrir todo el rigor de las leyes, como perturbadores del orden público, con una conducta tan contraria á sus disposiciones. Pareció bien esta advertencia á todos y se calmó la sedicion en el momento en que estaba mas encendida. San Pablo no quiso retardar mas su viage á Macedonia, y dejó en Éfeso á su discípulo Timoteo despues de haberle ordenado de Obispo.

82. Escribió su primera carta á los Corintios desde esta ciudad (\*). Vino á buscarle Apolo á Éfeso y le notició que algunos doctores obstinados en defender la necesidad de las observancias Mosaicas, estaban en Corinto causando divisiones y discordias entre los fie-

(\*) Probablemente hácia el año 56 de Jesucristo.

les y entre los mismos Pastores que los gobernaban: que cada uno formaba partido separado con sus discípulos, y que despues de esta especie de cisma, no solo se tenia en poco el nombre de Pablo entre los Corintios, sino que la predicacion del Evangelio y sus progresos padecia considerable atraso. Confirmáronle estas tristes noticias tres diputados de la Iglesia de Corinto, que llegaron al mismo tiempo á consultar al Apóstol sobre diferentes puntos de dogmas y disciplina, con su propia atestacion y con varias cartas secretas de algunos particulares virtuosos y de autoridad, que le daban parte de algunos desórdenes muy graves, capaces de desacreditar la Religion.

El Apóstol determinó con sus cartas poner remedio á unos males y abusos que tanto le afligian. Comienza San Pablo en su primera epístola despues de las saluciones comunes, á reprender el espíritu de rivalidad y cisma de estos fieles de Corinto, muy semejantes á los filósofos que divididos en varias sectas, daban á cada una el nombre de su autor, exaltándola sobre todas las demás. Yo soy discípulo de Apolo, dice uno de estos cristianos facciosos, y yo, dice otro, lo soy de Cefas ó de Pablo. El Santo Apóstol que solo respiraba la gloria de Jesucristo, recuerda á todos los poseidos de este falso celo, la pureza de sus intenciones que se manifestaba en su modo de predicar sencillo y ageno de la elocuencia del siglo. Manifiéstales cuanta injusticia y desórden era el jactarse de los dones sobrenaturales y milagrosos, tan comunes entonces en la Iglesia, de los que trata in-

dividualmente esta epístola, proponiendo una serie metódica de reglas para evitar los abusos. Reprende tambien los que se introducian en la participacion de la divina Eucaristía. Era acompañada en estos primeros tiempos de unos convites de caridad, llamados en Griego *Agapes*; pero los ricos no hacian partícipes á los pobres de los manjares que se les servian con abundancia, y el caritativo Pastor declama fuertemente contra el escándalo de esta orgullosa avaricia, y mucho mas contra la inconsideracion sacrílega de algunos pecadores que sin distinguir el pan de los ángeles del pan ordinario, profanaban indignamente el cuerpo y sangre de Jesucristo, comiendo y bebiendo su sentencia de condenacion. Son sus palabras enérgicas y exactas, y no pueden reducirse á un sentido figurado sin faltar á todas las leyes del lenguaje comun, y sin oponerse á la interpretacion de los santos Doctores de todos los siglos.

El Apóstol lleva tambien á mal que los Cristianos de Corinto acudiesen en sus pleitos y en sus discordias á los tribunales de los Paganos. Es cierto que respetaba la autoridad política y civil, pues ordena espresamente la obediencia á los Magistrados, sean buenos ó sean malos: pero además del peligro de idolatrar, á que se esponian los fieles jurando en manos de unos Jueces que solo conocian las falsas divinidades, estos pleitos mostraban ya un grande apego á los bienes temporales, que el celo de San Pablo no podia llevar á bien en una sociedad de cristianos tan perfectos como los de Corinto. Sin embargo en esta

Iglesia fervorosa que habia cultivado con tanto esmero, adornándola como á una vírgen que fuese digna de ser esposa de Jesucristo, no solo halló el Apóstol abusos que remediar, sino hasta vicios que escandalizaban á los Idólatras. Habíase precipitado un Cristiano de tal suerte en la incontinencia, que tenia un trato deshonesto con la muger de su padre. Manda el Santo que sea entregado á Satanás, para perder la carne y salvar el espíritu; esto es, que se le separe por cierto tiempo de la comunión de los fieles, para abatirle y mortificar su cuerpo, sin hacer perecer su alma. Ejemplo de excomunión y de los fines piadosos que todo Pastor debe proponerse en igual castigo.

Admirados habrán quedado los lectores á vista de un crimen tan enorme en una de las primitivas y mas florecientes Iglesias Apostólicas: ¡pero cuánto mayor deberá ser su admiración al leer las respuestas del Doctor de las gentes sobre varios puntos que le consultaron acerca del matrimonio y la continencia, de la eminente perfección que en tan breve tiempo habia producido la gracia en unos hombres nacidos y educados en la mas espantosa corrupción! (1) El libertinage de Corinto, consagrado en culto religioso, no admitia comparacion con ningun otro: toda la ciudad estaba dedicada á Venus, y en su templo ú orgia existian mas de mil esclavas prostitutas en nombre de la Diosa. Fácil es de colegir por lo dicho lo que el pudor no permite referir acerca de los des-

(1) *Strab. lib. 8. Athenag. lib. 13.*

órdenes de los Corintios, y mucho mas de los extranjeros opulentos que allí concurrían, pues era preciso ser rico para participar de aquellas disoluciones infames; de donde vino el proverbio: si no es para todos ir á Corinto. Honraban á aquellas vergonzosas víctimas del espíritu inmundo; los mejores poetas celebraban en sus versos estas viles prostitutas; y las consagraban estatuas. No limita sin embargo sus instrucciones el sabio reformador de semejante pueblo á enseñarles las leyes esenciales de la castidad conyugal, sino tambien la mas alta perfección de la virginidad y del celibato cristiano. Así pues, la primera epístola á los Corintios es en toda su estension un modelo admirable del celo mas ilustrado y mas activo, con una divina mezcla de severidad y dulzura, de reprehensiones y exhortaciones, de vigilancia pastoral y de caridad paterna: en una palabra, de un celo digno de servir de regla á todos los Prelados, y particularmente cuando se trata de que sea respetada la sublimidad del ministerio Evangélico, sin apartarse de los sentimientos sinceros de la mas edificante modestia.

San Pablo partió en fin de Éfeso á principios de Junio, en la proximidad de la fiesta de Pentecostes, y empleó cerca de seis meses en recorrer la Macedonia. Cuatro años habia que se separó de San Lucas en Filipos, donde este residió como Obispo; y habiéndole nombrado ahora un sucesor, volvió á llevarle en su compañía con ánimo de no apartarse nunca de él. Encamináronse ambos al Occidente, y

llegaron á algunos países donde todavía no se conocia el nombre de Jesucristo. Al tiempo que visitaba á sus primeros discípulos ó prosélitos, además de las fatigas ordinarias del Apostolado, exhortaba á los fieles Gentiles á que diesen abundantes limosnas para los hermanos necesitados de Jerusalem, á quienes se proponia llevarlas muy pronto. Habíale recomendado con eficacia el Concilio Apostólico esta obra de misericordia, que cada dia era mas necesaria; pues la obstinada Jerusalem se mostraba mas cruel al paso que iba acercándose al término de su castigo.

Mas mientras daba á conocer San Pablo el nombre de Jesucristo, quiso el infierno oponer un rival, no solo al Apóstol, sino tambien á su adorable Maestro.

83. Salió súbitamente de Tiana, en Capadocia, un hombre extraordinario llamado Apolonio (1), el mas ilustre apoyo de la filosofía profana y del paganismo, y el mas á propósito para hacerle plausible. Nació de padres nobles y ricos, y la naturaleza le dotó de un talento superior y de una memoria incomparable. Estaba instruido en todas las ciencias y en todas las artes de la Grecia, y unia á las cualidades del espíritu una presencia magestuosa y casi mas que humana, y una hermosura y gravedad de semblante que arrebatava y llevaba tras sí á los pueblos. Fiel discípulo de las máximas severas de Pitágoras se abstenia de carne y de vino, y solo comia legumbres: dejábase crecer el cabello y la barba, an-

(1) *Philostr. lib. 1. y sig.* Sobre Apolonio y su historiador Filóstrato véase la nota al núm. 45 del libro segundo de esta Historia.

daba con los pies descalzos, y solo se vestia de lino. Llegó su desinterés aparente hasta el extremo de despojarse de cuasi todos sus vestidos, haciendo al mismo tiempo profesion de continencia; pero como la mayor parte de los héroes de la filosofía se precipitaba en las mas vergonzosas debilidades, su reputacion no fue intacta respecto de aquellas virtudes angélicas, á las cuales no podia llegar la carne corrompida por otro medio, que por el de la gracia de Jesucristo. Estudió en las escuelas ó libros de Grecia, y especialmente en Tarso; y viajó por largos y penosos caminos solo para oír á los Magos de Persia, á los Bracmanes de la India, y á los Gimnosofistas de Etiopia. Unia á toda esta imaginada ciencia una passion estremada por el culto popular de los ídolos; pero su juicio naturalmente recto y penetrante le hizo observar que el lenguaje enfático y algarabía misteriosa de los filósofos ó sofistas, lejos de adquirirles estimacion y crédito, solo servia por lo comun para hacerlos despreciables y ridículos. Tomó por esta razon un rumbo del todo contrario, y se esplicaba con claridad y sencillez; y fingiéndose inspirado y favorecido de los Dioses, usaba de un tono decisivo, y de un ayre de autoridad tan eficaz que con un solo gesto y algunas palabras por escrito calmaba las sediciones. Recorrió las principales ciudades del Imperio, especialmente las del Asia menor y la Acaya. Enviábanle diputados de todas partes pidiéndole su amistad y sus consejos acerca del culto de los Dioses, y de la moral. Recibíanle con los mas extraordinarios

hombres; y los Arúspices y oráculos mas venerados le tributaban elogios. Apolonio llegó á Éfeso en los principios del reinado de Nerón, que habia sucedido á Claudio el año 54 de Jesucristo: allí declamaba con frecuencia contra el lujo y la deshonestidad, acreditando sus exhortaciones los espíritus malignos, porque con tan buenas apariencias alejaba á los hombres de la verdadera fe, sin la cual todas las demás virtudes solo sirven para ponernos en mayor riesgo en el negocio de la salvacion. Persuadía con mas ardor á los Efesios, que eran perezosos é indolentes apasionados por la música, por la danza, y por todo género de diversiones, á que dejaran aquella vida afeminada para entregarse de veras á la filosofía y á la virtud.

Vendíase Apolonio por amigo de los Dioses, y así necesitó hiciese ver que recibia de ellos favores extraordinarios. Un dia en que arengaba al pueblo cerca de un bosque donde habia muchos pájaros, llegó uno que dió un chillido agudo y extraño: todos los demás echaron al instante á volar y le siguieron, y Apolonio dijo á sus oyentes con un tono profético, que aquel pájaro, digno por su afecto á los de su especie, de servir de modelo á los hombres, venia á avisarles que en cierta calle, que nombró, se habia derramado un costal de trigo. Corrieron todos al sitio indicado, y encontraron á los pájaros comiendo, por cuyo hecho creyó el vulgo, que Apolonio entendia el lenguaje de aquellos animales: pero los hombres de juicio callaron, ó si hablaron, sus reflexiones no fueron oidas.

Aseguró tambien que habia librado á los Efesios de una peste que los desolaba. Congregados un dia en el templo de Hércules vieron allí á un pobre viejo que pedia limosna: „esterminad á ese enemigo de los Dioses, dijo el impostor cruel, y sepultadle con su impiedad bajo una nube de piedras.” Obedeciéronle todos con un furor ciego, y el infeliz mendigo acometido por tantas manos quedó en un instante cubierto de una montaña de piedras. Desenterrad el cadaver, les dijo Apolonio despues de un breve intervalo, y vereis quien es la victima que habeis inmolado. Hiciéronlo así y hallaron que era un gran perro. Quedó el pueblo plenamente persuadido de que aquel animal era un genio maligno, y reflexionando muy poco sobre el estado de la calamidad de que se le habia prometido libertarle, solo se ocupó en examinar el modo con que se le dió á conocer el autor de ella. Era muy fácil en un concurso tan numeroso valerse de la impostura, y es mas verosímil creer, que al tiempo que removian las piedras hizo Apolonio introducir allí el perro muerto, que no que el demonio por acreditar al adivino fascinase con un fantasma á aquella gente crédula.

Pasó el filósofo á la Grecia desde las costas de Jonia, ó desde las márgenes orientales del Asia menor, donde quiso persuadir que Aquiles se le habia aparecido en las ruinas de Troya, y que le reveló muchos de los misterios contenidos en la Iliada. En Atenas no consiguió tanto crédito como en otras ciudades, pues un Sacerdote le trató de mágico, acu-

sándole de que tenía comercio con los genios malignos; pero sin embargo, lo que aconteció á un jóven que se burlaba de sus supersticiones, le concilió el respeto de algunos Atenienses. Dió súbitos señales de estar poseido del diablo: mandóle Apolonio que saliese de aquel cuerpo y derribase cierta estátua, para dar á conocer que obedecía; lo que probaria que el seductor tenía trato con los espíritus infernales, y que se entendia con ellos, así para entrar como para salir de los cuerpos. Pero ¿cuánta diferencia hay entre estos pretendidos milagros y los de los discípulos del Hijo de Dios, enemigos de todo punto de los malignos espíritus y de su culto idolátrico, y por consiguiente incapaces de tener con ellos ninguna inteligencia?

Mas ¿quién garantizará la verdad de los hechos referidos en la historia de Apolonio? Escribióla primeramente Damis de Ninive, compañero suyo en sus viajes de Oriente, y uno de aquellos aventureros de quien se burla Luciano, indignos del menor crédito y aprecio. Esta historia se perdió, y solo tenemos la del sofista Filóstrato escrita cerca de cien años despues, solo por rumores populares y con el fin de adular á la Emperatriz Julia muger de Severo, perseguidor ardiente, y ella enemiga declarada del Cristianismo. Pero sea lo que fuese, el profeta del Paganismo no pudo hacer frente al Apóstol de Jesucristo en el mismo tiempo y en las mismas provincias. Permanece la obra de Dios que promovía San Pablo despues de diez y ocho siglos, y los prestigios de

Apolonio y aun la memoria de su nombre no pudieron durar ni aun el corto espacio de doscientos años.

El Apóstol estaba á esta sazón en Macedonia quando recibió de Corinto las noticias que esperaba con impaciencia, despues de haber escrito su primera epístola. Tito su discípulo, que fue el portador, le notició que su carta habia producido el mejor efecto; que los Corintios amaban cada dia mas el nombre de Pablo; que la mayor parte de los fieles deseaba con ardor su llegada; que habian puesto remedio á las disensiones y escándalos de su Iglesia, y que derramaron muchas lágrimas por la afliccion de su Pastor y de su padre. Añadió que no obstante estaban manchados todavia con muchos defectos, por la insuficiencia ó contrariedad de conducta de los doctores; que algunos ánimos turbulentos y envidiosos mas capaces de criticar que de refutar su doctrina, la suponian malignamente opuesta á la de los otros Apóstoles, y que para inutilizar el fruto de sus escritos, no se avergonzaban de hacer un paralelo injurioso entre la dignidad que respiraban y lo que su aversion particular veía de humilde en su persona.

84. Al ver el Apóstol que no habia producido la primera epístola á los Corintios su total correccion, les escribió la segunda (\*) fundándose en la relacion que le habia hecho Tito. Dimana de aquí la diversidad de estilo de esta segunda carta, ya vivo y fuer-

(\*) Esta carta fue escrita desde Macedonia, como un año despues de la anterior, y enviada por manos de Tito y de Lucas á los fieles de Corinto.

te y aun terrible y fulminante algunas veces, y ya tierno, compasivo y lleno de condescendencia y suavidad; pero siempre el escritor Apostólico reprende con dignidad y exhorta sin bajeza y sostiene admirablemente sus dos caracteres de Padre y de Maestro. Empleó la indulgencia, en virtud de su potestad de ligar y desatar con aquel pecador incestuoso, á quien habia escomulgado. Convirtiósese este hombre sinceramente, y su dolor y arrepentimiento fueron tan grandes, que corria peligro de precipitarse en la desesperacion. Miró el sabio Pastor la severidad en tales circunstancias como un escollo peligroso, contrario á la institucion de las penitencias egemplares, que al mismo tiempo que humillan al pecador, deben dirigirse á su propia utilidad y al bien de la Iglesia.

Vuelve el Apóstol á tratar del grande objeto de su primera carta despues de este reglamento particular, para que respetasen su ministerio á fin de que fuese útil, sosteniéndole dignamente contra los falsos profetas, y contra una turba de ministros envidiosos y soberbios. No cesaban de declamar contra el Doctor de las naciones estos doctores Judíos de origen; por esto observamos que emplea en su defensa todas las razones capaces de humillar el orgullo presuntuoso y las altaneras ideas del Judaismo. Pero cuando habla de sus revelaciones y raptos muestra sinceramente cuanto repugna á su modestia; calla su nombre, y solo se detiene en probar que habiéndole instruido el Señor por sí mismo, su ciencia y su autoridad en nada eran inferiores á las de los primeros

Apóstoles. Pero al tratar de los tormentos y humillaciones que habia padecido por Cristo se deja poseer del ardor del fuego divino que le devoraba. Nos refiere en esta carta á mas de lo que leemos de sus trabajos en las actas de los Apóstoles, que fue otras muchas veces cargado de cadenas y en riesgo de perder la vida; que los Judíos le azotaron cinco veces, y otras tres con varas los egecutores de los Magistrados Romanos; que le apedreó un pueblo furioso; que sufrió tres naufragios; y en una palabra que venciós tormentos y peligros innumerables en las ciudades y en los caminos, en el mar y en la tierra, de parte de los ladrones y falsos hermanos, y de los Judíos y Gentiles.

Recomienda especialmente á los portadores de su carta en cuanto al artículo de la recoleccion de las limosnas, que estuviesen prontos para el punto de su llegada á Corinto. San Lucas y Tito eran estos comisionados; el primero célebre en todas partes por la publicacion de su Evangelio, y el segundo conocido ya y estimado de los Corintios. Recibiéronlos como merecian, y tanto por sus exhortaciones como por el irresistible atractivo de la carta que llevaban, á cuya elocuencia nadie podia negarse, todos los corazones se arrebataron hácia San Pablo, y volvieron á entrar en el camino de la perfeccion, que era lo único que anhelaba el Apóstol. Trabajaron vivamente para acelerar su llegada en la coleccion de las limosnas, y luego que le comunicaron tan agradables nuevas, se puso en camino para la Acaya, cuya capital era Co-

rinto, donde llegó á principios del invierno, y permaneció allí algunos meses, á fin de consolar á sus hijos en Cristo, y tambien para poner la última mano en el restablecimiento del buen orden y disciplina. Gran parte de este tiempo le consumió en el cuidado de las otras Iglesias, pues se creía por su ministerio deudor de sus oficios á todas las naciones, y en especial á los Romanos. A este pueblo ilustre y belicoso pensaba San Pablo conquistar enteramente para Jesucristo por su nobleza y elevado celo, á pesar de las enfermedades que le aquejaban y de la debilidad que sentia á los cincuenta años. Habíase aprovechado Aquila con algunos de sus amigos ó discípulos de la coyuntura favorable que se presentaba despues de la muerte de Claudio para volver á establecerse en Roma. Supo San Pablo por su medio el estado de la Religion en la capital del Imperio, donde ya vimos que el Príncipe de los Apóstoles habia predicado anteriormente el Evangelio. En esta Iglesia, como en todas partes, los hijos de Jacob eran opuestos á los Gentiles, pero estos en aquel primer teatro de la Gentilidad afectaban la primacía sobre los Israelitas. Despreciaban á la Sinagoga, desvanecidos con la filosofía y con las virtudes que esta les enseñaba, echándola en rostro haber desconocido al Redentor, aunque era depositaria de la ley y de las profecías. Indignaba esto en extremo á los Hebreos, elegidos por el Señor entre todos los pueblos de la tierra, y avezados á creer que eran de una masa mas noble y mas digna de recibir las bondades del cielo. Confundien-

do siempre los Israelitas el orgullo nacional con el interés de la ley, opinaban que una multitud de observancias puramente exteriores, conferia el mérito de distinguirlos de todos los demás hombres, y de conseguir la gracia del Deseado de las naciones.

85. Consideró el Apóstol como un punto muy esencial de su ministerio instruir sobre esto en la verdadera doctrina á los Judíos y á los Gentiles, que es el fin que se propuso en la epístola que escribió desde Corinto á los Romanos, por medio de un notario latino llamado Tercio (\*). Persuadido que la humildad es la basa del Cristianismo, principia su carta humillando á los dos pueblos. Pone para esto á los ojos de los Gentiles la vanidad y detestable cobardía de sus filósofos, que habiendo conocido al verdadero Dios no osaron adorarle públicamente; motivo por el que, dice, los abandonó á la corrupcion de sus corazones, de modo que cayeron en todo género de vicios, y especialmente en las mas infames disoluciones. No le pareció necesario probar estos hechos porque fueron bien notorios en Roma en el infeliz reinado de Nerón. Mas aun dado caso que esto no fuese así, sigue el Apóstol, carecian los Gentiles de derecho para despreciar á los Israelitas, pues aun-

(\*) Aunque esta carta no es la primera que escribió el Apóstol, se halla siempre en primer lugar en el orden que sigue la vulgata, tal vez por la sublimidad de los misterios que comprende, ó por la preeminencia de la Iglesia de Roma, á quien va dirigida. Escribióla San Pablo en Corinto el año 58 de Cristo, cuando iba á llevar las limosnas de la Acaya á Jerusalén.

que la mayor parte de esta nacion tan favorecida del cielo en otro tiempo, haya decaido de su dichoso estado, Dios se apiadará de sus reliquias en los últimos siglos, y todos los hijos de Jacob que entonces existan se convertirán al Señor.

Tampoco este pueblo, añade el Apóstol, tiene motivo para elevarse sobre las demás naciones, no habiéndose aprovechado de los beneficios divinos que se le comunicaron gratuitamente. Nunca mereceria, con las observancias legales, la gracia de la vocacion, y mucho menos la de la justificacion, aunque hubiese correspondido á estos favores; pues si así fuese, no seria ya gracia sino justa recompensa: y aquí es donde principalmente nos instruimos del misterio profundo y terrible de la predestinacion. El Apóstol, despues de haber explicado los principios de la humanidad y de toda la justicia cristiana, instruido inmediatamente por Jesucristo, se detiene y esclama asombrado: „¡ó profundidad de la sabiduría del Señor! ¡Y quién de nosotros no temerá verse aniquilado con el peso de la gloria divina, si queremos penetrar lo que los mismos ángeles no comprenden, ó fomentamos con ello el espíritu de disputa, de rivalidad y de presuncion!” Suministra una instruccion completa así á los Griegos como á los Romanos esta carta llena de elevada y sólida doctrina, sin ingerirse en investigaciones curiosas.

Saluda el Apóstol en la conclusion á Prisca ó Priscila, y á su marido Aquila, cuya casa era punto de reunion de los fieles de la Iglesia Romana, así como

en Corinto se congregaban en la de Cayo que hospedaba á San Pablo. Menciona tambien á Herodion su pariente, á Hermas, autor del famoso libro del Pastor, y á otras muchas personas cuyos nombres son Griegos, y á las cuales pudo conocer en Grecia y en Asia. Tampoco olvida la casa de Narciso, célebre liberto del Emperador Claudio, y muy privado suyo, y concluye con las saluciones de Timoteo, Lucio, Jason y Sosipatro. No es otro que el Evangelista San Lucas este Lucio, á quien San Pablo llama su pariente, cuyo nombre latiniza porque escribia á los Romanos. Muestra el gran número de parientes que el Apóstol nos da á conocer en sus cartas la sensibilidad y bondad natural de su corazon, no menos que el copioso fruto que habia logrado en la conversion de los de su sangre.

Pasa esta epístola á los Romanos por una de las obras de la Escritura mas difíciles de explicar; pero si se penetra y reflexiona bien su principal objeto, segun lo hemos indicado, se desvanecerá la mayor parte de las dificultades.

86. Escribió tambien San Pablo por este tiempo su epístola á los fieles de Galacia (\*), todos piadosos y de una rectitud admirable; pero tan sencillos que

(\*) Se ignora el tiempo fijo en que fue escrita esta carta. La mayor parte de los intérpretes piensan que la escribió el Apóstol hácia el año 55 de la Era vulgar. En cuanto al lugar de su fecha los Latinos señalan á Éfeso, y los Griegos á Roma. San Juan Crisóstomo sigue el parecer de los Latinos. Véase su prólogo á la carta á los Romanos.

déspués de siglos enteros que vivian en medio de unos pueblos astutos, manifestaban descender de los Galos. Por lo cual se dejaron engañar fácilmente de algunos aduladores medio judíos y medio cristianos, que en sus cismáticas misiones trabajaban menos por la gloria de Jesucristo, que por la ley ceremonial, cuya necesidad predicaban. He aquí lo que debe tenerse presente para penetrar el espíritu de la epístola á los Gálatas; pues sin esta observacion pareciera su estilo imperioso y no muy conforme á la modestia Apostólica. Exalta la gloria de su Apostolado en ella mas que en parte alguna, y todo lo que puede acreditar sus obras y su ministerio; sobre lo cual se explica con una autoridad y una vehemencia extraordinaria, y llega hasta referir lo que le habia pasado algunos años antes, cuando impidió á Cefas que apoyase las preocupaciones de los fieles circuncisos. Mas como el Apóstol no usa de este lenguaje para su propia gloria, sino solamente con el fin recto de establecer la verdad de su Apostolado, y la certeza de su doctrina, que los judaizantes procuraban desacreditar en el concepto de los Gálatas, juntamente se abate á sí mismo; y sabedor de que en esta materia las espresiones generales prueban muy poco, no solo dice que es el menor y último de todos los Apóstoles, sino que se esfuerza en manifestarlo, refiriendo lo que fue antes de convertirse, y el furor con que habia perseguido la Iglesia de Dios. La sobrada sencillez de los fieles de Galacia era muy á propósito para adoptar la doctrina de los Cris-

tianos judaizantes, cuyo sutil orgullo injuriaba á la Cruz de Jesucristo, atribuyendo la esperanza de la salvacion tanto á los esfuerzos de la naturaleza, como á la observancia de la ley de Moisés. Pero estas perjudiciales sutilezas, favoreciendo en la práctica las disimulaciones del respeto humano, venian á ser contagiosas para todo el mundo; pues por este medio se substraían los Cristianos á las persecuciones de los Paganos, confundiéndose con los Judíos generalmente tolerados; y esto es lo que animaba al Apóstol á combatirlos siempre con todas sus fuerzas.

Arregladas todas las cosas en las Iglesias de la Grecia, y convencido de que para gobernarlas bastaban los ministros ordinarios, se puso en camino á llevar las limosnas que habia reunido para los fieles de Palestina. Y siendo en toda su conducta el modelo perfecto que debian imitar los ministros Evangélicos, quiso tener por testigos de su integridad, y como depositarios á los diputados de las Iglesias que mas se habian señalado en sus piadosas liberalidades (1). Tales fueron Sópatro por la de Beréa, Aristarco y Segundo por Tesalónica, Gayo por Derbe, Timoteo (distinto del discípulo que dejó en Éfeso), Tiquico y Trófimo por la Asia proconsular, cuya capital era Éfeso.

Descubrió en el momento de embarcarse que los Judíos tenian concertado el asesinarle; por lo cual dejó que se adelantaran sus compañeros, con orden de que le esperasen en Troade, y quedándose solo

(1) *Act. Apost. cap. 20. v. 3. y sig.*

con San Lucas tomaron ambos un largo rodeo para llegar al término señalado.

Conservó en medio de estos contratiempos siempre el Apóstol aquella tranquilidad de espíritu que muestra grandeza de alma, hasta en las cosas mas pequeñas, y reflexionó que su querido Timoteo á quien iba muy gozoso á abrazar en Éfeso, podia haberse excedido algo en su celo Evangélico. Escribióle por esta razon antes de su llegada á aquella ciudad para comunicarle mas seguramente las reglas divinas que debia observar en el sabio gobierno de la casa de Dios.

87. Es en efecto la primera epístola á Timoteo (\*) un tratado completo de las obligaciones de los Obispos, de todos los Eclesiásticos, y aun de los diversos estados de todos los fieles; y contiene los consejos particulares que convenian, tanto á la persona de este discípulo, como al lugar y circunstancias críticas en que se encontraba su juventud. Como la norma y base de la disciplina eclesiástica es mirada justamente esta epístola en muchos de sus artículos: tal es por ejemplo el precepto de otorgar con mucha circunspeccion las sagradas órdenes; de ascender á los grados superiores á los que hayan servido bien en los inferiores; de conceder mayor recompensa á los que mejor desempeñasen sus obligaciones; de no admitir acusacion contra un Presbítero sin estar apoyada de dos ó tres testigos; de no elevar al Episco-

(\*) Parece que fue escrita el año 64 ó 65 de Jesucristo; segun algunos desde Macedonia, segun otros desde Atenas.

pado á los bigamos, á los neófitos, ni á los que nó les acompañasen todas las buenas cualidades que exige tan alta dignidad. En la enumeracion que el Apóstol hace de estas virtudes, ordena sobre todo así en los Prelados como en los Ministros de segundo orden que sean castos, frugales, desinteresados, caritativos, afables, moderados, prudentes, de recto juicio, de una aplicacion continua al trabajo, y que en los negocios de su casa hayan manifestado prudencia en su gobierno. No imagina en cuanto á los vanos adornos, que los Clérigos puedan olvidar jamás en esto la santa gravedad y religiosa decencia de su estado, y se contenta con vedar á las mugeres tales profanidades. Las prohíbe tambien echarse á enseñar, y que usurpen la autoridad de sus maridos, que son las cabezas de sus familias. Igualmente propone la norma de conducta que deben observar las viudas; y aconseja que se casen las que quedan jóvenes para evitar los riesgos de una vida independiente y haragana, para que no consuman el tiempo en ver y ser vistas, y en conversaciones inútiles y licenciosas que causan innumerables desórdenes.

En esta epístola tambien leemos (y es lo mas interesante de ella) las reglas mas seguras y exactas para conservar el sagrado depósito de la fe. Reconiéndale á Timoteo el Apóstol que evite cuidadosamente toda especie de novedad profana, aunque solo sea en las palabras; y con mayor motivo las ideas singulares y estrañas, las aserciones ridículas, los hechos apócrifos, los cuentos de viejas, y las genealogías

interminables, manifestando en estas palabras las herejías de los Gnósticos y Maniqueos, que habian de turbar la Iglesia en los futuros siglos. Nombra el Apóstol á algunos falsos doctores que ya dogmatizaban entonces, y entre ellos á Himeneo que destruía el dogma de la resurreccion, explicándole por la resurreccion espiritual del pecado á la gracia. Por fin el Apóstol instruye á su discípulo de tal modo que podia prometerse que ninguno tuviese motivo para despreciar su juventud. Treinta años tenia solamente Timoteo, edad bien corta para el Episcopado, en un tiempo en que se exigia por lo comun cincuenta en los que obtenian este ministerio. „Yo te escribo, concluye este maestro sabio, aunque confio verte muy pronto, para que si acaso me sale frustrada esta esperanza, sepas como has de portarte en la Iglesia, que es la columna y el firmamento de la verdad.” Palabras que determinan el sentido verdadero de la perpétua asistencia que Jesucristo ofreció á los primeros Pastores de su Iglesia y á sus sucesores, y las que al mismo tiempo nos inducen á creer que fue escrita esta carta cuando su autor queria trasladarse desde Grecia á la Jonia.

88. Fue compuesta posteriormente la epístola á Tito, aunque no podemos asignar con tanta exactitud su fecha (\*). Como se dirigia á un discípulo encargado de las mismas funciones que Timoteo, y que se encontraba cuasi en las mismas circunstancias, son las dos muy parecidas. Permite el Apóstol á Tito

(\*) Se asigna comunmente el mismo año 64.

elegir al sacerdocio á los casados, por la dificultad que habia en aquella época de hallar sujetos que hubiesen guardado continencia hasta una edad avanzada, con especial en la isla de Creta, donde las leyes forzaban á los mozos á casarse; pero quiere que únicamente se hayan desposado con una muger. No pudiéndose con fundamento inferir de los escritos del Apóstol sino que los Ministros sagrados vivian ya entonces con sus mugeres á manera de hermanas, no es factible que el Doctor de las naciones aprobase en los de Creta una diferencia de costumbres, que nada menos podia que hacerlos despreciables á las otras Iglesias. Se reduce lo único que hay de particular respecto de los primeros fieles Cretenses, á que entre ellos era mas comun que en otras partes el conferir á los casados los sagrados órdenes.

Sin embargo que San Pablo se puso en camino para libertarse de las asechanzas de sus contrarios, no por esto se olvidó de la religiosa veneracion debida á las fiestas solemnes, aun en medio de los viages mas indispensables; y queriendo enseñar á sus discípulos la piadosa costumbre de pasar estos santos dias en la Iglesia respectiva, marchóse á Filipos para celebrar allí la fiesta de Pascua (1). Y como todas las Iglesias que habia fundado y gobernaba con su celo y fatigas, se reputaban por su propia Iglesia, no podia instruirlos con mas exactitud sobre este artículo, que con el cuidado que tuvo siempre, como lo observa San Juan Crisostomo, de celebrar las fiestas en

(1) *Act. Apost. cap. 20. v. 6.*

las grandes ciudades. Pasados los seis dias de la Pascua, embarcóse con San Lucas, y en cinco llegaron á Troade, donde ya le esperaban sus colegas, segun les habia ordenado.

89. Resucitó en esta ciudad á un jóven que habia caido desde el tercer alto de una casa donde los fieles se habian reunido para celebrar los divinos misterios (1). Advierte el historiador sagrado que acacció esto en la feria primera, esto es, el domingo, cuyo dia santificaban ya los Cristianos. Y como segun la costumbre de los Judíos, comenzaba la fiesta en la tarde del dia precedente, habia en la sala de la asamblea una multitud de luces, así por ser ya de noche, como por la celebracion del santo Sacrificio.

90. Embarcóse luego el Apóstol otra vez con sus compañeros (2), y la nave costeó la parte occidental del Asia, donde habia de hacer detencion, pero el piadoso mediador de los pobres de Judea, temiendo ser detenido por mucho tiempo en Éfeso, que era la capital de la Asia proconsular, quiso mas bien llegar á Mileto, ciudad menos populosa. Congregó allí á los Obispos, Presbíteros, y Ancianos de Éfeso y sus cercanias. Les anunció todos los riesgos á que se habian de esponer en lo futuro, y les hizo una exhortacion tanto mas patética, quanto aquella era la postrera vez que le habian de ver, segun les vaticinó. Se hizo despues á la vela, y la navegacion fue tan favorable que en catorce dias, incluso los que permanecieron en Mileto, hizo el viage desde Troa-

(1) *Act. Apost. cap. 20. v. 8. y sig.* (2) *Ibid. v. 13. y sig.*

de á Tiro, situada en la pequeña provincia de Fenicia inmediata á la Palestina. Pasó desde allí á Tolemaida y luego á Cesarea en donde se hospedó en casa del Diácono San Felipe, uno de los siete elegidos por los Apóstoles, como tambien señalado personalmente por las grandes obras á que el Señor le habia destinado. Llámale Evangelista San Lucas, ó bien porque se habia dedicado á la predicacion del Evangelio, ó porque los Apóstoles se lo encargaron particularmente. Tenia cuatro hijas á las que llamó Profetisas, que era nombre comun entonces de todas las mugeres que se admitian en la Iglesia para cantar las divinas alabanzas.

91. Tuvieron revelacion de las persecuciones que el Apóstol de las gentes iba á sufrir en Jerusalem, muchos fieles de Oriente que tenian el don de profecía, y no quisieron que lo ignorase. Anuncióselas de un modo terrible el Profeta Agabo (1); pues entrando sin desplegar los labios en casa de Felipe, en donde se hallaba San Pablo rodeado de una multitud de cristianos, le quitó el ceñidor, y atóse con él los pies y las manos en presencia de toda la asamblea que miraba con mucho horror aquella accion misteriosa. Esclamó entonces el Profeta levantando la voz „ved aquí lo que el Señor dice; de este modo encadenarán los Judíos en Jerusalem al dueño de este ceñidor, y entregarlo han en manos de los idólatras.” Los fieles y compañeros de San Pablo al oir estas palabras, entregándose á los movimientos na-

(1) *Act. Apost. cap. 21. v. 10. y sig.*

turales de su amor se juntaron para suplicarle que escusase aquel viage. Mas el Apóstol que sabía bien cuánto había de padecer de parte de los Judíos en su capital, porque el Señor se lo había revelado, aunque hizo en su ánimo la mas viva impresion la voluntad que le manifestaban los fieles; sin embargo nada fue bastantemente poderoso para que inmutase la resolucion que formara por inspiracion de los cielos. No, hermanos, les dijo, no me separeis de la via que Dios me señala; á esto se dirigen vuestros sentimientos demasiado mundanos y vuestro amor indiscreto; pero ya no es tiempo de deliberar; manda el Señor y es preciso que yo le preste obediencia. Pues bien, cúmplase su voluntad, respondieron sus compañeros, y sin mas dilacion se fue con ellos de Cesaréa con el objeto de arribar á Jerusalem que estaba veinte leguas de allí antes de la fiesta de Pentecostes, que queria celebrar en aquella ciudad.

92. Habiéndose juntado Santiago, Obispo de la ciudad santa y todos los Ancianos para obsequiar al Apóstol, le noticiaron las preocupaciones que tenían los Judíos contra él en términos suficientes para atemorizarle (1). Pasados pocos dias, sin embargo de tantas precauciones que usaba, esperiméntó la certeza de aquellos avisos; pues al visitar los diversos cuarteles de la ciudad á fin de repartir las limosnas que llevaba, para lo que se hacia acompañar escrupulosamente por los diputados de las Iglesias donde

(1) *Act. Apost. cap. 20. v. 17. y sig.*

las había recogido, sucedió que algunos Judíos de Éfeso conocieron á Trófimo su compatriota, que iba en compañía de San Pablo. Formaron al instante la resolucion de perderlos, esperando para ello ocasion oportuna, y habiendo encontrado á Pablo en el templo, se arrojaron sobre él, gritando: „venid á nuestro auxilio, hijos de Israel, este hombre no cesa de blasfemar contra el pueblo de Dios, y contra el templo santo que ha profanado, introduciendo en él á los Gentiles.“ Lo decian esto de Trófimo por haberle encontrado con el Apóstol en las calles; mas no era cierto que le hubiesen visto en el templo y mucho menos en la parte interior prohibida á las naciones.

93. Oido esto se conmovió toda la ciudad, y amotinóse el pueblo, y sacaron arrastrando del templo al objeto de su rencor; temiendo su celo inhumano, no el derramar la sangre del Apóstol, sino el manchar con ella el lugar santo, cuyas puertas cerraron cautamente. Mas dieron luego tantos y tan crueles golpes á San Pablo, que hubiera quedado allí, á no haberle arrancado de sus furiosas manos el comandante de la cohorte Romana que hacia la guardia al rededor del edificio; y al mismo tiempo le hizo encadenar sin informarse si era culpable, ni aun del delito que se le imputaba. Á cada instante iba aumentándose el tumulto; por lo que el Tribuno, que se llamaba Lisias, ordeno condujesen á San Pablo á la ciudadela en donde se alojaba la guarnicion de Roma, que era un fuerte separado del templo con el que

tenia comunicacion por una escalera muy larga (\*).

94. Hallábase ya lleno este tránsito estrecho de un populacho furioso, y fue indispensable que llevasen al prisionero los soldados. Este pidió licencia entretanto para hablar y se le otorgó: mas aquellos furiosos alzaron tal gritería, tirando sus capas y echando al ayre puñados de tierra (1), que Lisias tuvo que darse prisa para introducir al Apóstol en la ciudadela. Sin embargo para dar á los Judíos alguna especie de satisfaccion, y con el intento de inquirir el origen de aquel tumulto universal, mandó que fuese azotado el Apóstol y puesto en tortura. Todo estaba ya preparado, cuando San Pablo dijo al oficial que habia de presidir á la egecucion: „¿Os parece justo que se azote á un ciudadano Romano sin condenarle ni vencerle de delito alguno?” Al instante partió el Centurion á noticiarlo al Tribuno Lisias que acudió al momento, y preguntó al prisionero en términos moderados ¿si era efectivamente ciudadano de Roma? „Sí, lo soy, respondió con noble entereza. Lisias replicó: á mí me ha costado mucho dinero el adquirir este título: pues yo, le dijo San Pablo, no lo debo á la suerte, sino á mi nacimiento.” Los egecutores retiráronse entonces confusos, y dejaron desatado al Apóstol.

95. Lisias que ansiaba salir con honor de este em-

(\*) La torre llamada *Antonia*, contigua al templo, donde estaban las tropas que guarnecian á Jerusalem. Asi *Josefo de bello judaic. lib. 6. cap. 6.*

(1) *Act. Apost. cap. 22. v. 22.*

barazoso negocio mandó á la mañana siguiente reunir el Consejo de la nacion Judía, haciendo comparecer al Apóstol libre ya de cadenas. Mas al paso que los Romanos le miraban respetuosamente como á su conciudadano, el despecho de los Judíos subia de punto á cada instante.

96. El sumo Sacerdote Anáno ó Ananías, apenas habia comenzado á hablar San Pablo (1), tratando al discipulo como trataran en otro tiempo á su divino Maestro, le mandó abofetear. „El Señor te castigará, pared blanqueada, dijo el Apóstol al violento pontífice, pues haciendo aquí de intérprete de la ley, ordenas contra ella que me den de bofetadas antes de ser condenado ni oido.” Muy fuerte era esta reprehension, mas Pablo ignoraba que hablaba con el gran Sacerdote. Hubo tantos Pontífices desde el reinado del primer Herodes en que dejó de ser perpétua esta dignidad, que el Apóstol siendo extranjero en Jerusalem, no podia conocerlos; á mas de que reuniéndose el Sanhedrin fuera del templo ó de la sala del Consejo, se sentaban los Senadores en semicírculo con el Presidente en medio sin señal alguna de distincion. Mas luego que advirtieron á San Pablo que hablaba con el sumo Sacerdote, reparó el escándalo involuntario que habia dado, con tributar á la cátedra de Moisés el respeto debido. Este incidente no le impidió el aprovecharse de la contrariedad de opiniones que notaba en los miembros del Senado, los cuales estaban divididos en dos sectas muy

(1) *Act. Apost. cap. 23. v. 2. y sig.*

distintas. Ocultaban los unos á la sombra de la ley de Moisés el dogma impío de los Saducéos que era una especie de materialismo, que no creía la resurreccion de los cuerpos, ni las sustancias espirituales, escepto la de Dios, y negaba la Providencia respecto de los hombres en la vida venidera. No era el mas fuerte este partido, y solo prevaleció despues en la Sinagoga para consumir su reprobacion; pero ya en este tiempo progresaba rápidamente, con especialidad entre los Sacerdotes y Doctores de la ley, los que bien instruidos del rigor de la divina justicia, y no queriendo valerse de los medios de aplacarla, se daban traza á destruir los remordimientos de sus conciencias á costa de su fe. Aunque igualmente contrario al establecimiento de la Religion de Jesucristo, el otro partido del Consejo de los Judíos, y aunque alteraba la ley de Moisés con interpretaciones abusivas, creía la espiritualidad de las almas y la resurreccion de los cuerpos. Se aprovechó el acusado de esta division, y levantando la voz les dijo: Sabed, hermanos, que yo soy Fariseo, é hijo de Fariseo, y he seguido invariablemente todos los sanos principios de esta escuela; y ahora me acusan porque defiendiendo la resurreccion de los muertos. Comenzó la asamblea á tumultuarse al instante, todos hablaban y todos se esforzaban en defender su partido, mudando el dueño soberano de los corazones en apologistas de su Apóstol á la mitad de sus antagonistas. „¿Qué daño hizo este hombre? decian los Fariseos. No podemos negar que su doctrina es pura, y ¿quién sabe si al-

gun espíritu celestial inspira al doctor que da de ellos tan magnífico testimonio?” Pasaron de las palabras á las obras, y pusieron al Apóstol á su lado para librarle de los Saducéos. Estos por su parte se esforzaron á arrebatarle, y sin duda jamás se vió San Pablo en mayor riesgo, pues infaliblemente le hubieran hecho pedazos, á no haber acudido el Tribuno con sus soldados para tornarle á la ciudadela.

Se le apareció la noche siguiente el Señor <sup>(1)</sup>, por quien padecia tantas fatigas y peligros, y le dijo: „ten buen ánimo, que tu vida está sin riesgo, y es preciso que des de mí en Roma igual testimonio que en Jerusalem.” Si San Pablo sin ahondar los designios de Dios se habia mostrado tan fiel, esta aparicion convirtió su fe sobre este artículo en una evidencia que le daba mucho esfuerzo. Le hizo conocer la pintura de lo venidero puesta ante sus ojos, que sus tribulaciones, sus cadenas, su comparecencia en tantos tribunales de Palestina, y otros varios hechos que sin duda eran muy públicos, serian otros tantos medios de adquirir la celebridad conveniente para hacer su ministerio respetable á la capital del mundo y al mas soberbio de los Césares. Sirvió solo para aumentar su heróico esfuerzo un nuevo riesgo, el mayor que habia corrido en su vida desde la vocacion al Apostolado.

97. Resolvieron los Judíos y con especialidad los Saducéos, que á imitacion de todas las sectas opuestas á la Religion dominante ostentaban tolerancia,

(1) *Act. Apost. cap. 23. v. 11. y sig.*

humanidad y probidad, asesinar á San Pablo, á pesar de todo; y su rabia era tan furiosa que mas de cuarenta de ellos se obligaron con los mas terribles juramentos á no comer ni beber hasta haber egecutado tal proyecto.

Mas para cobmo de horror los mismos Pontífices eran cómplices de semejante maldad. „Hemos determinado, les dijeron aquellos hombres perversos que conocian muy á fondo el carácter de los Ancianos del pueblo, hemos determinado, y estamos prontos á sacrificar á vuestro enemigo en medio de los vigías que le custodian, y para esto no teneis mas que hacer que sacarle de la ciudadela. Como jueces en Israel é intérpretes de la ley, persuadid al Tribuno que haga comparecer ante vosotros á este Israelita acusado de delitos contra la Religion, salvo el derecho Romano de confirmar ó modificar la sentencia; y nosotros nos encargamos de todo lo demás por numerosa que sea su escolta.” Fue bien recibida la proposicion, y determinaron practicarla á la mañana siguiente.

98. Enpero se deshizo esta trama por medio de un jóven, hijo de una hermana de San Pablo, que tuvo noticias exactas de la conjuracion. De todo informó á su tio, y luego al Tribuno, que al instante mandó á dos centuriones con una guardia numerosa, para que condujesen al preso no á Jerusalem sino á Cesaréa, en donde tenia su residencia el Gobernador de toda la provincia, á quien enteró al mismo tiempo de la conspiracion y acusacion proyectada contra el Apóstol.

99. Era un hombre de bajo nacimiento este Gobernador, llamado Felix, que se habia elevado por la mediacion de su hermano Palas, célebre liberto del Emperador Claudio. Esperó que arribasen sus acusadores, que le seguian á todas partes hasta conseguir su destruccion, para instruir el proceso del Apóstol. Mas aquí vieron sus enemigos variada la escena, y que no tenian esperanza de maltratarle, y mucho menos de poderle oprimir con su autoridad, no quedándoles otro recurso que el de acusarle por los términos regulares en un tribunal estraño, donde no podian ser jueces como en Jerusalem.

Posponiendo todas las consideraciones al interés de la impiedad contra el hombre que la combatía con mas entereza, no se desdeñó el gran Sacerdote Ananías de hacer personalmente el oficio de acusador ante un Magistrado Gentil.<sup>(1)</sup> Instruyóse luego el Gobernador de la trama, y dilató su determinacion para no malquistarse claramente con los Judíos, mas ordenó que tratasen á San Pablo benigna y distinguidamente.

100. Estas buenas disposiciones de Felix habíase las inspirado su esposa Drusila, hermana del jóven Agripa, Rey de Galilea, segun se cree, y de la princesa Berenice. Cuéntase de ella que habia dejado á Asis, Rey de Emesa, su primer marido, para casarse con Felix, aunque Gentil y de baja estraccion, pero que tenia mucho crédito en la corte para hacerse un partido contra su hermana Berenice, tan céle-

(1) *Act. Apost. cap. 24.*

bre en el reinado de Tito, y envidiosa en el tiempo de que hablamos de la hermosura de Drusila. Mas dejando aparte su origen, ella era Judía de Religión, y creía la inmortalidad de las almas y la vida venidera, y tuvo celo para instruir á su marido en la misma doctrina, segun se cree, ó al menos indújole á conferenciar con San Pablo, á quien protegía abiertamente.

Felix y su muger entraron un dia en la prision del Apóstol, é hicieronle varias preguntas acerca de su doctrina. El preso les manifestó generalmente los principios de la fe cristiana, acomodando su discurso á la capacidad de los que le oían (1), y estendióse explicándoles las reglas severas de la justicia y de la castidad, dibujando con los colores mas vivos el eterno castigo que estaba destinado á los que no las observasen. Felix se estremeció, y tembló de oír mas á aquel santo orador. „Basta por hoy, le dijo, ya volveré á oírte otro dia.”

Con efecto le hizo comparecer en su presencia algunas veces; mas habiendo resistido á la primera gracia, se fue precipitando de crimen en crimen, y este infame Presidente que amaba las riquezas parece no llevaba otro fin en las conferencias con el Apóstol, que el de ver si podia sacarle algun dinero; porque supo que habia venido á Jerusalem, no á mover sediciones, sino á repartir las limosnas que habia recogido de los fieles Gentiles. De un prisionero tan distinguido habia formado esperanzas, y con este fin le

(1) *Act. Apost. cap. 24. v. 24. y sig.*

tuvo en custodia dos años, al cabo de los cuales entregó el mando á Porcio Festo.

101. Acudieron luego á molestar al nuevo Gobernador los Sacerdotes y demás Judíos acusadores, pidiéndole eficazmente que enviase el preso á Jerusalem (1). Se conjeturaba que lo lograsen, y era tan evidente el riesgo de la opresion y del abuso de la autoridad, que el Apóstol creyó debia desentenderse de ella, apelando del Gobernador al Emperador; y haciendo uso del derecho de ciudadano Romano, le dijo á Porcio Festo: „al tribunal del César me acogo, este tribunal me debe juzgar.” Festo consultó con los de su Consejo y respondió al Apóstol. „¿Te has acogido al César? pues irás al César.” Y pasado esto solo se trató de proporcionar embarcacion que le llevase á la Italia.

Vinieron á Cesaréa en este espacio de tiempo (2) el Rey de Galilea y su hermana Berenice á felicitar al nuevo Gobernador Festo, donde supieron del célebre prisionero que Felix habia dejado sin sentenciar despues de dos años de cárcel. Festo les hizo una relacion sucinta de este asunto, la que solo sirvió para avivar mas su curiosidad, manifestando el mayor deseo de ver y oír aquel famoso acusado, á quien tenían en muy diverso concepto que los Judíos de Jerusalem. Festo les respondió; „fácil es satisfaceros, y mañana se os presentará Pablo.” A la hora señalada asistieron puntuales Agripa y Berenice con un numeroso séquito de Tribunos, Magistrados y todas

(1) *Act. Apost. cap. 25.* (2) *Ibid. v. 13. y sig.*

las personas nobles de la ciudad. Así disponia Dios el auditorio mas illustre que hasta entonces habia tenido el mas digno predicador del Evangelio, y el carecer de libertad proporcionó á San Pablo una ocasion que con dificultad hubiera encontrado en otras circunstancias; por lo que no se manifestó menos fuerte y sublime en su discurso que cuando le tenian por el Dios de la elocuencia en las ciudades del Asia.

„Ved aquí, dijo Festo luego que se presentó á la asamblea, el hombre célebre cuya muerte pide toda Jerusalem, mas yo no hallo en él delito por el que se haga merecedor de ella. Ha recurrido al César y estoy disponiendo enviarle á Roma: mas no sé qué decir para la instruccion de su causa, ni para dirigir su juicio con acierto; pues los cargos que le hacen me parecen muy frívolos é indignos de la atencion del César. De que comparezca ante un Príncipe ilustrado é instruido especialmente en las leyes y costumbres del pueblo Judío, tengo mucho gozo. Usad pues de vuestros conocimientos, y dignaos suministrarme las luces necesarias para hacer el informe al Emperador tan exactamente como requiere la naturaleza del asunto y el respeto debido á la Magestad Imperial.”

Agripa dijo á San Pablo que hiciese su defensa (1). Al Apóstol que estaba muy satisfecho de su suerte, como que ya no dependia de aquellas potestades subalternas, no era esto lo que le interesaba, y quiso servirse de esta ocasion para dar testimonio de Jesucristo, ó al menos para confundir la incredulidad

(1) *Act. Apost. cap. 26.*

cuando no pudiese convencerla. Así que en el discurso que pronunció para su defensa espuso las pruebas de que Jesus Nazareno era el Hijo de Dios, y el Mesías en quien se habian cumplido todos los oráculos de los Profetas. El Gobernador idólatra que nada comprendia de estos profundos misterios, viendo que se estendia mucho sobre este artículo, y sobre el de la gloriosa resurreccion del Salvador del mundo, alzando la voz le dijo: „tú deliras, ó Pablo, con lo mucho que has estudiado. No deliro, óptimo Festo, le respondió con tranquilidad; todo cuanto he dicho es verdad, aunque son cosas extraordinarias. Puede atestiguarlo el Rey Agripa, pues no ignora ninguno de estos puntos. ¿Creeis, Príncipe, le dijo volviéndose á Agripa, lo que enseñan las profecías? porque yo sé que lo creeis.” Agripa se conmovió, mas no queria manifestarlo, y temiendo que el Apóstol le estrechase demasiado, le respondió irónicamente: no falta mucho para que me persuadas á hacerme Cristiano. Ojalá, le replicó, que vos y todos los presentes siguiesen en el dia de hoy mi ejemplo, sin participar de estas cadenas.

Se levantaron el Rey, la Princesa su hermana y el Gobernador, y retirándose á un lado dijeron entre sí: „este hombre no ha cometido cosa por la que merezca ni la muerte, ni la privacion de su libertad;” y les pesaba que la apelacion pública que habia interpuesto les impidiese el absolverle. Empero la prision y cadenas de San Pablo, á mas de que realizaban su ministerio, le servian de autemural con-

tra el furor de los Judíos, que le hubieran muerto en Oriente si hubiese logrado allí su libertad.

Así Festo dispuso que se hiciese á la vela con una buena escolta, acompañándole San Lucas con Aristarco de Tesalónica, uno de aquellos diputados que condujeron las limosnas de Grecia y Asia á los pobres de Jerusalem, y desde aquel tiempo siguió al Apóstol tan fielmente y con tanta constancia, que en sus epístolas le colma de los mayores elogios. Fue larga y penosa la navegacion (1), y no arribaron á las costas de la isla de Creta, hasta fines del mes de Diciembre. Les representó San Pablo con mucha viveza, porque se habia ganado ya la voluntad de todos los pasajeros, que seria muy peligroso el seguir por entonces su viage; mas prevaleció el dictámen contrario del piloto y del maestro de la nave, los que luego se arrepintieron, pues se levantó una tormenta tan horrible que en muchos dias consecutivos no vieron el sol ni las estrellas. Las mercaderías y aun los aparejos de la nave fue indispensable arrojarlos al mar, y aquella bogaba sin timon ni gobernalle, sin que nadie confiase quedar en vida, porque ya muchos dias que estaban sin tomar alimento.

102. Reveló el Señor á su siervo en el entretanto, que el buque se haria pedazos, pero que no moriría ni un solo pasajero (2). Todos se animaron con esta prediccion, y maniobrando con todo esfuerzo llegaron á la costa de Malta, donde con efecto la nave se estrelló contra una roca; mas todos los pa-

(1) *Act. Apost. cap. 27. v. 1. y sig.* (2) *Ibid. v. 22. y sig.*

sajeros se salváron, unos nadando y otros acogiéndose á las tablas y restos del buque; y de doscientas setenta y seis personas que eran, no pereció ninguna.

103. Los Malteses, á quienes llamaban bárbaros porque su lengua era distinta de la de los Griegos y Romanos, mostraron con su humanidad y compasion que no eran inferiores, ni á los unos ni á los otros (1). Para que se calentasen pues aquellos infelices muertos de frio, ya por el rigor de la estacion, ya por una lluvia de granizo que sobrevino á todos los demás accidentes, comenzaron por encender fuego. San Pablo tomó una gavilla de sarmientos para echarla en la hoguera; pero habia entre ellos una víbora, que animada con el calor picó al Apóstol en una mano y quedó pendiente de ella. Viendo esto los isleños, movidos de aquel horror á lo malo que es una impresion de la ley eterna, y jamás borran del todo aun las costumbres mas groseras, dijeron unos á otros en su idioma: „este hombre es sin duda un malvado á quien persigue la venganza del cielo despues de su naufragio;” pero Pablo sacudió la mano y sin commoverse arrojó la víbora en medio de las llamas. Creían que iba á hincharse, y que en breve quedaria muerto; mas observando que no le hizo el veneno daño alguno, creyeron que era algun Dios. Habia una casa y unas grandes tierras del principal de la isla, llamado Publio cerca del aquel parage. Este quiso hospedar á aquel hombre favorecido del cielo, y por espacio de tres dias no perdonó medio

(1) *Act. Apost. cap. 28. v. 1. y sig.*

alguno, conducente á que el Apóstol y sus compañeros se recobrasen de los trabajos de una navegacion desgraciada.

104. Era desinteresada esta beneficencia de Publio, y no quedó sin el debido premio; pues el Apóstol curó milagrosamente orando y poniendo las manos, á su padre que padecía una cruel disenteria acompañada de una ardiente fiebre y se hallaba en el mayor peligro de su vida. Divulgóse este prodigio obrado en uno de los príncipes de la isla, como le llama San Lucas, por toda ella, y de todas partes le llevaban los enfermos al Apóstol por cuyas oraciones lograban la salud. Disponia así á la fe no solo los corazones sencillos de estos isleños, sino tambien los de los Romanos manifestándola, y haciéndola estimar á las puertas de la Italia, y entre sus compañeros de viage que publicaban á su arribo á Roma cuanto habian visto y admirado.

105. Pasado el invierno se embarcaron otra vez (1), y el fin de su viage fue tan feliz como penosos sus principios. El Apóstol desembarcó en Putéolos, hoy Puzol, en el reino de Nápoles, para transportarse por tierra á Roma; y halló algunos Cristianos que le recibieron con las señales mas indelebles de amor y respeto. Hasta el fin de su viage le acompañaron muchos de ellos, y este honroso séquito tomaba aumento por instantes. Salieron á encontrarle los fieles de Roma, tan prevenidos en su favor por la admirable carta que les habia escrito, unos á treinta millas y

(1) *Act. Apost. cap. 28. v. 11. y sig.*

otros á cincuenta; y así á principios de Mayo del año 61 arribó triunfante á pesar de sus cadenas, á la capital del Imperio y á la Silla de la Cabeza de la Iglesia y del mundo Cristiano, despues que Pedro trasladó á ella desde Antioquía su Cátedra Pontificia.

En Roma se acostumbraba dejar á ciertos prisioneros fuera de la prision, bajo la custodia de un soldado, con quien estaban encadenados al menos de noche. Esta gracia no se negó á San Pablo, cuyo nombre era ya tan célebre, y pasó así dos años cabales, porque no pidió su libertad, contentándose con la que le bastaba para anunciar el Evangelio. Vemos por el contrario en las epístolas que escribió desde Roma, que se contemplaba feliz de llevar aquellas cadenas tan útiles á los progresos de la fe.

Dió aviso á los Judíos mas distinguidos de Roma tres dias despues de su llegada (1), á fin de que vienesen á verle á su morada, é informarles del asunto de su apelacion, que podian interpretar en mal sentido. Para convencerlos de que su venida no se dirigia á ofender á nadie de su nacion, sino para librarse de las vejaciones de los ciudadanos de Jerusalem odiadas por los mismos idólatras, nada omitió. Ignoraban estos Israelitas de Roma cuanto habian hecho sus hermanos de Judea, los que dieron por inútiles todas sus tentativas cuando supieron que San Pablo iba á presentarse al Emperador. No solo admitieron los de Roma la justificacion de San Pablo, sí que de

(1) *Act. Apost. cap. 28. v. 17. y sig.*

mas á mas quisieron saber cuales eran sus sentimientos sobre la nueva Religion perseguida en todas partes, y habiéndole señalado dia para oírle, vinieron en gran número á su alojamiento.

Fue tratada en esta conferencia tan profundamente la cuestion de la venida del Mesías, y se examinó con tanta madurez la aplicacion de las profecías relativas á Jesucristo, que en esta Asamblea que fue muy erecida, habló el Apóstol desde la mañana hasta la noche; mas la docilidad de los que le oían no correspondió á su interés. Algunos, es verdad, quedaron convencidos y se convirtieron; pero el mayor número persistió obstinado de tal modo que desde esta primera conferencia les declaró el Apóstol segun su método, que iba á presentar la luz de la salvacion á los que se aprovechasen mejor que ellos; lo cual lo egecutó luego cogiendo un fruto capáz de darle consuelo. Se juntaron innumerables prosélitos á los antiguos fieles, y no cesaban dia y noche de asistir á la casa en que el Apóstol estaba hospedado con el permiso de los Oficiales del Pretorio.

En la historia de los hechos apostólicos refiere San Lucas todo esto, cuya historia hemos seguido hasta su fin. En ella se advierte, que el Evangelista se complace en la relacion individual de los trabajos de su maestro. El Espíritu Santo que le inspiraba, y que no se dignó satisfacer nuestra curiosidad sobre los demás Apóstoles, quiso sin duda alguna darnos en estas lecciones y egejemplos que bastan para nuestra instruccion; por lo que hemos creído deber referirlos

con todo el cuidado y estension que nos permite el plan de esta obra.

106. Sabemos tambien por lo que toca al mismo San Lucas, que á mas de haber seguido con constancia el Doctor de las naciones, predicó la fe en las Galias, en Italia, en Dalmacia y en la Macedonia (1); empero nada podemos asegurar individualmente sobre estas diversas misiones. Conservóse célibe hasta el martirio que padeció, y en el que murió á los ochenta y cuatro años en Patras, ciudad de la Acaya (2). Habia practicado la medicina, y se dice que fue pintor, pero no hay prueba positiva de ello.

107. Convirtieron su odio los Judíos de Jerusalem, despues de haberse librado San Pablo de su venganza, contra Santiago Obispo de aquella ciudad, y buscaron ocasion conveniente para practicar sus intentos. Murió el Gobernador Porcio Festo el año 62 de Jesucristo (3), y antes que llegase su sucesor Albino, los Sacerdotes y Grandes de la nacion citaron á Santiago ante el Sanhedrin. Era el que dirigia esta nueva trama el Pontífice Anano, mostrándose digno hijo del primer Anano, conocido en el Evangelio con el nombre de Anás, y grande enemigo de la doctrina de los Apóstoles, por ser de profesion Saducéo así como su yerno Caifás y toda su aborrecible familia. Exaltaron al principio para llevar á cabo con seguridad sus deseos iníquos y homicidas la piedad y virtudes del santo Obispo, que con efecto era la edifi-

(1) *Epifan. lib. 1. de hæres.* (2) *Nicesf. lib. 2. cap. 43. S. Greg. Nazianz. orat. 1. in Julian.* (3) *Josef. Antiquit. lib. 20. cap. 8.*

cacion y admiracion de todos los vecinos de Jerusalem así Judíos como Cristianos, y le llamaban el justo y el sostén del pueblo. Podia entrar libremente cuantas veces queria en la parte interior del templo, donde solo entraban los Sacerdotes cuando ejercian sus funciones (1). Oraba continuamente y postrado cuasi siempre, de suerte que dicen los antiguos historiadores, que su frente y sus rodillas se habian endurecido como la piel de un camello. Correspondia su pureza y una austeridad y abstinencia egemplares á este fervor evangélico. Nunca bebia vino ni otro licor que pudiese embriagarle, y no solo observaba estas reglas del Nazareato, á que estaba consagrado, sino que jamás se bañaba, ni comia otra cosa que legumbres, ni vestia mas tela que de lino en todas las estaciones del año.

Le saludaron con las mayores muestras de veneracion cuando se presentó en la asamblea, y le preguntaron ¿qué es lo que debia creerse acerca de la doctrina de Jesus? Santiago respondió con un celo que convenció á muchos corazones rectos y que estaban mezclados entre los estrangeros que habian concurrido á la Pascua. No apetecian esto los Escribas, Fariseos, y especialmente los Saduceos, y comenzaron al instante á gritar en tumulto que la antigua Religion iba á ser destruida. Los arrebató un celo aparente; rodean todos al santo Confesor y le dicen: „es preciso que ahora mismo saques de su error á ese pueblo inmenso, que cree que Jesus puede ser el

(1) *Hegesip. apud Euseb. lib. 20. histor. cap. 28.*

Cristo prometido; y pues te llaman el Justo por antonomasia y todos tienen en ti tanta confianza, sube á lo alto del templo para que todos puedan verte y oir el testimonio que des de la verdad.”

Condujéronle al instante á la galeria contigua al templo, y le gritaron desde bajo con un respeto fingido: „hombre Justo, decidnos lo que debemos creer de Jesucristo crucificado.” No podia ser mas ilustre la confesion, y el celo del Apóstol sacó de ella toda la ventaja que le presentaba la ocasion. „¿Por qué me preguntais, les respondió en voz alta, lo que se debe creer de Jesucristo, Hijo de Dios y al mismo tiempo Hijo del Hombre? Afectais en vano poner en duda mi fe en este verdadero Redentor: yo os declaro que está en los cielos sentado á la diestra del Todopoderoso, de donde vendrá á juzgar todo el universo.” Creyeron entonces muchos de corazón sencillo, y empezaron á esclamar: *gloria al hijo de David*: pero los sectarios confusos y desanimados dijeron entre sí: nosotros tenemos la culpa de vernos ahora en este apuro. Subamos pronto y arrojemos al Justo á vista de la multitud, para que el terror impida que se propague la seducción; y luego esclamaron: „el Justo mismo ha errado; cumplamos la profecía de Isaías, y matemos á este Justo pernicioso.” Corrieron al instante al sitio donde estaba el Apóstol, y arrojáronle desde aquella eminencia.

No habiendo muerto el Santo hizo un esfuerzo por levantarse, y se puso de rodillas, diciendo á imitacion de Jesucristo por quien moria: *Perdónalos,*

*Señor, que no saben lo que se hacen.* Sus enemigos no por esto se aplacaron; pues por orden del Pontífice y de sus secuaces tiraron al santo Obispo una nube de piedras. Un hombre entonces de la raza de los Recabitas, antiguos prosélitos agregados al pueblo de Dios á quien edificaban con su vida retirada y su constancia religiosa en seguir las costumbres de sus padres, exclamó: „qué haceis Israelitas ingratos y desconocidos? ¡No oís al Justo que ora por sus verdugos?“ Mas nada era suficiente á contener su furor. Un curtidor por fin, acabó de matarle descargándole en la cabeza grandes golpes. En aquel mismo lugar fue sepultado el cuerpo del Mártir, donde poco despues se le alzó un monumento que duró hasta la destruccion de Jerusalem, y cuyas ruinas se conservaban en tiempo del historiador Eusebio, en el siglo cuarto de la Iglesia. Perdieron la vida muchos fieles con el Apóstol, aunque con el pretexto de que despreciaban la ley de los Judíos.

108. Para saciar sin obstáculo su despecho sangui- nario se aprovechaba el Pontífice de la vacante del gobierno; pero miraban con indignacion aquellas violencias los ciudadanos pacíficos: y á esto achacaron como tambien el historiador Josefo, los horrores del sitio de Jerusalem y todas las calamidades que sufrieron en breve. Salieron muchos de ellos al encuentro del Gobernador Albino, que hacia su viage por Alejandria, y se quejaron altamente del Pontífice. Escribióle Albino una carta muy severa, llena de terribles amenazas; y contribuyendo por su parte á las

miras del gobierno del Rey Agripa, despojó con ignominia de su dignidad á Anano á los tres meses de Pontificado en virtud de la autoridad que los Emperadores concedieron á este Príncipe sobre los ministros del templo.

109. Habia escrito Santiago de Jerusalem una epístola dirigida á los fieles convertidos de las tribus de Israel, esparcidos por todo el mundo, por lo que se llama católica ó universal (\*). Un error habia nacido en su tiempo contra la necesidad de las buenas obras, que se apoyaba en algunos pasages mal comprendidos de San Pablo, de los que abusaban, como lo notó el Príncipe de los Apóstoles. Compuso Santiago su epístola para combatir este principio de corrupcion, y por esto insiste principalmente sobre este artículo. Nos da en ella la idea mas exacta del Sacramento de la Estrema-Uncion; y ved aquí el motivo porque no pudiendo sostener su doctrina herética los sacramentarios, con todos los que enseñan, que la fe sola nos salva sin las buenas obras, á vista de que el Espíritu Santo los condena tan terminantemente en este escrito divino, le arrancaron al principio del catálogo de los libros canónicos, aunque la fuerza de la verdad les ha obligado despues á reponerle. Se dudó ciertamente en otro tiempo si esta epístola era de Santiago el menor, como se ve por Eusebio, mas ya tenia una autoridad universal al fin del siglo cuarto, y todos los santos Doctores de este siglo y los siguientes

(\*) Santiago murió, segun se cree, el año 62 de Jesucristo. Escribió esta carta poco antes de padecer el martirio.

la citan con el respeto que se merecen los libros canónicos.

110. Sucedió lo mismo con la epístola de San Judas, hermano de Santiago, que dirigió á todos los fieles, escrita algun tiempo despues (\*) contra los mismos errores, y contra los perversos dogmas de los Nicolaitas, Simonianos, y Gnósticos, los cuales hacian consistir todo el mérito del hombre en una fe muerta é infructuosa. Algunos antiguos dudaron en verdad de ella, porque cita el libro de Henóc; sin notar que á mas de los escritos que atribuían falsamente á este Profeta, podia haber otros que realmente fuesen suyos; é infiere San Agustin de esta cita del Apóstol, que no hay duda que Henóc compuso por inspiracion divina un libro que no ha llegado á nuestros tiempos. Fueron pues generalmente reconocidas por canónicas antes de finar el siglo cuarto, tanto la epístola de San Judas como la de su hermano el Apóstol Santiago.

111. Tenian otro hermano estos dos Apóstoles llamado Simeon, muy parecido á ellos en su virtud; por lo que despues de la muerte de Santiago fue nombrado en su lugar Obispo de Jerusalem, por voto unánime de los Apóstoles y discípulos que entonces pudieron reunirse. Triunfó la constante paciencia de aquellos Cristianos piadosos de la violenta perfidia de los Fariséos y Saducéos, que no pudieron evitar que

(\*) No se sabe con toda certeza su data; pero no se puede dudar que fue escrita despues de la segunda de San Pedro, y por esto no antes del año 66.

el ministerio Episcopal se perpetuase en su misma capital.

112. No solo conservaba por otra parte su autoridad y crédito con los Judíos de Roma el Apóstol de las naciones, sino que tambien la fama de su nombre llegó hasta la corte misma de Nerón, y formó verdaderos fieles entre los cortesanos del mas vicioso de los Césares. Considerada con fe viva su calidad de prisionero, inspirábales respeto, docilidad y espíritu caritativo. Esto es lo que refiere San Pablo en su carta á los Cristianos Filipenses en Macedonia, que le tenían dadas las mayores pruebas de amor; pues luego que supieron que se hallaba en las prisiones de Roma, le enviaron por mano de Epafródito su Obispo, socorros dignos de su generosidad. Mas habiendo caido gravemente enfermo Epafródito en Roma, y puesto en zozobra á su grey con esta novedad, le ordenó el Apóstol restituirse luego que recobró su salud, dándole para los de Filipos una carta.

113. Dirigió esta carta á los fieles, á los Sacerdotes y á los Diáconos, así de su parte como de la de su discípulo Timoteo que le acompañaba en Roma (\*). Despues de darles noticia de los progresos que hacia el Cristianismo en la ciudad, y aun en el mismo palacio Imperial, les amonesta que se guarden de la seducción de los falsos apóstoles, enemigos de la Cruz de Jesucristo. Así llama á los Judíos obstinados, y á los Hereges como Simon Mago, y acaso al apóstata

(\*) Fue escrita segun opinion comun el año 62 de Jesucristo, y el 8 del Imperio de Nerón.

Cerinto, que enseñaban, que Cristo había sido crucificado aparentemente; por lo que en esta elocuente carta sube de punto la magestad con que ensalza el misterio de la cruz. Da de nuevo en el fin gracias á los Filipenses por sus piadosas limosnas, pero con aquella noble elevacion de un alma que solo tiene en mucho el beneficio por el provecho espiritual que recibe el bienhechor. Era en el Apóstol una espresion sencilla y cordial á vista de su total desapego de todas las cosas, y de que como dice el mismo llevaba con igual ánimo la escasez que la abundancia, la penuria que la comodidad. Se menciona por primera vez en esta carta á los de Filipos la virtud de San Clemente, su adhesion á la persona y doctrina del Apóstol, y todas las grandes cualidades que en lo sucesivo elevaron á la Silla Apostólica á este discípulo insigne.

114. La conversion de Onésimo fue una de las mas brillantes acciones de San Pablo en su cautiverio, el que llegó á ser uno de los mas dignos siervos de Jesucristo, de esclavo fugitivo y ladron. Un ciudadano de Colosas en Frigia, era su amo, el que se llamaba Filemón, Cristiano distinguido que habia hecho de su casa un templo, y el que pasado poco tiempo y en el mismo reinado de Nerón, coronó su piadosa caridad con el martirio. Sirvióse útilmente San Pablo en su cautividad de este esclavo arrepentido, cuyos talentos eran muy superiores á su estraccion, y despues le envió en compañía de Tiquico, mediador hábil y de confianza, á quien dió una carta para el

dueño de Onésimo, y otra para la Iglesia de Colosas.

115. Está escrita la carta á Filemón, aunque succincta, con aquella elocuencia que solo nace del corazón, y no es extraño que produjese todo su efecto. El amo no solo perdonó al esclavo, sino que tambien le envió libre al Santo Apóstol, quien cultivó con el mayor cuidado sus buenas disposiciones, y logró que llegase á ser uno de los mas distinguidos predicadores del Evangelio.

116. Instruyóles con tanta entereza como dignidad sobre las grandezas de Jesucristo en la epístola á los Colosenses (\*); pues en Colosas se hallaban algunos doctores falsos que rendian homenaje supersticioso á los ángeles, haciéndolos mediadores nuestros con Dios, en desdoro del Redentor. Eran discípulos, segun parece, estos infestadores de la doctrina del Evangelio de Simon Mago, ó díganse filósofos Cristianos que seguian los sueños de Platón, mezclándolos con nuestros misterios. Por esto el Apóstol se empeña en inspirar á sus lectores el espíritu de la verdadera piedad, que tanto dista de un miedo bajo y vil, y de una observancia infructuosa. Les da en el capítulo tercero un escelente epitome de la vida cristiana, y tributa los mayores elogios á su Obispo Epafras que se hallaba preso con él en Roma, sin que sepamos el motivo de tal detencion. No podia menos de aumentar el afecto de Epafras por la Iglesia de Colosas, y por las de Jerápolis y Laodicea, capital de la pro-

(\*) Escribió San Pablo estas dos cartas durante su prision; esto es hácia el año 62.

vincia, el amor y aprecio que San Pablo hacia de él, siendo el primero que predicara el Evangelio á los Colosenses sus compatriotas, y verosímilmente á los de Jerápolis y Laodicea, que estaban muy cercanos á Colosas. Juan Marcós, aquel pariente de San Bernabé, de quien San Pablo estuvo poco satisfecho en los principios, se halla entre los discípulos que menciona el Apóstol en esta carta; mas este jóven adquirió con el tiempo el espíritu de sus insignes maestros, y se dedicó con tanto esfuerzo y constancia al ministerio Evangélico, que le vemos ahora entre los tres principales cooperarios del Apóstol de las gentes.

117. Es muy probable tambien que la carta á los Efesios se escribió desde Roma en esta misma época, y fue remitida igualmente por mano del discípulo Tiquico, que pasaria por Éfeso que era el camino ordinario para ir á Colosas. Tiquico no iba como á simple comisionado, sino mas bien como á encargado del Apóstol para visitar y examinar el estado de las Iglesias, y aun de resolver interinamente en las cosas que no admitiesen dilacion. Tal es la antigüedad del derecho y costumbre de las visitas Episcopales hechas por delegados. Las lecciones que da el Apóstol á las dos Iglesias de Éfeso y Colosas son uniformes en la sustancia, como que estaban muy cercanas y se hallaban en igual disposicion. Comprende sin embargo un punto muy interesante la carta á los Efesios que no se lee en la otra, y es el del matrimonio erigido en sacramento. Dice aquí el sagrado

escritor cuanto hay de mas noble y espresivo en favor de los enlaces de la Ley nueva, comparándolos á la union de Jesucristo con su Iglesia.

118. Á fin de fortalecer tambien á los Hebreos convertidos residentes en Palestina contra los engaños y vejaciones de los demás Judíos, escribióles el Apóstol desde Roma su carta. La caridad de San Pablo que no tenia límites, abraza á todos los pueblos, aunque su mision se dirigia en especial á los Gentes. Esforzóse á purificar la fe de los Cristianos circuncisos, como tambien á persuadirles que toda la Ley de Moisés solo fue una figura cuya realidad estaba en el Cristianismo. Se estiende especialmente en esta carta, como en la que dirigió á los Gálatas, en probar que la verdadera justicia no viene de la ley; mas á los fieles de Galacia les muestra la inutilidad de las ceremonias y de la circuncision, y á los Hebreos la de los antiguos sacrificios figurados. Establece para esto la virtud sobreabundante del inefable sacrificio del Verbo Encarnado, y elevada superioridad de su Sacerdocio, que destruía el de Aaron y sus multiplicados sacrificios. El Apóstol se manifiesta en toda esta carta inflamado de un celo ardiente, y de una extraordinaria pasion por la gloria del Redentor y de su gracia; y no quiso poner su nombre al principio, como en todas las demás cartas, para no retraer de su lectura á muchos Israelitas, que aunque convertidos, tenian aversion á su persona. En el estilo se nota tambien variedad, aunque no en la fuerza y nobleza de los pensamientos. Se persuadieron algunos

antiguos que el Apóstol no había compuesto por sí mismo ni dictado palabra por palabra la carta á los Hebreos, sino que habiéndola escrito por su orden uno de sus discípulos, la examinó y adoptó; y otros opinan que la compuso en Siriaco, y que un discípulo la vertió y publicó en Griego (\*). Pretenden también algunos que el estilo de las actas de los Apóstoles y el de esta carta son muy parecidos; mas no sabemos si el original se escribió en lengua Griega ó Hebrea.

119. Permaneció San Lucas poco tiempo con su maestro despues de publicada esta obra, aunque volvieron á reunirse mas adelante; y este es el motivo porque la historia de las actas no llega al tiempo en que San Pablo logró su libertad, al cabo de dos años de prision en Roma; ni existe monumento alguno que nos diga con seguridad como sucedió esto, ni que hizo el Apóstol despues que quedó libre. Había concebido el designio de pasar á España, como lo dice

(\*) Por mucho tiempo se ha disputado sobre el verdadero autor de esta carta, y también si debía ó no ser anumerada entre los libros sagrados. Sin embargo, y aunque no fue admitida desde el principio por todas las Iglesias en el cánón de las divinas Escrituras, ni reconocido Pablo universalmente por su autor, los mas célebres Padres Griegos y Latinos la tuvieron por obra del Apóstol, y divinamente inspirada, y no dudaron en citar su autoridad contra los Hereges de todos tiempos, por mas que estos la desechaban por apócrifa, como á que proscribía abiertamente la mayor parte de sus errores. Fue escrita el año 62, en la lengua que hablaban los Hebreos en Palestina; y traducida al Griego por San Lucas, según Clemente Alexandrino, ó por San Clemente Romano, según otros Padres.

en la carta á los Romanos escrita cinco años antes; pero en las cartas que escribió despues en Roma, solo manifiesta un vivo deseo de visitar á los fieles de Levante, sin decir nada acerca de seguir sus viages al Occidente; y es factible que enviase á estas regiones á algunos de sus mas aventajados discípulos, esto es, á Trofimo á los pueblos de Arles en los Galias, á Crescencio á los de Viena y á Sergio Paulo á Narbona.

120. Aunque la historia individual de los trabajos y acciones de estos fundadores de nuestras primitivas Iglesias no sea tan evidente cual se deseara, á lo menos la realidad de su mision está apoyada en sólidas pruebas; y en general podemos afirmar que el Evangelio se introdujo en las Galias en tiempo de los Apóstoles, y que se esparció con mucha rapidéz antes del establecimiento formal de algunas Iglesias de las que tenemos historias dignas de todo asenso.

121. Mas sea de esto lo que fuere (\*), quien lea con reflexion los escritos apostólicos no podrá poner

(\*) Entre los muchos y penosos viages que emprendieron los dos Apóstoles San Pedro y San Pablo para estender en el mundo la luz de la fe, y el conocimiento de Jesucristo, debemos enumerar el que cada uno de ellos separadamente, y en diferentes tiempos hizo á nuestra España. Esta gran nacion, que formaba entonces la provincia mas floreciente del Imperio Romano por sus riquezas, y por los muchos hombres eminentes que contaba entre sus hijos, era digna de atraer la atencion y el celo de los primeros discípulos del Redentor. La memoria de su venida y predicacion en algunas de las ciudades de la Península se conserva en nuestra santa Iglesia como otro de los timbres que mas la adornan; y aunque no tenga esta tradicion en todas sus partes aquel grado de probabilidad y certeza que se requiere

en duda, que el Doctor de las naciones despues de su viage de Roma, tornó al Asia y aun á Judea. Principió pues por cumplir la promesa que hizo á los Hebreos de pasar á visitarlos, y desde allí recor-

para la verdad de la historia, sin embargo no carece de fundamentos sólidos, y tales que podamos con ellos contrarestar y desvanecer los argumentos que se le oponen.

Y en cuanto al Príncipe de los Apóstoles, Metafraste, autor Griego, citado por Surio, hablando de su peregrinacion á Roma, dice: *desde Roma pasó á Tarracina, y habiendo ordenado allí Obispo á Epafrodito, vino á Sirmio ciudad de España, donde consagró á Epeneto, y de allí pasó á Cartago de África.* (Surio tom. 3. dia 29 de Junio). El autor de las antigüedades eclesiásticas de España, Bivar, Tamayo y otros afirman que en el testo griego se lee Tarragona en vez de Tarracina. Por lo tocante á Sirmio, no se puede dudar que hubo una ciudad llamada Sermio, situada en la costa que hoy es reino de Granada; segun es de ver en las tablas de la antigua Bética, formadas por Tolomeo; y nada mas fácil en una traduccion ó copia que poner equivocadamente el nombre de Sirmio por Sermio.

El Cardenal Baronio duda sobre la autoridad del autor Griego, porque San Inocencio y San Agapito Papas anteriores á Metafraste, suponen que el Santo Apóstol no fundó por sí mismo, sino por medio de sus discípulos las Iglesias de Italia, España, África y Sicilia; pero á mas de que no se opone á nuestra opinion, el que Pedro enviase Obispos á España antes ó despues de haber venido él mismo (como con efecto los envió), podríamos preguntar al Emmo. Padre de los anales eclesiásticos ¿por qué apoyado en las palabras de Metafraste infiere que pasó á predicar la fe á los Britanos, hoy Ingleses? Sin duda merece mas crédito lo que determinadamente afirma un autor, que lo que tan solo se infiere de sus palabras. Sin embargo si fuera este el único fundamento de nuestra opinion, pudiera parecer muy débil; no así cuando la vemos apoyada en la constante tradicion de nuestras Iglesias, y en las muchas controversias á que ella dió ocasion, en las que los Metropolitanos de Tarragona, Toledo y

rió las Iglesias de Antioquia de Pisidia, Iconio, Listra, Éfeso, Mileto, Troade, Filipos y Nicópolis. Penetró tambien en paises que le eran absolutamente desconocidos, fundó nuevas Iglesias, y padeció

otros disputaron el origen y primacia de sus Sillas. Véase el Maestro Florez en su España sagrada tom. 3.

Mas numerosas son y tambien mas positivas las pruebas que tenemos sobre la venida y predicacion de San Pablo. Él mismo en su carta á los Romanos (cap. 15 v. 24 y 28) dice: *cuando emprenderé mi viage para España, espero al pasar visitaros, y ser encaminado por vosotros á aquella tierra.... Cumplido este encargo dirigiré por ahí mi camino á España.* San Gelasio Papa y Santo Tomás aunque no niegan absolutamente la venida de San Pablo, suponen que no vino en el tiempo en que lo prometiera, y la autoridad de estos dos Padres ha sido sin duda el fundamento en que se han apoyado los escritores modernos para negar totalmente que hubiese venido. Empero ni San Gelasio ni Santo Tomás pueden autorizar una opinion que no enseñaron en sus escritos, y que es contraria á la de muchos santos Padres y escritores católicos. San Clemente Papa, discípulo del Apóstol, en su carta á los fieles de Corinto, San Atanasio en su carta á Draconcio, San Cirilo de Jerusalem Catech. 17, San Epifanio hæres. 27, San Juan Crisóstomo en el prefacio á la carta de San Pablo á los Hebreos, el Ven. Beda al cap. 28 de los hechos Apostólicos, Teodoreto sobre el cap. 1 de la epístola á los Filipenses, San Gerónimo sobre el cap. 5 de Amós, San Gregorio el Grande libro 31 Moral. cap. 22; todos estos Padres y otros muchos dicen espresamente, que San Pablo pasó á España, y difundió en ella la luz del Evangelio. Lo mismo afirman Natal Alejandro, Baronio, Fleuri, Calmet, el Cardenal Gotti, y cuantos historiadores han seguido la verdad en este punto; por manera que seria ageno de toda razon el dudar de un hecho tan generalmente atestiguado.

A estos testimonios dignos de toda fe podríamos añadir los muchos y de gran peso que se hallan en las obras de los Padres y demás escritores Españoles, el antiguo Breviario y Mar-

nuevamente persecuciones, violencias, asechanzas, y todo género de penalidades; debilitándose estremadamente su salud, y cayendo en una especie de decrepitud causada mas por el exceso de sus fatigas,

tirologio, los monumentos y fiestas de algunas Iglesias particulares, y mil mas que prueban hasta la evidencia, y hacen innegable esta verdad. Sobre el tiempo de la venida del Apóstol aunque no están acordes todos los autores parece que debe fijarse en la época en que libre de su primera prision pasó de Roma á Jerusalem, por los años 62 y 63 de Jesucristo. Las memorias de España convencen tambien que recorrió la mayor parte de sus provincias, é instituyó en ellas algunos Obispos, entre los cuales se cuenta San Rufo de Tortosa.

Pero los mas célebres entre los Obispos de España consagrados por los Apóstoles fueron aquellos siete primeros discípulos de Santiago, que despues de haber dado gloriosa sepultura á su Santo Maestro pasaron desde Galicia á Roma, donde fueron confirmados en la fe por el mismo Vicario de Jesucristo, y promovidos al supremo grado del Sacerdocio. Su mision y tareas apostólicas son incontestables. El tiempo en que fueron enviados á España desde Roma fue, segun la opinion mas comun, hácia el año 63 de la Era vulgar. Recibieron tambien de San Pedro y llevaron á España el orden de los divinos officios, ó sea la sagrada Liturgia conforme en todo á la que dió el Supremo Pastor á la Iglesia de Roma. Este oficio entonces muy corto se fue despues aumentando por los santos Obispos y sus sucesores hasta San Leandro y San Isidoro, que le dieron la última perfeccion; y es el mismo que en los tiempos posteriores fue llamado Mozárabe. Véase el Card. Bona lib. 1. cap. 40. rerum Liturgicar. y el Mtro. Florez tom. 3. disert. histórico-cronológica.

Los siete varones apostólicos establecieron y consagraron con su predicacion y con su sangre otras tantas Iglesias. San Torcuato fundó la de *Acci*, hoy Guadix; Indalecio la de *Urci*, Baza, ó Almería; Ctesifonte la de *Vergi*, Berja en las Alpujarras; Eufrasio la de *Iliturgi*, Andújar, en cuya catedralidad sucedió Baeza; Cecilio la de *Illiberi*, Granada; Esiquio la de *Carteya*,

que por la edad, pues apenas rayaba á los setenta años. Dice San Atanasio que el Apóstol supo por una revelacion positiva, que sufriria el martirio luego que volviese á Roma; y que en vez de amedrentarle este aviso, se apresuró aquella grande alma á regresar á la nueva Babilonia, que habia de bañarse pronto con la sangre de los Santos. En Roma entonces se encontró con el Príncipe de los Apóstoles, el que no residia allí continuamente aun despues que sentó la Cátedra Apostólica en la capital del mundo.

La solicitud de todas las Iglesias en estos primeros tiempos en que su régimen no podia ser tan estable como lo veremos luego, hacia necesaria en muchas partes la presencia del Vicario de Cristo. Y así es evidente que despues que San Pedro trasladó á Roma la santa Sede, hizo diversos viages al Oriente y aun hasta la Palestina. Nos consta por los libros sagrados que concurrió al Concilio de Jerusalem posterior á esta traslacion, y tambien aseguran algunos antiguos

Cazorla, ó Tarifa, ó Almería; y Segundo la de *Abula* hoy Ávila. Á mas de estas Sillas Episcopales se cuentan por de igual antigüedad las de Toledo, Astorga, Sevilla, Braga, Écija, Zaragoza, Pamplona y otras; lo cual nos hace admirar el beneficio incomparable de la Providencia del Señor, que introdujo en España por todas partes, y tan abundantemente la luz de la verdadera Religion; beneficio tanto mayor quanto mas antigua es la época en que se verificó, pues considerada atentamente, se deja ver, que no hay pueblo en la Europa, esceptuando el de Roma, que pueda competir con la nacion Española en la antigüedad del Cristianismo.

que pasó á Judea para elegir y ordenar á San Simeon Obispo de Jerusalem, despues del martirio de Santiago. Tuvo revelacion al tiempo de restituirse á Roma, de que en breve sufriria la muerte, del modo que el Señor se lo anunció antes de subirse á los cielos.

122. Para transmitir por escrito á la porcion de los fieles mas difícil de gobernar el epítome de las lecciones que habian aprendido de su boca con sumision, aprovechóse del poco tiempo que le quedaba de vida. Este es el fin de la segunda carta del Príncipe de los Apóstoles, dirigida como la primera á los Cristianos de la circuncision que estaban dispersos en el Asia, en el Ponto, en Capadocia y en las provincias contiguas (\*). Se esfuerza con especialidad en confirmar en esta carta en la fe á los Israelitas convertidos, haciéndoles presente que muchos de ellos sabian por vista de ojos los milagros y el triunfo glorioso del Señor. Les amonesta, se precavan de las falsas doctrinas que empezaban á divulgarse, y que preveía iban á tomar un curso mas rápido, luego que los seductores se viesen libres de la presencia imponente de los Apóstoles; elogia las

(\*) No hay dudar que San Pedro escribió su primera carta á los Judíos residentes fuera de su patria. Pero no se puede decir lo mismo de esta segunda. En el principio de ella dice el Apóstol: «á los que han alcanzado igual fe con nosotros por la justicia del Dios y Salvador nuestro Jesucristo.» Luego no á los fieles de la circuncision solamente, sino á todos los Cristianos dirigió el Padre comun esta su carta, que es como su testamento escrito en el último año de su vida.

cartas de San Pablo, y previene que en ellas hay pasages oscuros y difíciles, de los que hacian un abuso criminal los ignorantes para su mal de ellos. Se ha querido dudar que esta carta sea de San Pedro, porque el estilo parece distinto del de la primera; pero aun suponiendo esta variedad de estilo, que la mayor parte de los críticos no advierte, ¿no podria esta provenir de que Marcos, intérprete ordinario del Príncipe de los Apóstoles, no se hallase á la sazón en su compañía? Así pues, esta débil sospecha no ha alterado el respeto de la Iglesia á un escrito digno en verdad de su autor, y colocado con la distincion que le es debida en el cánón de las divinas escrituras.

123. Algunas profecías que dió á luz de acuerdo con San Pablo poco antes del martirio que sufrieron juntos, se atribuyen tambien á San Pedro. Predijeron estos dos Apóstoles instruidos por el mismo Jesucristo (1), que los Judíos iban á ser castigados por su ceguedad voluntaria; que Dios les preparaba un Soberano que los subyugaria á fuerza de armas, y dejaria la ciudad sepultada entre ruinas, reduciéndolos á tal estremidad, que se comerian los unos á los otros; que los que sobreviviesen serian empleados en los mismos usos que las bestias de carga; que sufririan el dolor de ver despedazados á sus tiernos hijos y prostituidas públicamente sus mugeres; y por fin que todo su pais seria talado á sangre y fuego. Quedaron estas terribles predicciones escritas en Roma, y

(1) *Lactancio lib. 4. Divinar. Institut.*

fueron comunicadas á los fieles de Jerusalem, para recordarles que abandonasen con tiempo aquella ciudad detestable.

Parecia, despues de hechas estas advertencias, que los santos Apóstoles habian cumplido el objeto de su mision; pero estas dos grandes columnas de la Iglesia mostraron al concluir su carrera un celo mas ardiente. Atrevióse San Pedro á predicar no solo la equidad y moderacion, sino tambien la piedad, la penitencia y la castidad austera á los esclavos y aduladores del mas impuro y sanguinario de todos los Césares (1); y habiéndose introducido San Pablo en el mismo palacio de Nerón, convirtió á uno de sus principales domésticos, y persuadió á una de sus concubinas á abrazar con la fe las estrechas reglas de la pureza que prescribe.

124. Estas noticias llegaron al tirano, quien hizo alherrojar al Apóstol en un calabozo con tantas muestras de indignacion, que entre todos los fieles que tenian algun influjo, y podian asistir al santo perseguido, no hubo siquiera uno que le mostrase el menor afecto. Es factible que entonces sucediese lo que escribió poco despues, de que todos le habian abandonado; mas Dios le socorrió de un modo prodigioso amortiguando repentinamente el furor de Nerón; y aunque el Apóstol no se vió libre de sus cadenas, evitó por esta vez la muerte que por instantes le amagaba. Tuvo suficiente libertad para dar la última

(1) *Crisost. Hom. 46. in act. Apost. Ambros. in Auxen.*

mano á la obra de Dios, por espacio de un año entero que duró su prision.

125. Escribió en este intermedio segun afirman la mayor parte de los cronologistas la segunda epístola á Timoteo, en la que anuncia su muerte cercana de un modo tan positivo, que no puede dudarse que en breve se cumplió esta profecía. Le exhorta á resistir las contradicciones y tentativas de los enemigos de la fe, despues de darle á conocer la tranquilidad que conservaba en medio de sus cadenas, y de todo lo que sufrió de parte de los falsos hermanos, no menos que de los Gentiles. Tambien le amonesta con mas fuerza que nunca á guardar religiosamente el depósito de la santa doctrina, y á dedicarse con todo el ardor de su celo á perpetuarle, como que estaba muy cierto del próximo fin de su vida, y no podia prometerse el verle otra vez, aunque le estrechaba para venir pronto á Roma. Y así, si deseaba con tantas ansias que Timoteo fuese á verle, no era por su propio consuelo, sino para que asistiese á los fieles en la turbacion que su muerte y la de San Pedro podria ocasionar; pues entonces interesaba mucho la presencia de los discípulos mas queridos de los Apóstoles para que supliesen por ellos. Á Timoteo le encarga que venga antes del invierno, y le traiga un manto ó capa que habia dejado en Troade: egeemplo claro del desinterés de este ilustre Pastor, que pudiendo recibir de sus discípulos con abundancia cuanto necesitaba, vióse obligado á pedir en Roma que le trajesen una vieja capa que dejó en Asia.

Nos da á mas en esta carta una de las pruebas mas fuertes en favor de la tradicion. El Apóstol escribia á Timoteo: „lo que me has oido enséñalo á los hombres religiosos y capaces de instruir á otros.” Así vemos que además de la doctrina escrita, hay ciertas verdades no menos saludables ni menos ciertas, que deben pasar de boca en boca por una sucesion continua, hasta la consumacion de los siglos. El Apóstol establece con solidéz la necesidad de la residencia activa y laboriosa de los Prelados, advirtiendo á su discípulo que están obligados á enseñar en todo tiempo. Es esta la carta postrera que escribió el Apóstol, y se nota en ella la fuerza y vehemencia que inspiraba á su celo la proximidad del martirio.

126. La causa que movió á Nerón á pronunciar la sentencia de muerte contra los dos santos Apóstoles, fue la victoria que poco despues lograron sobre Simon Mago. Pasó á Roma este impostor desde Samaria, á introducir su doctrina, y se dice que el Príncipe de los Apóstoles emprendió su último viage á esta capital, á fin de oponerse á los engaños del Mago. Simon era digno de la proteccion de un Príncipe como Nerón, abandonado á todos los vicios y apasionado estremadamente por la magia; y aquel embustero llegó á adquirir tanta veneracion que se le alzó una estatua en la isla del Tiber, dándole los títulos de santo y de dios, que tan fácilmente prodigaban los Romanos. Alzaron otra estatua igual á Helena, aquella prostituta de Tiro, á quien Simon llamaba Minerva, dándose á sí el nombre de Júpiter;

y aun muchas veces se decia Cristo, haciendo una monstruosa mistura de las religiones mas opuestas entre sí, y valiéndose de todo lo que le podia facilitar la seduccion. Era uno de los secretos que escitaban mas la curiosidad de Nerón el de ver volar á un hombre, y aunque algunos fanáticos habian hecho en presencia suya el ensayo de este arte peligroso, tuvieron todos un resultado funesto. Mas Simon prometió desvanecido con su fama, que no solo volaria, sino que se elevaria hasta lo mas alto de los cielos á tomar posesion del trono que le estaba destinado. Asignése dia, y toda la ciudad quiso hallarse presente á un espectáculo tan extraordinario. Advirtieron los santos Apóstoles las consecuencias que resultarían contra la Religion si este fraude ó prestigio llegase á efecto; por lo que se transportaron al campo de batalla como intrépidos atletas, preparados con el ayuno y la oracion. A los fieles les encargaron que por su parte pidiesen el favor del cielo, é invocasen arrodillados la virtud omnipotente de Jesucristo, para confundir al sacrilego impostor que se atrevia á declararse públicamente su rival, y á contrahacer su gloriosa Ascension. Simon se elevó en el aire efectivamente, mas cayó luego quebrándose las piernas (1). Para curarle condujéronle á una casa contigua, y no pudiendo sobrevivir á su ignominia se precipitó de lo alto, y exhaló el postrer aliento.

(1) *Plinio lib. 30. hist. nat. cap. 2. Arnob. in gent. lib. 2. Sueton. Vid. de Neron cap. 2. Dion. Crisost. orat. 21. S. Cyril. Jerosolim. Cathec. 6. S. Agust. de hæres. cap. 1.*

Reanimóse entonces en Nerón el odio contra los Apóstoles, que parecia estar apagado. Hízoles encadenar, y pasados nueve meses de rigurosa prision, fueron condenados á muerte. Pronunciaron los Gobernadores de Roma la sentencia, y la hicieron ejecutar estando el Emperador en su viage de Grecia. Se dice que los Apóstoles estuvieron presos en la cárcel Mamertina, al pie del Capitolio; y que allí convirtieron y bautizaron á dos de sus centinelas llamados Procésio y Martiniano, con otras cuarenta y siete personas que se hallaban en la misma cárcel. Dispusieron entre tanto los fieles el facilitar á los dos Apóstoles la fuga, y les conjuraron guardasen sus vidas, pues tanto importaban á la Iglesia de Dios.

127. San Pedro consintió por humildad, desconfiando mucho de sí, despues de la triste esperiencia que habia hecho cuando negó al Salvador, de su flaqueza y de los peligros de la presuncion. Una noche pues huyó de la prision, y consiguió salir de la ciudad; pero en las puertas se le apareció Jesucristo que entraba en Roma (1). Le preguntó Pedro ¿que dónde iba? y el Salvador le respondió: „voy á Roma á ser otra vez crucificado.”

128. El Apóstol penetró al momento la intencion de su divino Maestro, y contando con los auxilios de su gracia, volvió á entrar en la ciudad, donde luego fue condenado á muerte. Segun prediccion divina, la cruz fue el instrumento de su suplicio, que padeció sin la menor duda el dia 29 de Junio, y verosímil-

(1) *S. Ambros. in Auxent. Ado de fest. Ss. Apost.*

mente el año 66 de Jesucristo (\*). Disipáronse sus temores en el momento de su muerte; y sin acordarse entonces de otra cosa que de la gloria del Redentor, pidió por humildad le crucificasen con la cabeza abajo porque se creía indigno de ser tratado como el Hijo de Dios aun en los mismos tormentos.

En el mismo año y dia sufrió San Pablo su martirio, y fue degollado como ciudadano Romano. A mas de las conversiones que los dos Apóstoles obraron en las cárceles, convirtió el Doctor de las gentes á tres soldados de los que le acompañaban al suplicio. En el sitio llamado *Aguas Salvias*, á tres leguas de Roma, se hizo la egecucion (1), y le sepultaron en el camino de Ostia. Fue crucificado San Pedro en el cuartel de los Judíos, en lo alto del monte Janículo; mas su cuerpo fue colocado en el Vaticano. Habia sufrido antes el martirio su muger, porque entonces hubo una persecucion declarada que arrebató otros muchos fieles; y él mismo la exhortó á pade-

(\*) La cronología que sigue el Abate Berault cuando fija el martirio de los santos Apóstoles en el año 66 no parece la mas comun, pues segun esta debe fijarse en el año 69. Toda la diferencia consiste en señalar la época en que San Pedro trasladó la Cátedra Pontificia de Antioquia á Roma, porque conviniendo todos los historiadores en que el Príncipe de los Apóstoles vivió 25 años despues de aquella traslacion, es evidente, que si esta sucedió el año 42, como afirman Berault, Calmet, y otros sabios, no puede prolongarse su martirio despues del 66; pero si San Pedro estableció su Silla en Roma el año 45, segun el sentir de Baronio, Fleuri, Tillemont, Orsi y mil mas, es preciso decir, que el martirio acaeció en el año 69.

(1) *Euseb. lib. 1. hist.*

cerle con aquella fortaleza digna de un amor en que no tenia parte la carne ni la sangre, regocijándose del fin de su destierro, y de verla retornar á la verdadera patria. Vivió virgen su hija Petronila, y murió santamente en Roma.

129. Estas fueron las primicias de la persecucion de Nerón (\*), la mas cruel por haber servido de egemplo á los perseguidores de los siglos siguientes; pero de la mayor importancia para la Iglesia Romana, donde con la muerte del Príncipe de los Apóstoles, quedó para siempre constituida la primacia del Apostolado.

(\*) Hablando de la persecucion de Nerón, no debemos omitir un testimonio que admite el Cardenal Baronio en sus anales año 69, y del que se infiere lo muy floreciente que se hallaba en España la Religión de Jesucristo en tiempo de aquel monstruo. Es una inscripcion en honor de dicho Emperador por haber exterminado de España á los ladrones y Cristianos. Dice así:

NERONI CLAUDIO  
CAESARI AUG.  
PONT. MAX. OB  
PROVINCIAM LATRONIBUS  
ET HIS QUI NOVAM  
GENERI HUMANO  
SUPERSTITIONEM  
INCULCABANT  
PURGATAM.

y en castellano.— Á Nerón Claudio César Augusto, Pontífice máximo, por haber limpiado la España de ladrones y de los que difundian entre el linage humano la nueva supersticion.— El erudito Paggi reconoce con Baronio, que la persecucion de Nerón se extendió hasta la Península; y nuestros antiguos martirologios hacen memoria de algunos Santos que en esta época derramaron su sangre por la fe.

## RESUMEN

### DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL LIBRO SEGUNDO.

- N.º 1. *Los Judios son perseguidos en todas partes.*  
 2. *Atrocidades de los sicarios.* 3. *Fenómenos espantosos.* 4. *Amenazas del Judío Anano.* 5. *Sublevacion de Jerusalem.* 6. *Los Judios son pasados á cuchillo en muchas provincias.* 7. *Los rebeldes ponen en fuga á Cestio Gallo.* 8. *Rindese Josefo á Vespasiano.* 9. *Crueldades de Nerón contra los Cristianos.* 10. *Muerte de Nerón.* 11. *Galba Emperador.* 12. *Otón, Vúelio y Vespasiano Emperadores.* 13. *Apolonio de Tiana visita á Vespasiano.* 14. *Guerra de Judea.* 15. *Discordias y desórdenes en Jerusalem.* 16. *Irrupcion de los Iduméos.* 17. *Juan de Giscala, Elezaro y Simon de Giora se constituyen cabezas de tres partidos opuestos.* 18. *Multitud prodigiosa de gentes encerradas en Jerusalem.* 19. *Es destruída la faccion de Elezaro.* 20. *Acércanse los Romanos mandados por Tito.* 21. *Judios crucificados.* 22. *Sitio y hambre horrible de Jerusalem.* 23. *Toma de la ciudad inferior.* 24. *Una madre se come á su hijo.* 25. *Cesan los sacrificios.* 26. *Incendio del templo.* 27. *Aesinato espantoso en el lugar santo.* 28. *Jerusalem es entregada á fuego y sangre y totalmente destruída.* 29. *Suerte de Juan de Giscala, y de Simon de Giora.* 30. *Número de los Judios muertos.* 31. *Reduccion completa de la Judea.* 32. *Escritos de Josefo.* 33. *Seceta de los Nazarenos.* 34. *Ebion.* 35. *Cerinto.* 36. *Me-*

nandro. 37. *Hermas escribe el libro del Pastor.* 38. *Carta de San Clemente á los Corintios.* 39. *Sus escritos apócrifos.* 40. *Muerte de Vespasiano.* 41. *Persecucion de Domiciano.* 42. *Mártires y Confesores ilustres.* 43. *San Juan Evangelista es echado en una tina de aceite hirviendo.* 44. *Apocalipsi.* 45. *Apolonio Tianeó acusado de conspiracion.* 46. *Hace Nerva cesar la persecucion.* 47. *San Juan Evangelista en Éfeso.* 48. *Su Evangelio.* 49. *Sus epistolas.* 50. *Su muerte.* 51. *Muerte de la Santísima Virgen.* 52. *Persecucion de Trajano.* 53. *Martirio de San Simeon.* 54. *Tebutis, Elxai, y los Nicolaitas y Gnósticos.* 55. *Escribe Plinio á Trajano acerca de los Cristianos.* 56. *San Ignacio es condenado á muerte.* 57. *Sus epistolas.* 58. *Su martirio en Roma.* 59. *Sucesion de los Papas.* 60. *Mártires.* 61. *Disminuye Trajano la persecucion.* 62. *Horrible terremoto en Antioquia, donde se hallaba Trajano.* 63. *Errores de los Milenarios.* 64. *Papias.* 65. *Escesos de los Judios rebelados bajo la conducta de Andrius.* 66. *Persecucion de Adriano.* 67. *Saturnino, Basilides y Carpócrates.* 68. *Corrupcion de los Gnósticos.* 69. *Heregia de Valentino.* 70. *Taciano y Casiano.* 71. *Escritos de Celso contra los Cristianos.* 72. *Mártires.* 73. *Santa Sinforosa.* 74. *Apologia de Cuadrato.* 75. *Apologia de Aristides.* 76. *Cartas de Serenio Graniano al Emperador.* 77. *Adriano favorece á los Cristianos.* 78. *Jerusalen es reedificada con el nombre de Elia.* 79. *Rebelion de los Judios engañados por Barcoquebas.* 80. *Ruina irreparable del cuerpo de la nacion Judia.*

---

---

## HISTORIA DE LA IGLESIA.

---

### LIBRO SEGUNDO.

*Desde la muerte de los Santos Apóstoles, en el año 66 de Jesucristo, hasta la destruccion de la nacion Judaica en el de 137.*

1. **T**ocaban ya á su término las profecías del Salvador sobre las calamidades y reprobacion de la nacion Judía. Los hombres que habian oido su publicacion, y que debian ser testigos de su cumplimiento, contaban ya mas de treinta años desde esta amenaza terrible: pero lejos de evitarla con la penitencia, endurecidos los habitantes de Jerusalem, y sobre todo la parte mas distinguida de la república, los Gefes del pueblo y los Príncipes de los Sacerdotes habian llenado la medida de sus crímenes con una impiedad consumada: funesta y ordinaria consecuencia de los grandes atentados. El espíritu de vértigo, el obscurecimiento de la razon, y los principios errados de conducta y de política fueron los efectos que produjo el desprecio de la Religion y de las loa-

nandro. 37. *Hermas escribe el libro del Pastor.* 38. *Carta de San Clemente á los Corintios.* 39. *Sus escritos apócrifos.* 40. *Muerte de Vespasiano.* 41. *Persecucion de Domiciano.* 42. *Mártires y Confesores ilustres.* 43. *San Juan Evangelista es echado en una tina de aceite hirviendo.* 44. *Apocalipsi.* 45. *Apolonio Tianeó acusado de conspiracion.* 46. *Hace Nerva cesar la persecucion.* 47. *San Juan Evangelista en Éfeso.* 48. *Su Evangelio.* 49. *Sus epistolas.* 50. *Su muerte.* 51. *Muerte de la Santísima Virgen.* 52. *Persecucion de Trajano.* 53. *Martirio de San Simeon.* 54. *Tebutis, Elxai, y los Nicolaitas y Gnósticos.* 55. *Escribe Plinio á Trajano acerca de los Cristianos.* 56. *San Ignacio es condenado á muerte.* 57. *Sus epistolas.* 58. *Su martirio en Roma.* 59. *Sucesion de los Papas.* 60. *Mártires.* 61. *Disminuye Trajano la persecucion.* 62. *Horrible terremoto en Antioquia, donde se hallaba Trajano.* 63. *Errores de los Milenarios.* 64. *Papias.* 65. *Escesos de los Judios rebeldes bajo la conducta de Andrius.* 66. *Persecucion de Adriano.* 67. *Saturnino, Basilides y Carpócrates.* 68. *Corrupcion de los Gnósticos.* 69. *Heregia de Valentino.* 70. *Taciano y Casiano.* 71. *Escritos de Celso contra los Cristianos.* 72. *Mártires.* 73. *Santa Sinforosa.* 74. *Apologia de Cuadrato.* 75. *Apologia de Aristides.* 76. *Cartas de Serenio Graniano al Emperador.* 77. *Adriano favorece á los Cristianos.* 78. *Jerusalen es reedificada con el nombre de Elia.* 79. *Rebelion de los Judios engañados por Barcoquebas.* 80. *Ruina irreparable del cuerpo de la nacion Judia.*

---

---

## HISTORIA DE LA IGLESIA.

---

### LIBRO SEGUNDO.

*Desde la muerte de los Santos Apóstoles, en el año 66 de Jesucristo, hasta la destruccion de la nacion Judaica en el de 137.*

1. **T**ocaban ya á su término las profecías del Salvador sobre las calamidades y reprobacion de la nacion Judía. Los hombres que habian oido su publicacion, y que debian ser testigos de su cumplimiento, contaban ya mas de treinta años desde esta amenaza terrible: pero lejos de evitarla con la penitencia, endurecidos los habitantes de Jerusalen, y sobre todo la parte mas distinguida de la república, los Gefes del pueblo y los Príncipes de los Sacerdotes habian llenado la medida de sus crímenes con una impiedad consumada: funesta y ordinaria consecuencia de los grandes atentados. El espíritu de vértigo, el obscurecimiento de la razon, y los principios errados de conducta y de política fueron los efectos que produjo el desprecio de la Religion y de las loa-

bles costumbres. Y conmovidos así los fundamentos del estado, se hallaba en un punto tan crítico, que la primera revolucion que sobreviniese debia naturalmente ser su ruina.

Pero antes que cayese sobre ellos el último golpe, quiso el Señor que sintiesen las primicias de su venganza en la dureza con que los trataron los Gobernadores Romanos, á qual mas avaros, crueles y tiránicos. Arruináronlos como á porfía con sus rapiñas y malos tratamientos (1) Cuspio Fado, Tiberio Alejandro, sobrino del célebre Filon y Ventidio Cumanio posteriores á Poncio Pilato. El Emperador Calígula los habia reducido al último extremo con su ciego frenesí colocando su estatua en el templo para que la adorasen. Entonces los pueblos de Alejandria, autorizados por las disposiciones de la Corte y de su Gobernador Flaco, trataron así en la ciudad como en todo el Egipto del modo mas atroz á los Judíos, cuyo número llegaba á un millon de personas. Á mas del odio general contra la nacion, aborrecia el Gobernador á Herodes Agripa, que condecorado de nuevo con el título de Rey pasaba por Alejandria á su vuelta de Roma á Jerusalem. Arruinaron y quemaron algunas Sinagogas, y en las que quedaban erigieron la estatua del Emperador para tributarle honores divinos. Un edicto del Gobernador Flaco declaraba á todo Israelita no solo escluido del derecho de ciudadano, sino tambien reducido al estado de cautivo en guerra. En consecuencia de esta ley los desalo-

(1) *Josefo de bello judaic. Filon y Euseb. Hist.*

jaron de la mayor parte de sus habitaciones, saquearon sus casas y tiendas, y repartieron la presa como si fuese botin de enemigos del estado. Emplearon el fuego y el acero con una infinidad de estos miserables, y arrastraron sus cadáveres despues por todas las calles. Azotaron á los Senadores Judíos, é hicieron sufrir vergonzosos y crueles tormentos á las mugeres mas principales para obligarlas, contra su ley, á comer carne de puerco.

En el pais de los Partos, en Mesopotamia y en Babilonia sufrieron aun peores tratamientos los hijos de Jacob, y su sangre fue derramada con ignominia y furor. Refugiáronse á Seleucia, ciudad la mas considerable de aquellas regiones, poblada de Griegos y Sirios con quienes simpatizaban mucho; pero los Griegos procuraron, y consiguieron desunir á estos nuevos aliados, y aliándose despues con los Sirios cayeron de repente sobre los Judíos y pasaron á cuchillo mas de cincuenta mil. En Jerusalem, donde el concurso de los pueblos á la celebracion de la Pascua fue asombroso, siendo Gobernador Ventidio Cumanio, pusieron como acostumbraban tropas armadas en las galerías del templo para precaver cualquier tumulto y desorden, y habiendo cometido un soldado cierta irreverencia, encolerizóse la plebe y principió á gritar, que aquella injuria no se hacia á los Judíos, sino á su Dios, y al punto acinó una nube de piedras sobre las cohortes. Habiendo acudido el Gobernador con el objeto de apaciguar la sedicion, le llenaron de improperios. Como no era menester tanto para irri-

tar á un hombre tan mal parado hizo al momento tomar las armas á todas sus tropas, y las reunió en la torre llamada Antonia, que era una especie de ciudadela que dominaba al templo. El populacho atemorizado entonces intentó ponerse en fuga, pero se atropellaban tanto unos á otros, que en los tránsitos que eran estrechos se ahogaron hasta veinte mil de ellos.

Varios impostores que se fingían inspirados les sedujeron despues poniéndose á su frente, prometiéndoles el imperio de las naciones; pero todos fueron derrotados, y juntamente pereció una multitud innumerable de aquel desventurado pueblo, tan fácil en seguir á los que le engañaban como sordo á la voz de Dios.

2. Levantáronse en Judea unas tropas de asesinos, llamados sicarios, por el puñal con que siempre iban armados, siendo Gobernador Felix, aquel que trató á San Pablo con tanta humanidad y le hizo transportar á Roma. He aquí como principió este desorden. Habiéndose hecho odioso á Felix el Pontífice Jonatás, le hizo matar aquel Gobernador por algunos vagabundos, que en gran número infestaban ya el país. La impunidad de semejante atentado aumentó en extremo la audacia de estos hombres facinerosos. Cada día cometían de nuevo asesinatos, y especialmente en las fiestas; pues armados de un puñal que llevaban oculto, se mezclaban en todas partes entre la multitud, y cuando menos se pensaba se ejecutaba su venganza personal; y con mas frecuencia la

de los malvados que los asalariaban. No tardaron mucho en hacerse poderosos y en sublevar al pueblo contra el Imperio, robando y maltratando á los que permanecían fieles á los Romanos. Los perturbadores se aumentaban todavía por la imprudencia del sucesor de Felix, Albino, que este era su nombre, intentó recobrar el afecto de los Judíos con algunas muestras de indulgencia; pero el rigor no menos que la clemencia contribuía á la ruina de este pueblo reprobado. Habiéndose informado el Gobernador de todos los presos que había en Jerusalem, hizo quitar la vida á aquellos cuyos delitos enormes no podían quedar impunes, y dió libertad á todos los demás, que eran muchachos, los cuales reunidos á los sicarios exaltaron á lo sumo la audacia de estos.

El Gobernador Gesio Floro que sucedió á Albino, y cuya muger era favorecida de la Emperatriz Popea, por evitar un extremo dió en otro y trató á los Judíos con la mayor crueldad. Egecutáronse en la provincia robos y vejaciones con toda la dureza é insolencia de que es capaz un malvado puesto en altura y apoyado de la corte. Los ladrones que robaban los campos partían con él las presas con el mayor descaro y desvergüenza. Los naturales abandonaron la Palestina para ir á establecerse en tierras estrañas al ver tanta desolacion. Cestio Gallo, Gobernador de Siria, á quien estaba sujeta la Judea, llegó un día á Jerusalem, y salióle al encuentro una multitud increíble de aquellos infelices, hasta el número escésivo de tres millones, suplicándole los libertase de

Floro; pero sus ruegos fueron inútiles, y la tiranía se fortaleció con el auxilio de la política. Tantos horrores solo eran un anuncio pasajero de los que despues vendrian; porque era necesario que cayese con toda su fuerza la maldicion sobre los mismos Judios por haber pedido la condenacion del Hijo de Dios, y que viniese sobre ellos y sobre sus hijos la sangre inocente.

3. Una luz resplandeciente iluminó el templo en medio de la noche, de modo que semejaba al resplandor del medio dia, el año 67 de Jesucristo, en el dia 8 de Abril en que cayó la fiesta de los Azimos. Abrióse por sí la puerta oriental, que era de bronce y tan pesada, que se necesitaban veinte hombres para moverla, sin embargo de estar cerrada con enormes cerrojos y afianzada con barras de hierro que se introducian en la pared. Apareciéronse sobre la ciudad unos fuegos poco tiempo despues de la fiesta en el dia 21 de Mayo por la tarde <sup>(1)</sup>, á cuyo fenómeno no se podia señalar causa alguna natural. Se oyó tambien una voz muy clara en la solemnidad de Pentecostes, despues de haber resonado en el templo un espantoso ruido no habiendo dentro nadie, cuya voz dijo: *salgamos de aquí, salgamos de aquí.*

4. Sin embargo mucho mas que estos prodigios aterraron las amenazas que profirió un hombre llamado Anano contra Jerusalem y contra el templo, durante los cuatro últimos años que precedieron á su ruina. Habíase trasladado este hombre del campo á la capital con motivo de la fiesta de los Tabernacu-

(1) *Jos. de bello judaic. lib. 7. cap. 12.*

los que se hacia con el mas profundo sosiego; y él sin el menor sintoma de revolucion principió á esclamar repentinamente: *¡Ay del templo! ¡Ay del templo! Voz del oriente, voz del occidente, voz de los cuatro vientos. ¡Ay del templo! ¡Ay de Jerusalem!* Y no paraba dia y noche de correr por la ciudad repitiendo los mismos gritos. Hiciéronle castigar rigurosamente los Magistrados para que guardase silencio, y todo lo sufrió sin quejarse ni decir una palabra en su defensa; mas siguió clamando lo mismo sin interrupcion. Le llevaron á vista de esto á presencia del Gobernador Romano quien le mandó azotar con varas y con tan sangrienta crueldad que se le descubrian los huesos. No derramó una sola lágrima, ni pidió misericordia con tantos tormentos; y á cada golpe que le daban repetia con voz mas levantada. *¡Ay de ti, ay de Jerusalem!* No respondia una palabra y proseguia gritando del mismo modo y fuerza cuando se le preguntaba de dónde habia venido, y qué intentaba con aquellos clamores. Dejéronle al fin como á loco sin que él cambiase jamás de lenguaje no hablando con nadie, y ni se quejaba de los que le maltrataban ni daba gracias á los que le socorrian. Observóse que su voz no se amenoró, aunque la egercitaba con tanta violencia: antes por el contrario despues de mas de tres años, cuando ya estaba la ciudad sitiada arreció sus gritos, vagando sin cesar por las fortificaciones; hasta que venido el momento de su propia desgracia, exclamó: *¡Ay de Jerusalem, ay de mí tambien!* y en aquel



punto pereció al golpe de una piedra disparada por una máquina.

Mas nada pudo contener á sus contemporáneos en el camino de su ruina , y obstinados mas y mas cada dia en seguirle se embriagaban en brazos de una seguridad imaginaria , á la mas insignificante victoria que conseguian de sus enemigos. La furiosa plebe se apoderó del castillo de Masada , pasando á cuchillo á la guarnicion Romana , despues de haber obligado á huir al Rey Agripa , que intentó sujetarlos á la razon y reconciliarlos con el pueblo Romano. Eleázaro, hijo del gran Sacerdote , y Comandante de las tropas destinadas á custodiar el templo , prohibió al mismo tiempo que en lo futuro se hiciesen los sacrificios que tenia de costumbre el Emperador : injurioso signo de rompimiento y de abierta rebelion.

5. Los hombres de juicio desaprobaban esta conducta y no eran oidos; y los asesinos ó sicarios aunados con los sediciosos , asaltaron la parte superior de la ciudad y se apoderaron despues de la fortaleza Antoniana. Cayeron asimismo sobre Jerusalem los ladrones derramados por los campos , tomando el honroso nombre de celotas , y los Romanos fueron sorprendidos por todas partes , y se vieron en la precision de encerrarse en algunas torres. Consumieron los pocos viveres que tenian en breve tiempo , y la hambre les obligó á rendirse y á perecer , pues todos fueron degollados aunque se les prometió la libertad y la vida.

6. Los Romanos de Cesaréa que eran en mayor

número vinieron sobre los Judíos el mismo dia en que se llevó á cabo esta perfidia , y degollaron á mas de veinte mil. El Gobernador Floro mandó prender á aquellos á quienes por politica se habia perdonado la vida , y cargándolos de cadenas los envió á los puertos de la provincia. Enfureciéronse los Judíos de tal suerte luego que se divulgó esto por toda la nacion , que era imposible tenerlos á raya. Vinieron sobre los pueblos y ciudades de que pudieron apoderarse , quemaron unas , arruinaron otras , y no perdonaron á los habitantes de ninguna edad ni sexo , al mismo tiempo que los Sirios por otra parte se manifestaban no menos crueles , acometiendo á los Hebreos en todos los lugares donde estos eran mas flacos , y degollándolos sin misericordia. Con el cuidado de su propia seguridad se animaban los mas pacíficos ; mas como era tan grande el número de los Hebreos en otras muchas plazas , se vió cada una dividida en dos tropas de matadores que hicieron otras tantas carnicerías. Tomaron las armas contra los Israelitas furiosos que asolaban el pais los Judíos de Escitópolis para congraciarse con los Sirios , que eran allí los mas fuertes ; pero no pudiendo los Sirios fiar mucho de la buena fe de estos falsos hermanos , les pidieron por prueba segura de su fidelidad , que todos con sus familias se retirasen á un pequeño bosque cercano , donde los hicieron perecer sin escepcion en número de trece mil. Abandonóse á la desesperacion mas horrorosa Simon hijo de Saulo , que habia influido mucho en la indigna resolucion de los demás Ju-

dios, luego que vió el fin trágico de su perfidia: porque exclamaba, que él habia merecido este castigo dando armas á sus hermanos contra sus hermanos. Él desesperado despues de haber proferido estas palabras miró con aire feróz á todas las personas que componian su familia, y agarrando á su padre de sus blancos cabellos le atravesó con la espada, despues á su madre, y despues á su muger y á sus hijos, que lejos de resistirse se apresuraban á ser sacrificados. Alzando despues en alto el brazo para que mejor le viesen, con el mismo hierro que goteaba aun la sangre de toda su familia se despojó á sí mismo de la vida. En todas las plazas de Siria se trató á los Judíos con la misma inhumanidad, escepto en las ciudades de Antioquía, Apamea y Sidon. Por do quiera aparecian las calles y caminos sembrados de sus cadáveres; los cuerpos de los viejos yacian confundidos con los de los hombres armados, y las mugeres desnudas quedaban espuestas al público para insultar su pudor aun despues de la muerte.

Los Egipcios no fueron menos crueles, pues un dia en que el pueblo Alejandrino estaba reunido en el anfiteatro donde se hallaban muchos Judíos, los enemigos de estos comenzaron de improviso á gritar que eran espías y traidores. Huyeron los Judíos, pero habiendo cogido á tres se preparaba la plebe á quemarlos vivos. Entonces corrieron los otros á la defensa de sus hermanos, y comenzaron una furiosa carga de pedradas, y asiendo despues unas hachas encendidas se dirigieron al anfiteatro para abrasarle

con la multitud que allí habia. Tiberio Alejandro, Gobernador, hizo marchar al punto dos legiones Romanas y quinientos soldados de Libia, con orden de quitar la vida á todos los Hebreos, despues de haber saqueado sus casas y puesto fuego al barrio en que habitaban. Los acometieron las tropas en un sitio solitario que se llamaba Delta, y los Judíos se defendieron con la mayor furia, pero al fin les fue preciso ceder, y perecieron en tan grande número que quedó inundada de sangre toda aquella parte de la ciudad. Esto no es exagerado, pues eran altísimos los montones de cadáveres que pasaban de cincuenta mil. El Gobernador aterrado á vista de tan trágico espectáculo intentó entretener la furia de las legiones; pero no fue obedecido de los bárbaros indisciplinados, y mucho menos del populacho que acabó de saciar su rabia en los muertos no encontrando ya á quien sacrificar.

7. El Gobernador de Siria Cestio Gallo reunió con la mayor presteza un numeroso ejército de Legionarios y de tropas auxiliares, y los rebeldes se refugiaron en el recinto interior de la capital y en el templo. Habiéndolos atacado allí Cestio se retiró con una precipitación que tenia visos de fuga, y animados los Judíos con esta aparente victoria cargaron con furor sobre sus tropas, batieron su retaguardia, y le dieron caza hasta una larga distancia.

Los Judíos se dispusieron á una guerra formal, porque ya no era posible reducirlos á la obediencia. Los muros de Jerusalem fueron reparados y puestos

en defensa; fabricaron armas con toda celeridad, y las distribuyeron á la juventud que acudia á oleadas de todas las ciudades y pueblos de Judea. Los Israelitas convertidos al Cristianismo no tuvieron la menor parte en la rebelion, y como adivinaban que dentro de poco no podrian tributar al César la obediencia que ordena el Evangelio, y no dudaban ya que iban á cumplirse las terribles profecías del Hijo de Dios (1), repetidas tantas veces por los santos Apóstoles, se fugaron hácia las montañas que les habian sido indicadas, y sentaron sus reales en la pequeña ciudad de Pella, situada á las fronteras de Siria (2).

Lleno de ignominia el egército Romano por culpa de Cestio Gallo, como dejamos dicho, se encargó Vespasiano de la guerra de Judea, que cambió al instante de aspecto. Este gran Capitan habiendo reunido sesenta mil hombres, sujetó toda la Galilea, escepto la ciudad de Jotápata, donde mandaba el historiador Josefo, hombre no menos valiente que sabio. No se ocultó á la penetracion de éste la superioridad de las legiones Romanas sobre una gavilla de furiosos, y no osó esperar al enemigo en campo raso aunque capitaneaba cien mil Judíos. Resistió un sitio de cuarenta dias, en el que Josefo hizo prodigios de valor y demostró sus conocimientos militares: pero al fin fue tomada Jotápata y reducida á ceniza, y el Comandante perdió mas de la mitad de su gente.

8. Con los restos se retiró á las cavernas en las que se degollaron los unos á los otros. Mas Josefo eli-

(1) *S. Luc. cap. 19. v. 43. y 44.* (2) *Euseb. Hist. lib. 3.*

gió acogerse á la clemencia del vencedor, confiado tanto en el mérito militar de Vespasiano, como en la situacion del Imperio, y le dijo con resolucion en tono de profeta: „Cuando seais Emperador me dareis libertad y así tardaré poco en conseguirla (1).” Intentaron tambien defenderse las ciudades de Tiberiades y Tariquea. Tiberiades que se rindió luego, fue perdonada á instancias del Rey Agripa; pero Tariquea quedó destruida y sus habitantes fueron hechos cautivos en número de treinta mil.

A tal extremo habian llegado las cosas cuando los Romanos rompieron el freno de la obediencia á Nerón que de todo punto se habia grangeado el público aborrecimiento (2). Hasta los idólatras se horrorizaron al verle perseguir tan indigna y atrozmente á los Cristianos, porque aquel mónstruo hacia alarde de ser tan enemigo de Dios como de los hombres. Él fue el primero de los Emperadores que decretó edictos contra el Cristianismo; lo que manifiesta segun Tertuliano la santidad y escelencia de esta Religion venerada por los Gentiles desde su origen, puesto que fue necesario todo un Nerón para que enarbolasen contra ella el estandarte de la persecucion. Los historiadores profanos al referirlas detestan las crueldades que egerció contra los inocentes amigos de Cristo (3), particularmente con motivo del incendio de Roma, del cual fue Nerón el único autor. Sirvió al

(1) *Josef. de bello judaic. lib. 3. cap. 8.* (2) *Tertul. Apologet. Suet. in vit. Neron. cap. 16.* (3) *Juven. Satir. 1. y 8. Senec. Epist. 14.*

principio de diversion este horroroso espectáculo, mas temeroso despues de un pueblo reducido á la desesperacion, atribuyó esta maldad, como dice Suetonio, á los que el vulgo llamaba Cristianos y les atormentó de todos los modos posibles.

9. No solo eran crucificados, sigue el mismo historiador, sino que los cubrian tambien con pieles de fieras para que los devorasen los perros, y á otros los untaban con cera, ó los vestian de túnicas empapadas en pez, para ponerles despues fuego; y esto con el fin de que las víctimas sirviesen de antorchas para alumbrar á los que iban de noche por las calles. Semejante género de crueldad era tan grato al tirano, que muchas veces guió por los jardines de palacio su carro á la funesta luz de estas hogueras animadas. Estendióse la persecucion mas allá de las puertas de Roma, y entonces sufrieron martirio los Santos Gervasio, Protasio, Celso y Nazario en Milán, y Vital en Roma. Nerón derramaba con tanta facilidad la sangre de los Cristianos porque nada podia temer de unos hombres que solo sabian obedecer y sufrir.

10. No opinaban del mismo modo sus súbditos idólatras, y el general descontento cundió particularmente durante el viage que Nerón hizo á la Grecia. Supo á su regreso que habian proclamado Emperador las tropas á Galba, Gobernador de la España Terraconense; y como Nerón era tan cobarde como cruel, y como el exceso del miedo le habia casi privado de juicio, esperó el golpe fatal con una estú-

pida indolencia, sin dar un solo paso para precaverse; así es que sus mismos guardias levantaron el grito á favor de Galba. Entonces huyó de Roma en medio de la noche, cubierto de un mal vestido para que no le descubriesen. Retiróse á la casa de campo de Faón, uno de sus libertos, situada á legua y media de la ciudad. La sed vino á atormentarle en su fuga, y se vió precisado á beber de una agua cenagosa que llevó á los labios en el hueco de su mano. Entonces no pudiendo tener á raya su dolor exclamó gimiendo: *¡No son estos los licores que bebia Nerón!*

Despues de haber sabido que el Senado no solo le habia proscripto, sino tambien condenado á ser azotado hasta morir á la fuerza de los golpes, á la luz del nuevo dia vió cercada la casa de gente que venian á buscarle. Atravesóse el cuello con un puñal para evitar el suplicio que le esperaba, y murió el año 68 de Jesucristo, á 9 de Junio, en el mismo dia en que hizo despojar de la vida á su madre. No habia cumplido treinta y un años de edad cuando murió, y reinó solos trece y medio: pero tan corta vida bastó para que este monstruo de crueldad hiciese detestable su nombre, aun á los mismos tiranos.

11. Los pueblos proclamaron á una voz Emperador á Sergio Galba, á la edad de setenta años, y solo gozó de esta dignidad nueve meses. Su equidad y su severidad le hicieron odioso á las tropas, que le quitaron la vida por las intrigas de Oton á quien luego aclamaron Emperador.

12. Cuasi al mismo tiempo eligió el egército de

la Germania inferior á Vitelio su General; y marchando este á Italia venció á Oton, quien se mató á sí mismo despues de un reinado de tres meses. La noticia de la muerte del último Emperador de la familia de los Césares, y del partido que habian adoptado los soldados llegó entretanto al egército de Siria, é indignado de que un Vitelio osase alzarse con el supremo mando, lo confirió á su General Vespasiano, que se obligó á aceptarlo contra su voluntad. Púsose este en marcha al punto para la Palestina, y confió á su hijo Tito el cuidado de subyugar la capital de Judea. No podia hacer frente ni aun al solo nombre de Vespasiano el voluptuoso y disoluto Vitelio, y fue derrotado en medio de Roma, estando todavía su rival en Oriente. Despues de haberle asesinado sus mismos soldados, y despues de haber ultrajado de mil modos su cuerpo, le arrojaron al Tiber, sin haber cumplido un año de reinado. Vespasiano estando bien seguro de la estimacion y afecto que le profesaban los Romanos, esperó en Alejandría el tiempo oportuno para hacerse á la vela.

13. Este Emperador vió en Egipto á Apolonio Tiano, que regresaba de España, á donde se habia retirado cuando Nerón obligó á todos los filósofos á salir de la capital del Imperio, sin que hubiese apreciado en lo mas mínimo las operaciones extraordinarias de Apolonio, que no tuvo la fortuna de agradar á un tirano tan caprichoso como cruel: aunque por otra parte este filósofo, por una consecuencia muy comun en semejantes sabios, vitupera-

ba abiertamente á los Magos, llamándolos impíos y homicidas. Consistia la magia, segun Apolonio, en sacrificar al modo de los bárbaros, invocando el auxilio de los demonios; y pretendia inculcar que en los prodigios que él hacia por medio de las ceremonias griegas, intervenian los dioses.

Tales eran su preocupacion y su orgullo nacional; pero en este filósofo andaban apareados el fanatismo, la impostura y la ceguedad, como puede colegirse del suceso mas prodigioso que de él se cuenta.

Cayó en un letargo profundo una muger jóven de familia consular, que estaba próxima á casarse, y todos la juzgaban muerta. Acompañada de su futuro esposo todo anegado en lágrimas, era llevada al sepulcro en un féretro descubierto segun costumbre, y arrimándose Apolonio al mancebo le dijo que pronto hallaria consuelo. Despues de haber pronunciado algunas palabras ininteligibles Apolonio, la muger se repuso poco á poco de su accidente, recobró el habla y las fuerzas hasta el estremo de conseguir volver por su pie á la casa paterna. Sin embargo aseguraron muchos testigos, que habian observado con atencion al fingido taumaturgo, que la jóven respiraba antes del prodigio, y aun añadieron que bastaba para que recobrase el sentido la frescura de la mañana. Fue uno de los primeros que corrieron á presentarse á Vespasiano Apolonio, deseando como todos los impostores darse á conocer en los grandes teatros. Procuraban adquirirle los amigos de este nuevo Emperador una celebridad que á pesar de su mediano ná-

cimiento, le asegurase una suerte mas feliz que la de tantos ambiciosos que en tan breve tiempo habian caido del trono de los Césares. Era la primera ciudad del Oriente y la segunda del Imperio Alejandría, donde iba á embarcarse para Italia. Y sus habitantes que como Griegos y Egipcios, eran los mas supersticiosos de todos los pueblos, debian principalmente tributar homenaje á un Emperador amigo de los dioses, y para que no dudasen que Vespasiano lo era, se divulgó que obraba milagros. Burlóse él mismo de esta impostura, pero la dejó correr; y es verosímil que Apolonio tan versado en semejantes maniobras, no fue inútil á este Príncipe, de quien se dijo que habia curado á un ciego y á un manco en nombre del Dios Sérapis; pero los médicos á quienes se consultó afirmaron que estas enfermedades no eran incurables.

Sea lo que quiera de este prestigio no cabe duda que contribuyó á fortalecer el poder de Vespasiano <sup>(1)</sup>. Estaba en la firme creencia todo el Oriente como la Judea de que segun los oráculos de las divinas Escrituras, habia de salir por aquel tiempo de la Palestina un Conquistador que subyugase á todo el universo, confundiendo de este modo la potestad temporal con el reino espiritual del Mesías. Los sensuales Israelitas esplicaban estas profecías del libertador de Israel, que esperaban con impaciencia; y los cortesanos de Vespasiano las aplicaban á este Príncipe; siendo lo mas extraño que Josefo <sup>(2)</sup>, aun-

(1) *Suet. in Vesp. cap. 4. Tacito hist. lib. 5.* (2) *Josefo de bello judaic. lib. 3. cap. 27.*

que tan sabio y judío, no se avergonzó de divulgar con su pluma esta sacrilega adulacion.

14. Tito, que habia quedado en Palestina para dominar á los rebeldes, procedió con aquella prudencia y dulzura que hicieron en adelante las delicias de Roma. Ansiaba sobre manera la paz, y lo mismo todos los Judíos prudentes y mas dignos de estimacion por su buena conducta; pero la tumultuosa plebe solo deseaba conmociones y violencias dando á su furor el nombre de libertad y celo por la Religion.

15. Consolidóse de este modo la horrible faccion de los celotas que se habia levantado en la revolucion. Estuvieron en los principios divididos en varios partidos, que fulminaban su ira sobre todos los que se les oponian, especialmente en las aldeas y en los campos; pero poco á poco fueron reuniéndose entre sí con los soldados que pudieron seducir, y despues vinieron todos juntos á caer sobre Jerusalem abandonada á la anarquía, y se apoderaron sin resistencia del supremo mando. El robo y los insultos eran los menores males que se cometian en medio de estos públicos latrocinios; porque la sedicion no respetaba mas la vida de los ciudadanos que sus bienes ó derechos comunes. Sin embargo el Pontífice Anano, á quien todavia veneraba el pueblo, ya por su experiencia, ó ya por su edad y grave aspecto, animó á la multitud contra los sediciosos; aunque no pudo estorbar que se apoderasen del templo, en cuyo sitio tan ventajoso por su situacion como por su fábrica,

se fortificaron hostilmente. Desalojaronlos al fin del recinto exterior, y recelosos ellos de que los obligasen á abandonar el segundo llamaron en su auxilio á los Iduméos.

16. Estos bárbaros siempre preparados á pelear ó á robar, acorrieron con presteza en número de veinte mil. No les era fácil penetrar hasta el sitio que ocupaban sus amigos, pero una terrible tempestad que sobrevino durante la noche les presentó la ocasión de llegar hasta cierto parage donde pudieron unirse con los celotas, que hicieron una salida á este fin. Acometiendo entonces juntos á sus enemigos que dudaban á qué lado acudir primero, hicieron tan horrible carnicería, que inundaron de sangre todos los sitios inmediatos al lugar santo, y perecieron en esta desgraciada noche ocho mil y quinientas personas. Derramáronse despues los Idumeos por toda la ciudad, donde dieron iguales muestras de su bárbaro furor. A pesar de ser tan crueles en sus primeros impulsos, no habían llegado á aquella perversidad por hábito que á sangre fria se lanza á los mayores escesos, y que solo podia convenir á los asesinos del Hombre-Dios. Vueltos en sí los Iduméos se retiraron maldiciendo á sus llamadores, y aun pusieron en libertad á dos mil nobles que los celotas tenían encarcelados. Los sediciosos se fortalecieron con este auxilio pasagero, é indignados de su retirada llevaron á cabo su iniquidad. Casi todos los ciudadanos distinguidos en breve tiempo se vieron inmolidos con diferentes pretestos, y la mas fatal acusacion era la de quererse

pasar al campo de los Romanos; pues aunque fuese calumniosa, costaba infaliblemente la vida á los acusados. Aun despues de la muerte eran perseguidos, y estaba prohibido el que se les diese sepultura, prefiriendo esponerse á una infeccion contagiosa antes que disminuir la crueldad de la proscripcion, haciendo enterrar los cadáveres que cubrian ya todas las calles.

17. Dividiéronse por fin estos malvados discordes entre sí: Juan que habia venido de Giscala á juntarse á su partido, iba insensiblemente levantándose con la mayor autoridad. No podian sufrir esto los mas antiguos gefes de la sedicion, y fue menester que se dividiesen en dos facciones. Retiróse Eleázaro caudillo de la una á la parte interior del templo con dos mil y cuatrocientos hombres, y Juan de Giscala ocupó el recinto exterior con seis mil.

Un extranjero de origen llamado Simon, hijo del prosélito Gióra, que se habia distinguido por su valor en la derrota de Cestio Gallo, tuvo noticia de la muerte del Pontífice Anano, y quiso ponerse al frente del pueblo de Jerusalem, para oponer diques al poder de los celotas. Abandonó con este objeto el castillo de Masada, donde se hallaba destinado por los sicarios, y corrió á acamparse por algun tiempo á la falda de los montes de Judea. Reunió allí un ejército numeroso compuesto de los ladrones que infestaban los campos, y de los esclavos que atraía el amor de la libertad. Opusieronse á sus progresos los primeros gefes de los sicarios, convertidos ya en rivales;

pero les presentó muchas batallas, en las cuales salió vencedor, y despues se situó junto á las puertas de la ciudad con treinta mil hombres.

Las circunstancias favorecian á Simon, porque el odio público contra Juan de Giscala habia llegado al último extremo, y además de su altivéz y natural dureza, no podia sostener su autoridad sobre aquellos bandidos, sin permitirles todo género de crímenes. Eran estos no solo crueles, sino voluptuosos y desenfrenados, y se abandonaban á todo género de liviandades. Despues de violentar á las mugeres mas nobles las despojaban de sus vestidos, y poniéndoselos con sus adornos imitaban su modo de andar, sus artificios y todo lo que el pudor prohíbe referir. El pueblo de Jerusalem indignado y horrorizado contra semejantes mónstruos, juzgó ganar mucho en elegir á Simon por su general, y le abrió las puertas entregándose en manos de los ladrones que le acompañaban.

Sobresalieron entonces á un mismo tiempo tres partidos distintos en la república, los dos de celotas divididos entre sí, y el tercero el de los sicarios conducidos por Simon de Gióra. Unos á otros se declararon una cruel guerra, pusieron fuego á la mayor parte de las obras exteriores del templo, y consumieron las llamas juntamente con estos edificios el trigo que habian acumulado en abundancia y que les era tan necesario para sostener un obstinado sitio. No obstante cuando se trataba de hacer frente á los Romanos reunian todas sus fuerzas, y se congregaban por una costumbre, que habia degenerado ya en fanatismo.

para celebrar los sacrificios, con cuyas víctimas se mantenian muchos de ellos. Esta concordia poco duradera solo servia para la mayor profanacion de un culto que el Señor miraba ya con desagrado; porque subiendo de punto muchas veces el furor de los partidos opuestos, en medio de aquellos egercicios de Religion sucedia que los Sacerdotes y los que mandaban sacrificar eran allí asesinados ó heridos gravemente: y se regaba el suelo todos los dias de sangre humana.

18. No se habian apresurado los Romanos sabedores de estos desórdenes y discordias á acometer la capital, y holgaban de que los ciudadanos se aniquilasen y destruyesen por sí mismos, contentándose entretanto con talar los campos para que careciesen de víveres. Pero al fin poco antes de Pascua acordó Tito sitiar á Jerusalem con cuatro legiones romanas, y con las tropas auxiliares del Rey Agripa; de Autioco, Rey de Comagena; de Soén, Rey de Emesa; y de Malco, Rey de Arabia. Voló luego á apostarse tanta multitud de combatientes á un cuarto de legua de la plaza, que se halló reducida á los mas estrechos términos. Habia dentro un número asombroso de Israelitas; y puede calcularse este por el de los corderos que se consumieron en esta última Pascua, que pasó de doscientos cincuenta mil segun la cuenta de los Romanos. Reuníanse por lo menos diez personas para comer cada carnero, lo que hace una suma de mas de dos millones y quinientas mil almas, sin contar los que no estaban purificados segun

la ley, y otros á quienes la edad dispensaba de su observancia. Los víveres se acabaron muy pronto, y la hambre principió á hacer estragos. Á esta calamidad deben añadirse los horrores de la peste, causada por la infeccion del ayre contaminado con los cadáveres insepultos que por todas partes se veían.

19. La faccion de los celotas, que ocupaba lo interior del templo, el dia de los Azimos que en este año 70 de Jesucristo fue el 14 de Abril, abrió las puertas al pueblo que acudia á adorar al Señor. Juan de Giscala, caudillo de la faccion acantonada en la parte exterior, hizo que se introdujesen furtivamente con el pueblo muchos de los suyos con armas ocultas; y lanzándose sobre los del partido de Eleázaro, destruyeron una gran parte de sus tropas, sujetaron á las demás, y se hicieron dueños de lo interior como lo habian sido de lo exterior de este vasto edificio. Así los celotas quedaron reducidos á un partido que peleaba bajo las órdenes de Juan; y los sicarios animados mas que nunca por el ambicioso Simon de Gióra eternizaron la discordia y la desolacion.

20. Tito con seiscientos caballos se adelantó con el objeto de reconocer la plaza, y juzgó que los ciudadanos cansados de sus males le abririan las puertas; pero los tiranos habian tomado sus medidas para que esto no sucediese, y nadie se atrevia á disgustarlos; y por el contrario hicieron una salida en la cual faltó poco para que aquel Príncipe pereciese. Al dia siguiente se acercó con mas circunspeccion, y sentó sus reales muy cerca de los muros. Era

en extremo ventajosa la situacion de Jerusalem, y el arte se esforzó empleando todos sus conocimientos para hacerla inconquistable. La ciudad cercada por todos los sitios espuestos al ataque de una triple muralla estaba situada en dos montes, y fortificada con una hermosa ciudadela que se llamaba la torre Antonia; y á esta se agregaban las fortalezas del palacio y del templo no inferiores á la primera. No faltó el tiempo necesario para fortificar estos baluartes que estuvieron muy pronto en estado de defensa. Los Romanos forzaron la primera fortaleza á los quince dias del sitio, que era el 3 de Mayo, entrando por una anchurosa brecha abierta con el ariete á vista de los sitiados. Así se hicieron dueños de la parte septentrional de la ciudad hasta el valle de Cedron, á cuyo lado opuesto habia otros dos baluartes. Los Romanos confiaban que los Judíos se rendirian antes de llegar á los últimos extremos y se abstuvieron de toda violencia. Forzó Tito la segunda fortaleza cinco dias despues, y hubo muchos combates sangrientos. Allí permitió antes de afianzarse en ella descansar á sus tropas, y solo se aprovechó de su superioridad para exhortar de nuevo á los rebeldes que se sometiesen, porque su espíritu compasivo é indulgente no podia determinarse á destruirlos.

Envióles á este fin á Josefo antiguo Gobernador de Jotápata, creyendo que un hombre de su nacion, que tantas pruebas tenia de la clemencia del vencedor, los reduciria mas fácilmente á que la solicitasen. Mas ninguna de las razones de este elocuente Emba-

jador consiguió persuadir á los gefes, ni hacer en sus ánimos la mas leve impresion. Sin embargo muchos particulares se animaron de los mismos sentimientos del enviado, y se entraron en los campos de los Romanos con disimulo y secreto, siendo recibidos con toda humanidad. Redoblaron su cruel vigilancia los dos tiranos Juan de Giscala y Simon de Giora, haciendo pasar á cuchillo á cualquiera que se arrimaba á las puertas de la ciudad sin orden suya, y se servian tambien de este pretesto para calificar de traidores á cuantos habian incurrido en su desgracia.

Ni en los mercados ni en sitio alguno se encontraban ya víveres, y el hambre seguia siendo menos sufrible. Allanaban para saquearlos entretanto todos los edificios los sediciosos, que abandonando á los demás habitantes á la miseria solo de sí mismos tenían cuidado. Atormentaban con crueldad á cuantos conservaban algunos víveres y no los manifestaban. Adivinaban por el semblante y por la robustéz á los que estaban bien mantenidos, y los entregaban á la tortura; hasta que la miseria fue en breve tan estremada que muchos trocaron su patrimonio por una medida de cebada, y encerrándose despues en lo mas oculto de sus casas hacian pan á la ligera, ó comian el grano crudo esperando á la muerte que ya no podian evitar. Devoraba la carne sin detenerse en cocerla el que conseguia un pedazo de ella, y los de una misma familia se arrebataban los bocados unos á otros, sin perdonar el marido á la esposa, ni la madre á su hijo que espiraba entre sus brazos. De suer-

te que la fuerza decidia del derecho, porque el peligro y la necesidad habian borrado todos los sentimientos y todos los afectos naturales. Nada se podia retraer mucho tiempo de la vista de los sediciosos. Al ver una puerta cerrada la echaban en tierra, asian de los cabellos á las mugeres que conservaban algun pan, arrastraban por el suelo á los niños que tenían un bocado en la mano, ó los acocebaban, ó estrellaban contra la pared para obligarles á soltarlo. Robábanles á los mas infelices las yerbas que iban á coger de noche fuera de la ciudad con peligro de su vida; porque Tito hacia prender á los que salian á buscar comestibles, y como casi siempre eran estos perseguidos por los emisarios de los tiranos, se veían precisados á pelear antes de rendirse.

21. Los sitiadores crucificaban sin piedad á todos aquellos que cogian con las armas en la mano, para aterrar á los rebeldes; y hubo dia en que sacrificaron quinientos, de modo que ya nó encontraban cruces ni sitios donde colocarlas. Así esta nacion deicida halló un castigo análogo al crimen que ocasionaba principalmente sus calamidades.

Los soldados idólatras injuriaban tambien de todos los modos posibles á estos infelices al tiempo de darles muerte, repitiendo los ultrajes y crueldades que estos emplearon con Jesucristo. Estos cadáveres los esponian á la vista de sus parientes y amigos, que desde lo alto de las murallas daban gritos de rabia y desesperacion. Enviaban tambien á la ciudad á algunos de estos desventurados cautivos despues de

haberles cortado las **manos**, la nariz y las orejas, y haberlos desfigurado del modo mas horroroso, sin que tanta crueldad fuese poderosa á triunfar de su pertinacia.

Vióse el General **Tito** en la precision de valerse de todos los ardides y máquinas que se usaban en los sitios, é hizo levantar cuatro terraplenes ó plataformas para atacar la ciudadela. Á los diez y siete dias de comenzada esta obra llegó al campo el hijo del Rey de Comagena con un refuerzo de tropas. El ilustre jóven corrió con precipitacion al asalto, despreciando la apatía de los Romanos; mas quedó vencido todo su egército salvando él mismo prodigiosamente su vida. Concluidas las plataformas se colocaron en ellas las máquinas, y al tiempo de prepararse los Romanos para batir el muro, fue su asombro extraordinario viendo deshechas en un punto y abrasadas dos de aquellas obras inmensas. Habíalas hecho minar por debajo de los muros de la ciudad Juan de Giscala, por medio de un trabajo prodigioso y enteramente incomprendible en aquel tiempo, y poniendo fuego á los maderos en que se apoyaban quedaron estos reducidos á ceniza. Hicieron los sitiados al mismo tiempo una salida que acabó de sorprender y desconcertar á los Romanos. Los Judíos arruinaron los otros dos terraplenes, quemaron las máquinas, y rechazaron al enemigo hasta su campo.

22. Hubiera costado infinito trabajo reparar estas obras, y el soldado llegaba ya á dudar; por lo cual determinó Tito circunvalar á los Judíos lo restante

de la ciudad con un nuevo muro de dos leguas de circuito; así verificó sin saberlo la prediccion del Salvador con todas sus circunstancias. Fue desde entonces la hambre tan espantosa que sacrificaba á la vez familias enteras por las calles y por las plazas. Veíanse hombres hinchados y desfigurados que parecian fantasmas, que se arrastraban con gran fatiga y que de repente caían muertos. Estaban llenas de cadáveres las calles y las plazas; al principio se les daba sepultura, y entonces por una sola puerta de la ciudad sacaron en el espacio de dos meses y medio, ciento y quince mil cadáveres de pobres; sacábase esta cuenta para pagar á los conductores; hasta que despues faltaron ya las fuerzas y el valor para enterrar á ninguno. Inficionóse de tal suerte el aire, que llevando el viento la infeccion hasta el campamento de Tito, levantó este los ojos al cielo vertiendo lágrimas y puso á Dios por testigo de que aquel pueblo rebelde debia atribuirse á sí mismo el exceso de sus calamidades. No derramaban ya lágrimas estos miserables ni proferian quejas, solamente se notó en ellos un decaimiento estúpido, reinando un silencio lúgubre en toda la ciudad.

Insensibles á estas desgracias los sediciosos que las habian causado recorrian las casas despojando los cadáveres, y salian de ellas con grande algazara, y en los infelices que acababan de espirar ó que todavía no habian exhalado el último aliento probaban sus espadas y dardos.

La especie de anchura que les permitió por algun

tiempo el enemigo sin estrecharlos con el fin de que se sometiesen voluntariamente, les dió ocasion para creer que los Romanos los temian, y llegaron á lisonjearse con la esperanza de una próxima victoria. Para seducir á la plebe hacian los caudillos de las facciones que algunos falsos profetas se apostasen por las calles, aunque eran muy pocos los Judios que les daban crédito. Al contrario los que conseguian escaparse se refugiaban al campo Romano, donde encontraban abundante sustento: y algunos perdian la vida por escederse en la comida que no podian digerir sus estómagos despues de tanta necesidad.

Temiendo muchos de estos fugitivos que los robasen, se tragaron al tiempo de su salida algunas piezas de oro que les quedaban. Los soldados Arabes y Sirios que componian parte del egército Romano les vieron buscar este oro entre sus escrementos, y divulgaron luego por todo el campo que los Judios que salian de Jerusalem tenian las entrañas llenas de oro. Esto escitó de tal suerte la codicia de los soldados, que iban á esperarlos al paso para abrirles el vientre. En una sola noche perecieron de este modo dos mil; y por mas que Tito publicó terribles penas contra esta atrocidad, no por esto dejó de proseguirse aunque mas secreta.

23. Preciso era usar de disimulo con un egército compuesto de muchos extranjeros, que cansados ya del sitio comenzaban á sublevarse. El General no encontró otro partido para evitar que el descontento pasase adelante, que el de violentar sus propias in-

clinaciones, y atacar la plaza á viva fuerza. Casi todo el mes de Junio se consumió en preparar nuevas máquinas y nuevas plataformas, y crecian en la empresa dificultades insuperables, porque era preciso traer la madera de cuatro leguas de distancia y recogerla demoliendo los edificios que habia en los campos separados unos de otros. No obstante, sin omitir las precauciones que la esperiencia aconsejaba se llevó á cabo la obra. Ya estaban concluidas las máquinas, cuando los rebeldes salieron de nuevo á destruirlas; pero los sitiadores las defendieron con un valor proporcionado á la fatiga que les habian costado; y el éxito correspondió á su constancia. Desde la mañana siguiente comenzaron á usar del ariete y de la zapa, y conmovido el muro se vino abajo durante la noche. Entraron por las brechas situándose de modo que no pudiesen ser desalojados, y se apoderaron de la ciudad inferior.

Hasta los mismos sediciosos llegaron entonces á ser presa del hambre, porque esta lo dominaba todo. Corrian como lobos á la menor apariencia de comida, y entraban con violencia en las casas. Al fin careciendo ya de todo se comieron las correas de sus cinturas y de sus escudos, y despues los espinos y ortigas; era un bocado exquisito el heno viejo que se recogia, y unas pocas pajas de él llegaron á venderse en cuatro dracmas, que equivalen á mas de seis reales de nuestra moneda.

24. Habia venido desde la otra parte del Jordán á celebrar la Pascua en la ciudad santa donde se ha-

lló repentinamente encerrada con la multitud, una muger llamada María, hija de Eleázaro, de ilustre nacimiento (1). Robáronla en breve los sediciosos cuanto tenía sin dejarla cosa alguna para sustentarse ella y un niño de pechos que criaba. Reducida á tal estado los llenó de improperios procurando incitarlos á que la despojasen de la vida, pero no pudo lograrlo y retirándose con el niño fijó los ojos en el inocente hijo que lamia sus pechos del todo secos, y le dijo: „infeliz ¿para qué te he de conservar yo? para sufrir mil horrores antes de morir, ó cuando mejor sea tu suerte para padecer una indigna esclavitud.” Dicho esto le degolló, le asó y comiéndose la mitad, guardó la otra. El olor atrajo bien pronto á los facciosos, y poniéndole la punta de la espada al pecho la pidieron lo que habia ocultado. „Yo os guardé, les dijo, una buena parte, vedla aquí, comed.” Quedaron horrorizados é inmóviles á vista de aquel espectáculo. „Este es mi hijo prosiguió ella; yo le he tratado así, y ya que he comido de él yo misma, bien podeis hacerlo vosotros.” El asombro les obligó á retirarse llegando la noticia de este atentado tan átróz hasta el campo de los Romanos, que apenas podian resolverse á creerla.

La compasion de Tito subió de punto con esta relacion, pero su egército resolvió acabar con una nación que engendraba semejantes monstruos. Tuvieron noticia de estos horrores los Cristianos retirados en Pella, y reconocieron con un religioso asombro

(1) *Josef. de bello judaic. lib. 7. cap. 7.*

el cumplimiento literal de la suerte que el Redentor predijo á las mugeres de Sion, cuando iba al Calvario: *Vendrá dia en que las estériles y las que no hayan criado hijos se tendrán por felices* (1).

25. Todavía eran los Judíos dueños del templo y de la ciudad alta que formaba una segunda plaza con su ciudadela. Aprovecháronse los Romanos de la consternacion que causó de repente en todas las facciones la cesacion del sacrificio perpetuo, para arrojarlos de aquellos puntos. Advirtió este pueblo maldito con espanto en el dia 10 de Julio la imposibilidad de sacrificar segun la ley, porque ya no se hallaba Sacerdote ni Sacrificador en ninguno de los partidos. Así se cumplió tambien de un modo aun mas fatal lo que habia anunciado el Profeta, de que sus ojos serian inaccesibles á la luz; pues viendo cumplida la profecía que mejor mostraba su reprobación, no reconocieron en ella el castigo. Cególes la confianza que tenían en la solidéz y extraordinaria altura de los muros del templo y en sus obras adyacentes, tan fuertes como soberbias, que el viejo Herodes habia mandado edificar. Eran estos edificios de inmensa grandeza, y además de ellos desde la torre Antoniana hasta el lugar santo se dilataban unas magníficas galerías que se comunicaban. Y sucedió así, porque los sitiadores no pudieron escalar los muros, ni batirlos con el ariete.

26. Hallóse forzado Tito el dia 8 de Agosto á poner fuego á las puertas del segundo recinto del templo, y las llamas se apoderaron de las galerías, que

(1) *S. Luc. cap. 23. v. 29.*

estuvieron ardiendo el resto del día y toda la siguiente noche. Las legiones querían reducirlo todo á pavesas, y el General y sus principales Oficiales no pudieron resolverse á destruir este monumento único por su hermosura, y que era el objeto de la veneración y asombro del universo. Mandó pues dar el asalto, marchando él delante de todos, y los soldados subían por las escalas con mucha confianza al ver que nadie se presentaba á defender los muros; mas apenas los legionarios ordenaron sus águilas en las almenas cuando fueron acometidos con una furia que hasta entonces no tenía ejemplo; todo el valor Romano no pudo resistirla, y los Judíos precipitaron á los sitiadores desde lo alto de los muros después de ganarles sus banderas que llevaron en triunfo.

Tomó entonces un soldado Romano por impulso, que Josefo llama divino ó sobrenatural (1), un tizon del fuego que ardía en el recinto exterior, cuyo fuego procuraba extinguir el Príncipe, y encaramándose encima de uno de sus camaradas le arrojó por una ventana de los edificios vecinos al templo por la parte septentrional. El fuego prendió á un tiempo mismo en muchos parages con una rapidéz que creyeron sobrenatural hasta los mismos idólatras. Al ver los Judíos ardiendo el lugar santo quedaron inmóviles como estatuas; pero el Príncipe acudió muy acelerado á apagar el incendio. Parecía que deseaba tanto la conservación del templo como la victoria y la destrucción de los rebeldes; mas no consiguió hacerse obe-

(1) *Josef. de bello judaic. lib. 7. cap. 10.*

decir, porque los soldados aumentaban el desorden para robar á su grado. Estaban cubiertas de planchas de oro las paredes exteriores del templo, y por ellas inferían las riquezas que había dentro. Sin embargo se abrió paso Tito por en medio de los Romanos y extranjeros, y vió con efecto en lo interior del lugar santo una prodigiosa multitud de alhajas inestimables que escedia en mucho á todo lo que la fama había anunciado.

Empero mientras apagaba el incendio en una parte prendía el fuego en otra con mas actividad, y este tan famoso templo el mas hermoso, mas grande y mas rico del universo, en cumplimiento de los decretos del Todopoderoso, y á pesar de los esfuerzos de los vencidos y del vencedor quedó reducido á cenizas en el mismo día y mes en que el primer templo edificado por Salomon fue quemado por Nabucodonosor, esto es en el día 10 del mes judaico, que corresponde á nuestro mes de Agosto del año 70 de Jesucristo.

27. Las dos cabezas de los sediciosos Juan de Giscalá y Simon Bargiora, en la confusión del incendio se abrieron paso con la espada en la mano, y seguidos de alguna gente se retiraron á la ciudad alta. Fueron degollados todos los demás que quedaron en el templo, sin distinción de clase, de edad ni de sexo; y el monton de cadáveres que quedaron al rededor del altar subía al nivel de este. El suelo inundado de sangre y cubierto de cuerpos destrozados no se descubría. Perecieron también allí seis mil personas en-

tre hombres, mugeres y niños, que en el día antes tuvieron la fanática imprudencia de seguir desde la ciudad inferior á un falso profeta que les anunciaba una cercana victoria.

28. Estaba situada la alta ciudad en el escarpado monte de Sion. La ventaja del lugar inspiraba una nueva confianza al resto de los rebeldes: y habiéndoles amonestado Tito que si se rendian á discrecion salvarian la vida, exigieron que se les permitiera retirarse al desierto con sus mugeres é hijos, pero no habiéndoseles concedido continuaron su defensa. Precisado el Romano por la necesidad en que se veía de comenzar un nuevo asedio, hizo abrasar toda la ciudad inferior y construir nuevos terraplénos contra la alta, en cuyas obras trabajó el ejército desde el día 20 de Agosto hasta el 7 de Setiembre en que hizo jugar las máquinas. Todo fue en breve forzado, y á la mañana siguiente entraron los sitiadores por la brecha, llevándolo todo á fuego y sangre. Tito acabó de destruir lo que perdonaron las llamas, sin dejar piedra sobre piedra en aquel lugar de maldicion, y despues mandó pasar por él el arado, ceremonia en que daban á entender los antiguos la total ruina de una ciudad. Quedaron en pie algunas torres solamente y parte de los muros occidentales, para que sirviesen de un monumento espantoso á la posteridad. A pesar de los estragos del incendio el botin fue tan grande, que el oro perdió la mitad de su valor en las provincias vecinas.

29. Mas de dos mil personas muertas de miseria ó que se degollaron unas á otras por no sujetarse á

los vencedores se hallaron en las cloacas subterráneas. Habíanse tambien retirado á ellas los tiranos Juan y Simon; pero la hambre obligó á Juan á que viniese á pedir cuartel. Condenósele en Roma á una prision perpetua despues de haberle concedido la vida, y haber sido llevado en triunfo. Simon que habia recogido algunos víveres, permaneció oculto en su cueva hasta fin de Octubre, y entonces salió de ella y vino al campo á presentarse vestido magníficamente de púrpura y lino de Egipto. Admirados los centinelas le preguntaron con respeto ¿quién era? Respondió con grande altivez que era Simon. Prendieronle y pocos dias despues fue trasladado á Roma para servir como Juan en el triunfo de su vencedor: luego pereció á manos del verdugo por su obstinacion, y por haber sido cabeza principal del tumulto.

30. Imposible es señalar con exactitud el número de Israelitas que murieron en esta guerra, la mas funesta y cruel que jamás sufrió nacion alguna. Josefo dice que durante el sitio perecieron un millon y cien mil personas (1), y añadiendo los que perecieron al mismo tiempo ó poco antes en las demás ciudades de Palestina, ascienden los muertos á un millon trescientos treinta y siete mil, sin los que no pudieron contarse. Hubo tambien noventa y siete mil reducidos á la esclavitud, pero habia quien los comprase. Rehusó Tito las coronas que las naciones inmediatas le presentaron (2), segun costumbre, al tiempo de

(1) *Josef. de bello judaic. lib. 7. cap. 7.* (2) *Filostrato lib. 6. cap. 14.*

darle la enhorabuena por su victoria, y publicó ante todo el mundo que no era esta obra suya, y que solo había sido instrumento de la venganza divina contra aquel pueblo impío.

Tito pasó el invierno en las cercanías para apagar hasta la última centella de una rebelion tan funesta, y no abandonó la Siria hasta la primavera inmediata para ir á embarcarse en Egipto. Entonces pasando por las ruinas de Jerusalem no pudo tener las lágrimas viendo la destruccion de una ciudad tan floreciente, y maldijo muchas veces á los que le habían obligado á tratarla con tanto rigor. Salió el Emperador su padre, á su llegada á Italia, á recibirle bastante lejos de Roma, donde los dos entraron en triunfo con una pompa proporcionada á la importancia y á las dificultades de la expedicion que era su objeto.

31. Fue enviado Lucilio Baso con nuevas tropas á fin de concluir enteramente la reduccion de la Judea. Estas se apoderaron del castillo de Herodion y despues del de Maquerunte que estaba muy fortificado; y á los dos años de la ruina de Jerusalem, en el 72 de Jesucristo, hizo el Emperador Vespasiano vender todas las tierras de los Judíos. Publio Silva en el año 73, que sucedió á Baso muerto en su gobierno, sitió la fortaleza de Masada que era tenida por inconquistable y estaba todavía por algunos sicarios. Estos se vieron en breve imposibilitados de defenderse á pesar de su furor desesperado, y de las fuerzas de la plaza: y cuando ya no les quedaba

ningun recurso resolvieron pasar á cuchillo á sus mugeres é hijos, y despues diéronse muerte unos á otros; y teniendo todos por gran fortuna el morir primero, fue preciso que echasen suertes para ver quien había de sobrevivir á los demás. El último que quedó, despues de asegurarse de que todos habían perecido, puso fuego al castillo donde se representó esta sangrienta escena, y se atravesó el pecho con un puñal. Entraron los sitiadores en la plaza á la mañana siguiente, que ya no era mas que un vasto sepulcro; y esta victoria los puso en posesion pacífica de toda la Judea.

Buscaron medio de escaparse pasándose á Egipto muchos de los asesinos, donde procuraron escitar nuevos tumultos, é inspirar el horror que ellos profesaban al nombre Romano. Fueron todos presos y se les castigó con diversos suplicios, sin que por su loca obstinacion se pudiese con todo género de tormentos lograr, que uno solo, ni aun sus hijuelos reconociesen al Emperador por Soberano. Recompensóse al jóven Agripa llamado así para distinguirle del primer Herodes Agripa, que desde el principio de la rebelion se declaró por el partido de los Romanos, de la pérdida que le causaba la ruina de una ciudad tan importante como la capital de la Judea. Varias posesiones vecinas pasaron á poder de este hermano de Berenice, con toda la generosidad propia de una retribucion debida á la hermosura de una muger, que con sus atractivos había hechizado el corazon del conquistador de su patria. De la familia de Herodes tan numerosa y

protegida siempre con todo el poder de los Césares, sobrevivieron únicamente estos dos, y así se estinguió de todo punto en el siglo mismo en que se había elevado.

32. La historia de esta revolucion memorable es la mas auténtica y verídica. La escribió con tanto juicio como elegancia el Hebreo Josefo, célebre por su dignidad y talentos, é hijo de un sacrificador que habiendo permanecido siempre en la Religion de sus padres, no puede ser sospechoso de preocupacion en favor del Cristianismo. Trabajó este autor veinte libros de las antigüedades Judaicas además de los siete de la guerra de los Judíos, y un tratado contra el Gramático Apion Alejandrino.

33. Arruinada Jerusalem pereció casi del todo la memoria de los Fariséos y Saducéos. Todavía aparecieron algunos Nazarenos; pero eran estos unos cristianos judaizantes que hacian una estraña confusion de las dos Religiones, y bien examinados ni eran Judíos ni Cristianos.

34. Juntáronse bien pronto á los sectarios del Heresiarca Ebion, que principió por entonces á popularizar sus errores en Cacata su patria, inmediata á Pella, donde todavia permanecieron reunidos los fieles de Jerusalem. Gloriábanse sus discípulos sobre todo de imitar á los que renunciando su patrimonio, ponian el precio á los pies de los Apóstoles; y remontaban tambien el nombre mismo de su maestro Ebion que significa pobre, aunque por casualidad desde su nacimiento le era ya propio este nombre.

Elogiaban sin cesar á San Pedro, á quien atribuían su perversa doctrina, y calumniaban al Apóstol de las naciones y á sus escritos, que persuaden de un modo tan convincente la inutilidad de la circuncision y de la ley ceremonial. Estos impíos innovadores decian, que Jesucristo habia nacido de José y María, del modo que los demás hombres; que no era hijo de Dios por naturaleza, sino que el Cristo habia descendido sobre él desde los cielos en figura de paloma, y que entonces le concedió Dios el imperio del siglo futuro, abandonando al demonio el imperio de este mundo. Á su antojo admitian ó repelian las divinas Escrituras, y trastornaban los libros mas antiguos de la ley y el Evangelio de San Mateo, á quien al mismo tiempo aseguraban venerar principalmente. Obligaban á todos sus discípulos á contraer matrimonio aunque no hubiesen cumplido los catorce años, y era permitida entre ellos la pluralidad de mugeres.

35. Mucho se parecia la doctrina de Cerinto á la de Ebion en cuanto á negar la divinidad del Redentor, porque aseguraba que el Cristo descendió sobre Jesus al tiempo de su bautismo, cuando el Padre Eterno anunció á todo el mundo la gloria de su Hijo, segun lo refiere el Evangelio. Decia, que por este órgano habia instruido Jesus á los hombres y obrado tantos prodigios hasta el tiempo de su pasion; pero que entonces habia volado el Cristo al cielo de donde habia descendido, de suerte que solo Jesus murió y fue resucitado. Se advierten aquí las primeras semillas del Nestorianismo, que admite dos personas en Jesu-

cristo, y la fe contraria recibida en la Iglesia desde su origen. Estos errores tan crasos de Cerinto enteramente contrarios á la doctrina de San Pablo, y á los decretos del Concilio Apostólico de Jerusalem, en que tanto trabajó el Apóstol, muestran claramente lo que allí pasó. Se descubre el motivo de oponerse con tanto esfuerzo el Doctor de las naciones á los intentos de algunos judaizantes, que en su interior se dirigian á destruir toda la virtud de la Cruz de Jesucristo. Fueron tambien los primeros estos falsos Cristianos que enseñaron el error de los Milenarios, en el sentido mas grosero y detestable; porque no solo afirmaban que despues de la resurreccion general habria en Jerusalem un reino terrestre de Jesus, sino tambien que los hombres vivirian en él mil años, entregados á todos los regocijos y deleites carnales. Con la muerte de San Pablo habian estos perversos doctores adquirido libertad para predicar, porque la presencia del Apóstol refrenaba antes su audacia.

36. Enseñaba entonces Menandro, natural de Sarmacia y discípulo de Simon Mago, además de los errores de su maestro, que el bautismo de este impostor era la verdadera resurreccion, y que los que le recibiesen serian inmortales desde este mundo. Se opusieron á aquellos entusiastas algunos piadosos y celosos Doctores instruidos en la escuela de los Apóstoles; y sus escritos eran tan semejantes á los de sus maestros, que algunos de los mas antiguos Padres muestran casi igual respeto á los unos que á los otros.

37. Un fervoroso seglar llamado Hermas, que vi-

via en tiempo del Papa San Clemente, y del cual habla San Pablo entre los fieles mas ilustres de Roma, escribió el libro del Pastor, que tiene un estilo sencillo y lleno de uncion (\*). Divídese en tres partes: la primera y la tercera contienen una multitud de revelaciones en forma de apólogos, para exhortar á la santidad de las costumbres; y la segunda comprende en doce capítulos ó preceptos las reglas mas prin-

(\*) Hermas era hombre muy piadoso y de grande simplicidad, cuyas cualidades es preciso tener presentes al leer su libro del *Pastor*. Por una parte se ven en él admirables documentos en orden á las costumbres, se descubre un corazon lleno de amor por la virtud, penetrado de un vivo dolor de sus defectos, animado con el espíritu de la penitencia, ageno de las cosas temporales, y todo absorto en la contemplacion de los bienes eternos: por otra se advierte un modo de concebir y representar las cosas poco proporcionado á persona de sublime ingenio y gran capacidad. En las visiones que refiere se echa de menos la gravedad que corresponde á esta clase de escritos, y deseaba el lector mayor circunspeccion y decencia. Sin embargo no se puede tener á este santo discípulo de los Apóstoles por un visionario; pero tampoco se deben creer como oráculos del cielo cuantos refiere en sus frecuentes visiones.

Los Padres que tuvieron esta obra por inspirada sobrenaturalmente solo habian considerado la parte de ella que aparece divina, y no atendieron á los defectos de que abunda; los cuales reconocidos por otros Doctores Eclesiásticos que examinaron el *Pastor* con toda exactitud, fueron causa de que se le negase la excesiva autoridad que le atribuyeron los primeros. Los que han formado mas recto juicio de esta obra son los que la tienen como un libro Eclesiástico venerable por su antigüedad, útil para la instruccion de los fieles, y en muchos puntos como testimonio apto á manifestar las tradiciones Apostólicas. Algunos sabios la han vindicado con grande acierto de los errores que muchos falsos críticos la atribuyen.

cipales de la moral cristiana, de cuya segunda parte tomó la obra el título de libro del Pastor, porque en ella habla el ángel custodio de Hermas, que se le apareció en trage de tal para instruirle; lo que prueba la antigüedad de la doctrina católica acerca de los ángeles de guarda. Afirma el autor espresamente, que todos los hombres tienen dos ángeles, uno bueno y otro malo; pero no se entiende bien lo que quiere decir en lo que añade, de que los Apóstoles despues de su muerte predicaron á Jesucristo á los santos. Aunque comunmente el libro del Pastor se atribuye á San Hermas, porque se cuenta en el número de los santos, algunos sabios juzgan que fue escrito contra los Montanistas, y por consiguiente en el segundo siglo de la Iglesia.

38. Comunicó tambien las luces mas puras de doctrina á los fieles de su tiempo el Papa San Clemente. Habia sucedido á San Cleto ó Anacleto, sucesor de San Lino, como unos veinte y cuatro años despues de la muerte de San Pedro en el 91 de Jesucristo á 13 de Enero, dia en que se celebraba antiguamente la fiesta de su exaltacion al Pontificado, de la misma manera que la del Principe de los Apóstoles. La discordia mas encendida dividió por aquel tiempo la Iglesia de Corinto, y algunos hombres inquietos despojaron de su dignidad injustamente á varios Sacerdotes que recurrieron á la Iglesia Romana, como madre y maestra de todas las demás. San Clemente que á la sazón ocupaba la Silla de San Pedro, segun refiere Eusebio, envió á los Corintios á Clau-

dio, Efebo, Valerio, Viton y Fortunato, con una carta análoga para apaciguar los ánimos, y tan digna de respeto que se leía públicamente en Corinto mas de setenta años despues.

Fue recibida esta carta con una veneracion casi igual á la que habian tributado á las cartas de los Apóstoles, y merece verdaderamente esta distincion, y no decae nunca del tono Apostólico de que usa el Pontífice. No se encuentran en ella aquel grado de elevacion, aquella sublimidad y entusiasmo divino de los autores inspirados; pero sí se notan una grande claridad en las ideas, mucha pureza y elegancia en el estilo; lo que anuncia la cultura del espíritu y un orden prodigioso en los discursos y en la serie de las materias. Preciso seria para dar una idea suficiente, trasladar la mayor parte, pero no lo permiten los límites que nos hemos trazado: sin embargo lo que contiene relativo á las costumbres y á la disciplina debe tener cabida en una Historia Eclesiástica, porque dará á conocer sin separarnos de nuestro plan, el modo noble é ingenioso con que se explica el autor.

Dice á los fieles de Corinto para inspirarles el horror que debian tener á la discordia: „Vergonzoso es, amados hermanos, indigno es de los discípulos del Evangelio, que el rumor de las disensiones de vuestra Iglesia de Corinto, tan antigua y tan respetable, haya penetrado no solo hasta nosotros, sino hasta aquellos que lo celebrarán como un triunfo. El nombre del Señor es blasfemado entre los Gentiles por vuestra indiscreta inclinacion á un corto número de hom-

bres temerarios y sediciosos. Ha sufrido un gran detrimento la fama de los ilustres hijos de Pablo tan respetado y querido de todo el mundo; porque ¿quién no apreciaba en el mas alto grado vuestra fe y todas vuestras virtudes, por poco que hubiese permanecido entre vosotros? ¿Quién no bendecía vuestra hospitalidad y no publicaba la grandeza de vuestra misericordia? ¿Quién no se admiraba de vuestra prudencia, de vuestra moderacion, y de los dones de sabiburía y entendimiento que dirigian vuestra conducta? Caminando á largos pasos por la senda trazada por los divinos mandamientos, y doblando la cerviz al pacífico gobierno de vuestros Pastores, mirabais á las cosas y no á las personas. Rendiais el debido respeto á los Ancianos; dabais á los jóvenes egemplos de honestidad y de modestia; persuadiais á las mugeres á que amasen á sus esposos, á que los obedeciesen con humildad y pureza de corazon, á que vigilasen en el gobierno de su casa retiradas del mundo, y á que una santa y pura intencion ennobleciese todas sus buenas obras. Juzgabais de vosotros mismos con humildad y sin altanería: erais mas inclinados á obedecer que á mandar, á dar que á recibir. Os contentabais en este mundo con lo necesario para el sustento, porque mirabais la vida como un tránsito donde debiais caminar sin estraviaros á vuestra patria, teniendo siempre á la vista la ley del Señor, y con los oidos y el corazon prontos á recibir su divina palabra. Así disfrutabais vosotros de las bendiciones de la dulzura y de la paz: teniais una hambre y una sed insaciable de la

justicia, y colmados plenamente de dones por el Espíritu Santo, se dilataba por todo el mundo la superabundancia de vuestros bienes. Estendiais vuestros brazos al Todopoderoso, á quien solo teniais que pedir perdon de los pecados cometidos por debilidad, con la alegría de una conciencia tranquila, y con la mas justa y racional confianza; pero le instabais dia y noche con incesantes llantos para que no permitiera se perdiese ninguna de las almas que dió á su Hijo. Conversabais y viviais en la sinceridad y en la inocencia, sin malignidad ni resentimientos. Si alguno os ofendia, solo llorabais su caída; creiais que los defectos del prógimo eran vuestros, y os causaba horror la mas leve señal de division ó discordia."

Principia el santo Pontífice desde estas últimas palabras á tratar de su principal asunto con mucha estension, pero siempre con la misma elocuencia, sobre los males que nacen de la discordia; y al mismo tiempo que declama contra las disensiones é injustos acacimientos que la producen, nos instruye del orden ó gerarquía establecida desde la mas remota antigüedad en el ministerio Eclesiástico. „Debemos, dice, practicar con orden todo lo que el Señor nos manda. Nos ha mandado cumplir en el tiempo determinado y del modo conveniente los oficios y oblaciones; y ha prescrito por sí mismo cuándo y por quién deben ser hechas. El Sumo Pontífice tenia ciertas funciones peeculiares en el culto mosaico. Habia sitio señalado para los Sacrificadores; encargaban á los Levitas el ministerio que les es propio, y el pueblo

estaba sujeto á los preceptos que le convenian. Segun este egeemplo cada uno de vosotros debe conservarse en su grado con modestia, sin traspasar los límites que se le prescriben. Dios envió á Jesucristo, y Jesucristo á los Apóstoles, segun el orden y voluntad de Dios. Han predicado el Evangelio en las provincias y en las ciudades, donde han establecido Obispos y Diáconos para los creyentes. Por revelacion del Señor conocieron que habria rencillas para conseguir la dignidad Episcopal, y por esto ordenaron despues de haber elegido los primeros Pastores, que muertos estos, otros hombres virtuosos les sucediesen en el ministerio. No se puede pues sin injusticia privar de su ministerio á aquellos que fueron nombrados por los Apóstoles, ó que les sucedieron con aprobacion de la Iglesia, y han gobernado santamente el rebaño de Jesucristo." He aquí lo que dice relativo á nuestro designio en su admirable epístola San Clemente.

39. Existen tambien algunos dilatados fragmentos de otra carta atribuida por los mejores críticos á este santo Papa y digna de su autor (\*). Mas parece ad-

(\*) Los santos Padres se hallan divididos en orden á esta segunda carta de San Clemente. San Epifanio en su tratado de las heregías núm. 27, y San Gerónimo en el lib. 1 contra Joviniano, cap. 7, hacen al santo Pontífice autor de ambas cartas; pero San Dionisio, Obispo de Corinto, Clemente Alejandrino, Orígenes, y el historiador Egesipo, solo hicieron mencion de la primera; por último segun afirma Eusebio en el lib. 3 de la historia cap. 36, ninguno de los antiguos menciona la segunda. Los demás escritos que se atribuyen á San Clemente no hay duda en que son apócrifos.

mirable que se tenga por suyo el libro de las recogidas ó itinerario de San Pedro, con otros escritos palpablemente apócrifos, pudiendo compararse con las anteriores obras de un carácter tan distinto. Los cánones Apostólicos que tambien han corrido con su nombre, ni son de este Papa, ni menos de los Apóstoles, sino una coleccion muy antigua de varios reglamentos de disciplina formados en muchos Concilios del segundo y tercer siglo: y aunque sean respetables por esta causa se colocan entre los escritos apócrifos, por contener muchos errores, y especialmente porque favorecen el error de los rebaptizantes. La carta de San Clemente á los fieles de Corinto presenta un testimonio irrecusable del martirio de los Apóstoles San Pedro y San Pablo en Roma, bajo el mando de los Gobernadores, segun sus palabras, esto es, en ausencia de Nerón, al mismo tiempo que les propone egeemplos propios para inspirar el horror á la discordia; y añade que estos dos santos fueron condenados á muerte por la envidia de sus falsos hermanos, despues de haber sufrido persecuciones por causa de ellos muchas veces durante su vida. San Clemente ocupó la Silla Apostólica nueve años, esto es, desde el año 91 de Jesucristo hasta el fin del primer siglo de la Era cristiana. Nada dicen sobre las circunstancias de su muerte los escritores mas antiguos y mas dignos de fe como Eusebio y San Gerónimo; y se ignoran los monumentos de donde se han compuesto las actas tan individuales de su destierro y martirio (\*).

(\*) Aunque se ignoran las particularidades del martirio de San

40. Murió el Emperador Vespasiano el año 79 de Jesucristo, mostrando claramente el poco aprecio que hacia de las supersticiones Romanas. Próximo á morir este Príncipe y afligidos todos por esta causa, quiso hacer partícipes á los que le rodeaban de la natural alegría de su genio que aun conservaba, y exclamó repentinamente: „Juzgo que voy á convertirme en Dios:” haciendo burla de este modo de la apoteosis que le harían despues de su muerte. En el reinado de Vespasiano perecieron muchos Cristianos, aunque no merezca este Emperador ser puesto en el número de los perseguidores. El odio que generalmente reinaba en todo el Imperio contra los Judíos causó la muerte de aquellos á quienes confundian algunas veces con estos.

Tito su hijo mayor le sucedió, quien contra su voluntad habia arruinado á la nacion judaica; pero cuando Soberano pudo soltar la rienda á su natural bondad, se esmeró con mucho afan en hacer á todo el mundo beneficios, teniendo por perdido el dia en que no daba la felicidad á alguno. Reinó solamente dos años y le sucedió su hermano Domiciano.

41. Increíble parece que fuesen hijos de un mismo padre dos Emperadores de costumbres tan opuestas. Era Domiciano otro Nerón por su lujuria y cruel-

Clemente, parece que no se debe dudar del hecho en general. Rufino, el Papa Zosimo, el Concilio Basense celebrado el siglo quinto en el Pontificado de San Leon, el antiquísimo Sacramentario de la Iglesia Romana, y el Cónon de la Misa ponen al Santo Pontífice en el número de los mártires.

dad, y mas parecia verdugo que Príncipe; pues su mayor diversion era el suplicio de los reos, á quienes hacia quitar la vida en su presencia. Tambien imitó á Nerón en su odio contra los Cristianos, á los cuales proscribió por edictos solemnes en el segundo año de su reinado.

42. Sentenció á muerte al salir de su consulado á Flavio Clemente su primo hermano por haberse convertido al Cristianismo con toda su familia, y á pesar de tenerle tanto cariño, que habia destinado para el trono á sus dos hijos desde la niñez despues de haber trocado sus propios nombres en los de Vespasiano y Domiciano. Fue desterrada Flavia Domitila, muger de este Cónsul y parienta del Emperador, y la misma pena sufrió, pero en lugar separado, otra Flavia Domitila sobrina de Clemente, á la que signieron sus domésticos Nereo y Aquileo, que eran Cristianos, y que por tales fueron decapitados.

43. Acusaron delante del tirano al discípulo amado del Salvador, el último que dió testimonio en la tierra de lo que habia visto y oido al Dios hecho hombre. Este, consumidos sus años y sus fuerzas en predicar el Evangelio en el Asia superior, se retiró á Éfeso; y Tertuliano refiere (1) que fue conducido á Roma y metido cerca de la Puerta Latina, en una caldera de aceite hirviendo, de la cual salió ileso este ilustre Evangelista.

44. Desterrado despues á la isla de Patmos en el Archipiélago, y en la tranquilidad de aquel retiro

(1) *Tertul. de Præscript. cap. 56.*

tuvo sus revelaciones proféticas que comunicó á las siete principales Iglesias de el Asia menor encomendadas con especialidad á su vigilancia; estas eran las de Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea. Dirige la palabra el Apóstol á los ángeles de estas Iglesias, con cuyo nombre significa á los Obispos (\*). Y se cree con mucho fundamento, que los consejos que les da se encaminaban mas particularmente á los súbditos que á los Prelados, porque de otro modo podria formarse un concepto muy malo de algunos de estos últimos. El autor de esta obra inspirado, y arrebatado por el espíritu del Señor en lo restante de ella se levanta con la rapidéz de una águila, á la que le comparan los Padres, hasta lo mas alto de los cielos; y con unas imágenes tan nobles como extraordinarias representa el fin de la idolatría, y el triunfo de la Iglesia que es la Esposa del Cordero.

Han pretendido aplicar algunos intérpretes estos oráculos á las ideas modernas; pero es necesario confesar que el Apocalipsis, á escepcion de algunas profecías, como la de las primeras persecuciones, es hasta ahora un libro sellado, y que cada uno de sus emblemas está cubierto con un velo impenetrable. En

(\*) De los siete Obispos, á quienes habla San Juan en los primeros capítulos de su Apocalipsi, solo son conocidos los de Éfeso y de Esmirna. El primero era San Timoteo, ordenado por San Pablo, quien el año siguiente murió por la fe; el segundo San Policarpo, consagrado por el mismo San Juan, el que despues coronó con un glorioso martirio su dilatada y santa vida.

él se observa siempre y con mucha claridad el soberano dominio de Dios sobre el universo y sobre todas las naciones; pero dan en graves errores los que se atreven á individualizar los sucesos, los tiempos y las personas de que habla este libro; y no pocos de los que lo han pretendido, merecieron la nota de fanáticos ó visionarios. Se lee en estas profecías misteriosas despues de las victorias de Cristo sobre los últimos enemigos que le estaban por combatir, una pintura terrible del juicio final y de la destruccion del mundo por el elemento del fuego. La descripción magnífica de la resurreccion universal y de la Iglesia triunfante, con el nombre de celestial Jerusalem, y bajo la figura de otras espresiones simbólicas acomodadas á la insuficiencia del lenguaje humano completa el cuadro (\*).

Si en calidad de discípulo de Jesucristo el Evangelista San Juan habia llenado de zozobras á Domiciano, los parientes del Salvador descendientes de David, inspiraron al tirano otro género de sospechas. Mandó conducirlos á Roma desde Judea; pero encontró en ellos tanta sencillez y tan poca ambicion que no pudo tener á raya su risa por haberlos temido, y les devolvió su libertad y el permiso de regresar

(\*) Este sagrado libro, como algunos otros del viejo y nuevo Testamento, ha tenido sus opositores; algunos le juzgaron por indigno de un Apóstol; otros le atribuyeron no á San Juan Evangelista, sino á otro Doctor del mismo nombre. Empero la Iglesia, fundada en el comun sentir de los Padres, desde los primeros siglos le recibió y puso en el cánón de las sagradas Escrituras, y ha tenido por su legítimo autor al santo Apóstol.

á sus humildes hogares al tiempo mismo que desterraba de Roma á todos los filósofos, y á todos los hombres indóciles que habian tomado este soberbio título.

45. Ignoraba los principios de la obediencia que se debe á las potestades establecidas por Dios, Apolonio Tianeó, con todas sus aparentes virtudes (\*).

(\*) La vida y hechos del famoso impostor Apolonio de Tiana han venido á ser otra de las materias que un historiador cristiano debe tratar con la mayor atencion, hasta poner en claro la superchería y falsedad de los prodigios atribuidos á aquel entusiasta. El sabio Berault se contenta con añadir el dictado de imposturas á cuantos hechos se refieren de Apolonio; mas nosotros creemos necesario esponer las razones y sólidos fundamentos en que se apoya esta nota de falsedad, para precaver de todo en todo á nuestros lectores, y derrocar por tierra esta máquina de impiedad en que muchos incrédulos han pretendido atrincherarse, y batir con ella el edificio incontrastable de la Religion de Jesucristo.

En efecto, desde Bayle hasta el último de los filósofos impíos del siglo diez y ocho y diez y nueve, han opuesto constantemente la vida, hechos y doctrina de Apolonio á la del Salvador, haciendo un sacrilego parangon entre el Hombre-Dios, y el impostor de Tiana. Este insulto hecho á la razon, no ha podido nacer de otro principio que de la incredulidad mas ignorante, porque nada mas fácil, que reconocer el carácter de novela y ficcion que llevan en sí mismas las memorias históricas de Apolonio. En primer lugar, como observa Dupin, y habia observado ya muchos siglos antes Eusebio, esta historia no tiene el menor crédito, porque sus autores son de todo punto indignos de fe. Todos ellos se reducen á Filóstrato, que lejos de ser contemporáneo de Apolonio, no los escribió sino despues de mas de cien años. Los monumentos que consultó para formar su narracion no fueron otros, que los rumores populares; las memorias que supone escritas por Damis, discípulo y confidente de Apolonio, y

Y sabedor el Cesar de que fomentaba en Asia una conspiracion en favor de Nerva, mandó prender al filósofo sedicioso, que se habia puesto ya en camino para Roma aunque pasaba de noventa años; y segun refiere su historiador Filóstrato, vino á presentarse por su propia voluntad al Emperador. Sorprendieron su aspecto y trage extraordinario, su barba larga y sus cabellos blancos á Domiciano que le vió al tiempo de ir con sus guardias al templo de Minerva. *Es un demonio*, exclamó el Emperador aterrado; y Apo-

por Máximo y Meragenes son absolutamente supuestas; la causa de escribir el filósofo adulator de Caracala, fue captar la benevolencia de Julia, muger de aquel Emperador, apasionada ciegamente por todos los cuentos y fábulas de la magia: el mismo modo con que publicó Filóstrato su mal tegido centón, haciéndole pasar de una en otra por manos ocultas y desconocidas, manifiesta que lejos de escribir una historia verdadera, solo quiso atraer la admiracion refiriendo hechos extraordinarios; sus frecuentes contradicciones, sus relaciones fastidiosas sobre los pigmeos, sobre los vasos fabulosos, sobre los montes Tauro y Cáucaso, sobre los rios Hípsalis, Nilo y Pactéolo, y en especial sobre la fuente de Tiana; sus episodios interminables, en fin todo el escrito da de sí aun al lector menos crítico la idea de una fábula grosera y mal zurcida.

Á mas de esto, dígannos los incrédulos ¿qué doctrina fue la de Apolonio? ¿cuándo se dió por enviado de Dios? ¿qué obra hizo por la invocacion de su santo nombre? Su memoria y la de sus pretendidos prodigios se perdió en todos los pueblos; ni un vestigio, ni un monumento, ni tradicion alguna aun popular ha quedado de ellos, ni merecen mas que el desprecio de todos los sabios, á cuya clase jamás pertenecerán los enemigos de nuestra santa Religion. Véase la historia de Dupin sobre Apolonio, á D. Pablo Olavide en las cartas 6 y 7 del Evangelio en triunfo, y el Catecismo de Feller, lib. 4, cap. 3, art. 1, párrafo 3.

lonio le respondió con mucha frialdad: *bien veo que hasta ahora no os ha favorecido la diosa tanto como á Diomedes, pues no sabeis discernir los mortales de los inmortales.* Preguntado por Domiciano sobre la conjuración, la negó Apolonio por no haber prueba alguna de ella; y por la insolencia con que respondió, le hizo el Emperador cortar los cabellos y la barba, y encarcelarle. No mostró temor alguno, y dijo á su confidente Damis: „mi suerte no está en manos del tirano, y no podrá dañarme.” Así fue, porque Domiciano le declaró inocente, y solo le prohibió ausentarse.

Desapareció de repente el filósofo sin obedecer esta orden, y le vieron por la tarde del mismo día en Puteolos á cincuenta leguas de Roma. Esperábase Damis en este punto segun le habia mandado, y confiando poco de su venida se paseaba con otro filósofo por la orilla del mar, diciendo entre sí: *¿Será posible que volvamos á ver á Apolonio? Ya lo veis aquí,* les dijo, poniendo á Damis la mano sobre el hombro. Creyó este que le costaria la vida el pasmo, pero su compañero que habia conservado mas valor, preguntó al aparecido si era vivo ó muerto. *Abrázame estrechamente* le respondió, *y si huyo me tendrás por fantasma.* Despues de haber platicado con ellos un breve rato se fue á recoger, confesando que estaba en extremo cansado; así acontece, añade Filostrato, á todos los que transportan los genios de un lugar á otro. Pasó al Peloponeso algunos dias despues á fin de saciar su orgullo con las honras que espe-

raba de los Griegos que concurrían á los juegos olimpicos; y desde allí tornó á los Efesios que eran sus mas ciegos admiradores.

Interrumpió de improviso su discurso un día que estaba arengando en público segun su costumbre entre once y doce de la mañana. Parecia que sus ojos despedían llamas, y dando tres ó cuatro pasos con un movimiento convulsivo exclamó: *mata, mata al tirano.* Quedóse despues en silencio por algunos instantes, y vuelto en sí, dijo al pueblo: *el tirano acaba de perder la vida, yo lo juro por Minerva.* Tuviéronle por loco, pero cuando se divulgó la noticia de que Domiciano habia sido asesinado en aquel mismo día y á la misma hora, miraron al adivino como á un Dios. Escribióle pidiéndole sus consejos el mismo Nerva sucesor de Domiciano, que reputaba á Apolonio acreedor al Imperio; pero le respondió que no se verían mas hasta la otra vida, y efectivamente murió al año siguiente, despues de haber tomado bien sus medidas para que nadie presenciase su muerte, facilitando por este medio su apoteosis. Divulgaron los discípulos de este impostor que se habia subido á los cielos, y sin otro exámen fue aclamado por Dios. Edificóle un templo la ciudad de Tiana, y varios Emperadores prescribieron que se le diese un culto religioso; pero no obstante esta divinidad tan protegida contó pocos aduladores, y en menos de dos siglos se acabó su memoria.

46. Todas las cosas cambiaron de aspecto en el reinado del sucesor de Domiciano, porque una de las:

primeras atenciones de Nerva fue el aliviar á los vasallos oprimidos por la tiranía del reinado precedente y levantar el destierro á todos.

47. Regresó en virtud de este beneficio el Evangelista San Juan á Éfeso, donde no encontró ya al Obispo Timoteo que habia padecido el martirio en aquel mismo año en una sublevacion popular de los idólatras, cuyos vicios reprendia. San Juan gozaba de perfecta salud aunque contaba noventa años consumidos en continuos trabajos; y no solo volvió á tomar las riendas del gobierno de la Iglesia de Éfeso, sino que visitó las provincias vecinas para que se mantuviese en ellas el fervor primitivo, usando de su autoridad superior y apostólica, y eligió Obispo de Esmirna á su discípulo Policarpo.

Convirtió á un famoso capitan de ladrones en este tiempo, que cuando jóven habia sido su discípulo. Abrumado el Apóstol en tantos negocios importantes, fió la instruccion de este mozo á un Obispo que cuidó de él con mucho esmero todo el tiempo que fue catecúmeno; pero abandonóle despues del bautismo, como si ya no tuviera otra cosa que hacer administrado este sacramento. Habiendo regresado á Éfeso el Apóstol, supo que el neófito se habia pervertido hasta el extremo de hacerse salteador de caminos y capitan de ladrones, y pidió cuenta al Obispo del depósito que habia confiado á su prudencia con tantas y tan reiteradas recomendaciones. Traspasó de dolor el corazon del santo anciano la pérdida de aquel mozo, y recobrando su primer vigor, mandó que le

diesen al punto un caballo para correr en busca de la oveja descarriada. Voló por los valles y montes y al fin halló el buen Pastor lo que buscaba; mas el mozo confuso con la vista de su antiguo maestro no pudo tolerar su augusta presencia y echó á correr. Siguióle el Apóstol gritando con todas sus fuerzas: „¿por qué huyes de mí, hijo mio? yo estoy pronto á dar mi sangre por tí: torna á tu padre que te recibirá con la ternura de una madre amorosa, y si nada de esto basta para atraerte, vuelve á Jesucristo que te alarga los brazos y es el que te habla por mi boca.“ Detúvose el ladron, dejó caer sus armas y comenzó á llorar; abrazóle el Santo amorosamente sin responderle ni mostrar señal de aspereza, y restituyéndole á la Iglesia hizo con él penitencia hasta su perfecta reconciliacion.

48. Escribió entonces San Juan su Evangelio (1), á instancia de los Cristianos del Asia, á los cuales encargó hiciesen públicas rogativas antes de que emprendiese esta obra divina, cuyo objeto principal era establecer la divinidad de Jesucristo contra las impiedades de Ebion y de los Nicolaitas. Es este el mas sublime de todos los Evangelios, aunque su sublimidad no le quita nada de su uncion. Por todas partes se descubre la caridad tierna y persuasiva que él au-

(1) *Tertul. de Præscript. cap. 36. Hieronym. cont. Jov. lib. 1. cap. 14. et de Script. Eccles. S. Ireneo lib. 3. cap. 1.* Le escribió en Griego, hácia el año 96 de Jesucristo; y suple muchas cosas que los otros tres Evangelistas dejaron, como nota San Agustín.

tor habia bebido inmediatamente en el corazon del Hijo de Dios cuando reposó en él.

49. Sus epístolas respiran del mismo modo el entusiasmo del amor mas puro. Tiene un tono noble, una dición suave y todos los caracteres de su Evangelio la primera, que casi toda trata de este objeto. Dirigióla á los Partos, y las otras dos que son muy breves y mas bien cartas familiares que apostólicas, á Electa y Gayo. En ellas no se da el nombre de Apóstol, sino el de Senior, Anciano ó Presbítero, que era el que le daban comunmente.

Largo tiempo sobrevivió San Juan á sus escritos, y en los últimos años estaba en extremo débil, de suerte que no pudiendo caminar por su pie se hacia llevar á su Iglesia donde su sola presencia bastaba para la edificacion pública. Todas sus exhortaciones se reducian entonces á repetir de continuo: *mis queridos hijos, amaos sinceramente unos á otros.* Sus discípulos se cansaban ya de oír siempre una misma cosa, y algunos creian que el Santo anciano tenia la cabeza débil. Un dia dijéronle por qué les repetia tantas veces la misma leccion, y les respondió de un modo capáz de convencerlos, de que no habia dejado de ser órgano de la Sabiduría increada: *porque este precepto, les dijo, es del Señor, y él solo basta á hacerlos felices si le cumplís con exactitud.* Á pesar de sus virtudes y de su ancianidad no era insociable, y holgaba de los inocentes recreos y daba egemplos de ello. Un cazador le dijo en una ocasion en que andaba divertido con una perdiz domesticada, que se-

mejante entretenimiento era indigno de su persona. El reprensor asia entonces en la mano flojo el arco, y el Apóstol le preguntó „¿que por qué no le tenia siempre tirante? Contestóle, que para evitar el que perdiese su fuerza. ¿Pues por qué llevas á mal, le replicó el Santo, que por la misma razon conceda yo algun soláz al ánimo?”

50. En el fin del primer siglo de la Era cristiana, siendo de edad de cerca de cien años, murió San Juan, ó mejor diremos dejó de vivir sin dolor alguno. Diéronle sepultura fuera de Éfeso, y en su sepulcro obró el Señor infinitos milagros. Se habian persuadido los fieles por una palabra mal entendida del Evangelio, que no moriria por largo tiempo, pero él mismo trató de desengañarlos. Fue llamado este Apóstol el teólogo, á causa del magestuoso exordio de su Evangelio donde habla del Verbo Divino con una dignidad y profundidad que carecen de egemplo aun en los demás escritos sagrados. Del mismo modo que Santiago el Menor, Obispo de Jerusalem, llevaba en la frente una lámina de oro, y es verosímil la usasen todos los primeros Obispos á imitacion de los Pontífices de la antigua Ley. Como murieron antes todos los demás Apóstoles, concluyen en San Juan los tiempos Apostólicos.

51. Habíale precedido muchos años antes la Santísima Virgen, sin que se sepa con certeza el tiempo ni las demás circunstancias de su muerte; pero se ha creido desde los siglos mas florecientes de la Iglesia, que la Madre de Dios resucitó pocos dias des-

pues de su tránsito. Lo asegura positivamente San Epifanio, y por la mayor parte de los Doctores de las Iglesias Griega y Latina se ha seguido esta opinion; y últimamente se apoya en la persuasion de la Iglesia universal y en las ceremonias con que la celebra. Mucho tiempo habia que se solemnizaba la muerte gloriosa de María, que los Griegos llaman sueño ó tránsito, cuando el Emperador Mauricio mandó que se declarase fiesta solemne en todo el Oriente, señalando para ella el 15 de Agosto. Los Latinos solo emplean ya el de Asuncion consagrado por una costumbre antigua, aunque antes solian valerse tambien de la voz de sueño.

52. Todavía existia un pariente cercano del Salvador, San Simeon, Obispo de Jerusalem, y este era el último de los discípulos que habian platicado con el Verbo hecho carne, y aprendido de sus labios la doctrina Evangélica, siendo su presencia por consiguiente en extremo útil para conservar íntegro el depósito de la revelacion. Fue delatado por Cristiano y por pariente de Jesucristo ó descendiente de los antiguos Reyes de Judá.

Trajano habia subido al trono despues de Nerva su padre adoptivo, en 27 de Enero del año 98, y fue condenado á muerte San Simeon por el Proconsul Ático á nombre de este nuevo Príncipe. No obstante las buenas prendas de Trajano tan conocidas, persiguió á los fieles y aun fue el autor de la tercera persecucion (\*). Sublevaron contra los Cristia-

(\*) Las tradiciones de algunas Iglesias de España, cuyo ori-

nos, sin ningun edicto, al pueblo y á los primeros Magistrados su celo por la Religion Romana y por

gen no se halla fácilmente, y por otra parte vemos se han comunicado sin interrupcion, nos obligan á advertir en este lugar, para perpetuo honor de nuestra Patria, que en ella abundaron en los reinados de Domiciano y Trajano, los varones apostólicos, los testigos de la divinidad de Jesucristo, y que por consiguiente se hallaba muy estendido el Evangelio en el primer siglo de la Iglesia. Omitiendo cuestiones sobre los nombres y mision de algunos de aquellos varones que predicaron, y de las Sillas que ocuparon, que podrán hallarse en Ferreras y el Maestro Florez, bastará referir el testimonio de Prudencio, que llamando templo á su Patria, afirma, que cuantas veces se levantó alguna tempestad contra la Iglesia, se enrudeció mas en nuestra España, en que no habia lugar que no estuviese consagrado con la sangre de alguno de los Mártires, cuyo número se aumentaba con las persecuciones.

El P. Mtro. Florez en el trat. 5, cap. 2 del tomo 5, hablando de la antigüedad de la Iglesia de Toledo, asegura como indudable que San Eugenio fue su primer Obispo. Confunden algunos á San Eugenio con un cierto Filipo á quien, dicen, que San Clemente dió la potestad misma que él habia recibido de San Pedro. Pero el testimonio que alegan, nos induce á creer que esta asercion es infundada, apoyándose en el parecer de Metodío que asegura fue enviado el dicho Filipo por San Dionisio, y despues dice que le envió San Clemente como su legado. Otros le confunden con Marcelo: pero no puede verificarse que sea el mismo San Eugenio, sin que se deduzca que la primacia de Toledo, ó por mejor decir de España y de todas sus Iglesias, se derive de la de París. Aunque se conceda, que San Dionisio el Areopagita fue el mismo San Dionisio de París enviado por San Clemente al mismo tiempo que fue dada á San Eugenio la mision de España segun cree el mismo Maestro Florez, consta que obtuvo este la Iglesia de Toledo como su primer Obispo, mientras Dionisio gobernaba la de París. Además todos los testimonios hasta el siglo nono cuando hablan de San Dionisio de París, di-

todas las leyes de Roma, y el odio que mostraba á los que no las seguian. No miraba tampoco las mas

cen que fue martirizado en esta capital durante la persecucion de Domiciano, y en la de San Dionisio Areopagita ó callan el lugar de su martirio, ó escriben que fue martirizado en Atenas.

Si hubiéramos de apoyar con testimonio la mision, ordenacion, y frutos que muchos varones apostólicos recogieron en nuestra España desde el año 96 en que murió Domiciano, sería indispensable renovar aquí largas disertaciones, que ya hicieron por su parte los que en particular y en general han tratado de la antigüedad y origen de las Iglesias de España. Segun estos podemos asegurar, que San Fermin fue convertido y educado en la fe por San Honorato y consagrado Obispo de Pamplona; aunque algunos creen que fue electo Obispo de Tolosa en Francia, y de allí pasó á predicar el Evangelio en España. Parece que este santo Obispo debió padecer el martirio en la persecucion que empezó Trajano y continuaron sus sucesores Adriano y Antonino Pio. Tambien se dice que predicó la fe en España San Marcial, tenido por uno de los setenta y dos discípulos de Jesucristo, y á quien suponen envió San Pedro á Francia y fue Obispo de Limoges.

Tambien perteneció al tiempo de los Apóstoles, ó á lo menos parece haber sido ordenado por alguno de los varones apostólicos San Geruncio, de quien se hace mencion en el martirologio el dia 25 de Agosto, y en un himno del breviario muzárabe. No es tan cierto el martirio de San Mancio, discordando los escritores sobre el tiempo en que padeció. Mas parece puede inferirse en medio de la poca certidumbre, que habiendo sido consagrado Obispo de Eborá en Portugal y predicado la fe en aquellos países, fue encarcelado por Validio Prefecto, despues condenado á conducir piedra para la construccion de los edificios públicos, y últimamente estendido en el potro en donde murió. El Maestro Florez cree que fue otro santo martirizado por los Judíos en el siglo quinto ó sexto. Algunos creen que hubo un cierto Fronron, que predicó en la provincia Tarraconense y despues fijó su Silla en Palencia.

vecés á otro fin, á egemplo de los demás sabios del Paganismo, este Emperador filósofo dotado de las virtudes humanas mas especiosas, que á la estimacion y aplauso público; y aun no se libró de aquellas pasiones vergonzosas é infames en que el Señor permitía cayesen estos hombres soberbios, que rehusaban confesar y honrar delante de todo el mundo la infinita eminencia de sus perfecciones. No cesaba de sublevarse contra los fieles el pueblo idólatra gobernado por semejantes Soberanos, cuya conducta era una causa perpetua de la corrupcion de sus costumbres.

53. Fue denunciado el Obispo Simeon, hijo de Cleofas y de María, hermana, ó mas bien cuñada de la Santísima Virgen (puesto que segun la opinion generalmente recibida la Madre de Dios era hija única de Helí ó Joaquin, y por consiguiente no tenia hermana propia); porque despues de la horrible guerra de Judea, se hacia una pesquisa exacta de los Cristianos de esta provincia, á quienes siempre se confundia con los Judíos, y se observaba mucho mas á aquellos que por la nobleza de su origen podian fomentar nuevas sublevaciones. Simeon habia escapado de las pesquisas de Vespasiano y Domiciano, pero habiéndose retirado á Pella los fieles de Jerusalem bajo la conducta de este digno Pastor, no pudo estorbar que se mezclase alguna zizaña con el buen grano, ni que se introdujesen falsos hermanos y hereges, como los Ebionitas y Nazarenos en esta Iglesia privilegiada. Eran estos Cristianos circuncisos, y por su obsti-

nacion en la observancia de las ceremonias de la ley, á las cuales querian obligar á los mismos Gentiles, se separaron de la Iglesia en tiempo de Domiciano. Creció el desorden con las facciones de los Nicolaitas y de otros muchos falsos doctores, que mas eran Judíos que Cristianos, cuando los fieles de Pella volvieron á Jerusalem que los Romanos habian reedificado. Fingian estar unidos con los fieles, conservando la misma pasion por la que llamaban ciudad santa; y encontraban mas seguridad en apellidarse Cristianos que Israelitas, porque este nombre era muy sospechoso al gobierno. Llegó á tal extremo su odiosa y cruel emulacion que delataron al santo Obispo á la presencia del Procónsul Ático, Gobernador de la Siria. Castigaron primero á los acusadores habiendo sido convencidos de que descendian de la familia de David: pero no por esto trataron al santo viejo Simeon con menos crueldad, pues le atormentaron por espacio de muchos dias, con grande espanto de los que se hallaban presentes, y aun del mismo Ático, que no podia menos de admirar tanta constancia en un hombre de ciento y veinte años. Finalmente fue condenado á muerte de cruz, no habiéndole podido persuadir á que sacrificase á los dioses del Imperio; y de este modo sufrió el mismo suplicio que su divino Maestro el último testigo ocular del Redentor.

Tan grande fue esta pérdida para la Religion que solo la reparó imperfectamente el digno sucesor que le cupo en suerte. Este era Judío de origen y se llamaba Justo.

54. Por venganza de no haber logrado esta dignidad se hizo Tebutis herege lleno de despecho, siendo así que por el mero hecho de haberla deseado con tanto calor se habia hecho indigno de ella. Habiendo espirado ya todos los discípulos que estaban revestidos de aquel carácter de autoridad que habian adquirido platicando con el Hijo de Dios, se dejaron ver muchos sectarios en esta ocasion. No nos detendremos en enumerar los delirios de estos fanáticos, ó hablando con mas propiedad, las distintas modificaciones que daban á unos mismos errores.

Una de las sectas mas famosas por sus estravagancias entre todas estas, fue la de los Osenios ú Osenos, llamados tambien Esenos, que infestaban la Arabia y los confines de la Palestina. Añadió nuevos errores á su doctrina un perverso Judío llamado Elxai, que se unió á ellos. Elogiaba mucho á Cristo, mas no se sabe si hablaba del mismo que los Cristianos, pues lo pintaba monstruosamente atribuyendo una parte de su virtud á las fuerzas y desmesurada grandeza de su cuerpo. Era correspondiente á sus dogmas la moral de este sectario: se habia declarado abiertamente enemigo de la virginidad y de la continencia, y apologista del engaño y de la hipocresía; enseñaba que era lícito profesar en lo exterior cualquiera Religion, y aun ofrecer incienso á los ídolos, con tal que en ello no tuviese parte el corazón. Uniéronse con los Ebionitas y Nicolaitas los discípulos de Elxai, á lo menos en cuanto á la práctica de la circuncision y observancia del sábado. Tomaron el

nombre de Nicolao estos últimos, uno de los siete primeros Diáconos de Jerusalem, quien dió motivo á esta heregía con algunas acciones y palabras imprudentes, sin que él mismo fuese herege. Innovadores todos estos tan corrompidos como soberbios, en lo sucesivo fueron conocidos bajo el nombre de Gnósticos, que quiere decir hombres versados en las cosas de Dios, nombre que se atribuían con la misma arrogancia con que los sectarios de estos últimos siglos se han llamado reformados, por la apariencia de reforma que introdujeron en la Religion. Reducidos al silencio por largo tiempo con la presencia de los primeros discípulos de Jesucristo, levantaron la frente con audacia luego que se rompió un freno tan propio para tenerlos á raya.

Causaron graves perjuicios á la Religion sus máximas y dogmas impíos, porque como todos tomaban el nombre de Cristianos, sucedia que los Paganos confundian muchas veces á los verdaderos hijos de la Iglesia con estos visionarios disolutos, y por consiguiente formaban las ideas mas siniestras, y concebían el odio mas furioso contra el cristianismo. Tan grande fue la preocupacion, que los hombres mas ilustrados opinaban de los fieles del mismo modo que el vulgo.

55. Entregóse á observar con la mayor atencion la conducta de los Cristianos Plinio el segundo, llamado el jóven, que los halló en su gobierno de Bitinia en número muy grande; y segun se espresa en la carta que escribió á Trajano, no encontró en

ellos mas delito que el reunirse en ciertos dias á cantar las alabanzas de Cristo, y el obligarse á no cometer hurtos, adulterios ni perjuros. Los condenaba sin embargo á muerte cuando eran delatados y perseveraban en su religion.

Esta inconsecuencia era efecto de la tiranía del Emperador. Prohibia una de las mas antiguas leyes de los Romanos rendir culto á ningun dios que no hubiese recibido su investidura del orgulloso Senado, que se apropiaba el derecho de elegir los dioses, del mismo modo que los Reyes. No habia sido puesto Jesucristo en el número de los dioses de Roma, aunque lo propuso Tiberio, y ninguno de sus sucesores habia perseguido á los fieles con el solo pretesto de su Religion; mas Trajano queria ostentar un entusiasmo mas ardiente. Prohibió por otra parte en todos los pueblos las asambleas extraordinarias, y calificaba de delito en los Cristianos el reunirse para celebrar las divinas alabanzas. No obstante, en vista de la carta de Plinio, mandó que no se denunciase á ningun Cristiano por el solo hecho de serlo; lo que no estorbó al pueblo ni á los Magistrados el inventar nuevos artificios contra la constancia ingénua de los fieles, y se vieron entonces en muchas provincias algunas persecuciones violentas, aunque de corta duracion; y aun hubo mártires sentenciados por el mismo Emperador en persona.

56. Fue uno de estos Ignacio, Obispo de Antioquia, que sucedió á Evodio, establecido en aquella Silla por el Príncipe de los Apóstoles. Gobernaba ya

cuarenta años con edificacion aquella grey, la que supo conservar sana y salva durante la rigurosa persecucion de Domiciano. Era conocido el mérito de Ignacio desde su Iglesia en todo el Oriente, y su autoridad mantenía constantes á todas las sociedades cristianas de aquellas provincias contra las tentativas de los falsos hermanos. Pero habia formado de sí el mas humilde concepto al mismo tiempo que se hallaba colmado de gloria, y se reputaba indigno del martirio que era el blanco de todos sus deseos desde el momento de su conversion, y con especialidad desde que con sus exhortaciones animó á una multitud de Confesores á padecerle en dos persecuciones consecutivas.

Trajano, despues de haber vencido á los Dácios y á otros bárbaros del Norte, quiso tambien triunfar de los Partos con cuyo fin se encaminó al Oriente en el año octavo de su reinado que corresponde al 106 de Jesucristo. Receló entonces Ignacio, sabiendo el respeto del Emperador á los dioses que imploraba en su auxilio en tan crítica espedicion, que fuese inquietada su Iglesia, una de las mas célebres del Imperio, desde la cual se habia difundido por todas las demás el nombre Cristiano. El caritativo Pastor, en el instante en que Trajano pisó á Antioquía, tomó la resolucion de sacrificarse él mismo para preservar sus ovejas; porque estaba convencido de que aquel Príncipe naturalmente humano se creería asegurado con privar á los Cristianos de su Pastor y cabeza, y seria despues indulgente con ellos el corto

tiempo que permaneciese en Siria. Rehusó retirarse y ocultarse poseido de este pensamiento, y la fama de su nombre hirió al punto los oidos del Emperador que le mandó venir á su presencia.

Este habiéndose presentado el Obispo le dijo con un tono indigno de la Magestad Imperial y de su carácter humano: „¿conque eres tú, infeliz, el que semejante á un demonio maligno, engañas á los ciudadanos, y los conduces á su precipicio haciendo que no obedezcan mis órdenes?” Ignacio le respondió: „nadie hasta ahora ha llamado demonio á Teóforo, que pone en fuga á los diablos, á imitacion de todos los verdaderos siervos de Dios; pero si me dais nombre de espíritu maligno porque soy intolerable á los que lo son, yo me gloriaré con este dictado. Disipamos y desvanecemos los Cristianos todos los prestigios del infierno por la virtud de Jesucristo á quien llevo en mi corazon, aunque está en lo mas alto de los cielos. ¿Y quién es ese Teóforo, replicó Trajano? Ignacio, á quien daban este nombre tan conforme al fervor de su fe y de su caridad, contestó al Soberano: Teóforo es el que tiene en su corazon á Jesucristo verdadero Hijo de Dios. ¿Y te persuades, le dijo el Príncipe, que nosotros no sentimos tambien en nuestras almas el impulso de las grandes diviidades que nos hacen vencer á nuestros enemigos? Veneras como dioses á los demonios que han divinizado los Griegos, respondió el Santo, es un error muy perjudicial. No hay mas que un Dios que crió el cielo y la tierra, y Jesucristo es su hijo único.

¿Jesucristo, replicó Trajano, aquel que fue crucificado en Jerusalem por sentencia de Poncio Pilato? El mismo, dijo Ignacio, pero fueron con él crucificados el pecado y el demonio autor del pecado. ¿Luego tú te glorías de llevar al Crucificado en tu corazón? le respondió Trajano. Me tengo por muy dichoso, repuso Ignacio, en ser contado en el número de los hombres de quienes está escrito en los libros divinos: *Yo habitaré en medio de ellos, y descansaré en su corazón.*

Trajano no podía imponerse mas exactamente en la creencia y en la constancia del acusado; y la estension de este coloquio es una prueba de que la libertad del Doctor de los Cristianos no habia ofendido á aquel Príncipe filósofo. Sin embargo era necesario dar cima á este negocio de tal modo que no se creyese que habia obrado con ligereza el Soberano; y no halló mas arbitrio que pronunciar la sentencia en estos términos: *Mandamos que Ignacio, que se gloria de llevar en su corazón al Crucificado, sea cargado de cadenas y conducido á la gran ciudad de Roma, para que sirva de espectáculo al pueblo, y de pasto á las fieras.*

Acostumbrábase á enviar á la capital los reos mas famosos de las provincias; y como los Cristianos metian ya mucho ruido en el Imperio, se consideró persona de importancia al superior que tenian en la capital del Oriente. Cuando Ignacio oyó la sentencia, exclamó: *gracias os doy, ó Dios mio, de que os hayais dignado concederme el mismo honor que á vuestros*

santos Apóstoles, haciéndome participe de sus trabajos. Oró brevemente por su Iglesia, y presentó sus manos á los soldados para que las cargasen de cadenas.

Conducido á Seleucia para hacerse á la vela, pasó desde allí á Esmirna, navegando con lentitud y con muchas incomodidades por las costas del Asia menor. Padeció tanto en el resto del camino, y se aunaron tan dolorosas circunstancias en el viage, que fueron mas crueles los preparativos del sacrificio que el sacrificio mismo. Los principes de las tinieblas parecen que se complacían en arrancar á los primeros Pastores del seno de sus hermanos y de sus hijos en Cristo, para que los unos y los otros careciesen de las grandes utilidades que les proporcionaban sus mútuos auxilios. Entregaron á Ignacio á la guardia de diez soldados, por cuya ferocidad y barbarie los miró, á pesar de su heroica paciencia, como á otros tantos leopardos. Acompañáronle sin embargo de estos dos de sus discípulos, Reo Agatópedes de Siria, y Filon Diácono de Cilicia; y otros muchos fieles del Oriente, emprendiendo un camino mas corto, corrieron á esperarle á Roma. Se cree que Agatópedes y Filon escribieron las actas de su martirio.

57. En Esmirna tuvo el consuelo de ver á San Policarpo Obispo de aquella ciudad, que habia sido discípulo de San Juan. Acudieron apresurados los demás Pastores de las Iglesias vecinas á tributarle sus homenajes como si le condujeran á un triunfo. Son los mas conocidos Onesimo de Éfeso, Damas de Magnesia, y Polibio de Tralles, que vinieron en nom-

bre suyo y en el de los fieles de todos aquellos distritos. Sabemos estas circunstancias por las tres excelentes cartas en que el santo Confesor muestra su gratitud á estos pueblos; y son unos de los mas preciosos monumentos de la antigüedad sagrada.

Á pesar de que las impresiones de la Grecia se hacen mas sensibles en las cartas de San Ignacio, que las reglas de la retórica y gramática, no deja de encontrarse en ellas elevacion, nervio y hermosura; pero sus pensamientos son tan profundos que para penetrarlos es necesario meditarlos mucho. Dan á entender el carácter de su estilo, el énfasis y abundancia de los epítetos, y la proligidad oriental de los exordios, que San Ignacio fue originario de Siria y no de Grecia. Muestra en todos sus escritos un extremo horror á todas las doctrinas singulares y á las discordias: recomienda con especialidad el respeto á los escritos y tradiciones apostólicas, y habla en términos tan enérgicos y exactos de la veneracion debida al carácter episcopal, que parecen dictados para confundir á los acéfalos de todas las edades, esto es, á los sectarios que carecen del episcopado y del verdadero sacerdocio. Razon por la cual algunos de ellos, (los oscuros y desmentidos por los sabios) dudaron de la autenticidad de estas epístolas tan justamente veneradas en todos los siglos. Pero si el espíritu de partido y de preocupacion produjo este efecto en algunos críticos de inferior clase, los Doctores mas célebres de todas las sectas confiesan, que no hay en la antigüedad cosa mas respetable,

que las siete cartas escritas por este Santo Mártir durante el curso de su viage, despues de las divinas escrituras.

Encontró en Esmirna, donde le obligaron á detenerse, algunos fieles de Éfeso que iban á Roma en derecha, y habian de llegar antes que él. Dirigió á la Iglesia Romana por medio de estos aquella inestimable carta tan admirada por la nobleza de sentimientos que respira, por el espíritu de fe y de fervor, por la humildad mas profunda, y sobre todo por el deseo ardiente y en cierta manera incomparable de padecer el martirio. Ruega á sus hermanos de Roma, que no pongan obstáculos á su felicidad (1), nombre que da á su muerte; porque teme que á fuerza de dinero ó de ruegos aplaquen al pueblo, ó que despojen á las bestias del anfiteatro de su ferocidad natural por la virtud de sus oraciones, como habia acontecido con otros muchos Confesores. Despues por un espíritu de humildad que puso el sello á todas las demás virtudes que le adornaban, se precavió contra sí mismo á la inconstancia de las voluntades humanas, y les dijo: „Si por desgracia yo os manifestase menos valor, cuando me halle en medio de vosotros no escuchéis de ningun modo la voz de mi flaqueza, y conformaos invariablemente con lo que ahora os pido, despues de bien pensado, y despues de escrito de espacio.” Y para persuadirles con motivos capaces de obligarlos á segundar sus deseos, „he reconocido, añadió, que todas las ventajas de la vi-

(1) *Ep. ad Rom. num. 1. et sig.*

da no lo serian para mi: este es mi pensamiento y esta mi inclinacion, de la cual solo me apartaria por un movimiento ciego de espanto y cobardía, que desde ahora detesto. Cuanto mas lo reflexiono, mas me persuado, que es mucho mejor morir en Jesucristo, que reinar sobre todo el universo: y vosotros mismos no lo negareis."

El Santo llegó al puerto de Troade en las riberas del Helesponto, despues de haber partido de Esmirna, y le instruyeron del buen efecto que habian causado las oraciones que encargó á todos los fieles por la Iglesia de Antioquía. Las discordias y la persecucion fomentada, mas por los falsos hermanos que por la malignidad de los Paganos, cesaron en ella de todo punto. Llenáronle de alegría estas noticias, y nada fue ya capaz de aminorar la idea de la felicidad perfecta que cifraba en su cercana muerte. Escribió sobre este particular á los fieles de Filadelfia y Esmirna, suplicándoles al mismo tiempo enviasen algunos de sus hermanos á Antioquía para el consuelo de aquellas ovejas. Se acostumbraba entonces enviar estas diputaciones de unas Iglesias á otras, y egecutándose con una caridad y prontitud, que admiraba á los infieles como se nota por los escritos de Luciano. La epístola á los de Filadelfia, da á su Obispo (que fue uno de los que visitaron á San Ignacio en el curso de su viage) un digno testimonio de la idea que conservaba de la virtud de aquellos primeros Pastores.

La epístola al santo Obispo de Esmirna, á quien

escribió personalmente, aunque habia dirigido otra carta á su Iglesia, retrata á Policarpo, discípulo inmediato de los Apóstoles, á quien pinta con colores mas hermosos que á todos los demás Obispos. Pone en él su principal confianza San Ignacio, y le recomienda no solo su Iglesia de Antioquía sino todas las del Asia, de las cuales se muestra agradecido hasta el último suspiro. Exhórtale á que las consuele en su ausencia, porque le obligaban á marchar precipitadamente; y con efecto le hicieron luego salir de Troade, y fue despues á desembarcar á Nápoles de Macedonia, desde donde pasó inmediatamente á Filipos.

Inspiró á los Filipenses tan alta admiracion de su doctrina en el corto tiempo que el santo Confesor permaneció con ellos, que enviaron diputados á Policarpo, así para que les diese copia de la carta que habia recibido de Ignacio, como para recoger por su medio todas las demás que este ilustre Doctor hubiese escrito, pues no les cabia duda de que como tan antiguo y constante amigo del santo Obispo de Antioquía, poseeria sus escritos ó á lo menos noticia de ellos. Tales eran la hambre y sed de la justicia tan recomendadas por el Salvador en aquellos dichosos tiempos. Pade con efecto San Policarpo satisfacer el deseo de los Filipenses, y de este modo se ha conservado hasta nuestro tiempo esta parte tan inestimable de la antigua tradicion. Fueron tan respetadas las cartas de San Ignacio que por espacio de mucho tiempo se leían en la Iglesia como las de los Apóstoles.

Solo merecen contarse por auténticas las siete que hemos referido, á pesar de que se han atribuido otras muchas á este santo Mártir: y aun estas por la infidelidad ó descuido de los copiantes permanecieron largo tiempo con notables alteraciones. Pero al fin recobraron su pureza de un modo del que no pueden sospechar los enemigos del catolicismo, porque trabajaron en restituírsela á mas de otros dos doctores protestantes, no obstante de que ellas dan tantas armas en favor de la perpetuidad de la fe sobre el Sacramento del Orden, y sobre otros puntos no menos combatidos por las sectas modernas. Descubiertas por Userio en Inglaterra dos copias de una antigua traduccion latina de estas epístolas, y por Isaac Wosio un manuscrito griego en la biblioteca de Florencia, se encontró el testo original en un todo conforme á la version británica, y á las citas de San Ignacio hechas por los antiguos.

Desde Filipos condujeron á este santo Obispo por tierra hasta la ciudad de Durazo, situada en la costa del mar Adriático. Embarcóse allí, tomó el rumbo por el mar de Toscana, y prosperando el cielo los deseos del Mártir, aportó en pocos dias á la embocadura del Tiber. Contrastaban en estremo las disposiciones de Ignacio con las de sus compañeros de viage y las de todos los fieles. Luego que los de Roma tuvieron el primer aviso de su llegada salieron á recibirle, y mostraron muchísimo regocijo de verle; pero en breve no pudieron contener sus lágrimas y suspiros al considerar que solo le recibian para perderle

luego. El Santo se esforzó en consolarlos y animarlos, como si ellos fueran los que habian de padecer. Reprendió con viveza á algunos que consultando solo su cariño proponian ganar al pueblo idólatra, á fin de que pidiese desde el anfiteatro la vida del anciano venerable, como lo habia hecho con otros. Amonestó estrechamente á todos á que le profesasen un amor menos mundano y mas ilustrado, y que no le arrebataren la corona en el mismo instante de conseguirla. Díjoles de viva voz mucho mas de lo que les habia escrito desde Esmirna; y sin dejarles tiempo para salir de su admiracion se hincó en medio de ellos, rogó por la prosperidad de la Iglesia y el fin de la persecucion, y por la caridad fraterna que tantos motivos tenia para desear sobre todo, y levantándose despues con ligereza siguió á sus guardias, marchó á paso acelerado y llegó al anfiteatro.

58. Apenas entró en él oyó á los leones que daban espantosos rugidos; y la proximidad del peligro no aminoró la fortaleza y ardor del santo Mártir. Anunciaban por el contrario su semblante y desembarazó una tranquilidad y alegría modesta y apacible, que despreciaba á la muerte. No la esperó largo tiempo, pues en un punto le devoraron los leones sin quedar reliquia de su cuerpo. Esto es lo que habia pedido á Dios, comparándose en su oracion al trigo que debia molerse en los dientes de las fieras, para llegar á ser un pan digno de incorporarse con Cristo; y así solo se hallaron sus principales huesos, que fueron llevados á su Iglesia. Acaeció este martirio el

dia 20 de Diciembre del año 107, en que se celebraba la fiesta llamada por los Romanos *Sigillaria* (1), en la que mostraron el Santo al pueblo. „Nosotros, dicen los escritores de sus actas (\*), estuvimos presentes á esta muerte heroica; pero no pudimos menos de verter un torrente de lágrimas, pidiendo toda la noche al Señor que sostuviese nuestra debilidad.”

59. Sucedió Heron al santo Mártir en la Silla de Antioquia, de donde era Diácono, y residió en ella por tiempo de veinte años. Ocupaba aun la Cátedra de San Pedro al tiempo de su eleccion, San Evaristo, sucesor del Papa San Clemente, á quien algunos autores Eclesiásticos atribuyen el establecimiento de las parroquias de Roma. En su lugar entró San Alejandro, sucedióle San Sixto, y á este San Telesforo, que murió mártir, segun lo afirma espresamente San Ireneo. Aunque este orden de sucesiones es cierto, se ignora el tiempo que vivió cada uno de aquellos santos Papas.

Fue regida la Iglesia de Jerusalem por una serie de seis Obispos, en el espacio de trece años, é ignoramos tambien las épocas de cada uno. Nada demuestra mas claramente el encono de la persecucion de Trajano, que esta rápida mudanza de Pastores, porque el Emperador por humanidad ó por política, al

(1) *Macrob. lib. 1. Sat. cap. 10.*

(\*) Estos escritores y testigos oculares del martirio, fueron Filon Diácono Cilicio, y Reo Agatópedes, que habian acompañado al santo Mártir á Roma, y llevaron despues sus reliquias á Antioquia.

paso que perdonaba al pueblo, descargaba con mas crueldad sus golpes contra los primeros Prelados y gefes de las asambleas religiosas. Pertenece á esta misma persecucion el martirio de San Onesimo, Obispo de Éfeso y discípulo de San Pablo.

60. Aunque es cierto que la Iglesia fue perseguida con mas rabia en las provincias Orientales, donde se hallaba el Emperador, no por eso dejaron las demás de producir muchos Mártires (\*). Acaeció por

(\*) Sin embargo de que algunos modernos se han empeñado en sostener, que en tiempo de Trajano no fueron perseguidos por su Religion los discípulos de Jesucristo; y pretenden que sean apócrifas las cartas que le dirigió Plinio sobre este punto; lo cierto es que dejó por algun tiempo en su vigor las leyes de los antecedentes Emperadores, y que no dejaron de ser martirizados algunos. Y sino ¿á qué fin le hubiera Tertuliano reproducido su injusticia en el célebre argumento de su famosa Apología? Si son culpados, le dice, ¿por qué no los mandas buscar? ¿si son inocentes, por qué mandas los castiguen? Á pesar de esto no nos atrevemos á asegurar con fundamento que hubiese Trajano martirizado á muchos en nuestra España, ó á lo menos á tantos como pretenden los falsos Cronicones y sus Comentadores.

No por esto negamos que hubiese en nuestra España muchos varones ilustres en santidad y doctrina, que merecieron se escribieran sus nombres en el libro de la vida mediante los tormentos y el martirio, no sólo reinando Trajano, sino cuando Adriano gobernaba el Imperio. La moderacion que este Emperador manifestó al principio, se convirtió despues en furor hasta el extremo de querer se perdiera la memoria del lugar en donde fue muerto y sepultado Jesucristo.

Segun asegura el Pontífice Gregorio VII. y dejamos probado, aunque ligeramente, los siete discípulos de Santiago enviados desde Roma por San Pedro con el carácter de Obispos, fueron los primeros que esparciendo por España la doctrina de Jesucristo fundaron con su sangre las Iglesias de que hemos hablado. No

este tiempo la muerte de San Crescencio, discípulo de los Apóstoles, y martirizado en Viena de las Galias; sobrevino también la de San Zacarías su sucesor en la misma Silla, y en las cercanías de Roma la de la ilustre virgen Domitila, á la que sin respeto de la sangre imperial que corría por sus venas, despojó el pueblo sediciosamente de la vida por odio á su fe. Probable es que San Cesario, célebre Diácono de Tarragona, sufriese el martirio por esta misma época, y que corriesen igual muerte los Santos Zósimo y Rufo, compañeros de San Ignacio, de quienes habla San Policarpo en su epístola á los Filipenses. Afírmase que padeció la pena capital en Filipos San Parmenas, uno de los siete primeros Diáconos instituidos por los Apóstoles, el cual vivía aun en el reinado de Trajano. Fue igualmente sentenciado en la provincia de Pisidia por el Presidente Domiciano, el soldado Zósimo, cuyo nombre es muy célebre en los martirologios griegos y latinos. Por último el mismo

solo es difícil sino también casi imposible establecer el origen y orden gerárquico de las Iglesias españolas, hasta que en tiempo del célebre Concilio Niceno, Osio, Obispo de Córdoba, Legado de la Silla Romana que gobernaba San Silvestre, y Presidente en el mismo Concilio, sin duda solicitó y logró se fijara el orden de algunas Sillas, dividiéndolas segun el orden civil que conservaban. Con todo, la division de Provincias Eclesiásticas atribuida al tiempo del Grande Constantino que mandó juntar el Sínodo de Nicea, se tiene por apócrifa. Sobre punto de tanta importancia no es fácil tratar en unas notas. Véase el Maestro Florez en su España Sagrada tomo 4, en que discute largamente y con mucha crítica todo cuanto en esta materia pueda interesar á los lectores.

Plinio nos refiere en sus cartas que martirizó á muchos Cristianos en Bitinia, mientras fue su Gobernador (1).

La sangre corrió con mas abundancia en Siria desde que San Barsimeo, Obispo de Edesa, sufrió la muerte con San Barbeto y Santa Barbea, á quienes habia convertido: Santa Eudoxia consiguió el martirio en Heliópolis de Fenicia. Cuentan los Griegos un sin número de prodigios y de Mártires de aquel tiempo, y entre otros refieren que un ejército entero de Cristianos fue desterrado á la Armenia, por haber rehusado sacrificar á los Dioses del Imperio. Pero estos autores han mezclado, por un celo indiscreto, de tal suerte la fábula con la verdad, que es muy difícil distinguir la una de la otra; y todo lo que se puede afirmar en general es, que el falso celo de Trajano sacrificó en las provincias orientales una multitud de inocentes víctimas, hasta que Tiberiano, Gobernador de Palestina, le representó que no le era posible aterrar con el pavor de la muerte á los adoradores de Cristo, ni aun sentenciar judicialmente á todos los que se presentaban por su propia voluntad á sufrir los tormentos.

61. El Emperador minoró desde Inego las persecuciones, temiendo que se despoblasen las provincias, y despues hizo que cesasen del todo aquellos inicuos insultos en cuanto fuese compatible con la orden que antes habia dado á los gobernantes, de que no buscasen á los Cristianos; y que se concretasen á casti-

(1) *Plin. lib. 10. epist. 97.*

gar á los que fuesen denunciados. No comenzó esta indulgencia hasta los últimos años del reinado de Trajano, el cual se habia visto en uno de aquellos singulares peligros que envia la providencia para recordar á los Príncipes del siglo la idea de un primer Autor que tiene en su mano la suerte de los dueños del universo y del universo mismo.

62. Sobrevino un espantoso terremoto por el invierno en Antioquía donde se hallaba el Emperador descansando con el ejército, que regresaba de sus gloriosas expediciones contra los Partos, y aunque causó poco daño en las ciudades vecinas, trastornó enteramente la capital de Siria. Habia en su vasto recinto un prodigioso concurso ya de soldados que acompañaban al vencedor del Asia, ya de Diputados de las naciones, y Embajadores de los Príncipes extranjeros, y ya de los que habian acudido de todas partes atraídos de la magnificencia de las fiestas y espectáculos. Y así, dice Dion Casio, apenas hubo provincia ni ciudad, cuyos habitantes no tuvieran parte en tan funesta catástrofe, y mudó de improviso aquella escena de placeres en un luto universal (1).

El horizonte apareció muy encendido, y unos torbellinos de viento en extremo furiosos llenaron los ánimos de pavor: poco despues resonó en las entrañas de la tierra un espantoso ruido; alteróse el mar y las olas se levantaron con una violencia que crecía á cada instante. Conmovióse tan horribilmente el monte Casio, poco distante de Antioquía, que solo

(1) *Dion. Cas. Epitom. ad Trajan.*

esperaban que se hundiese y cayese sobre las habitaciones. Dábanse unos con otros los edificios mas sólidos, agitados por contrarios impulsos, y al fin vinieron á tierra y se arruinaron hasta los cimientos. Blanquearon los campos lejanos las aguas espumosas del río; parecia elevarse y abrirse alternativamente la tierra, en los parages donde no habia edificios, como las entrañas de un animal que palpita al tiempo de espirar. En fin el cielo, el mar y la tierra todo presentaba el mas horroroso espectáculo. Mudaron el dia en una noche profunda el polvo y el humo, causando las mas espesas tinieblas; de suerte que solo podia juzgarse del horror de la escena por los gritos lamentables de las infelices víctimas que la tierra tragaba en su seno, ó por los de aquellos que creyendo salvarse con la fuga, se precipitaban de lo mas alto de las casas quedando sepultados en sus ruinas. Los que tuvieron la felicidad de evitar la muerte quedaron estropeados ó heridos peligrosamente, y de tantos millones de personas como habia en Antioquía solo dos escaparon salvas y sanas.

Murió poco despues arrojando sangre á borbotones el Cónsul Pedon, que habia recibido un gran golpe en el pecho. Para colmo de desgracia, los heridos y todos los que se habian refugiado á las bóvedas subterráneas ó á otros lugares que juzgaban estar á cubierto del peligro, perecieron de hambre y de miseria por la imposibilidad de llevarles socorros; pero este terrible azote duró mucho tiempo sin interrupcion de dia ni de noche. Comenzóse á cavar en:

las ruínas, luego que cesaron los temblores, para librar á los que no habian sido ahogados ni sepultados: y entre otros cuadros interesantes se halló un niño abrazando á su madre muerta, chupando todavía el pecho y disputando á la hambre una vida que habia escapado de tantos peligros. Miró el Emperador como un prodigio el haberse salvado de esta general desgracia saltando por una ventana de su palacio. Salió herido de un brazo, y pasó el tiempo que duró el terremoto en la plaza de Hipodromo á cielo raso, ó en una mala tienda de campaña compuesta á la ligera en medio de los cadáveres y ruinas de esta desgraciada ciudad, que era la tercera del Imperio.

Demuestran todas las circunstancias de esta terrible desolacion que fue un castigo de la divina venganza. Nada nos dicen en particular los historiadores, en los pocos escritos que se han salvado del naufragio de los tiempos, sobre la muerte de los Cristianos de Antioquía. Pero es verosímil que fuesen instruidos proféticamente de este peligro, y que le hubiesen prudentemente á egemplo de lo que hicieron sus hermanos de Jerusalem, que se retiraron algun tiempo antes á Pella. Al menos es constante que Herón, Obispo de Antioquía, sobrevivió á tantas muertes, y que gobernó su Iglesia muchos años despues del terremoto.

63. Principió á tomar crédito hácia el fin del reinado de Trajano el error de los Milenarios, que algunos hereges declarados habian popularizado mucho

tiempo antes; pero no le pudieron acreditar entre los Cristianos virtuosos.

64. Sin embargo Papias, Obispo de Jerápolis en Frigia, le autorizó en gran manera en su obra de la esposicion de los discursos del Señor, dividida en cinco libros, donde lo enseña, confundiéndolo con otras muchas cosas escelentes. Era Papias un hombre de una rara virtud pero de una sencillez aun mas extraordinaria, de un talento menos que mediano, á juicio de Eusebio, y de muy corta sagacidad y discernimiento; lo que fue causa de que confundiese las parábolas y los sentidos místicos de los Apóstoles con el sentido literal de la Escritura. Mostraba un gran respeto á los discursos de los antiguos; y si encontraba á alguno que los hubiese tratado le preguntaba con ansia: ¿qué decia Andrés, ó Pedro, ó Mateo, ó el Santo Sacerdote Juan, antiguo discípulo del Señor? Él mismo lo habia sido de este Sacerdote Juan, que se cree ser aquel Juan Marcos, pariente de San Bernabé de quien se habla en las actas de los Apóstoles, y de un modo mas honroso en las epístolas de San Pablo. La adhesion de Papias á la tradicion, su piedad y sus muchos años le adquirieron gran crédito y contribuyeron no poco á autorizar su error.

Adoptó una opinion tan estraña San Ireneo, aquel ilustre Doctor que habia sido su discípulo, no por preocupación respetuosa en favor de su maestro como sucede muchas veces, sino porque juzgaba encontrar en los escritos de San Juan esta doctrina, por

cuya razon la abrazaron otros muchos Doctores; pero la interpretaban de muy diverso modo los autores que se sujetaban á la Iglesia y sus enemigos. Los Católicos engañados creían solamente que despues de la venida del Ante-Cristo, habria una primera resurreccion para solos los justos que hubiesen muerto; y que todos los hombres buenos ó malos que entonces viviesen, serian conservados en la tierra, los buenos para servir á los justos resucitados como á sus príncipes, y los malos para ser esclavos de los buenos; que la ciudad y templo de Jerusalem serian reedificados con la magnificencia correspondiente á este nuevo reino. Aplicaban á esta ciudad la descripcion alegórica que el Apóstol San Juan hace en el Apocalipsi de la Jerusalem celeste, y publicaban que Jesucristo descenderia entonces sobre la tierra para reinar en ella mil años, durante los cuales los santos de los dos Testamentos vivirían con él en un perfecto gozo. Esta primera resurreccion segun aquellos intérpretes que entendían muy á la letra las divinas Escrituras, debia ser como un ensayo de la inmortalidad para acostumbrarse insensiblemente á la vista de Dios.

Por ningun medio podia escusarse el modo grosero con que interpretaban esto los hereges, sosteniendo con teson que entre banquetes continuos y entre placeres carnales consumirían los santos en la tierra el mismo espacio de mil años. Nos muestra la Iglesia, desaprobando uno y otro error, que se deben discernir con mucho cuidado las tradiciones; pues quando otros las contradicen no se han de seguir las

de particulares hasta que reciban la aprobacion de la misma Iglesia. Á pesar de esto, como Papias se habia extraviado por una simplicidad que disculpaban el tiempo y las circunstancias, consiguió que se le contase en el número de los Santos.

65. Todavía reinaba Trajano, quando los Judíos dirigidos por un cierto Andrias ó Andrés, y arrebatados de improviso por un espíritu de sedicion y fanatismo, pasaron á cuchillo en Alejandria y otras ciudades cercanas á todos los Griegos y Romanos que lograron sorprender (1). Empleaban para ello los modos mas crueles é indignos, no contentándose con quitarles la vida; comían las carnes de sus enemigos asesinados; se cubrían con sus pieles, y se ceñían con sus entrañas todavía calientes. En solo Egipto mataron doscientas mil personas, y en la isla de Chipre sacrificaron con corta diferencia el mismo número; que quiere decir, que esterminaron á casi todos sus habitantes, bajo la conducta de Artemon, y se acarrearón tanto odio que por fin los arrojaron de la isla y se les prohibió arribar á ella con pena capital, la que se egecutó rigurosamente aun con aquellos que se refugiaban en cualquiera de sus puertos por la fuerza de alguna tormenta.

Dieron los Judíos una batalla campal en el año siguiente y último del imperio de Trajano, en que consiguieron la victoria. Los vencidos se acogieron á Alejandria permaneciendo dueños de ella, y pasaron á cuchillo á todos los Judíos que descubrieron. En

(1) *Dion Casio Epitom. ad Trajan.*

Cirene vivian tambien muchos Israelitas rebeldes que contaban con el auxilio de sus hermanos de Alejandria, y en vez de desanimarse con la nueva de su derrota, cobraron nuevo espíritu y furor. Dirigidos por Luena, á quien eligieron Rey, recorrieron todo el pais como desesperados introduciendo el fuego y el saqueo por donde pasaban. El Emperador mandó á Marcio Turbio, que corriese contra ellos con tropas de infantería y caballería y con fuerzas navales. Resistieronse obstinadamente por largo tiempo, y causaron la muerte no solo de una multitud de estos frenéticos, sino tambien de los demás Hebreos de todo Egipto, que habian volado al socorro de Luena.

Temeroso Trajano de iguales turbulencias por parte de los Judíos de Mesopotamia, ordenó á Lucio Quieto que se preparase á atacarla. Hallólos este General ya puestos en defensa, y les dió una batalla en que pereció una multitud increíble. De este modo mientras la Sinagoga justificando con sus rebeliones la severidad del cielo se sepultaba ella misma bajo sus ruinas cubierta de oprobio, la Iglesia por medio de las tribulaciones que resistia solo con su paciencia, florecia cada dia mas.

Murió Trajano, poco despues de estas sangrientas victorias en el año veinte de su reinado, que corresponde al 117 de Jesucristo. Sucedíole Adriano su primo hermano, é hijo adoptivo, que no prodigó mas proteccion á los hijos sediciosos de Jacob.

Mas con tantas pérdidas consecutivas los obligaban á conservarse tranquilos, sin inspirar temor á los Ro-

manos; trocaron estos la venganza en compasion ó por mejor decir en desprecio. Los Judíos se aprovecharon de esta indulgencia para conspirar de nuevo, y ocasionar á corto tiempo la destruccion casi total de su nacion, bajo el mismo Imperio de Adriano.

66. La primera causa de la persecucion de Adriano, que San Gerónimo dice haber sido violenta, fue el error en que estaban los Romanos de confundir con aquel pueblo inquieto é indócil á los Cristianos originarios de Judea; pero no obstante Eusebio no pone á este Príncipe en el número de los Perseguidores, sin duda porque no publicó ningun edicto contra el cristianismo, y solo conservó el fuego mal apagado de la persecucion de Trajano. Esto nos induce á mirar los rigores impios de estos dos reinados como una sola y continuada persecucion. Adriano odiaba todas las religiones que se oponian á la de los Romanos y Griegos, y tenia aficion á los agüeros, á la astrología judiciaria, y á la magia, de que provino su odio contra los sencillos adoradores del verdadero Dios, á los cuales por otra parte confundia con las diferentes sectas de los Gnósticos.

67. Habíase entronizado con este nombre poco tiempo antes una turba de sofistas corrompidos, que autorizaban los vicios mas infames. Saturnino, Basílides y Carpócrates, tomaron las lecciones de Menandro, discípulo de Simon Mago; y nada era mas digno de execracion que los dogmas y la moral de estos sectarios que hacian una monstruosa amalgama de las verdades del Evangelio con las quimeras del paganis-

mo. No les satisfacía la noble simplicidad de nuestra Religión, y querían adornarla con las iniciaciones y observancias idolátricas, de lo cual resultaba una Religión imaginaria, y aun mas extravagante que el mismo Paganismo, privando de este modo al Cristianismo de la superioridad que le da sobre todas las supersticiones aquel carácter de sabiduría y dignidad que tanto se opone á ellas. Saturnino fue el primero que enseñó, que el matrimonio era una conjunción impura y detestable. Basilides afirmaba, que el cuerpo de Jesucristo era fantástico, y que no había sido verdaderamente crucificado. Carpócrates enseñaba la misma doctrina con poca diferencia, y temía al Salvador por un puro hombre, distinto solo de los demás por la escelencia de sus virtudes.

68. Reunían todos estos Gnósticos ó iluminados, que así se llamaban indiferentemente para hacer detestable uno y otro nombre, á sus especulaciones absurdas las mas abominables máximas de doctrina. Sentaban por principio, que es inútil y aun prohibido resistir á la concupiscencia; que al fin era preciso seguir sus impulsos; que la carne es el enemigo á quien el Evangelio manda ceder en el viage de esta vida; y que así las obras de la carne no solo son permitidas sino de precepto. Miraban con horror al ayuno, vivían voluptuosamente, y consumían todo el tiempo posible en disoluciones y placeres. Oraban todos juntos y desnudos; eran comunes entre ellos las mugeres, y miraban esta costumbre como parte de la hospitalidad que dispensaban á sus hermanos.

En sus asambleas de religion daban suntuosos convites, y despues de comer y beber con esceso, arrojaba uno de sus ministros, segun se asegura, un pedazo de pan á un perro atado á los candeleros que alumbraban la asamblea, y apagada la luz satisfacía cada uno sus deseos impuros sin distincion alguna de objeto. Y á pesar de esto se esforzaban por todos los medios posibles en poner obstáculos á la generacion, con cuyo objeto hacian un estudio infame de las mas vergonzosas y abominables prácticas. Afirmaban que todas las acciones eran por su naturaleza indiferentes, y que la bondad ó malicia la recibian de las preocupaciones de los hombres. Dificultoso seria dar crédito á lo que San Epifanio cuenta de estos innovadores, si no nos constase por otra parte cuanta era la corrupcion de la doctrina de los antiguos filósofos, confirmada con los egemplos de aquellos, que siguiendo á su imaginacion ó á sus pasiones, quieren que consista la diferencia de los vicios y virtudes en solo el nombre ó en las preocupaciones. Y no cabe duda que todas estas primeras heregías no eran mas que una informe mezcla de la filosofía mal entendida y de la Religión.

Pródico, que despues llegó á ser gefe de una nueva secta denominada de los Adamitas, porque pretendian emular la vida de Adán y Eva en el estado de inocencia, fue discípulo de Carpócrates; pero al paso que se trataban mutuamente con mas licenciosa familiaridad, odiaban el matrimonio que segun ellos se introdujo por el pecado del primer hombre. Car-

pócrates tuvo un hijo llamado Epifanio, que no pasó de la edad de diez y ocho años, y sin embargo se hizo mas célebre que su padre. Fue adorado despues de su muerte como dios, y le erigieron templos en la isla de Cefalonia, celebrando su fiesta con sacrificios y libaciones; porque el culto de los Gnósticos estaba mezclado con la idolatría y la magia.

69. Pero nadie contribuyó tanto como Valentino á propagar la doctrina de los sectarios conocidos con el nombre de Gnósticos (1). Habiendo sido amigo de la verdadera fe mostró su celo en Egipto, de donde creen que era natural, y despues en Roma, y en todas partes arrebatava la admiracion por su talento, por su elocuencia, y por otras muchas cualidades que le hacian digno del Episcopado. Valentino pretendió por desgracia aquel santo carácter, y esta accion era suficiente en aquellos felices tiempos de fervor para que no se concediese. No sabemos qué Silla ambicionó, ni quién fue el digno Ministro que logró la preferencia. Opinan algunos autores que se trataba de la Cátedra Apostólica, y que San Pio ó San Eleuterio fue el Pontífice electo en lugar de Valentino, y se apoyan en un pasage de Tertuliano, que atribuye á esta Silla en términos formales la primacía del Episcopado; lo que manifiesta que se reconocia el Primado Pontificio de un modo espreso en los tiempos mas antiguos. Mas dejando aparte las demás circunstancias concernientes á Valentino, lo cierto es que se eligió un Obispo que acaso seria menos sabio que

(1) *S. Ireneo lib. 1. cap. 1. Tertul. in Valent. cap. 7. y sig.*

su competidor, pero mucho mas humilde y fortalecido en la fe. Principió Valentino despechado á impugnar la doctrina de la Iglesia, de la cual se creía despreciado. Habia estudiado con teson la filosofía griega y especialmente la de Platon; y uniendo la ciencia de las ideas, los misterios imaginarios de los números, y la generacion de los dioses de Hesiodo con el Evangelio de San Juan, que era el único que veneraba, formó un sistema de Religion tan absurdo como podia esperarse de tan estravagante miscelánea. La nocion de los cuerpos la confundia con la de los espíritus; tomaba al pie de la letra los términos mas metafóricos; y de las palabras hacia personas, á las cuales atribuía cuerpos y aun sexos diferentes.

Redúcense principalmente las quimeras de Valentino á sus *Eones*, que no son otra cosa que el nombre de los siglos, répetido muchas veces en los libros santos, y que en la lengua griega se llama *Aiones*. Estos Aiones ó Eones eran, segun nuestro visionario, otras tantas personas, entre padres, madres é hijos, que distinguía hasta el número de treinta; lo que formaba la plenitud invisible, ó el misterioso Pléroma, segun el lenguaje de la secta. Valentino pretendia autorizar todos estos delirios con las divinas Escrituras; pero es de advertir que en medio de tan profanos y ridiculos emblemas el innovador conservaba la fe de los primeros misterios. Entendia por los Eones de la profundidad y el silencio la primera persona de la Trinidad, Dios Padre; el Hijo por la inteligencia y la verdad; y el Espíritu Santo por la

vida y el discurso. Según un descubrimiento moderno (1) afirmaba también que el entendimiento ó inteligencia nacia de la profundidad, como hija suya, y que de estos dos Eones juntos dimanaba la vida; esto es, que la segunda persona de la Trinidad recibia su eterno nacimiento de Dios Padre, y al mismo tiempo el poder de producir la tercera persona juntamente con él, como que era de la misma naturaleza; lo que probaria contra los Griegos modernos la antigüedad de la creencia universal acerca del Espíritu Santo que procede del Padre y del Hijo. Así toda la magestad de nuestros santos misterios estaba degradada por este modo tan extraño de explicarlos, pues la verdad se vestia las formas de la mitología y de las supersticiones Paganas.

Los dogmas que influyen principalmente en las costumbres no eran menos corrompidos. Valentino establecia formalmente la inaccesibilidad de la justicia, dogma tan digno de su primer autor como de sus restauradores Lutero y Calvino; y de aquí concluía, que en virtud de la sola adopción divina podian los hombres salvarse, aunque careciesen de la fe exteriormente, la que no debian confesar con peligro de la vida. No es nuestro ánimo enumerar en este lugar todas las impiedades absurdas de la secta, bastando lo dicho para conocer á qué extravagancias se abandona el espíritu humano si pone en olvido las reglas prescritas por la Iglesia para la interpretación de las Escrituras. Estos delirios tuvieron un prodigioso nú-

(1) *Faid. Heres. antig.*

mero de partidarios, que en corto tiempo se subdividieron en un sin número de sectas contrarias las mas veces entre sí; unas consagrándose á las mas supersticiosas observancias, y las otras por un extremo diametralmente contrario despreciando todas las ceremonias y todo culto exterior. Eran los Setianos de estos últimos, que manifestaban un respeto sin límites á Set, hijo de Adán, haciéndole redentor de los hombres. Por el contrario los Cainitas afectaban honrar á Cain y á todos los malos condenados por las divinas Escrituras. Adoraban en fin otros á una serpiente que tenian por el Salvador del mundo, á los que se les dió el nombre de Ofitas, conforme á la etimología griega de la palabra serpiente.

70. Daban en estos estravíos los talentos mas superiores. Taciano, discípulo del ilustre Doctor San Justino, que habia adquirido gran celebridad por su excelente tratado contra los Gentiles, cayó en la herejía de Valentino, trabajando por propagarla en diferentes provincias de la Asia menor y de la Siria, y se erigió también en cabeza de la secta de los Encratitas ó Continentes, llamada así por la escesa abstinencia que afectaban. Jamás comian carne ni bebian vino, y aun solo usaban de agua para el cáliz en la consagración de la Eucaristía; condenando como malo el matrimonio á ejemplo de los Adamitas.

Añadió Casiano nuevos errores á los de Taciano y adquirió un nuevo nombre á los sectarios que se llamaban Dóctas ó Aparentes, porque sostenian con él, que el cuerpo del Salvador habia sido apa-

rente ó fantástico. Los primeros que enseñaron, que el fruto prohibido en el paraiso terrenal no era otra cosa que el matrimonio, fueron estos visionarios extravagantes.

Concibieron contra todos los Cristianos en general un gran desprecio y horror los Paganos por su malignidad que no distinguia á los verdaderos fieles de tantos hereges viciosos. Las calumnias con que tantas veces los acusaron con motivo de sus agapes y de sus asambleas religiosas se originaron de aquí. A cuanto llevamos dicho de los Gnósticos, añadian la impostura inventada primeramente por los Judíos, de que cuando los Cristianos pretendían iniciar á un prosélito en sus misterios tumbaban sobre una mesa á un niño cubierto de harina, y puesto de tal suerte que el iniciado degollaba al niño creyendo que partia un pan; y al momento acababan todos los demás de despedazar esta inocente víctima, y cada uno se comia un pedazo y bebia de su sangre; y que reconociéndose el prosélito, á pesar suyo, reo de homicidio, se encontraba en la necesidad de guardar secreto. No dudaba el vulgo de la verdad de estas acusaciones, y tenían sus razones de propia conveniencia para no mostrarse mas justos con los fieles, los hombres que debian parecer superiores á la credulidad popular.

71. Celso, famoso filósofo, impugnólos con violencia en su libro titulado *Filaletes*, ó discursos verdaderos. El autor introduce en esta obra á los Cristianos disputando con los Judíos, y despues ridiculiza

á los unos y á los otros probando á hacerlos igualmente odiosos y despreciables. Dice el satírico filósofo que así como se han aumentado en el mundo los adoradores del Crucificado, han nacido entre ellos una infinidad de partidos; cada uno de estos espíritus inquietos trabaja por superar á sus rivales y destruirlos, de suerte que los Cristianos solo concuerdan en el nombre. No podia menos de quedar vencida la simplicidad y la inocencia con tan artificiosos y repetidos combates. El Emperador dió oídos á los clamores del pueblo, y mil géneros de tormentos cayeron sobre los fieles en toda la estension del Imperio, y especialmente en las provincias occidentales, como mas inmediatas al centro de la autoridad y de la tiranía.

72. Aunque del tiempo de Adriano se numeran una multitud asombrosa de Mártires, solo sabemos con certeza las circunstancias individuales de algunos de ellos. Segun algunos autores, padeció entonces la muerte San Eustaquio con su muger y sus hijos, aunque otros refieren que se efectuó en tiempo de Trajano este célebre martirio. Están llenas de prodigios las actas, pero su antigüedad no pasa del siglo octavo. Santa Sofia cuyo nombre llegó á ser tan famoso en Oriente sufrió el martirio en Roma con sus tres hijas, y San Eleuterio Obispo y su madre Santa Antia, murieron tambien en la capital del Imperio con una multitud de generosos fieles. Dieron su último aliento en Lombardia muchos, siendo los mas célebres los Santos Faustino y Jovita; San Primo

murió en Trieste, y San Antiope y San Crispulo en Cerdeña; los Griegos nos han conservado los nombres de los mártires Santa Zoa y San Hesperio su marido y de sus hijos Ciriaco y Teodulo.

73. Mas circunstanciadas noticias poseemos del sacrificio de Santa Sinforosa viuda de un tribuno llamado Gétulo que habia conseguido la corona del martirio, inmolada con sus siete hijos. Acababa de levantar el Emperador un palacio en Tiboli, donde vivia Sinforosa, y quiso hacer la dedicacion segun las supersticiones del tiempo, consultando primero los oráculos de los ídolos; y ya fuese por el ministerio de los demonios sedientos de la sangre cristiana, ó por los engaños de algun sacerdote enemigo de la virtuosa viuda, respondieron que los dioses no serian propicios si no les ofrecian holocaustos ella y sus hijos.

Adriano la mandó prender juntamente con ellos, y probó desde luego á persuadirles con razones; pero la ilustre Santa le respondió: „mi marido Gétulo y su hermano Amancio, ambos tribunos vuestros, padecieron mil tormentos y despues la muerte por no prestarse á lo que vosotros exigís de mi. Los hombres miran como un oprobio su fin, pero en la patria de los inmortales les ha adquirido una gloria y una felicidad que nunca se acabará, y todos mis deseos se dirigen á participar de ella. Elije una de dos cosas, la replicó el Emperador indignado: ó sacrificar con tus hijos á los dioses del Imperio, ó ser tú misma sacrificada. No soy capaz, Señor, le respondió,

de mudar de resolucion por amenazas; lo he pensado con madurez, y no aspiro á otra cosa que á la ventura de volver á unirme con mi esposo.” Adriano mandó que la condujesen al templo de Hércules donde la abofetearon cruelmente y despues la colgaron de los cabellos, y habiendo mostrado la misma constancia atáronla una pesada piedra al cuello y la precipitaron al rio. Hizo recoger su cuerpo su hermano Eugenio, que era uno de los principales señores de Tiboli, y le enterró cerca de la ciudad.

Conducidos los siete hermanos juntos al tribunal del Emperador á la mañana siguiente, les amonestó este con muchas razones á que sacrificasen á los dioses; pero todas fueron en vano. Entonces los ataron á siete palos que estaban elevados al rededor del templo, y despues de haberles dislocado violentamente los miembros les dieron de puñaladas con una crueldad bárbara. Padeció Justino entre todos el mas doloroso martirio, y Eugenio fue abierto por medio del cuerpo. Mandó Adriano que á todos los echasen en un profundo foso, que despues fue muy célebre con el nombre de sepulcro de los siete Biotánatos ó muertos absolutamente. Cuando cesó la persecucion fueron trasladados estos Mártires con gran pompa al camino que conduce desde Tiboli á Roma, y los depositaron á ocho millas de esta última ciudad.

No es menos glorioso que los de esta heróica familia el nombre de las santas mártires Sabina y Serapia. Sabina era una viuda de edad avanzada, y su marido habia desempeñado un honroso empleo en la

capital del Imperio, en tiempo de Vespasiano. Serapia, vírgen cristiana, originaria de Antioquía que vivia con Sabina en el reinado de Adriano, aunque era muy jóven logró convencer á esta ilustre Romana á que abrazase el cristianismo. Fue la celosa vírgen el primer blanco de la inhumanidad de Berillo, Prefecto de la provincia de Umbria, á donde las dos Santas se habian retirado. Degollada Serapia, despues de haber padecido muchas crueldades é ignominias, tuvo el Prefecto alguna consideracion al principio á la nobleza de Sabina, pero al fin la puso en prision y fue tambien decapitada de orden del sucesor de Berillo.

74. Obligarón por fin á los fieles á pensar en justificarse tantas y tan diversas vejaciones y molestias. La apología de San Cuadrato fue la primera que se publicó en su favor. Este habia sido discípulo de los Apóstoles, y era uno de aquellos llamados por la antigüedad Evangelistas, porque iban predicando el Evangelio de una en otra provincia, y despues que dejaban en ellas Pastores ordinarios, emprendian otras nuevas misiones. Hallóse en Grecia al mismo tiempo que Cuadrato el Emperador Adriano visitando las provincias del Imperio. Este hombre verdaderamente apostólico y tan elocuente para escribir como para predicar, juzgó que no podia emplear mejor sus talentos que procurando librar á los nuevos Cristianos de unas pruebas muy peligrosas para algunos. A este fin puso en manos del Emperador una apología muy vigorosa y elocuente. Observamos por lo

poco que de ella se ha conservado que insistia mucho en los milagros de Jesucristo, no tanto para probar la certidumbre de unos hechos que no escitaban dudas por lo comun, sino para distinguir estas divinas maravillas de los prestigios de la magia, en un tiempo en que esta era la acusacion mas plausible que se hacia contra nuestros santos Taumaturgos. Dice el apologista que los enfermos curados por Jesucristo y los muertos que resucitó, manifestaron que estos prodigios no eran pasajeros ni aparentes, pues permanecieron en el mismo estado y vigor mucho tiempo despues de la muerte y resurreccion de su adorable Médico; y algunos de ellos han vivido hasta nuestros dias. Los antiguos elogian altamente este escrito, en el cual captan la admiracion, la solidéz y talento de Cuadrato.

75. Otro orador de nacion ateniense llamado Arístides que profesaba á un tiempo mismo la filosofia y el cristianismo, escribió una nueva apología, mas elocuente y mas llena de erudicion que la primera de Cuadrato, si damos crédito á los que la leyeron pues ha perecido enteramente.

76. Habia antes espuesto con mucha libertad al Emperador Serenio Graniano, Procónsul de Asia, cuan contrario era á la justicia y aun á la política el condenar á tanto número de Cristianos por voces de un pueblo sedicioso sin guardar con ellos las mas veces forma alguna legal, y sin otro crimen que su nombre. Convencióse, y lejos de ofenderse, escribió á Minucio Fundano, sucesor de Graniano, prescri-

biéndole que en adelante no procediese contra los adoradores de Cristo por clamores ó quejas vagas, y que se les acusase en la forma que prevenian las leyes; añadiendo que el acusador, segun el derecho comun, quedase obligado á convencer al acusado de algun delito contra las mismas leyes so pena de ser castigado como calumniador (1). Es probable que enviase estas órdenes á las demás provincias, pues desde aquella época se disminuyó la persecucion en todas partes.

77. Ya no se calificaba de crimen desde entonces el adorar al Crucificado, aunque la Religion cristiana, como estraña á los Romanos, era en este sentido contraria á las leyes. La constitucion de Adriano de otra suerte hubiera sido enteramente inútil, y es innegable que el Emperador habia realmente variado de ideas. Afirman los historiadores de su tiempo que proyectó colocar á Jesucristo en el número de los dioses del Imperio, y que con este objeto mandó levantar varios templos, pero si no llevó á cabo su empresa fue porque los oráculos se opusieron, anunciando que este nuevo culto destruiria todos los demás y que todo el mundo se haria cristiano (2): pero á lo menos se convenció de la diferencia que existia entre los adoradores de Jesucristo, siempre tranquilos y sumisos á las potestades legítimas y los indóciles Judíos que cada dia soplaban con mas ardor el fuego de la sedicion. Le hizo mas palpable esta di-

(1) *Euseb. lib. 4. hist. cap. 8. y 9.* (2) *Lamprid. in vit. Alexand. Sever.*

ferencia un nuevo incidente que consumó la desgracia de Israel, y patentizó su reprobacion á todo el universo.

78. Quedaron, despues de las sangrientas expediciones del reinado antecedente contra los Judíos, en un estado que movia mas á compasion que á desconfianza y temor. No se trataba ya de debilitarlos, sino solo de vigilar para que no se tornasen á establecer en su capital, donde respirarian un aire contagioso de independenciam. Sin embargo el Emperador no consintió en que quedase Jerusalem sepultada en sus ruinas, á causa de su situacion en extremo ventajosa, y de su antigua celebridad. A fin pues de reedificarla envió una colonia, dándole nueva forma de policia y religion, que ninguna semejanza tuviese con el Judaismo, y varió hasta el nombre de la ciudad poniéndole el de Elia, que era el apellido de su familia. Edificóse un templo á Júpiter en el sitio del antiguo, y se prohibió la circuncision á todos los que quisiesen habitar en el pais.

79. No pudieron resolverse los hijos de Israel á vivir como estrangeros en la patria misma de sus padres; pero no obstante tuvieron la rienda á sus ímpetus y emplearon ellos en construir muchos subterráneos y habitaciones ocultas para reunirse furtivamente y huir en caso necesario, el tiempo que gastó Adriano en la egecucion de su plan. El gobierno no dió oidos por largo tiempo á las voces que corrian de estos atentados, porque no podia persuadirse que los Hebreos reducidos al estado mas deplorable tuviesen valor ni medios para emprender cosa alguna;

pero conoció en breve que no hay precaucion ni recelo que sea escesimo cuando se trata de conservar la tranquilidad pública. Se habia tramado la conjuracion no solo por los Judíos que quedaron en la provincia, sino tambien por los de las demás regiones: en todas partes causaron infinitos desórdenes, y pusieron en alarma á los Romanos. Timio Rufo, Gobernador de Judea, no se halló en estado de hacer frente en campo abierto á aquellos furiosos; y fue preciso enviarle numerosos refuerzos que no bastaron á ponerle en estado de resistirles. Reuniéronse á los Judíos un diluvio de pueblos codiciosos, así de las naciones vecinas como de las distantes, por la esperanza del saqueo; de suerte que esta guerra conmovió todo el Oriente. Resolvió Rufo atacarlos en partidas sueltas, haciendo uso con tanto acierto de sus conocimientos militares contra aquellas tropas sediciosas é indisciplinadas, que siempre quedó vencedor de ellas, y trató con la mayor severidad á todos los que cayeron en sus manos. Mandó despojar de la vida á infinito número de Judíos, sin perdonar á las mugeres ni á los niños; castigo que en todas las calamidades de esta nacion experimentaba desde que todos sus individuos sin escepcion habian cargado con la maldicion fulminada por su deicidio. Fueron confiscadas en favor del pueblo Romano todas sus tierras, y se vió Israel, segun la espresion literal de los divinos oráculos, sin viñas y sin mieses, sin templo y sin Pontífice (1).

Restaba ya solamente á los Romanos sujetar á un

(1) *Dion y Spart. in Adrian.*

bandido llamado Barcoqueba, hombre despreciable por la oscuridad de su cuna, y por todas sus circunstancias; pero para los ciegos Judíos bastó solo su nombre para que le revistiesen de una autoridad absoluta. Como Barcoquebas significa en Siriaco *hijo de la estrella*, se decia hijo de aquella estrella de Jacob de que habla la profecía de Balaam, y afirmaba que era el caudillo que debia hacer triunfar á los hijos de Israel de todos los Gentiles, ó el Mesías, segun persuasion de los Judíos. Intentó este primer Antecristo aumentar su partido, ofreciendo desde luego á los Cristianos que les haria la gracia de recibirlos por sus súbditos; pero reusando estos sus ofertas fueron perseguidos por él con la mas bárbara atrocidad.

Ansiaba Adriano entretanto poner fin á esta guerra, y pareciéndole que Rufo no era hombre capaz de llevarla á cabo, envió nuevas tropas á las órdenes de Julio Severo, cuyo singular mérito miró como necesario para dirigir esta espedicion, y á quien obligó á pasar con presteza desde las islas Británicas á la estremidad del Imperio. No queria empeñarse en una accion general Severo, siguiendo el egemplo de su predecesor, y conformándose con el plan de Rufo ordenó muchos destacamentos que atacaban á los rebeldes por otras tantas partes, los ponian en mucho aprieto y cortaban los víveres. Así logró acabar enteramente con los Judíos, poniendo en práctica este método poco ruidoso pero muy prudente y eficaz. Fueron destruidas cincuenta fortalezas importantes y cerca de mil plazas de menor consideracion; y pa-

sados á cuchillo quinientos ochenta mil hombres. No fue posible indagar el número de aquellos á quienes privaron de la vida la hambre, el fuego, y todo género de desgracias y miserias. Como esclavos y aun como bestias de carga se vendieron al mas ruin precio los pocos de ellos que encontraron mercaderes que los comprasen, porque habian caido los infelices en tanto desprecio y odio que apenas se hallaba quien los admitiese por esclavos. Verificóse esta venta en el valle de Mambre, en el mismo sitio donde habia habitado Abraham, padre y origen de todo Israel; sitio donde se celebraba anualmente la feria llamada del Terebinto, para la venta de los animales. En aquel tiempo se descubria todavía uno de estos árboles de extraordinaria corpulencia, cuyo árbol era tenido por los habitantes del país por tan antiguo como Abraham.

80. De esta suerte vió consumada su ruina con las circunstancias mas ignominiosas, en el mismo lugar donde habia tenido su cuna, aquella infeliz nación, precipitada en una ceguedad estúpida. Fueron trasportados á Egipto los Judíos que no pudieron venderse, y quedó la Judea casi desierta. Hallóse desde entonces este pueblo como aniquilado en su misma patria; no tornaron jamás los Hebreos á reunirse en cuerpo de nación, y se mezclaron entre todos los demás pueblos, sin confundirse con ninguno de ellos, y sin adquirir el menor derecho de independenciam ó verdadera libertad. Sin leyes, sin altar, sin sacrificio, llevando consigo á todas partes, además del espectáculo singular de un pueblo que ya no tiene la menor

forma de tal, una señal indeleble de su reprobacion y de la substitucion de los Gentiles en lugar suyo.

Reedificó no obstante otra vez Adriano la capital de Judea, prohibiendo á los Israelitas con pena de la vida que pudiesen entrar en ella, y se cuidó con esmero del cumplimiento de esta ley. Se necesitaba que todos los habitantes fuesen Gentiles, á lo menos de origen; y por esta disposicion del Príncipe ó mejor de la Providencia, que hace muchas veces servir la política á otros fines muy diversos de los que se proponen los hombres, la Iglesia de Jerusalem se halló de improviso libre de la plaga de la discordia que tantas veces la habia atormentado antes y despues de la muerte de los Apóstoles; cesando por fin la inquieta y envidiosa obstinacion de los Cristianos judaizantes, mucho mas temible que el puro judaismo. Se compuso esta Iglesia hasta entonces de Israelitas convertidos, que observaban con exactitud la circuncision y todas las ceremonias de la ley Mosaica; y eligieron á los mismos Obispos con escrupulosidad entre los fieles circuncisos; pero desde la total reduccion de la Palestina no hubo en la ciudad santa mas cristianos que los descendientes de Gentiles. Marcos fue elegido por Obispo de ella, y fue el décimosesto despues del establecimiento del cristianismo, y el primer Cristiano de la gentilidad que ocupó aquella silla. De este modo en los fines del Imperio de Adriano el año 137 de Jesucristo quedó enteramente arruinada la nacion Judía, y la Iglesia libre de tan molestos enemigos. Los Romanos

pusieron un puerco de mármol encima de la puerta de Elia ó Jerusalem por la parte que miraba á Belen, para despecho de los Hebreos, y levantóse una estatua á Venus en el lugar del Calvario donde Jesucristo habia muerto, colocando al mismo tiempo el ídolo de Júpiter encima del sepulcro de donde salió resucitado y glorioso. Pero solamente sirvió esta profanacion, por la cual se podia comparar un culto con otro, para desacreditar la idolatría y establecer sobre sus ruinas con mas esplendor la magestad del culto cristiano.

Séanos permitida para fin de este libro, una corta digresion que al paso que nos muestre la moderacion y bellas cualidades que á juicio de todos adornaban el espíritu del Emperador Adriano, nos presente una prueba mas de la inutilidad y ridiculéz de aquellos ídolos materiales en quienes confiaba el Paganismo con tanto ardor. Fue la vida de Adriano, por decirlo así, un viage continuo; porque ansiaba la guerra, cultivaba las letras y poseía los talentos que caracterizan á un hombre de estado; y puede decirse que satisfizo todos sus gustos entregándose al cuidado de su Imperio. Para él no existia diferencia de climas ni de estaciones; porque caminaba á pie y descubierta la cabeza sobre las nieves de la Caledonia, lo mismo que por las ardientes y despobladas llanuras de Egipto. Últimamente cuando subió al trono no hubo siquiera una provincia en todo el Imperio que dejase de disfrutar de la presencia de su Soberano; cualidades todas que le harian muy recomen-

dable, si no las hubiese oscurecido con los repetidos sacrificios de tantas víctimas cristianas. Pero lo que mas se admira en este Príncipe es la moderacion que mostró cuando no tenia mas que hacer que conservar las conquistas de su antecesor Trajano, rehusó estender los límites del Imperio á costa de los pueblos extraños. Creía el pueblo Romano, que cuando el Capitolio fue fundado por uno de sus antiguos Reyes el dios Término, divinidad de orden inferior, no habia querido ceder su lugar al mismo Júpiter. Presidia aquel dios á los límites, y segun el uso de unos tiempos tan ignorantes, se le representaba bajo la figura de una gran piedra. Habian interpretado los agoreros del modo mas favorable la obstinacion de aquel dios Término en sostener su sitio, diciendo que era un infalible presagio de que jamás se estrecharian los límites del Imperio Romano. Habian conservado de siglo en siglo esta tradicion, y como sucede con algunas preocupaciones vulgares verificada la prediccion por bastante número de años, no dejó duda de su entero cumplimiento en el espíritu de la plebe. Mas el dios Término tuvo que ceder por fuerza á la autoridad de Adriano, despues de haber resistido á todo el poder de Júpiter. Principió este Emperador su reinado renunciando á las nuevas conquistas de Trajano su predecesor. Se complace San Agustin (1) en referir con su acostumbrada elegancia, esta prueba de la debilidad del dios Término, y de la vanidad insulsa de los agoreros.

(1) *De Civit. Dei* lib. 4. cap. 29.

## RESÚMEN

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN LA PRIMERA PARTE  
DEL LIBRO TERCERO.

N.º 1. *Muerte de Adriano.* 2. *Antonino auxilia á los Cristianos.* 3. *Conversion del filósofo San Justino.* 4. *Su apología de los Cristianos.* 5. *Rescripto de Antonino en favor de la Religión cristiana.* 6. *San Telesforo Papa y Mártir.* 7. *Sucesion de los Papas.* 8. *Hegesipo primer historiador eclesiástico.* 9. *Marco Aurelio y Lucio Vero Emperadores.* 10. *Mártires en tiempo de Marco Aurelio.* 11. *San Policarpo.* 12. *Cerdon, Marcion y otros hereges.* 13. *Confesion y martirio de San Policarpo.* 14. *Su epistola á los Filipenses.* 15. *Martirio de Santa Felicitas con sus hijos.* 16. *Otros Mártires.* 17. *Segunda apología de San Justino.* 18. *Su confesion y su martirio.* 19. *Sus escritos.* 20. *Peregrino se abrasa vivo en los juegos olimpícos.* 21. *Alejandro de Paflagonia.* 22. *Montano, Priscila y Maximila.* 23. *Paulo, Esquines y Quintila.* 24. *Teódoto de Bizancio.* 25. *Estravagancias de muchos sectarios.* 26. *San Dionisio de Corinto y San Pinito de Gnoso.* 27. *Epistolas de San Dionisio.* 28. *Cánon de las Escrituras sagradas por San Meliton.* 29. *Apologías de Apolinar y Atenágoras.* 30. *Prodigio de la legion fulminante.* 31. *Prohibe Marco Aurelio delatar á los Cristianos.*

## HISTORIA DE LA IGLESIA.

### PRIMERA PARTE DEL LIBRO TERCERO.

*Desde la ruina de la nacion Judaica, en el año 737, hasta la paz que dió á la Iglesia Marco Aurelio, suspendida la cuarta persecucion, en el año 174.*

1. Poco tiempo sobrevivió á sus terribles expediciones contra los Judíos el Emperador Adriano, y murió el año siguiente de reedificada Jerusalem con el nombre de Elia, á la edad de sesenta y dos años, el 10 de Julio del 138 de Jesucristo, en su palacio de Tiboli, donde pocos años antes habia tratado tan cruelmente á la ilustre mártir Sinforosa con su santa y numerosa familia. En su última enfermedad, aunque en la apariencia solo era una hidropesía ordinaria, padeció increíbles dolores. Su padecimiento encrudeció su carácter, y se entregó á los excesos mandando egecutar las mas odiosas crueldades. Fueron despojadas de la vida muchas personas de la primera nobleza por órden suya y algunas de su propia familia, y hubiera inmolado un número mayor si Arrio Antonino, el digno sucesor que habia nom-

brado, no hubiese ocultado á muchos de los que condenaba. Varias veces probó á quitarse él mismo la vida ó á hacerse matar por otro para poner fin á sus dolores, se lamentaba con gritos desesperados de que no podia disponer de su propia persona, al mismo tiempo que era dueño de la vida de todos. Entregóse por fin á comer y beber sin moderacion; y como se hallaba ya tan débil le acabó en breve el exceso de la comida. Fue inmediatamente proclamado Emperador con general aplauso Antonino, su hijo adoptivo á quien llamaba el piadoso, y se afanó por poner en olvido los vicios y extravíos con que el autor de su elevacion habia obscurecido los grandes talentos y prendas de que estuvo adornado.

2. Los pueblos seducidos por sus preocupaciones juzgaron que como el nuevo Emperador poseía todas las virtudes morales y religiosas que se veneraban en aquel tiempo, estas serian otros tantos motivos para perseguir á los adoradores del Dios verdadero. Así es que principió de nuevo contra los Cristianos el furor reprimido con tanto trabajo en los últimos años del anterior reinado; pero Antonino Pio que era verdadero filósofo que tenia de Dios una idea mas exacta que la mayor parte de los sabios del paganismo no pudo menos de apreciar la pureza del culto cristiano y las virtudes de que este era autor.

Daba absolutamente en cara á los fieles su inmutable constancia, y su esclusivo afecto á la Religion que profesaban sin el menor respeto humano; porque con toda su filosofía y su sabiduría no llegaba

á penetrar ni hacer el debido aprecio de la mas saludable de todas las verdades.

3. Presentóse entonces San Justino, filósofo como el Emperador, pero que tuvo la dicha de pasar de la infidelidad á la fe mas sincera y fervorosa, una apología en defensa de la verdadera Religion, escrita segun Eusebio en Roma. Habia recibido una noble educacion este filósofo cristiano, natural de Nápoles en Palestina que era una colonia Romana, cuyos moradores gozaban del derecho de ciudadanos, y se impuso en el conocimiento de todas las ciencias que entonces se cultivaban. A pesar de haber sido criado entre las tinieblas del paganismo, mostró siempre un ardiente amor á la verdad, buscándola continuamente en todas las escuelas; pero despues de haber abrazado una multitud de sectas filosóficas, sin fijarse en ninguna de ellas, se entregó á la lectura de los Profetas. He aquí como nos refiere el mismo Santo las circunstancias de su conversion, en el diálogo con el judío Trifon. „Me puse en manos de un Estoico en mis principios, dice, pero conociendo despues de algunas lecciones que nada me enseñaba este maestro acerca del Criador, por ignorarlo él mismo y apreciar muy poco este estudio, le volví la espalda para seguir á un Peripatético. Hablóme con una sórdida codicia de regalos y recompensas, á pocos dias de asistir á su escuela; y pareciéndome indigna de un sabio esta venalidad de alma, le dejé con desprecio.”

„Di despues con un Pitagórico de mucha fama y

que habia formado un concepto muy ventajoso de sí mismo; y me preguntó si sabia la música y las otras partes de las matemáticas, porque las juzgaba como un prelude necesario para alejar de nuestro espíritu los objetos groseros y mundanos, y facilitarle la percepción de las cosas intelectuales. Yo ignoraba estas ciencias y no podia aprenderlas sin gastar mucho tiempo; y así me vi en la precision de dirigirme á los Platónicos. Habitaba cerca de mi morada uno de los principales de esta escuela, y escuchaba yo con gran complacencia sus lecciones, creyendo lograr el cumplimiento de mis deseos. Con este pensamiento buscaba yo la soledad para filosofar mas tranquilamente; y estando un dia solazándome á la orilla del mar observé que me seguia un anciano de agradable presencia, y la dulzura y gravedad de su rostro hicieron en mi ánimo una impresion extraordinaria. Para mirarle con mas atencion me detuve sin hablarle palabra, y él se manifestó sorprendido de mi silencio. Comenzamos luego nuestra conversacion sobre los deseos que yo tenia de encontrar la verdad; y despues de haber prodigado algunos elogios á mi celo, me reprendió el amar mas las especulaciones que las obras; significándome que la ciencia á que aspiraba era del todo práctica. Díjele respetuosamente qué era lo que me convenia hacer, y respondió: es preciso que leais con reflexion los libros de los Profetas que son los únicos y verdaderos sabios, y que pidais con fervor á Dios que os abra los ojos á la luz, y os muestre el camino de la verdad."

Consiguieron el cumplimiento de sus deseos el candor y buena voluntad de Justino: y el estudio de los libros santos le hizo luego conocer la locura del Paganismo, despues que formó un paralelo entre este y la santidad de la Religion de los Cristianos. „Cesaron, dice el Santo, las calumnias atroces con que los infamaban, de causar impresion en mi ánimo al punto que observé lleno de admiracion el desprecio con que miraban los placeres y comodidades de la vida y aun la vida misma. ¿Quién será, me decia yo, el hombre ambicioso, deshonesto ú entregado á otra pasion, que no tema la muerte, y que no se tenga por dichoso si por medio de una retractacion, fácil de hacer, salva una vida que debe apreciar como basa y término de su felicidad?

Aunque mudó de Religion San Justino, conservó el manto ó capa de filósofo, no por amor á esta profesion, que en sí era indiferente, sino por su modestia y simplicidad, cuyas virtudes regularmente se hallan en la mayor parte de los sabios maestros de todo género de artes y ciencias. Recorrió el Oriente para anunciar la saludable doctrina de cuyas máximas estaba penetrado, pues no consentia el ardor de su celo que la tuviese por mas tiempo oculta en el corazon. Pasó tambien á Roma, donde esperaba conseguir mayor fruto; á cuyo fin abrió una especie de escuela de Religion, para todos los que quisiesen conferenciar con él, ó instruirse en sus principios. Enseñaba sin ningun temor ni respeto humano, y jamás encubrió la verdad á los Judíos ni á los Gen-

tiles, pues por su caridad buscaba á los unos y á los otros.

4. Estuvo tan lejos de ocultarse cuando dirigió su apología al Emperador, al Senado y al pueblo Romano, que puso en ella su nombre, el de su padre y patria, con todo lo que podia darle á conocer; y conservando este noble valor en todo el curso de su apología, dice, dirigiendo la palabra á Antonino y á sus sucesores presuntivos Marco Aurelio, y Lucio Vero: „En todas partes os llaman piadosos y filósofos, que quiere decir amadores de la verdad y de la justicia, y vuestra conducta va á manifestar al universo el precio y amor que profesais á estas virtudes; pero venimos aquí á pedirnos justicia segun las reglas de la mas exacta razon, no tanto por nuestra propia defensa, como por vuestros verdaderos intereses. Nadie puede hacernos daño aunque nos prive de la libertad y aun de la vida; pero vosotros oscurecereis vuestra gloria, y aunque sois señores de todo el mundo seréis condenados en el tribunal del Eterno, si castigais por pasion ó por preocupaciones engañosas. Exige la forma legítima de los juicios que los acusados ó manchados en cualquiera delito, sean oidos y den una cuenta exacta de sus acciones, y que los Soberanos sentencien sus causas segun las reglas invariables de la sabiduría, y no por frívolas presunciones, ó por el capricho de una potestad arbitraria. Nosotros pues debemos hoy presentar á los ojos del público nuestra doctrina y nuestra conducta; si no para evitar la muerte, que es un bien para el Cristiano, á lo me-

nos para que no se nos eche en cara que no hemos procurado desterrar tan culpable ignorancia.”

Refiere despues con estension la conducta ordinaria de los fieles, la pureza angélica de sus costumbres, y las reglas de moral que se les prescriben, y en fin la santidad, sencillez y dignidad de sus observancias religiosas. Se acusaba á los Cristianos de ateismo; y el santo orador demuestra que no consiste este crimen en rehusar el incienso á una infinidad de espíritus malignos ó fantásticos, y que no negaban los Cristianos ser ateistas, en cuanto á aquellos dioses imaginarios y todos sus vanos simulacros; pero que respecto del Dios Supremo, del solo, grande y verdadero, del Dios criador y conservador, eterno é independiente, conocido y celebrado por los mismos poetas, eran los Cristianos los mas religiosos de todos los hombres, y los únicos que ponian todo su afan en venerarle como merece, y segun nos lo enseñó por medio de su Hijo ó su Verbo Eterno y Omnipotente como él, pero revestido de nuestra carne y de nuestra humanidad, para instruirnos inmediatamente y con mas eficacia.

El Santo se vale del testimonio de los Profetas y de las Sibilas, ó de los versos que corrian en su nombre, con las demás pruebas acomodadas á la naturaleza de las cosas, ó á las circunstancias de aquel tiempo, para probar á los Paganos la existencia de una revelacion. Disipa con todo esfuerzo las preocupaciones de su siglo, que ponian el mayor obstáculo á los progresos del cristianismo; y por esta razon no teme en-

trar en la esplicacion de nuestras ceremonias religiosas, y aun de nuestros mismos Sacramentos, no obstante que generalmente estaba prohibido revelarlos. Se explica con la mayor claridad sobre la sagrada Eucaristia, porque á este misterio inefable habian dirigido sus principales calumnias los enemigos del cristianismo.

„No os dejéis seducir, les dice, dando fácilmente crédito á unos cuentos absurdos. He aquí realmente el modo con que admitimos á los que vosotros llamais nuestros iniciados. Lavado en el agua el admitido, en señal de la purificacion interior que obra en su alma la virtud del cielo, le conducimos al lugar donde los hermanos están congregados para hacer oracion en comunidad. Despues de haber concluido esta, nos saludamos con el ósculo de paz; y despues presentan al que preside pan y una copa de vino mezclado con agua. Ofrece este holocausto al Padre celestial por el Hijo y el Espíritu Santo; y los Diáconos dan á cada uno pan y vino, que recibimos con respeto y veneracion; pues como sabemos que el Verbo divino se revistió de sangre y de carne, conocemos tambien que el alimento santificado por las fórmulas sagradas que nos transmitió, se convierte en la carne y en la sangre de este mismo Cristo, hecho hombre por nuestro amor. Nos enseñan los Apóstoles en sus escritos, que Jesucristo les mandó hacer lo que él habia hecho, cuando despues de haber tomado en sus manos el pan y el vino, diciendo: *este es mi cuerpo; esta es mi sangre*, añadió: *cuantas veces hiciéredes esto, hacedlo en memoria de mí.*”

„Pero ¿qué necesidad tenemos, prosigue San Justino, de esponer tantas razones en nuestra defensa? Ninguno da verdadero crédito á las atrocidades que nos imputan para oprimirnos. Al mismo tiempo que nosotros somos perseguidos con tanta crueldad y pertinacia, se toleran las religiones mas insensatas y corrompidas. ¿Se castiga por ventura á los que dan culto á los leños, á las piedras, á los gatos, á los ratones y á los cocodrilos? ¿Quién castiga tampoco á los malos Cristianos, que no lo son mas que en el nombre? ¿Quién persigue, por ejemplo, á los sectarios de Simon Mago, de Menandro ó de Marcion? Vosotros los dejais vivir en paz, aunque destruyen ellos la idea y el culto del verdadero Dios, y están convencidos de mil abominaciones. ¿Qué os ha hecho la santidad de nuestra doctrina? ¿Quereis vosotros ser ministros de los demonios malignos que nos persiguen? Dejad, que ella se destruirá por sí misma si os parece absurda nuestra Religion; pero si es pura y santa, si es divina y celestial, ¿cuánto os arriesgais en atacarla! Vosotros, Príncipes y Señores de los pueblos, juzgadnos ahora que estais instruidos de lo que somos; pero sea cual fuere vuestra sentencia, responderemos enteramente resignados, que se cumpla la voluntad de Dios. Tales sentimientos nos dictan el respeto y obediencia sincera que nuestra Religion nos manda tributar á nuestros Príncipes legítimos. Pero antes debemos declararos en nombre del Señor, que reina en los cielos sobre todas las potestades de la tierra, que no evitaremos el rigor de sus

juicios, si persistís en tratarnos con una injusticia que se os hace tan manifiesta.

Orosio, historiador del siglo quinto afirma que hizo grande impresion este discurso en Antonino, y se mostró de allí adelante favorable al cristianismo. Los Cristianos del Asia apoyaron la apologia de San Justino, y por su parte se quejaron al Emperador del perverso tratamiento que recibian de sus conciudadanos; y algunos Gobernadores de provincias se manifestaron mas humanos con los fieles, y escribieron en su favor á este buen Príncipe, que no pudiendo cerrar los oidos á tan justas reclamaciones publicó edictos para que finase la persecucion de los Cristianos. Escribió en su favor á muchas ciudades de la Grecia, especialmente á las de Larisa, Tesalónica y Atenas; y prohibió en general á todos los Griegos acalorar el pueblo contra ellos (1). Para responder á las quejas particulares de los fieles de Asia espidió órdenes terminantes á los estados de aquella provincia; y siempre escitará la admiracion la lectura del elogio que este Emperador filósofo y pagano hace de nuestros Mártires en este precioso rescripto, conservado por San Meliton y Eusebio (2).

5. Achacaron los infieles, segun su costumbre y antiguas preocupaciones, á los Cristianos las desventuras que affigieron al Imperio en tiempo de Antonino. Mas este Príncipe con ocasion de los terremotos que arruinaron entonces algunas de sus ciudades

(1) *Euseb. lib. 4. hist. cap. 15.* (2) *Melit. apud Euseb. cap. 26.*

dejó á sus súbditos que comparasen su conducta con la de aquellos á quienes perseguian con tanto ardor. „Vosotros, les dice, os abatis vergonzosamente cuando suceden estas desgracias, y ellos por el contrario nunca ostentan mas valor, ni mas confianza en Dios; así dais á entender que pasadas estas calamidades espantosas, no conocéis, ni teneis presente á la Divinidad. Es para vosotros indiferente todo lo que mira á la Religion, sin cuidar un solo instante del culto del Eterno; y porque los Cristianos le veneran, concebís contra ellos una indigna emulacion que os incita á perseguirlos de muerte. ¿No advertís que este proceder hace mas pertinaces ó mas constantes á los que llamais ateistas, y que no tienen en precio alguno la vida cuando se trata de sacrificarla por su Dios? Si estas razones no alcanzan á aplacaros, yo os mando con arreglo y en confirmacion de las órdenes de mi padre Adriano, de gloriosa memoria, que cualquiera que fuese acusado por sola causa de Religion, quede absuelto, aunque efectivamente sea Cristiano, y que se castigue al acusador segun las leyes.”

Fijóse este edicto en Éfeso en la asamblea de los estados del Asia y disminuyó la violencia de las persecuciones, sin apagarlas del todo; porque despues de esta época y durante el curso del reinado de Antonino, hubo todavía muchos Mártires. Dimanaba de tantas causas diferentes la calma de la Iglesia en aquellos tiempos tan borrascosos, que no podia menos de ser local y pasagera.

6. Padeció sin duda alguna el martirio en tiempo de Antonino, San Telesforo, séptimo Pastor de la Iglesia Romana, despues de un Pontificado de diez á once años. San Ireneo le juzga el primer Papa mártir, despues de San Pedro; lo que da mucha probabilidad á la opinion de los críticos que creen que el título de Mártir, atribuido á otros Papas por algunos escritores que no tienen tanta autoridad como este padre, debe entenderse del martirio que continuamente estaban dispuestos á sufrir, ó de los tormentos que realmente sufrieron, sin exhalar en ellos su último aliento.

7. Sucedió San Higinio á San Telesforo, San Pio á San Higinio, y San Aniceto á San Pio.

8. Vino Hegesipo á Roma en el Pontificado de este último, que murió en el año 168: y permaneció en aquella capital durante todo el Pontificado de San Sotero, y hasta el de San Eleuterio, que principió el año 177. Hegesipo habia pasado del judaismo á la Religion cristiana, y escribió cinco libros de todo lo sucedido desde la pasion de Jesucristo hasta su tiempo. Ha perecido esta obra, y es la primera Historia Eclesiástica de que hay noticia, aunque no era mas que una coleccion sencilla de las tradiciones apostólicas, á pesar de la sabiduría del autor; pero tomó por modelo á los Apóstoles, así en su vida, como en sus escritos. Por los fragmentos que Eusebio nos ha conservado sabemos, que San Hegesipo (porque la Iglesia le honra con este título) aprendió en largos y frecuentes viages la doctrina y las máximas de

diferentes Iglesias, y que encontró mayor exactitud y conformidad entre estos usos y lo que habian enseñado los Apóstoles. „No existe, dice, despues de la muerte de estos maestros de la Iglesia hasta nuestro tiempo Silla Episcopal que no haya conservado con inviolable fidelidad lo que los Profetas prescribieron, y lo que predicó el Señor.”

9. Despues de haber disminuido la persecucion de los fieles el Emperador Antonino Pio, murió á la edad de setenta y cuatro años en el de 167 de Jesucristo. Habia adoptado por hijos á Marco Aurelio, su sobrino y yerno, y á Lucio Vero. Marco Aurelio tenia cuarenta años y la sabiduría y esperiencia propias de esta edad: de la estimacion particular que habia sabido grangearse nació el que le proclamasen único Emperador; y mostró cuan digno era del Imperio, declarando por su colega á Vero. Esta fue la primera vez que se vieron en Roma dos Príncipes iguales. Murió el segundo á los ocho años de su reinado, con poco sentimiento del autor de su elevacion, á quien costaba mucho trabajo tener á raya las malas inclinaciones de este vicioso compañero.

Marco Aurelio á pesar de ser uno de los mas grandes Emperadores, y de los mas ilustres filósofos que ha producido el paganismo, amaba en estremo la idolatría en que le habian educado. Salido apenas de la infancia fue puesto por Adriano en manos de los sabios consagrados á Marte, en cuya compañía egirió todos los ministerios; y fue tan elogiado por la exactitud con que los desempeñó, que él mismo



hizo despues mucho aprecio de aquellas observancias supersticiosas. Juzgaba descender del Rey Numa, y se gloriaba de emularle en el celo por la antigua religion de los Romanos. Era verdaderamente la filosofia estóica que profesaba la mas conforme de todas á la recta razon; pero al propio tiempo la mas aferrada en sus opiniones particulares, y la mas inflexible y severa con todas las acciones que reputaba malas. Estaba este Principe á mas mal aconsejado contra el Cristianismo, por las absurdas ideas que de él concibió en las frecuentes conferencias que tenia con todo género de filósofos; los cuales enseñaban la virtud en sus vanos discursos, pero no podian sufrir la pureza de las máximas Evangélicas, tan superiores á todos los esfuerzos de su orgullo. De aquí es que su clemencia natural no le estorbó el que se mostrase en extremo duro y aun cruel con los Cristianos; y si no sancionó formalmente leyes para generalizar la persecucion, toleró las vejaciones mas ilegales contra los fieles en varias provincias.

10. Hizo entregar Cuadrato, Procónsul de Asia, á las fieras en el anfiteatro de Esmirna á Germánico y á otros diez Cristianos. Confundió su constancia á los idólatras, y el pueblo furioso comenzó á gritar: *mueran todos los enemigos de los dioses, y el primero su cabeza Policarpo.*

11. Gobernaba la floreciente Iglesia de Esmirna este discípulo de San Juan, este hombre verdaderamente apostólico; y su celo se dilatava á todas las demás del Asia, por donde difundia la doctrina que

habia recibido casi inmediatamente del Señor. Estuvo en Roma algunos años antes, cuando se agitaba la cuestion acerca del dia en que debia celebrarse la Pascua. Aumentaba la necesidad de que estuviese presente en ella el santo Doctor, mucho mas que la disputa sobre un punto de disciplina, los progresos que consiguió Marcion en aquella capital del universo, primera Silla de la Religion.

12. Era tanto mas pernicioso y seductor aquel Heresiarca, quanto en la apariéncia era contraria su doctrina á la de todos los falsos doctorés que hasta entonces se habian separado de la Iglesia. Marcion afectaba una grande severidad; obligaba á sus sectarios á abstenerse, por penitencia, de carne y de vino, á practicar ayunos largos y rigurosos, y aun á ofrecerse por sí mismos al martirio. No admitia ningun discípulo que no hiciese profesion de continencia, y condenaba absolutamente el matrimonio, fundándose en la doctrina de los dos principios, que fue invencion suya, aunque la adoptaron y amplificaron despues los Maniqueos. Quería que se olvidase el motivo de su vergonzoso abandono de la fe católica con esta afectacion de austeridad. Era hijo de un santo Obispo, el cual le escomulgó por un pecado de incontinencia; y no habiendo obtenido el perdon con la prontitud que deseaba acudió á Roma donde esperaba reconciliarse con la Iglesia con mas facilidad; pero se aprobó la conducta de un Obispo que preferia la observancia de las reglas de la Iglesia al natural afecto de su hijo. Precipitaron entonces el des-

pecho y la rabia á este indigno penitente , y amenazó que habia de perseguir una Religion donde se le trataba con tanto rigor.

Primeramente se hizo discípulo de Cerdon , de quien aprendió los extravagantes y sacrilegos principios sobre la naturaleza y la division de la divinidad , muy semejantes á los de Valentino ; y despues se erigió en cabeza de partido. El mas famoso entre todos sus discípulos fue Apeles , igual en todo á su maestro , precipitado como él en la heregía por un pecado deshonesto , del que no quiso sufrir la debida penitencia ; y para imitarle en todo , de ciego pecador llegó despues á ser gefe de una nueva secta. Enseñaba con Marcion que habia dos dioses , uno bueno y otro malo ; pero no admitia los dos principios , antes por el contrario decia que el malo habia sido formado por el bueno. Por lo que hace á Jesucristo decia , que este divino Salvador no habia tenido solamente la apariencia de cuerpo , como sostenia Marcion , ni una carne real y verdadera , como dice el Evangelio , sino que al tiempo que descendió de los cielos se habia formado un cuerpo celeste y aéreo ; y que cuando ascendió despues de su resurreccion , restituyó á cada cielo lo que habia tomado ; de modo que solo el espíritu habia vuelto al seno de la Divinidad. Y así negaba la resurreccion de la carne , enseñando que las almas solas , á quienes atribuía diversidad de sexos , se habian de salvar , y que el sexo que tenian los cuerpos era únicamente por las almas que los animaban. Publicaba como revelaciones dignas del mas re-

ligioso respeto , los delirios de una muger llamada Filumena , que se decia inspirada por un ángel , y que sin duda estaba endemoniada. Evitó á pesar de esta sospechosa compañía , ó supo ocultar de tal modo lo que podia desacreditar sus costumbres , que Rodon , Doctor católico , impugnador de sus errores , le llama viejo venerable por su edad y por su arreglada conducta. Nombra tambien , este Doctor ortodoxo , á Pocio y Basílico , que á egemplo de Marcion , admitian dos principios , y á Sineros , que enseñaba hasta el número de tres. Un dia en que Rodon se intrincó con mas viveza en la cuestion con Apeles , este viejo pensando que era ya tarde para mudar de opinion , y por no confesarse vencido se vió precisado á responder que no se debia examinar la Religion , que cada uno podia seguir en la suya , y que se salvarian todos los que hubiesen puesto su esperanza en Jesucristo y obrado bien.

Marcion cumplia tenazmente sus amenazas contra la Iglesia , cuando San Policarpo estuvo en Roma. Reunidos un dia estos doctores tan contrarios , preguntó el herege al Santo si le conocia. *Te conozco* , le respondió Policarpo , *por primogénito de Satanás* (1). Era tan grande el celo de este Santo por la fe de la Iglesia , que cuando oía alguna cosa en contra de ella , se tapaba los oidos exclamando : ¡ O Señor , para qué tiempos me habeis reservado ! Al mismo tiempo que Marcion se encontraba tambien en Roma Valentino ; y la autoridad del santo Obispo de

(1) *S. Ireneo lib. 3. cap. 5.*

Esmirna redujo al seno de la Iglesia católica á una infinidad de personas que los dos sectarios habian pervertido. Viéronse ellos mismos en la precision de fingir que abjuraban sus errores, y se reconciliaron con la Iglesia Romana; hasta que descubierta su hipocresía fueron rechazados para siempre.

De aquí puede colegirse con cuanta razon miraban los infieles á San Policarpo como una de las principales columnas de la Religion que odiaban. Luego que su presencia no era ya allí necesaria para el bien de la Iglesia universal, se ausentó de Roma; y volvió á Esmirna á tiempo que llegaban á aquella ciudad muchos Cristianos para padecer el tormento, los cuales fueron tratados con tal crueldad, que movieron á compasion á muchos idólatras. Con tan inhumana barbarie los azotaron, que se les podian contar todas las venas y arterias. Despues los arrojaban desnudos y llagados sobre pedazos de menuda teja que se clavaban en las heridas, hasta que la vergüenza de una atrocidad en que todos los espectadores eran cómplices, trocó la compasion en despecho y furor, y todos á una voz pidieron la muerte del Doctor de los Cristianos. El Procónsul Cuadrato mandó buscar á San Policarpo, pero los fieles recelosos habian violentado al santo Obispo para que se retirase á una casa de campo; porque de nada tenia mas cuenta en este mundo que del bien de su Iglesia. Revelóle el Señor lo que le habia de suceder, y dijo á los discípulos que le acompañaban tres dias antes de su prision, que consumaria su sacrificio en el fuego. Los

soldados que le buscaban un viernes por la tarde prendieron á un mozo que sabia el lugar donde estaba oculto, y le obligaron á fuerza de tormentos á que los guiase á él. Llegaron muy tarde, y el Santo estaba ya dormido; pero despertó á tiempo para poder retirarse á otro lugar, bien que considerando que no tenia fuerzas para defenderse, y que el Señor queria por el contrario que mostrase un egemplar desprecio de su vida, *cúmplase*, dijo, *la voluntad de Dios*, y corrió al encuentro de los que le buscaban.

Compadecidos los emisarios de su edad avanzada y de la dulzura con que les hablaba, dijeron entre sí con admiracion: por cierto que eran escusadas tantas prevenciones y tanta prisa para prender á este buen anciano. El Santo ordenó que les diesen de cenar, y se retiró á hacer oracion mientras ellos comian.

Para conducirle á la ciudad le colocaron sobre un asno, y en el camino encontró á un Magistrado de Esmirna llamado Herodes, que conocia particularmente al Santo; y haciéndole subir en su carro, procuró persuadirle á que ofreciese sacrificios, y á que diese al Emperador nombre de Señor. Policarpo quedó suspenso para deliberar, no sobre la proposicion del sacrificio, que no podia oír sin estremecerse, sino sobre la especie de veneracion que querian tributase al César, y al fin respondió: *no puedo hacer lo que me aconsejais*, porque conocia que tomaban el nombre de Señor en un sentido que solo conviene á Dios, y no como un homenaje de los súbditos para con sus Príncipes, homenaje que nunca

les negaron los Cristianos. Irritó tanto al Magistrado esta inesperada respuesta, que trocando su benevolencia en furor, mandó bajar de su carro con tal precipitación al santo Obispo, que se hirió en una pierna; mas no obstante esto siguió con alegría á sus guardas, los que en derecha le condujeron al anfiteatro. Afirmaron despues muchos testigos que al tiempo de entrar en él oyeron una voz del cielo que le decia: *Policarpo, no te acobardes.*

13. El Procónsul, que estaba sentado en su tribunal, le dijo que no se perdiera imprudentemente á sí mismo en una edad en que ya debia haber adquirido la prudencia; y despues le mandó que jurase por la felicidad del César, y esclamase con la multitud: mueran los impíos, esto es, los Cristianos; queriendo de esta suerte hacerle abjurar su doctrina. Mirando el Santo por el contrario con rostro severo al pueblo idólatra, señalándolo con el dedo y levantando los ojos al cielo, exclamó: *quítad de enmedio estos impíos.* Encolerizóse el Procónsul y le dijo: „jura luego, y maldice á tu Cristo; á lo que el Santo le respondió sonriendo: ochenta y seis años ha que sirvo á este buen Señor, y solo me ha hecho beneficios, ¿y quereis que le blasfeme con tan odiosa ingratitude? Pero ¿para qué gastais el tiempo y os fatigais inútilmente? ¿Para qué fingís que ignorais quien soy yo? Yo os declaro altamente que soy Cristiano; y si quereis saber cuales son las máximas de los Cristianos, dadme tiempo, que yo os las explicaré y escusaré la ignominia de que oprimais las virtudes que

debeis venerar. Díjole el Procónsul: calmad cuanto antes á ese pueblo y convencedle; á lo que le replicó el Santo: nuestra Religion nos enseña á tributar en la tierra á las potestades establecidas por Dios, todos los homenages y servicios que se nos exijan justamente; pero este pueblo sedicioso no se halla en estado de aprovecharse de mi doctrina ni es digno de oirla.” El Procónsul deseoso de ostentar su poder le amenazó con las fieras y el fuego, lo que solo sirvió para dar esplendor á la gloria y á la constancia del Mártir. Gritó poco despues el pregonero público por tres veces: *Policarpo ha confesado que es Cristiano.* Y toda la muchedumbre de Paganos y de Judíos respondió tumultuariamente: *este es el padre de los Cristianos: el enemigo de nuestros dioses, el seductor del Asia; arrojadle á las fieras.* El Presidente del espectáculo para evitar que se faltase á la policía establecida en esta parte del culto, les respondió que era imposible, por haber ya finado los juegos, y volvieron á gritar: pues que sea quemado vivo. Corrieron al propio tiempo en busca de leña y sarmientos mostrándose los Judíos segun su costumbre mas activos que los idólatras. A pocos momentos estuvo ya dispuesta la hoguera; Policarpo se quitó su cíngulo y principales vestiduras, y como quisiesen amarrarle con cadenas como se usaba con todos los reos, les dió á entender que era precaucion inútil; y así se contentaron con atarle las manos á la espalda.

El Santo exclamó entonces mirando al cielo: „Dios

Todopoderoso, Padre de nuestro Señor Jesucristo, por quien hemos recibido el don de conoceros y amaros, yo os doy gracias porque me habeis hecho llegar á este dia tan feliz, en que he de participar del cáliz amargo de vuestro Hijo, y de la dicha de vuestros Mártires, que se dejan despojar de una vida transitoria para resucitar á la eterna. Cúmplase hoy, Señor, lo que ha resuelto vuestra sabiduría, y admitidme con ellos á los pies de vuestro trono." Encendieron la hoguera cuando ya acababa su oracion: pero las llamas formaron una especie de bóveda al rededor del Santo sin tocarle, exhalando un olor semejante al del incienso, y al de los mas suáves perfumes. Maravillados quedaron los espectadores observando la distinta manera con que morian los Cristianos y los facinerosos. Atravesaron nõ obstante el cuerpo del Santo con una espada, y salió la sangre tan abundantemente que apagó el fuego que le cercaba.

Refiérense todas estas circunstancias del martirio de San Policarpo en una carta escrita por la Iglesia de Esmirna á la de Filadelfia en Frigia. Dice tambien, que los infieles no consintieron que los Cristianos recogiesen el cuerpo del Santo, y que el Centurion que presidió al suplicio, le mandó reducir á cenizas, temeroso de que los fieles le adorasen en lugar de Jesucristo. „Estos insensatos, esclama el autor de la carta, no conocen que si adoramos á Jesucristo es solo porque es Hijo de Dios, y que prestamos á los Mártires homenajes de amor y reverencia porque son imitadores y amigos de Jesucristo." Esta era ya desde

entonces la doctrina de la Iglesia acerca del culto que damos á los Mártires y á sus reliquias; distante de la irreverencia y de la supersticion. Debe ser muy venerado el nombre de San Policarpo en la Iglesia de Francia, pues envió á sus discípulos San Fotino, San Irenéo y otros á predicar el Evangelio por las Galias.

14. Se conserva de este santo Mártir una epístola dirigida á los Cristianos de Filipos, de la cual habla San Irenéo en su libro tercero contra las heregias. La escribió, como dejamos dicho, con motivo de pasar por aquella ciudad San Ignacio Antioqueno, cuando le llevaban á padecer el martirio; y pide á los Filipenses que le den noticia de su santo huesped. Sin embargo esto solo compone una parte de la epístola; despues se dilata imponiendo á los fieles de todos estados y calidades en sus obligaciones respectivas, imitando las de los Apóstoles y de todos los grandes hombres de aquellos tiempos sagrados, y por último inspira á todos generalmente el mayor horror á las nuevas doctrinas, y á los hereges que dogmatizaban entonces. Recibieron esta epístola con tanto respeto, que la leían públicamente en las Iglesias de Asia trescientos años despues.

15. El martirio de Santa Felicitas, sacrificada con sus siete hijos, como en otro tiempo Santa Sinforosa, fue uno de los mas célebres de aquel reinado. Dicen muchos monumentos que padeció en tiempo de Antonino Pio; pero debe observarse que los antiguos dan muchas veces á Marco Aurelio el nombre de Antonino su padre adoptivo.

Era Felicitas una ilustre matrona de Roma, que muerto su esposo consagró su viudez al Señor, y se entregó solamente á su propia santificacion y á la de su numerosa familia. Esta conducta al paso que edificaba á los fieles impacientaba en extremo á los sacerdotes del paganismo, que sublevándose contra los Cristianos, persuadieron al Emperador que los dioses se hallaban ofendidos por la decadencia de su culto, y que para aplacarlos y volver á merecer su antigua proteccion, necesitaba obligar á los Cristianos mas distinguidos, como Felicitas, á que les ofreciesen sacrificios. Fue cometido este negocio á Publio, Prefecto de la ciudad, quien usó inútilmente de los halagos y de las amenazas. „Me da valor el espíritu de Dios, le dijo la Santa, para no caer en vuestros engaños, y no me vencereis mientras me reste un solo aliento; pero si me quitais la vida lograré con la muerte una victoria mas ventajosa.” Acudió el Prefecto á su tribunal á la mañana siguiente en la plaza de Marte; mandó venir á su presencia á Felicitas con sus siete hijos, y la dijo que á lo menos tuviese compasion de ellos ya que su propia vida le era indiferente. La Santa le respondió: „la compasion que quereis persuadirme seria la crueldad mas perniciosa; y despues volviéndose á sus hijos y mostrándoles el cielo con la mano, les dijo: allí es donde os espera Jesucristo con los Santos que nos han enseñado el camino; sed fieles á este remunerador magnífico, y pelead con un valor correspondiente al precio que se os propone.”

El Prefecto mandó dar de bofetones á la Santa, echándola en cara su temeridad, y despues llamó uno á uno á sus hijos; y habiendo confesado todos la fe con la constancia mas heróica, los destinó á distintos géneros de suplicios. Azotaron al mayor con tanta crueldad que espiró en fuerza de los azotes; á los dos siguientes los apalearon; el cuarto fue precipitado desde un sitio muy elevado; y á los tres últimos les cortaron la cabeza, juntamente con su madre que fue la última que murió, porque sufriese en su interior los dolores de todos sus hijos.

16. Martirizaron por aquel mismo tiempo á los Santos Ptolomeo y Lucio. Ptolomeo habia convertido en Roma á una muger cuyo marido se habia entregado á las mas infames disoluciones, y esta muger habia tenido con él muchas criminales condescendencias; pero reflexionando seriamente que no podia corregir á su esposo, ni persuadirle á que no exigiese de ella cosa contraria á su conciencia, se creyó obligada á separarse, y le intimó el divorcio en la forma que prescribian las leyes Romanas. El marido irritado la acusó como Cristiana delante del Emperador; ella pidió que se la permitiese primero arreglar sus negocios domésticos, dando palabra de responder despues á la acusacion. El marido que llevaba á mal esta demora, trocó su furor contra Ptolomeo, y le delató por Cristiano en el tribunal de Urbicio, que mandó luego á un centurion que le prendiese. El acusador ansioso de ver cuanto antes satisfecha su venganza, persuadió á este oficial á que preguntase únicamente á Ptolomeo

si era Cristiano; como que conócia por su muger el candor y sinceridad de los fieles, y con especialidad en este punto, y no hallaba otro medio mas fácil para abreviar las formalidades y trámites de la causa.

Confesó en efecto Ptolomeo abiertamente, y al punto fue arrastrado á una rigurosa prision, donde padeció por largo tiempo antes que el Prefecto le condenase á muerte; y al tiempo de llevarle al suplicio, otro Cristiano llamado Lucio, hombre distinguido, segun se presume, tanto en el nombre como en la dignidad, preguntó al Magistrado, ¿por qué imponia la pena capital á un hombre que no estaba convencido de otro delito que de ser Cristiano, cuando este rigor era opuesto á la humanidad con que muchos Emperadores los habian tratado? Bien se conoce, le respondió el arrogante Urbicio, que tú eres tambien de esta secta; y confesando Lucio generosamente que era Cristiano, fue desde luego y sin ninguna formalidad de leyes condenado á perder la vida. Sobrevino allí otro Cristiano, cuyo nombre se ignora, y fue del mismo modo sentenciado á muerte.

17. San Justino se encontraba en Roma, donde habia fijado su morada, é indignado á vista de un abuso de autoridad tan indigno, pues estaba formalmente prohibido denunciar á ningun Cristiano solo por serlo, y aun mandado que se castigara á los delatores, compuso su segunda apología, dirigiéndola á los Emperadores Marco Aurelio y Lucio Vero y al Senado y pueblo Romano. Trató aunque inútilmente de disipar las antiguas preocupaciones y de defender

á las asambleas cristianas de los horrores con que las infamaban. Rogó que á lo menos se concediese á la verdad el mostrarse en público, y que no se calificase de crimen el que unos infelices acusados quisiesen probar su inocencia. Esto da á entender que el Emperador habia prohibido no solo la lectura de los libros sagrados, sino tambien de todos los demás escritos de los fieles en defensa de su Religion. Nada contiene nuestra doctrina, dice Justino, que merezca proibirse, porque es muy contraria á las lecciones de Epicuro, de Sótades, de Filenis y de otros semejantes, cuyos perjudiciales escritos andan libremente entre las manos de todos. Filenis pasaba por autor de una obra en que se enseñaban todas las deshonestidades que pueden cometerse en el comercio con las mugeres; y las poesías de Sótades eran un repertorio de infamias de una especie mucho mas vergonzosa.

No produjo, ni con mucho, esta segunda apología los buenos efectos de la primera. Marco Aurelio tenia una escasiva deferencia por los filósofos de su Religion, hipócritas refinados que abusaban de su confianza para satisfacer sus pasiones particulares. Crescente el Cínico era el mas irritado contra San Justino, de resultas de una conferencia que habian tenido los dos y en la que juzgó humillado su orgullo. Previó el santo Doctor desde luego las consecuencias anunciando que Crescente causaria su muerte; pero nada le estorbó que predicase y enseñase la doctrina verdadera. Fue denunciado efectivamente, y le pren-

dieron con otros muchos Cristianos sus discípulos ó cooperadores.

18. Mandó Rústico, Prefecto entonces de Roma, que compareciesen en su tribunal, y los amonestó á que obedeciesen las órdenes del Soberano, sacrificando á los dioses. Justino contestó, que nadie era criminal por obedecer á Jesucristo. „¿Cuál es vuestra profesion, le preguntó Rústico, viéndole en traje de filósofo? á lo que Justino contestó diciendo: yo he buscado por mucho tiempo la verdad en todas las sectas filosóficas; y desengañado al fin de las preocupaciones contra los Cristianos encontré entre ellos esta perla inestimable. ¿Luego tú, miserable, exclamó Rústico, aprecias y haces profesion de esa doctrina? No es verdadero filósofo, añadió Justino, el que no sigue la verdad en cualquiera parte donde la descubra. El Prefecto le preguntó en qué sitio se congregaban los Cristianos; y el Santo le respondió que en su habitacion particular, porque no se creyó obligado á descubrir todos los lugares donde se reunian los Cristianos, á un Magistrado que abusaba del poder que le habia conferido el cielo contra el mismo cielo; y dijo al Prefecto: ¿imagináis vos que nosotros nos juntamos siempre en un mismo sitio? No está encerrado nuestro Dios en ningun lugar determinado, porque es inmenso aunque invisible, y como llena con su presencia toda la estension del cielo y de la tierra, le tributamos en todas partes el culto que le es debido. ¿Luego al fin, tú eres Cristiano? le dijo Rústico. Sí lo soy, respondió Justino.” El Prefecto diri-

gió al punto la misma pregunta á los compañeros del santo Confesor, Cariton, Hierax, Peon, Evelpisto, Liberiano, y á una muger que se llamaba Caritina: sufrió cada uno de estos su interrogatorio aparte, y todos confesaron la fe cristiana con el propio valor.

El Magistrado volviendo á mirar á Justino le dijo: „tú que estás tan instruido en la filosofía y tienes tanta penetración, ¿piensas que padecidos aquí los tormentos, subirás al cielo, y recibirás la recompensa de lo que pierdas en la tierra? No es eso imaginacion, le respondió Justino; es una ciencia tan cierta que no admite género alguno de duda. Pasemos en silencio todas esas ilusiones, le dijo Rústico, y hablemos de lo que nos interesa: ofreced sacrificios á los dioses todos los que aquí estais, ó daré la orden para que os conduzcan al suplicio. Dijeron entonces todos: apresuraos á realizar vuestra amenaza; nosotros somos Cristianos y no sacrificamos á los ídolos, porque nada ansiamos tan ardientemente como padecer por el nombre de Jesucristo.” El Prefecto mandó por fin, que azotasen con varas y cortasen despues la cabeza á los que no quisiesen ofrecer sacrificios á los dioses. Dieron gracias á Dios los santos Mártires por este beneficio, y cumpliósese la sentencia en todos al pie de la letra, sin exceptuar á San Justino, aunque disfrutaba el privilegio de ciudadano de Roma.

19. Los escritos que han llegado hasta nosotros de San Justino, además de las apologías de la Religion

cristiana, son la segunda parte de su tratado de la unidad de Dios titulada la *Monarquía*; dos discursos á los Gentiles para persuadirlos á abrazar el cristianismo y casi todo el importante diálogo con el judío Trifon. Es esta una cuestion ó controversia contra los Judíos en que se advierte que al tiempo de escribirla Justino, que fue poco despues de la primera apología, en el reinado de Antonino, no estaban todavía universalmente prohibidas las observancias legales como contrarias á la salvacion. En cuanto á las demás obras que corren con el nombre de San Justino, se duda de ellas con fundamento sin exceptuar la admirable carta á Diogneto, que aunque parece escrita por un autor mas antiguo que aquel santo Mártir, no es menos elegante, ó menos útil á la Religión. Puede considerarse sin embargo á San Justino como el primero, ó el mas antiguo de los padres de la Iglesia, despues de los discípulos del Salvador y de los Apóstoles.

Á pesar de haber consumido tanto tiempo en el estado de la filosofía profana, explica nuestros misterios con una exactitud que se hace admirar entre los autores antiguos, é interpreta fielmente las escrituras exceptuando lo que toca al reino del Mesías, de cuyo misterio habla en el sentido mismo que los Milenarios espirituales, esto es, los que se oponian á la corrupcion de las costumbres. Engañóse tambien en cuanto á la naturaleza de los ángeles y de los demonios; y tratando del misterio de la Trinidad, hace uso de espresiones que parecen singulares. Pero si se

reflexiona con atencion la serie de su discurso, se nota que solo intentó tratar con términos filosóficos la doctrina que la Iglesia ha enseñado siempre. Desdeña por lo comun este piadoso y sólido escritor los adornos y elegancia del estilo; pero arrebatá á sus lectores por el modo luminoso con que los muestra la verdad. Aunque sus discursos pues son en extremo convincentes y llenos de vigor y doctrina, se descubre en ellos mas carácter de filósofo que de orador; y parece que temia corromper la simple y natural hermosura de la filosofía con los adornos póstizos de la retórica. Resalta principalmente en él un conocimiento profundo de las materias filosóficas con una vasta erudicion y una instruccion completa en todo género de historias. Hállanse muchas veces en su estilo ciertas digresiones y pasages interrumpidos que para su inteligencia requieren una grande explicacion, porque despues de su bautismo habia puesto mucha mayor atencion en estudiar las máximas de los profetas, que los preceptos de Isócrates ó Demóstenes, como asegura San Basilio.

20. Mas en tanto que estos hombres apostólicos daban al universo con su sabiduría un espectáculo tan egemplar, la vanidad ofreció un egemplo memorable de los escesos á que puede conducir este vicio. Peregrino, el hombre mas extraordinario que se vió jamás, llegó á tal extremo de estravagancia, que se quemó él mismo públicamente en los juegos olímpicos (1). Nació este en Parium, ciudad de la Troa.

(1) *Lucian. de mort. Peregr. A. Gell. lib. 12. cap. 11.*

de, y habiendo pasado allí sus primeros años, se vió desterrado por causa de adulterio y por otros crímenes todavía mas infames; y aun se dijo que habia ahogado á su padre por parecerle que vivia demasiado. Buscando pues un lugar donde no fuese conocida su ignominia, vino á parar á Palestina, donde se hizo Cristiano, y supo ocultar con tanta perfeccion su perverso carácter, que llegó á obtener varios empleos de confianza entre los fieles. Movió su reputacion á los Gentiles á prenderle por la fe, y sostuvo el papel de Confesor con el mayor aplauso. Concurrían á verle los Cristianos pasando con él las noches, y procurando hacerle mas llevadera la prision. Recibió de algunas Iglesias de Asia diputados para consolarle y suministrarle nuevos socorros; y al fin esta persecucion le sirvió de pretexto para juntar mucho dinero. El Gobernador de Siria que tenia en mucho precio las costumbres filosóficas, creyó reconocerlas en Peregrino por el desprecio con que miraba la muerte; y así le concedió la libertad, prohibiéndole no obstante, que permaneciese en el distrito de su gobierno. Dióse pues á viajar de unas á otras provincias, declarándose abiertamente amigo de la filosofía que tanto le habia servido, y llevando á imitacion de los filósofos de aquel tiempo su báculo y su capa, sus alforjas y cabellos largos.

Contaba todavía con la caridad liberal de los Cristianos; pero al fin conocieron estos su hipocresía sacrílega, y le abandonaron horrorizados de su conducta. Sin estos socorros y falto por consiguiente del

principal motivo que tenia para disimular su carácter, probó en sus viages á hacer fortuna por otro nuevo rumbo. En Egipto puso en práctica todas las extravagancias torpes de los Cínicos, y volando desde Alejandría á Roma declamó allí abiertamente contra todos los grandes y poderosos, sin perdonar al mismo Emperador, hasta que le desterró el Prefecto, hecho que le adquirió nuevo crédito en el ánimo de sus crédulos admiradores. Retiróse desde Italia á Grecia, donde cualquier sofista encontraba acogida, y se hizo famoso en Atenas, porque se acomodó á vivir en una choza inmediata á la ciudad. Hallándose ya viejo, y habiendo agotado todos los recursos para conservar el aprecio de las gentes, se le asentó en la imaginacion que podia immortalizarse por un medio enteramente nuevo. Concurrió á la asamblea de los juegos olímpicos, que era la mas numerosa de toda la Grecia, y declaró en público, que la olimpiada siguiente, y en el mismo dia, se abrasaria vivo en aquel mismo lugar. Sabiendo que habian de transcurrir cuatro años, se lisongeaba que en tan largo tiempo sucederia algun incidente que le librase de su promesa. Consiguió entretanto los aplausos y admiracion de un pueblo frívolo y admirador de las cosas extraordinarias, que tenia por heroismo aquel valor insensato. Lució por fin el dia fatal, y no habia medio de evitarle. Discordaban los discípulos de Peregrino sobre lo que debia egecutar: unos eran de opinion que merecian prolongarse, quanto fuese posible, los dias de un hombre tan importante; pero otros decian

que su honra estaba interesada en dar un ejemplo del desprecio de su vida, con toda la pompa que habia prometido; y esta opinion prevaleció de tal modo que se vió en la necesidad de seguirla. La víspera del dia señalado para esta estraña tragedia hizo el filósofo al pueblo una arenga de la muerte. Mas la mayor parte de los oyentes que tenian mas deseos del ejemplo que de las moralidades del orador que ya temblaba, clamó por todos lados que era ya tiempo de egecutar el sacrificio. El orador valiéndose de este pretesto, que los espectadores calificaron de tal, dejó pasar el dia señalado. Asaltóle entre tanto una enfermedad, y el médico le reprendió su poca paciencia en los dolores, y le dijo, que un hombre que andaba en busca de la muerte debía recibirla sin pena cuando ella venia. ¿Y qué gloria conseguiré yo, le respondió Peregrino, si muero de una enfermedad como los demás hombres? Ajó de tal suerte su vanidad la reprension del médico, que declaró que en la noche siguiente se quemaria vivo. Concurrió á este espectáculo un inmenso gentío; preparó Peregrino una grande hoguera, y á la media noche se dejó ver con una antorcha en la mano y seguido de todos sus discípulos. Encendió él mismo la hoguera, salida la luna, y arrojando algunos granos de incienso se volvió hácia el Mediodía, para pedir á los dioses le fuesen propicios. Hecho esto se despojó de sus sandalias, de sus alforjas y del manto, y saltó con mucha ligereza á las llamas, que le consumieron en un momento. Fue tan grande el entusiasmo que comunicó á to-

dos sus espectadores, que asegura Luciano, testigo é historiador de todas estas particularidades, que faltó poco para que le matase á pedradas el pueblo, porque quiso chancearse sobre la aventura de Peregrino.

21. Nos ha conservado el mismo Luciano tambien la historia del impostor Alejandro de Paflagonia, que no omitiremos, porque ella sola mas que todas las reflexiones, hace palpable la diferencia que habia entre nuestros Mártires y Taumaturgos, y sus vanos antagonistas. En sus principios representó Alejandro el papel de mágico, y corrió el mundo en compañía de una vieja, á la que se unió porque era rica, y abandonó despues que vió arruinada. Volvió á su patria entonces, y de mágico se transformó en profeta, con el auxilio de algunos oráculos de las Sibilas, que él mandaba á su antojo. Poseía ingenio y habilidad para formar cualquier enredo; y además tenia un aspecto agradable que no le sirvió de poco para enganar y seducir al vulgo ignorante. Anunció la próxima venida del dios Esculapio, y algunos dias despues mostró al pueblo una pequeña serpiente que tenia oculta dentro de un huevo, y al dia siguiente otra mucho mayor, suponiendo que era la misma. Estaba el animal admirablemente domesticado, y hacia mil juegos divertidos, que fueron bastantes para darle reputacion de un dios. Ofrecieronle sacrificios y ricos presentes, erigiéronle estatuas de plata, y corrieron de todas partes á oír sus oráculos; pero siempre se necesitaba hacer algun regalo á esta divinidad.

Tuvo el Prefecto del Pretorio la debilidad de tomar sus consejos tambien sobre la suerte de una batalla, y el nuevo oráculo prometió la victoria, con tal que fuese arrojado un leon al Danubio. Cumplióse exactamente la condicion y se perdió la batalla: sin embargo esto no desanimó al profeta, pues dijo que habian interpretado mal la profecía. Fue necesario que muriese el impostor para detener el curso de semejante supersticion, el cual vaticinó que viviria cien años, y murió miserablemente á los setenta, roido de gusanos.

22. Semejante á esta fue la extravagancia impia de Montano, aunque estaba instruido en la fe católica. Deseaba con ardor el Episcopado, este eunuco, natural del pueblo de Ardaban en la Frigia, á pesar de su defecto natural, y de la cualidad de neófito que le excluían de esta dignidad. Por aquí dió entrada al demonio, de quien fue realmente poseido; y arrebatado y fuera de sí sin saberse por qué impulso, comenzó á usar un lenguaje extraordinario. Animábanle mas y mas sus admiradores, que eran unos rústicos Frigios, gritando que solo el Espíritu Santo podia hablar de aquel modo. Dos mugeres perdidas y endemoniadas como el seductor, se le reunieron, las que se llamaban Prisca ó Priscila, y Maximila. Eran ambas ricas, y se sirvieron ventajosamente de un medio siempre eficaz par persuadir á todo el que no está bien asegurado. Hablaban tambien arrebatadas, á egemplo de su maestro, y con un entusiasmo lleno de fanatismo. El primer uso que hicieron de los

dones que suponian haber recibido del Espíritu Santo, fue el de faltar á la ley de Dios separándose de sus maridos.

Montano con sus profetisas se tenia asimismo en mas precio que á todos los antiguos Profetas y á los santos Apóstoles, jactándose de haber recibido él solo la plenitud del Espíritu de Dios, ó el Paráclito prometido por el Redentor; y aun sus sectarios le dieron este nombre divino de Paráclito, queriendo persuadir que era la tercera persona de la Trinidad. Rayó tan alta la impiedad de estos fanáticos, que enseñaban, que no habiendo podido Dios salvar al mundo por Moisés, por los Profetas, ni aun por la Encarnacion del Verbo, habia descendido el Espíritu Santo en Montano, Priscila y Maximila.

Enseñaban los Montanistas un rigorismo nada conforme á los preceptos evangélicos, y admitian muy pocos pecadores á la penitencia afectando una severidad de moral correspondiente á su orgullo. Pusieron el nombre de Jerusalem á la pequeña ciudad de Pepucio ó Pepusia en Frigia, donde dominaban, y á donde atraían infinitas gentes. Tenian allí unos exactores que cobraban de todos un verdadero tributo con el nombre de oblacion, y lo exigian hasta de las viudas y huérfanos mas miserables, que estaban esentos de las cargas del estado. Cohonestábase todo con entregar este dinero á los doctores de la secta, á los cuales sostenian con gran regalo para aumentar su celo. Quisieron muchos santos Obispos ahuyentar los malignos espíritus que poseían á Priscila y Ma-

ximila, pero no lo consintieron sus codiciosos partidarios. Entonces se tuvieron varias asambleas eclesiásticas en el Asia, en las cuales despues de un maduro exámen, los refractarios pertinaces fueron solemnemente condenados, declarado herege Montano, y arrojado de la Iglesia con todos sus secuaces. Creen algunos que él y Maximila, cediendo á los impulsos del maligno espíritu, al fin se ahorcaron con sus propias manos: pero su muerte no acabó con la secta, que sobrevivió largo tiempo á sus autores.

Sedujo la heregia de Montano á algunos hombres doctísimos, despues de haber hecho grandes servicios á la Iglesia y egercitado su celo contra las heregias. Pero ¿á qué estravíos no está espuesto el espíritu humano; cuando apartándose de las reglas seguras de la autoridad Eclesiástica, quiere juzgar de la doctrina por las sospechosas apariencias de un rigorismo engañoso? Dividióse esta heregia, llamada del lugar donde tuvo su origen, Frigia ó Catafrigia, en una multitud de ramas diferentes, como todas las cosas que no se gobiernan por principios fijos.

23. Seguian á Próculo, ó Proclo, algunos Montanistas, otros á Esquines, y otros á cierta muger llamada Quintila, profetisa muy parecida á las compañeras del Heresiarca. Llegaron estos últimos al estremo de admitir á las mugeres al sacerdocio y al episcopado; queriendo que para conferir las órdenes sagradas no se tuviese cuenta con los sexos. Distinguía á muchos un ridículo ceremonial y los nombres estraños de Artotiritas ó Pasalorinquitas; denomina-

ciones análogas á su rito que consistia en ofrecer queso con pan en sus misterios, ó en ponerse el dedo en la nariz y en la boca cuando hacian oracion. Añadieron los Esquinistas á los errores de Montano la confusion de las personas de la Trinidad, cuyo dogma impío fue inventado por Praxéas, y despues le enseñó Sabelio con mucha mayor celebridad y escándalo. Debe interpretarse en este sentido lo que dice San Paciano de que Praxéas fue el doctor de los Catafrigos; pues ni de este ni de Teódoto á quien cuenta igualmente Paciano entre los doctores Montanistas, se sabe con certeza que fuesen de tal secta; aunque algunos de sus partidarios disputarán por otra parte la divinidad de Jesucristo.

24. Renovó Teódoto de Bizancio las impiedades de Cerinto y Ebion contra el Verbo Encarnado, y aunque era un simple curtidor, tuvieron sus errores grandes consecuencias, pues en realidad era hombre sabio. Habiendo estado preso durante la persecucion con otros muchos Cristianos que padecieron el martirio, llenóse de infamia con una ignominiosa apostasia: y como no pudiese tolerar las reprensiones de los demás fieles se ausentó á Roma donde juzgaba vivir oculto: pero habiéndole conocido le preguntaban en todas partes: ¿cómo siendo tan sabio has hecho traición á la verdad? Para conservar su honor del que era muy celoso, inventó un medio de defensa mas detestable que su primer delito, y publicaba que no habia renegado de Dios, sino solo de un hombre. Quién es ese hombre? le dijeron, y res-

pondió: Jesucristo, que no es mas que un hombre como nosotros por naturaleza. Dióse el nombre de Alogos á algunos que sostuvieron su heregía, cuyo nombre en griego significa los que niegan la divinidad del Verbo.

Estaban en la creencia de que los primeros maestros de la Religion y aun los mismos Apóstoles habian aprendido y generalizado esta doctrina conservada hasta el Pontificado del Papa Victor, el decimotercero de los soberanos Pontífices: y que el sucesor de este llamado Ceferino, habia adulterado la verdad. Así se explica un autor contemporaneo, cuyo nombre se ignora, citado por Eusebio, añadiendo que además de las divinas Escrituras, tenian contra sí los escritos de un gran número de fieles mas antiguos que Victor, y con esta ocasion prueba contra los Hereges y Gentiles que Jesucristo es Dios y Hombre juntamente." ¿Cuántos himnos y cánticos tenemos desde el principio de la Iglesia, dice el mismo autor antiguo, en que llamamos á Jesucristo Verbo de Dios y Dios verdadero? ¿Cómo es posible que siendo tan constante y notoria la doctrina de la Iglesia, se haya enseñado en ella hasta el tiempo de Victor, la que pretenden nuestros adversarios? ¿Y cómo no se avergüenzan de imputarla á un Pontífice que escomulgó al curtidor Teódoto, padre y caudillo de estos apóstatas? ¿Pero para qué citar los antiguos monumentos y las divinas Escrituras, cuando ellos desprecian estas reglas de la fe y estiman mucho mas á Euclides, ó Aristóteles, á Teofrasto, y aun al mis-

mo Galeno? Ellos echan mano de las invenciones de los Gentiles para fundar sus errores, y de la sutileza de los impíos para corromper la sencillez de las Escrituras, con pretexto de corregirlas. Á fin de persuadirles de lo que llevo dicho, no hay mas que comparar los diferentes egemplares que usan: ¿y qué podrán oponer cuando estas copias están escritas de su mano? No recibieron de ese modo las Escrituras de aquellos que los impusieron en la doctrina de la Iglesia: y no osarán mostrar los originales de donde han sacado sus copias." Hed aquí como se confundia desde entonces á los temerarios dogmatizadores, que pretendian que la fe cristiana no habia sido siempre la misma desde su origen.

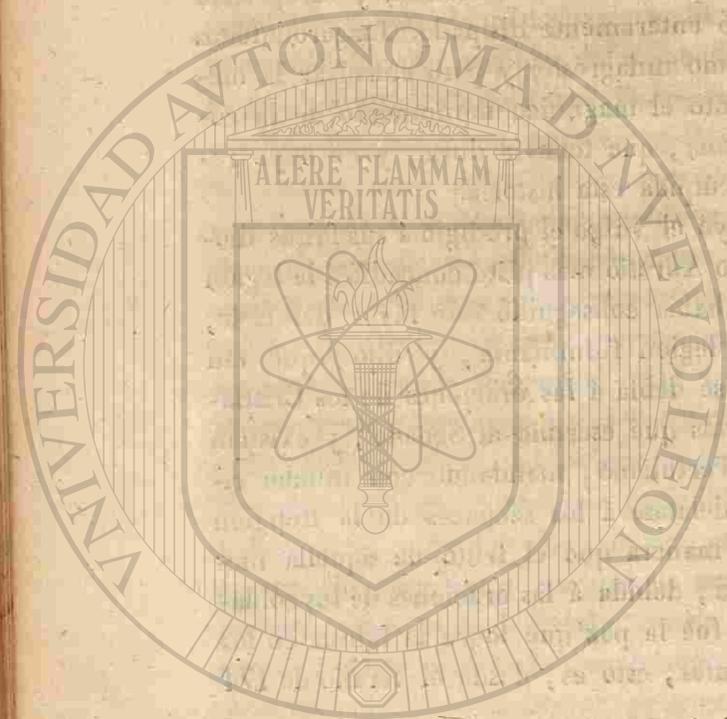
25. Siguióse otro Teódoto posterior al de Bizancio, que enseñaba la misma doctrina en cuanto á Jesucristo á quien suponía del mismo modo un mero hombre, y aun afirmaba que era inferior á *Melquisedec*, por aquello que se lee en los salmos: *tú eres Sacerdote segun el orden de Melquisedec*; y estableciendo sobre estas palabras su ridiculo sistema, reputaba á Melquisedec virtud celestial, y abogado é intercesor de los ángeles, como Jesucristo lo era de los hombres. Preferíale tambien á Cristo, aunque confesaba que habia nacido del Espíritu Santo y de la Santísima Virgen, porque Melquisedec no tenia padre, ni madre, ni genealogía: y en consecuencia de esto le aplicaba lo que el Profeta dice del Hijo Eterno, que no puede comprenderse su principio, ni su fin. Se llamaron estos sectarios del segundo Teódoto

Melquisedequianos. Praxéas, de quien ya hemos hablados, fue autor de la heregía de los Patripasianos, llamados así porque atribuían al Padre, lo mismo que al Hijo, la pasión y muerte de cruz. Porque no confesaban en Dios mas que una sola persona, y no admitían mas que un principio, tuvieron tambien el nombre de monárquicos.

Hermógenes, pintor y filósofo, dió todavía mas libre curso á su imaginacion. Abandonó la doctrina de la Iglesia despues de haberla profesado, por seguir la de los Estoicos, revistiéndola de todas sus ideas extravagantes. Aseguraba, que la materia era no solo eterna, sino increada; que los demonios serian reunidos algun dia á este género de substancia semejante á la de los espíritus; y entusiasmado en extremo, decia que el cuerpo de Jesucristo estaba en el sol. Dogmatizó Hermógenes en África, y Hermias y Seleuco enseñaron en Galacia la misma doctrina de la materia coeterna á Dios, con todas las consecuencias que necesariamente de ella se derivan; siendo uno de los puntos principales de su sistema, que el alma del hombre no es mas que un fuego ó un ayre sutil: impiedad reproducida en nuestros dias con un descaro increíble. Añadían que los ángeles la habian creado; pero que esta no era una creacion real que consiste en producir de la nada alguna cosa, sino solo en variar las modificaciones de una substancia preexistente. No podia convenir el bautismo de agua á unas almas de ayre ó de fuego; por lo qual reprobaban este sacramento valiéndose de aquellas pa-

labras de San Juan: *él os bautizará por el espíritu y por el fuego*. Decían tambien que este mundo era el infierno, y que no habia otra resurreccion que la generacion actual.

26. Animaron el celo de los hombres piadosos y sabios capaces de impedir los progresos de la seducion, tantas impiedades y delirios. Es verosímil que se debe la epístola de San Dionisio Obispo de Corinto, dirigida á la Iglesia de Amastris en Paflagonia, á la heregía de los Montanistas y al deseo de precaver las consecuencias de su engañoso rigorismo. Exhorta en ella á los Obispos del Ponto, del qual era parte la Paflagonia en aquel tiempo, á que reciban con benignidad á todos los pecadores que quieran hacer penitencia; y en otra carta procura participar la dulzura de su espíritu á San Pinito, Obispo de Gnoso en la isla de Creta. No concordaban del todo en las consecuencias que inferían de unos mismos principios estos dos grandes hombres, aunque muy elocuentes y muy sabios. Respondióle Pinito, y despues de mostrar el aprecio que hacia de San Dionisio y de su carta, le ruega por su parte que suministre á su pueblo un manjar mas sólido con la instruccion de las máximas de una profesion mas elevada; pero era de temer que si le administraba por mucho tiempo la leche de la indulgencia, no saldria jamás de su infancia espiritual. La providencia que ha hecho tributar un culto público á estos dos Santos nos recomendó tanto la sabia dulzura no autorizada por la austera hipocresía de los hereges, quanto



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## TABLA CRONOLÓGICA.

*Desde el establecimiento de la Iglesia,  
hasta el año 174.*

### PAPAS.

- I. San Pedro establece su Silla Pontificia en Roma el año 42; y muere en esta ciudad á 29 de Junio de.. 66.
- II. San Lino su primer sucesor, electo en 66, y muerto en..... 78.
- III. San Cleto ó Anacleto, electo en 78 ó 79, y muerto en..... 91.
- IV. San Clemente, electo en 91, y muerto en..... 100.
- V. San Evaristo, electo en 100, y muerto en..... 106.
- VI. San Alejandro, electo en 109, y muerto en..... 119.
- VII. San Sisto, electo en 119, y muerto, segun Muratori, en..... 127.
- VIII. San Telesforo, electo en 127, y muerto, segun la opinion comun, en..... 139.
- IX. San Higinio, electo en 139, y muerto en..... 142.
- X. San Pio, electo en 142, y muerto en..... 157.
- XI. San Aniceto, electo en 157, y muerto en..... 168.
- XII. San Sotero, electo en 168, y muerto en..... 177.

### EMPERADORES.

- César Augusto, muerto en el año... 14.  
Tiberio ..... 37.

Calígula.....	41.
Claudio.....	54.
Nerón.....	68.
Galba.....	69.
Otón.....	69.
Vitelio.....	79.
Vespasiano.....	81.
Tito.....	96.
Domiciano.....	98.
Nerva.....	117.
Trajano.....	138.
Adriano.....	161.
Antonino Pio.....	161.
Dos Emperadores reinan á un mismo tiempo por primera vez, Marco Aurelio y Lucio Vero: este murió en.....	169.
Marco Aurelio, en.....	180.

#### CONCILIOS MAS NOTABLES.

Concilio de Jerusalén celebrado por los Apóstoles hácia el año 51: es el primero y el modelo de los Concilios generales. Estando discordes los fieles sobre una materia importante, los Apóstoles y primeros Pastores se juntaron en el mayor número que fue posible. El Príncipe de los Apóstoles preside á la asamblea, propone la cuestión, se delibera maduramente y con libertad, espone su dictámen el primero; pero no es Juez solo. La decision fundada en los monumentos de la revelacion divina, formada por la unanimidad de los votos y enviada á las Iglesias particulares, es intimada y recibida no como un juicio humano, sino como un oráculo del Espí-

ritu Santo, que libertaba de las observancias Mosaycas á los Gentiles que abrazasen el Evangelio; prohibiéndoles solo la idolatría y la fornicacion reputada por indiferente entre los idólatras, y que se abstuviesen de la sangre y de la carne de los animales sofocados.

Los Cánones llamados Apostólicos y las Constituciones Apostólicas, aunque son muy antiguas, no son de los Apóstoles.

Las epístolas atribuidas á los Papas, que precedieron á San Siricio, excepto la primera de San Clemente á los Corintios, son supuestas. Contienen muchas reglas de disciplina desconocidas en los primeros siglos, y la mayor parte de ellas fueron fabricadas en el octavo y nono.

Concilio de Pérgamo, que condenó á los Colobarsianos, especie de Valentinianos, en 152.

Concilio de Jerápolis en Frigia contra Montano, Teódoto y sus sectarios, en 173.

#### AUTORES ECLESIASTICOS.

Hermas, autor de una coleccion de revelaciones é instrucciones morales, intitulada el *libro del Pastor*, citado como canónico por algunos de los mas antiguos Padres: escribió al fin del siglo primero.

Las obras que corren con el nombre de San Dionisio Areopagita, se le atribuyeron en el siglo quinto.

San Clemente Papa escribió á los Corintios una epístola, que se leía con mucha veneracion en las Iglesias, aun 70 años despues de su muerte.

San Ignacio, Obispo de Antioquia, autor de siete epístolas muy célebres en toda la antigüedad, leídas públicamente en las

Iglesias de Asia mucho tiempo despues de su muerte, acaecida en 107.

Aquila, Simaco y Teodocion hicieron sus versiones griegas de la Escritura, á mediados del siglo segundo.

Papias, autor de la esposicion de los discursos del Señor, y el que dió lugar entre los fieles al error de los Milenarios, hácia el año 130.

Cuadrato y Aristides compusieron apologías en favor del cristianismo. De la de Cuadrato se conservan algunos fragmentos; pero la de Aristides se perdió del todo.

San Policarpo, Obispo de Esmirna, muerto en 166, escribió una epístola á los Filipenses que se leía aun en las Iglesias de Asia 300 años despues de su martirio.

San Justino, en 167. Las principales obras suyas que existen, son las dos apologías, el diálogo con Trifon y la primera parte del tratado de la unidad de Dios.

Taciano, discípulo de Justino en sus principios, escribió una oracion contra los Gentiles.

San Meliton compuso muchas obras llenas de ingenio y elegancia, de las que solo existen algunos fragmentos; y entre ellos el catálogo de los libros del viejo Testamento conforme al de los Judíos, á escepcion del libro de Ester, omitido por Meliton.

Atenágoras, en 166. Escribió una apología de los Cristianos, que existe íntegra, y un tratado sobre la resurreccion de los muertos.

Hegesipo, en 181. Es el primero que escribió una historia de la Iglesia, de la cual cita Eusebio algunos fragmentos.

## PERSECUCIONES.

La primera comenzada por Nerón en el año 64, y continuada con algunos intervalos con mucho rigor, hasta el año.....	68.
Persecucion cruel de Domiciano, comenzada en el año 95, hasta el fin de.....	96.
Persecucion de Trajano, comenzada en el año 106, mitigada al fin de su reinado, reanimada en tiempo de Adriano, hasta el año.....	126.
Persecucion violenta de Marco Aurelio desde el año 161, interrumpida en 174, y continuada el 177, hasta el..	180.

## SECTARIOS.

Simon Mago, primer heresiarca, comienza en el año....	41.
Cerinto.....	51.
Himeneo y Fileto.....	64.
Los Nicolaitas.....	65.
Ebion.....	72.
Menandro.....	74.
Los Nazarenos.....	82.
Osenos en el reinado de Trajano.	
Cainitas.....	101.
Elxai.....	103.
Saturnino.....	107.
Los Milenarios.....	109.
Basíldes y los Gnósticos.....	110.
Carpócrates y Epifáneo.....	120.
Pródico, cabeza de los Adamitas.....	130.

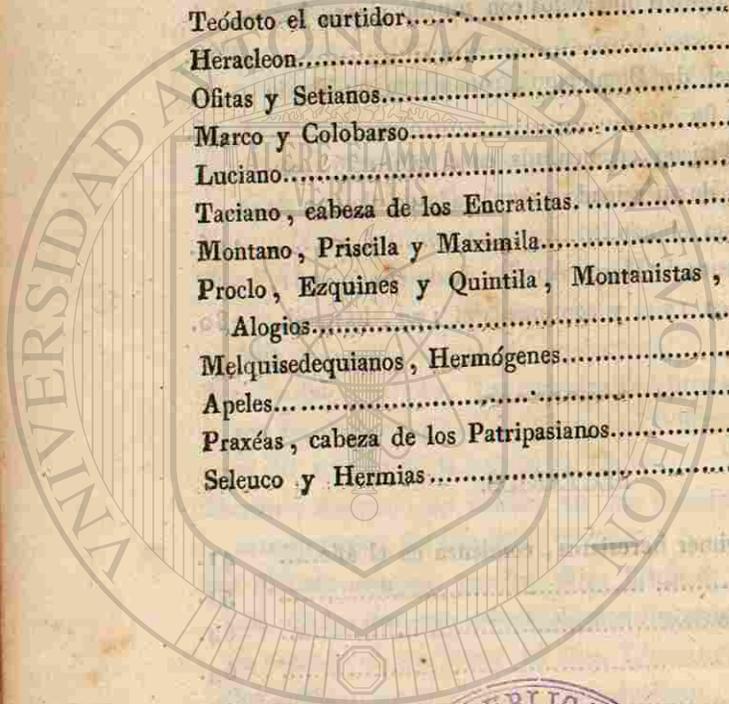
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Valentino.....	140.
Cerdon.....	141.
Marcion.....	142.
Teódoto el curtidor.....	146.
Heracleon.....	147.
Ofitas y Setianos.....	149.
Marco y Colobarso.....	151.
Luciano.....	159.
Taciano, cabeza de los Encratitas.....	171.
Montano, Priscila y Maximila.....	172.
Proclo, Ezquines y Quintila, Montanistas, Alogos ó Alogios.....	173.
Melquisedequianos, Hermógenes.....	179.
Apeles.....	180.
Praxéas, cabeza de los Patripasianos.....	187.
Seleuco y Hermias.....	190.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





JEN

OTE